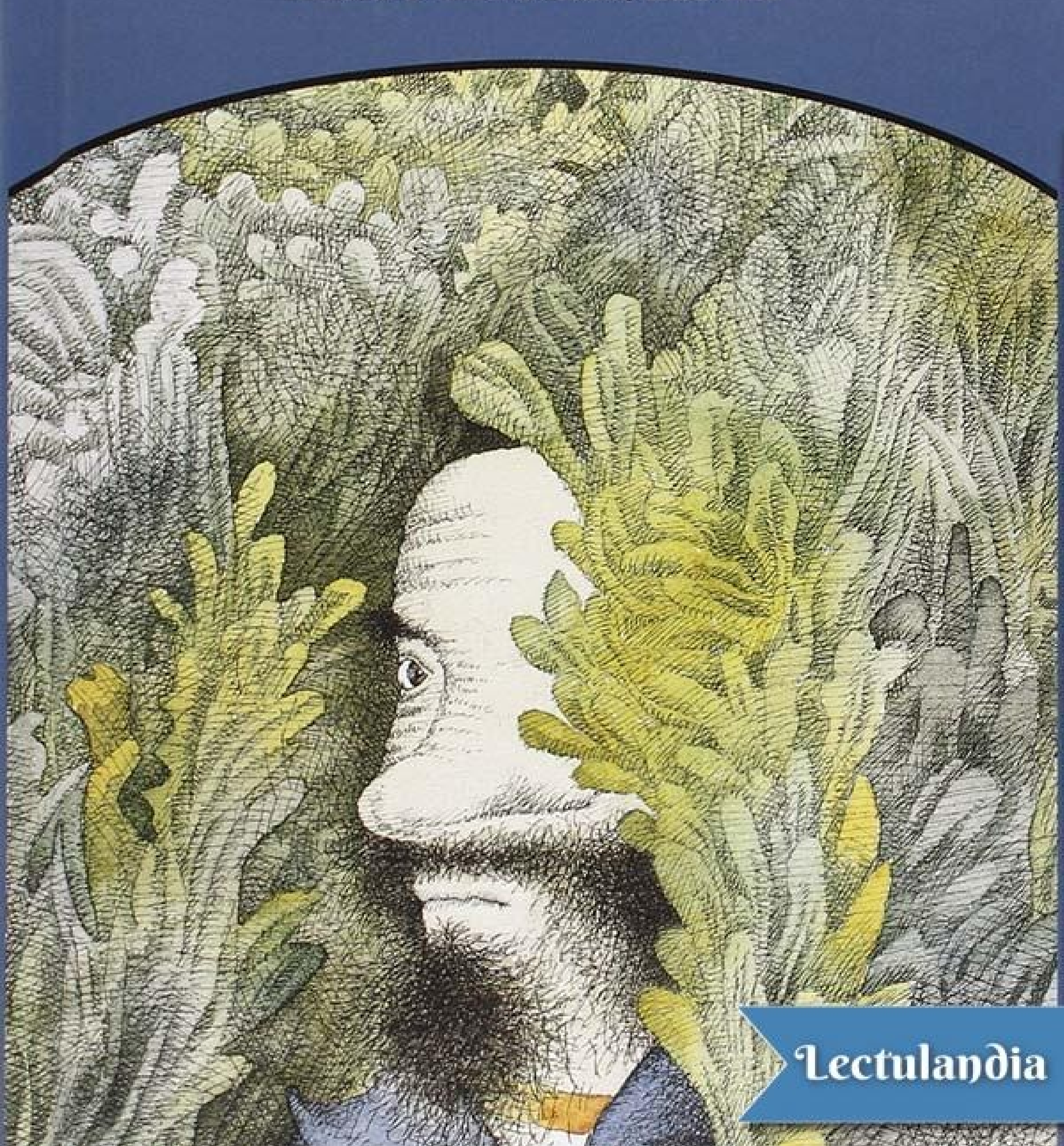
Daniel Defoe

Robinson Crusoe

Ilustraciones de Tullio Pericoli

Traducción de Carmen M. Cáceres y Andrés Barba



Robinson Crusoe es la obra cumbre de Daniel Defoe, y una de la más reconocidas novelas de aventuras de la literatura universal. Inspirándose en parte en las vivencias del escocés Alexander Selkirk y el español Pedro Serrano, Defoe nos regala al más famoso náufrago de la literatura, padre, cuando no tatarabuelo, de toda una estirpe. La novela de Defoe, publicada originalmente en 1719, alcanzó el éxito inmediato gracias a la historia del naufragio y al exotismo que despertó en su momento, pero bajo el trasfondo de la inquietud que está en el hombre de explorar sus límites, y la fantasía de la utopía de vivir en completa libertad, ha conseguido perdurar hasta nuestros días y erigirse como una de las novelas de aventuras más fascinantes. La lucha de un hombre arrojado a una soledad sin respuestas, a un entorno hostil que debe domeñar mediante la técnica y la fuerza de su voluntad para hacer «habitable» y «cómodo» un paraje en principio inhóspito, ha sido vista también como metáfora de la mente occidental y burguesa, del mundo de la técnica. ¿Qué nos hace humanos? ¿La naturaleza de la que provenimos o la técnica con la que intentamos controlarla en nuestro beneficio? Esta edición se acompaña de los delicados y vívidos dibujos de uno de los ilustradores italianos más reconocidos, Tullio Pericoli. Con sus elegantes y sutiles acuarelas, centradas en el náufrago y la isla, consigue una armoniosa relación entre el paisaje y el hombre, y pone de relieve la importancia del espacio, añadiéndole protagonismo a la naturaleza y haciendo de la isla el personaje principal de la novela.

Daniel Defoe

Robinson Crusoe

ePub r1.0
Titivillus 26.09.2021

Título original: *Robinson Crusoe*
Daniel Defoe, 1719
Traducción: Carmen M. Cáceres & Andrés Barba
Ilustraciones: Tullio Pericoli

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PREFACIO[1]

El editor considera que si existe en el mundo el relato de unas aventuras privadas que merezca hacerse público, ése es sin duda el caso del presente libro.

Los asombrosos sucesos de la vida de este hombre exceden cuanto pueda haberse leído hasta la fecha (ésa es nuestra opinión al menos) pues difícilmente la vida de un solo hombre es capaz de mostrar una riqueza semejante.

El relato está escrito con modestia y seriedad, aplicando preceptos religiosos a todos aquellos aspectos en los que los hombres sabios han sabido aplicarlos, es decir, en la enseñanza a través del ejemplo y para justificar y honrar la sabiduría de la Providencia en todas las circunstancias de la vida, sean cuales sean.

El editor considera este relato como la pura descripción de los hechos reales, sin el menor rastro de ficción, pero, aunque la hubiera —porque en definitiva estas cosas pueden discutirse—, la diversión, las enseñanzas y los beneficios que recibirá el lector harán que esa cuestión quede completamente al margen. Por ese motivo, y sin más explicaciones, considera que brinda un gran servicio al mundo con su publicación.

SALGO AL MAR

Nací en el año de 1632 en la ciudad de York, en una buena familia aunque no originaria del país, pues mi padre era un extranjero de Bremen que se había instalado en Hull. Allí alcanzó una buena posición como comerciante, pero abandonó sus negocios y se mudó a York donde se casó con mi madre, que pertenecía a la familia Robinson. Como era un apellido importante en la región, me llamaron Robinson Kreutznaer, pero debido a la habitual modificación en la pronunciación que se hacía en Inglaterra nos acabaron llamando «Crusoe», apellido que nosotros mismos terminamos adoptando y escribiendo y con el que me han conocido siempre mis camaradas.

Yo era el menor de tres hermanos. El mayor fue un teniente coronel de un regimiento inglés de infantería en Flandes, antes dirigido por el famoso coronel Lockhart, y que murió en la batalla a las afueras de Dunquerque contra los españoles. Jamás supe qué fue de mi otro hermano, igual que mi padre y mi madre jamás supieron qué fue de mí.

Como era el menor y no había aprendido ningún oficio, desde muy pronto mi cabeza comenzó a llenarse de pensamientos dispersos. Mi padre, que era muy mayor, me había dado una buena educación, la mejor que podía obtenerse en casa y en las escuelas públicas rurales, y había preparado todo para que estudiara leyes, pero lo único que yo ansiaba era salir al mar y esa voluntad me llevó a enfrentarme con tanta fuerza al deseo, mejor dicho a las órdenes de mi padre, y a todas las sugerencias y súplicas de mi madre y del resto de mis amigos, que se podría decir que ya entonces había algo fatal en aquella inclinación natural mía que me empujaba directamente a la vida llena de miserias que acabaría sufriendo.

Mi padre, un hombre sabio y formal, me dio excelentes consejos para disuadirme de aquel proyecto que intuía en mí. Una mañana me llamó a su habitación, donde vivía confinado por la enfermedad de la gota, y discutió amablemente conmigo el asunto. Me preguntó qué razones tenía, además de mi inclinación al vagabundeo, para dejar mi casa paterna y mi país natal, donde podía tener acceso a los mejores contactos y donde, con dedicación y

esfuerzo, podría hacer una fortuna y llevar una vida cómoda y placentera. Me dijo que quienes viajaban al extranjero en busca de aventuras o bien eran hombres desesperados o extremadamente ambiciosos, que perseguían hacer fortuna por cuenta propia o conseguir la fama en proyectos poco ortodoxos, y que ambas cosas estaban o muy por encima o muy por debajo de mis posibilidades, pues a mí me correspondía un nivel intermedio que podría llamarse «el nivel más alto de la vida inferior» y que, en su experiencia, ése era el mejor estrato social, el más adecuado para la felicidad del hombre, ya que no se estaba expuesto a la miseria, a las dificultades, al trabajo ni al sufrimiento de la clase social más mecanizada, ni se vivía avergonzado por el orgullo, el lujo, la ambición ni la envidia de la clase más alta. Me dijo que podía juzgar la felicidad de ese nivel intermedio por una única evidencia: era la posición social que envidiaban todas las personas. Me dijo que hasta los mismos reyes habían lamentado habitualmente las terribles consecuencias de haber nacido bajo la carga de tener que llevar a cabo grandes empresas y habían deseado vivir en ese punto intermedio, entre lo sencillo y lo grandioso, y que como hombre sabio me daba su palabra de que era el nivel de vida más adecuado para encontrar la verdadera felicidad, que él mismo rezaba para no ser jamás ni rico ni pobre.

Me pidió que pensara en ello y añadió que no tenía duda de que yo mismo descubriría que las desgracias eran idénticas para los de arriba y los de abajo, pero que los del medio, a diferencia de los otros, sufrían menos desastres y no estaban tan expuestos a las vicisitudes como los ricos o los pobres. Es más, eran menos vulnerables a los males y a las dificultades del cuerpo y de la mente que aquellos que, debido a los vicios, a los lujos y a las extravagancias por un lado o al trabajo duro, a la necesidad y a la pésima o insuficiente alimentación por el otro, sufrían enfermedades derivadas de sus estilos de vida. Me dijo que aquel nivel social intermedio había sido creado para promover todo tipo de virtudes y alegrías, que la paz y la plenitud estaban a su servicio, que la sobriedad, la prudencia, la tranquilidad, la salud y la sociedad entera con todas sus tolerables diversiones eran bendiciones pensadas para quienes llevaban un nivel de vida intermedio, que de esta forma los hombres pasaban por el mundo en silencio, sin sobresaltos, y se marchaban tranquilamente sin avergonzarse jamás del trabajo de sus manos o de su mente, sin haberse entregado a una vida de esclavitud a cambio del pan de cada día, ni vivían acosados por unas circunstancias que les robaban la paz espiritual y el descanso físico, pero tampoco enfurecidos por una violenta envidia ni abrasados por la codicia de los grandes anhelos, sino deslizándose

por el mundo en medio de unas circunstancias favorables y probando con sensatez las dulzuras de la vida en vez de sus amarguras, sintiéndose felices y aprendiendo a ser conscientes cada día de esa felicidad.

Después de decirme aquello me urgió, con seriedad y de la manera más afectuosa, a que no hiciera el papel del joven ansioso y me lanzara a mí mismo a vivir miserias de las que estaba protegido por naturaleza, gracias a la clase social en la que había nacido, que no tenía la necesidad de procurarme el pan, que él me guiaría y se esforzaría por hacerme un justo lugar en aquel estrato social que tanto me recomendaba. Si no me sentía cómodo y feliz en aquel mundo, era por culpa de mi destino o de mis propios errores y en ese caso él no se hacía responsable, ya que aquellos consejos en los que me advertía que no tomara decisiones que sin duda me harían daño lo liberaban de sus obligaciones. En resumen, que me ayudaría si me quedaba, pero que no se haría responsable de mis desgracias alentándome a que me fuera. Para concluir, me dijo que tomara como ejemplo a mi hermano mayor, a quien también había dado los mismos sinceros consejos con el fin de que se mantuviera al margen de la guerra en los Países Bajos, pero al que no había logrado persuadir, pues sus deseos de juventud lo empujaban al ejército, y que finalmente había acabado muriendo. Dijo que jamás dejaría de rezar por mí, pero me dejaba claro que si no desistía de aquel camino tan absurdo, me marcharía sin la bendición de Dios y que cuando no tuviera a nadie tendría tiempo de sobra para reflexionar por qué había rechazado su consejo.

Noté que al terminar aquel discurso realmente profético (aunque supongo que mi padre no se daba cuenta entonces) las lágrimas le mojaban las mejillas, sobre todo al mencionar la muerte de mi hermano. Cuando señaló que me sobraría tiempo para reflexionar porque no tendría a nadie que me ayudara, estaba tan conmovido que se vio obligado a detenerse: me dijo que no podía continuar porque el corazón le oprimía el pecho.

Aquel discurso realmente me afectó —¿a quién no le habría afectado?— y decidí abandonar la idea de marcharme al extranjero, me quedaría en casa como deseaba mi padre, pero por desgracia a los pocos días me olvidé de todo y, en resumen, para evitar que mi padre me siguiera importunando decidí escapar de su casa unas semanas más tarde. De todas formas, debo aclarar que no actué tan apresuradamente como había deseado en mi primer impulso, sino que me llevé aparte a mi madre, en un momento en el que me pareció que estaba más relajada que de costumbre, y le expliqué que mi voluntad era ver el mundo, que jamás podría renunciar a aquel deseo, que lo mejor era que mi padre me diera su consentimiento porque de lo contrario me obligaría a

marcharme sin él, que tenía dieciocho años, que ya era demasiado tarde para comenzar como aprendiz en un comercio o como secretario de un abogado y que estaba seguro de que si lo hacía en poco tiempo terminaría huyendo para salir al mar. Le pedí que hablara con mi padre para convencerlo de que me permitiera hacer un viaje al extranjero, y si regresaba a casa porque no me había gustado la experiencia, entonces sí que ya no tendría la fantasía de salir y le prometía que me esforzaría el doble para recuperar el tiempo perdido.

Aquello enfureció muchísimo a mi madre. Me dijo que sabía que no tenía ningún sentido proponerle eso a mi padre porque él sabía demasiado bien cuál era mi objetivo como para dar su consentimiento a algo que terminaría haciéndome daño y que ella misma se preguntaba cómo podía pensar algo así después de un discurso como el que me había dado mi padre, después de aquellas palabras tan amables y tiernas que me había dirigido. En definitiva, si yo tenía intención de arruinarme la vida ellos no podían evitarlo, pero debía saber que jamás me darían su consentimiento; por su parte ella no haría nada en pos de mi destrucción para que nunca se pudiera decir que ella estaba de acuerdo con algo a lo que mi padre se había opuesto.

Aunque mi madre se negó a hablar con mi padre, más tarde me enteré de que le contó toda su discusión conmigo y que mi padre, tras mostrarse muy preocupado, le dijo dando un suspiro:

—Ese muchacho sería feliz aquí si se quedara, pero si se marcha al extranjero será el mayor desgraciado de la tierra. No puedo darle mi consentimiento.

Me fugué de casa un año más tarde y durante todo ese tiempo me mantuve obstinadamente sordo a las propuestas que me hicieron para que aprendiera algún oficio, discutiendo con mi madre y mi padre sobre su rígida oposición a lo que sabían que me pedía mi naturaleza. Un día que estaba en Hull, adonde había ido por casualidad y sin ningún propósito de fugarme, me crucé con un amigo que iba a partir a Londres en barco junto a su padre y me insistió a que me uniera mencionando la mayor tentación para un marinero, es decir, añadiendo que me saldría gratis. No lo consulté con mis padres, ni siquiera les envié una nota, simplemente dejé que se enteraran por otros, como seguramente acabó ocurriendo. Me marché sin la bendición de Dios ni la de mi padre, sin considerar las circunstancias ni las consecuencias, embarcándome rumbo a Londres el funesto primer día del mes de septiembre de 1651. Creo que jamás las desgracias de un joven aventurero comenzaron tan temprano ni terminaron tan tarde como las mías. En cuanto el barco zarpó de Humber el viento comenzó a soplar y el mar se agitó con violencia. Como

nunca antes había navegado, me sentía indescriptiblemente fatal a nivel físico y aterrado a nivel espiritual. Empecé a reconsiderar seriamente lo que estaba haciendo y con cuánta justicia estaba recibiendo el castigo divino por la pésima forma en la que había huido de la casa de mi padre y había abandonado mis obligaciones. Recordé los buenos consejos, las lágrimas de mi padre y los ruegos de mi madre, y mi conciencia, que aún no se había endurecido como lo haría a partir de ese día, me reprochaba el haberlos despreciado y el haber roto mi compromiso con Dios y con mi padre.

Todo esto mientras la tormenta crecía y el mar, sobre el que jamás había estado antes, se violentaba cada vez más, aunque nada comparado con lo que vería muchas veces más adelante, ni siquiera con lo que vi tan sólo unos días más tarde. Por entonces era más que suficiente para asustarme, ya que en ese momento era un marinero joven sin experiencia. Creía que cada ola nos tragaría y que cada vez que el barco se hundía en lo que imaginaba el fondo del mar o la grieta entre los picos de las olas, ya no volveríamos a salir a flote. Durante aquella agonía hice varias promesas: si Dios me perdonaba la vida en aquel primer viaje y me permitía volver a pisar tierra firme iría directamente a la casa de mi padre y jamás volvería a subir a bordo de un barco en mi vida, seguiría los consejos de mi padre y no me metería en problemas nunca más. Ahora comprendía muy bien la generosidad de sus palabras sobre la clase media, sobre cuán cómoda y fácil había sido su vida sin exponerse a tempestades en el mar ni a problemas en la costa; regresaría a la casa de mi padre como un auténtico hijo pródigo.

Aquellos sensatos pensamientos me acompañaron mientras duró la tormenta e incluso un poco más, pero al día siguiente el viento amainó, el mar estaba sereno y yo me habitué un poco más al barco, aunque durante la mañana seguí un poco mareado. Por la tarde el tiempo mejoró, el viento desapareció por completo y por fin tuvimos un atardecer precioso. Vimos una puesta de sol completamente despejada y así fue el amanecer del día siguiente. Casi no había viento y el mar estaba liso bajo el resplandor del sol, sentí que aquel era el mayor espectáculo que había visto en toda mi vida.

Había descansado durante la noche y ya no me sentía mareado sino feliz, contemplaba maravillado aquel mar que el día anterior se había mostrado tan severo y violento y que en tan poco tiempo había cambiado y se había vuelto calmo y agradable. Entonces, como para evitar que cumpliera mis buenos propósitos, mi amigo se acercó hasta mí.

—Bueno, Bob —me dijo dándome una palmada en el hombro—, ¿cómo lo llevas? Anoche te vi un poco asustado cuando soplaba la brisa.

—¿A eso lo llamas tú «brisa»? ¡Pero si fue una tormenta espantosa!

—¿Una tormenta? —contestó—. No seas tonto… ¿Una tormenta? ¡Pero si no fue nada! Estando en un buen barco y en mar abierto, uno no se preocupa por una borrasca como la de ayer, lo que pasa es que todavía no eres más que un marinero de agua dulce. Ven conmigo, Bob, vamos a prepararnos un buen ponche para olvidar lo de ayer. Fíjate qué hermoso día hace hoy.

Para pasar cuanto antes por esta lamentable parte de mi relato, contaré que hicimos lo que han hecho siempre los marineros: preparamos el ponche, me emborraché y en la debilidad de aquella noche ahogué todos mi remordimientos, todas mis reflexiones sobre el pasado y mis proyectos de futuro. Por decirlo pronto: mientras la superficie del mar recuperaba su suavidad y se restablecía la calma, la ansiedad de mis pensamientos desaparecía y yo olvidaba el miedo a ser tragado por aquellas aguas. Regresaron con fuerza mis antiguos deseos y olvidé por completo las promesas y juramentos que había hecho cuando estaba angustiado. Aún tuve algunos intervalos de reflexión en los que la sensatez intentó ganarme por momentos, pero me la quité de encima como si se tratara de una enfermedad. Me dediqué a beber en compañía y así logré controlar el regreso de aquellos «ataques» (como me gustaba llamarlos). En cinco o seis días vencí totalmente a mi buena conciencia tal y como hubiera hecho cualquier joven que no quisiera ser molestado por ella, pero todavía iba a tener que pasar otra prueba y la Providencia, como suele hacer en estos casos, me dejó sin excusas. Había decidido no tomar lo anterior como una advertencia, pero lo que sucedió a continuación fue una rotunda demostración en la que hasta el peor y más duro de los nuestros admitió haber sentido el peligro y pedido clemencia.

El sexto día de viaje entramos en las radas de Yarmouth. A pesar del buen tiempo habíamos avanzado muy poco después de la tormenta, porque teníamos el viento en contra. Tuvimos que echar ancla en las radas y quedarnos allí siete u ocho días porque seguíamos con el viento en contra, concretamente hacia el sudoeste. Durante esos días algunos barcos que venían de Newcastle tuvieron que hacer lo mismo, era una bahía en la que los barcos se detenían con frecuencia a esperar a que mejorara el viento para poder remontar el río.

Nosotros no estuvimos allí tantos días, pero el viento comenzó a soplar cada vez más fuerte, y al cuarto o quinto día se puso incluso peor. Considerando que aquellas radas eran tan buenas como cualquier puerto, que el anclaje estaba bien y que nuestras poleas eran muy resistentes, la tripulación no se preocupó, los hombres no se sentían en peligro y pasaban el

tiempo descansando o entre risas como suelen hacer los marineros, pero la mañana del octavo día el viento se puso a soplar con más fuerza y tuvimos que acomodar el mástil y dejar todo listo y ajustado para que el barco resistiera lo mejor posible. A mediodía, el mar subió aún más, los camarotes de proa se sumergieron bajo las olas y en un par de ocasiones nos pareció que habíamos perdido completamente el ancla, por lo que el capitán ordenó que tiráramos la segunda para asegurar el barco por los dos extremos con los cables estirados al máximo.

A aquella altura la tormenta ya era terrible y comencé a sentir el asombro y el miedo en la cara de los demás marineros. El capitán estaba atento a las maniobras del barco, aunque cada vez que pasaba a mi lado para entrar o salir de su cabina lo oía decir por lo bajo, como para sí mismo: «Señor, ten piedad de nosotros ¡Estamos perdidos!», y otras cosas por el estilo.

En aquellas primeras tormentas me comporté como un estúpido; me quedaba encerrado en mi camarote, que estaba entre los puentes, y no podría describir mi estado de ánimo. A duras penas podía volver a sentir aquellos primeros remordimientos que aparentemente había superado tan rápido y contra los que me había revelado con tanta fuerza. Pensaba que había superado el temor a la muerte y que aquella tormenta tampoco sería nada, como la anterior, pero cuando el propio capitán pasó a mi lado, como ya he dicho, rezando porque estábamos perdidos, volví a sentir un pánico aterrador, me puse en pie y salí del camarote. Jamás había visto un cielo tan funesto como aquél. Las olas se levantaban como montañas y caían sobre nosotros cada tres o cuatro minutos, todo lo que nos rodeaba era desolador. Dos de los barcos que habían anclado cerca del nuestro habían tenido que cortar sus mástiles a causa del sobrepeso y unos marineros de nuestro barco se pusieron a gritar que se había hundido un barco que estaba a menos de un kilómetro de distancia. Otros dos barcos que habían perdido el ancla se alejaban a la deriva, hacia mar abierto y sin mástil. Los barcos más livianos solían resistir mejor, pero vi dos o tres que pasaban alejándose a la deriva con las velas abiertas.

Por la tarde, el primer oficial y el contramaestre le suplicaron al capitán que les permitiera cortar el palo de trinquete, pero él se opuso. El contramaestre protestó diciendo que, si no lo hacían el barco se hundiría, y entonces el capitán aceptó, pero cuando lo cortaron, el mástil principal quedó suelto y comenzó a sacudir tanto el barco que se vieron obligados a cortarlo también, dejando la cubierta completamente despejada.

No es difícil imaginar el estado de ánimo en que me encontraba yo, un marinero recién estrenado que no mucho antes se había aterrorizado con una

pequeña brisa, pero si se me permite relatar a distancia mis pensamientos de entonces, recuerdo que estaba diez veces más asustado por haber abandonado mis promesas y haber regresado a mis antiguas convicciones de lo que lo estaba ante la mismísima posibilidad de la muerte. Todo eso, sumado al miedo de la tormenta, me tenía sumido en un estado que no puedo describir con palabras. Pero aún no había llegado lo peor: la tormenta continuó con tanta furia que los marineros llegaron a admitir que era la peor que habían visto en sus vidas. El barco era muy bueno, pero sufría sobrepeso y se bamboleaba tanto con las olas que a cada minuto algún marinero se ponía a gritar que nos estábamos yendo a pique. Gracias a Dios yo no entendía muy bien qué significaba «irse a pique» hasta que pregunté más tarde. La tormenta era tan violenta que vi lo que no suele verse en el oficio: el capitán, el contramaestre y algunos otros más sensibles que el resto rezaban convencidos de que el barco se hundiría de un momento a otro. Para aumentar nuestras desgracias, en mitad de la noche uno de los hombres que había bajado para comprobar si teníamos alguna grieta gritó que efectivamente había una, y otro más gritó que el agua en la bodega superaba el metro de altura. Nos llamaron a todos para que bajáramos a poner en marcha la bomba y sentí que el corazón me dejaba de latir y caí de espaldas sobre la cama en mi camarote, donde estaba sentado. Unos hombres me despertaron y me dijeron que aunque antes no hubiera podido ayudar ahora podía bajar a bombear tan bien como cualquier otro. Me puse de pie rápidamente, bajé hasta donde estaba la bomba y me esforcé con energía. Mientras estábamos en eso, el capitán vio las luces de unos barcos mineros que, al no poder resistir la tormenta, habían tenido que levar anclas y salir al mar. Cuando pasaron a nuestro lado, el capitán ordenó disparar un cañonazo en señal de socorro. Como yo no sabía qué significaba todo aquello, me sorprendí tanto que pensé que el barco se había quebrado o que había ocurrido algo catastrófico. En otras palabras, estaba tan sorprendido que me desmayé. Como era una emergencia en la que cada uno estaba preocupado por su propia vida, nadie se preocupó por la mía y un hombre que bajó hasta la bomba me apartó con el pie y me dejó allí tirado porque me creía muerto. Pasó un buen rato hasta que recuperé la conciencia.

Continuamos nuestro trabajo en la bomba pero el agua de la bodega seguía subiendo y todo indicaba que el barco iba a hundirse. A pesar de que la tormenta había comenzado a amainar, habría sido imposible mantenernos a flote hasta llegar a puerto, por lo que el capitán siguió disparando para pedir auxilio. Un barco liviano que se había soltado y que estaba justo frente a nosotros se animó a enviarnos un bote. Se acercó corriendo un gran peligro,

pero a nosotros nos resultaba imposible subir y a ellos, mantener el bote a nuestro lado; remaron con todas sus fuerzas arriesgando sus vidas para salvarnos hasta que uno de los nuestros arrojó un cable con una boya a la popa del bote y, tras dar varias vueltas y con gran esfuerzo, pudieron asirlo. Tiramos con fuerza para acercarlos a nuestra popa y por fin logramos subirnos. No tenía sentido regresar a su barco, de modo que acordamos dejarnos llevar por la corriente tratando de mantener el bote paralelo a la costa. Nuestro capitán les prometió que si el bote se rompía al llegar a la orilla los compensaría. De aquel modo, remando a ratos y a ratos dejándonos llevar por la corriente, llevamos el bote hacia el norte, inclinándonos hacia la costa casi hasta llegar a Winterton Ness.

Apenas quince minutos después de abandonar nuestro barco vimos cómo se hundía y entonces comprendí lo que significaba que un barco se fuera a pique. Debo admitir que apenas tuve el valor de levantar los ojos cuando me dijeron que se estaba hundiendo, pues desde el momento en que me subieron al bote (no puedo decir que lo hiciera yo solo) mi corazón se había detenido, en parte por miedo de lo ya vivido y en parte por el terror de lo que pensaba que me aguardaba todavía.

Mientras nos encontrábamos en esta situación —los hombres seguían esforzándose con los remos para mantener el bote cerca de la orilla—, veíamos (cada vez que remontábamos una ola podíamos ver la costa) que en la costa había bastantes personas que corrían por la playa para ayudarnos cuando nos acercáramos. Pero avanzábamos muy despacio y no conseguimos alcanzar la costa hasta que pasamos el faro de Winterton, donde la playa sobresalía por el oeste hacia Cromer y la tierra misma nos protegía un poco de la violencia del viento. Entonces entramos y, con bastante dificultad, desembarcamos a salvo. Fuimos a pie hasta Yarmouth donde, al considerarnos víctimas, nos trataron con una gran generosidad tanto los magistrados del pueblo, que nos asignaron un buen alojamiento, como los comerciantes y los dueños de los otros barcos. Entre todos nos dieron dinero suficiente como para llegar a Londres o regresar a Hull, según fuera la voluntad de cada uno.

Si en ese momento hubiese tenido la sensatez de regresar a Hull a la casa de mis padres, hubiese sido un hombre feliz. Mi padre, al igual que en la parábola de nuestro señor Jesucristo, habría matado su mejor ternero para mí, y es que pasó mucho tiempo desde que se enteró de que el barco en el que había huido se había ido a pique en las radas de Yarmouth hasta que tuvo la certeza de que no me había ahogado en él.

Pero mi funesto destino me guiaba entonces con una obstinación capaz de resistirlo todo, y aunque varias veces sentí la llamada de la sensatez y el buen juicio diciéndome que regresara a casa, nunca tuve poder para hacerlo. No sé cómo llamarlo, tampoco pienso que se tratara de una fuerza secreta que me empujaba a ser partícipe de mi propia destrucción. Aunque la hubiese tenido enfrente, me habría dirigido hacia ella con los ojos abiertos. Sólo se podía tratar de una desgracia inapelable, inevitable y de la cual no tenía posibilidades de escapar por haberme dejado llevar de aquella manera contra los sensatos razonamientos de mi conciencia y sin atender a las dos evidentes advertencias que había recibido durante mi primer viaje.

Mi amigo, el hijo del capitán que antes me había ayudado a endurecerme, estaba ahora menos decidido que yo a seguir adelante. Dos o tres días después de llegar a Yarmouth se acercó a mí por primera vez, pues nos habían repartido en diferentes alojamientos, y me pareció que le había cambiado la voz. Parecía melancólico y confundido, me preguntó cómo estaba, me presentó a su padre y le contó que había embarcado en aquel viaje como un primer acercamiento para viajar al extranjero. El padre me miró y, con un tono grave y preocupado, me dijo:

—No vuelvas a embarcarte nunca más. Debes tomarte esto como una clara señal de que no estás hecho para la vida en el mar.

—¿Por qué lo dice, señor? ¿Usted tampoco regresará al mar?

—Es diferente —me contestó—, es una decisión mía y por lo tanto es mi responsabilidad, pero si este viaje era una prueba para ti, esto es lo que el Cielo ha designado que te espera si te empeñas en insistir. Tal vez toda esta desgracia ha sucedido por tu culpa, como le pasó a Jonás en el barco que lo llevaba a Tarsis. ¿Cómo te llamas? ¿Por qué has embarcado?

Le conté parte de mi historia y tras escucharla estalló en un extraño arrebato.

—¡Qué he hecho para que un infeliz como tú subiera a mi barco! No volvería a poner un pie en un barco en el que estuvieras tú ni por 1000 libras esterlinas.

Como ya he dicho, fue una explosión extraña, supongo que aún estaba angustiado por su pérdida y fue más allá de lo que su autoridad le permitía. Al final me habló con un tono grave, me insistió para que regresara a la casa de mi padre y para que no desafiara más a la Providencia. Me dijo que si no lo hacía, la mano de Dios se levantaría en mi contra.

—Y no dudes de que acabará sucediendo —dijo—. Adonde vayas sólo encontrarás desgracias y fracasos hasta que se hayan cumplido las palabras de

tu padre.

ME CAPTURAN LOS PIRATAS

No llegué a contestarle nada importante y jamás volví a cruzarme con él, tampoco sé qué fue de mi amigo. Poco después me marché a Londres por tierra aprovechando que tenía algo de dinero. Durante el camino reflexioné sobre qué tipo de vida debía llevar, si regresar a casa o salir al mar, y con esas dudas continué durante mi estancia en la ciudad.

La vergüenza me disuadía de regresar a casa, pues imaginaba cómo se reirían de mí los vecinos y cuán humillado me sentiría cuando me vieran no sólo mi madre y mi padre, sino todos los demás. Desde entonces he observado cuán incoherente e irracional es el sentido común de los hombres, en especial el de los jóvenes, ya que no se avergüenzan de pecar, sino de arrepentirse de sus pecados; no se avergüenzan de los actos por los que merecen ser considerados unos verdaderos estúpidos, sino que se avergüenzan de admitir su estupidez; algo que, sin duda, los haría parecer más sabios.

En aquel estado de confusión seguí durante un tiempo, inseguro sobre qué decisiones debía tomar y qué tipo de vida debía seguir. Sentía una inevitable reticencia a volver a casa y cuánto más dudaba, más se desvanecía el recuerdo de la angustia que había sufrido. Así disminuía también aquella mínima intención de regresar a casa, hasta que llegó un momento en que la aparté definitivamente de mí y comencé a buscar un nuevo viaje.

La funesta influencia que me había empujado primero a abandonar la casa de mi padre y que me había inyectado después la salvaje y absurda idea de probar fortuna por ahí, que había impreso aquellos deseos con tanta fuerza que me habían ensordecido para no dejarme oír los buenos consejos, las súplicas y hasta las órdenes de mi padre, esa misma influencia, fuera lo que fuera, me indujo a decidirme por la peor de las opciones: me embarqué en un navío que se dirigía a las costas de África o, como lo llamaban vulgarmente el resto de los marineros, en un viaje a Guinea.

En todas mis aventuras, mi peor error fue no embarcar como marinero. Está claro que como marinero hubiera trabajado más, pero con el tiempo habría llegado a aprender el oficio y las responsabilidades de un

contramaestre, sin duda habría podido ascender a primer oficial o teniente, incluso a capitán, pero mi destino era elegir siempre la peor opción, eso es lo que he elegido toda la vida: por tener algo de dinero en el bolsillo y llevar buena ropa, siempre me embarqué como un señor y por lo tanto jamás aprendí a realizar ninguna tarea marítima.

En Londres tuve la suerte de caer en buenas manos, algo que no suele sucederle a los jóvenes que están perdidos sin rumbo como yo lo estaba entonces, pues el demonio suele tenderles trampas desde el principio. Pero ése no fue mi caso. Muy pronto conocí al capitán de un barco que había estado en Guinea y, como le había ido muy bien allí, había decidido regresar. El hombre disfrutaba de mi conversación, que por entonces era bastante buena, y cuando le comenté que deseaba ver el mundo me dijo que si iba con él no me cobraría el viaje, podía embarcar como su compañero de mesa y si quería, podía llevar algunas mercancías para vender durante el viaje y tener de ese modo algún incentivo extra.

Acepté la oferta y entablé amistad con el capitán, un hombre honesto y sencillo. Partí de viaje con él llevando un pequeño lote de productos que, gracias a su desinteresada honestidad, llegué a aumentar de forma considerable. Siguiendo su consejo llevé alrededor de cuarenta libras en juguetes y baratijas. Había reunido aquella suma gracias a la ayuda de unos parientes con los que había mantenido correspondencia y quienes, supongo, convencieron a mi padre o al menos a mi madre de que aportaran algo a mi primer viaje.

De todas las aventuras de mi vida, aquél fue mi único viaje exitoso y se lo debo a la integridad de mi amigo el capitán, quien además me enseñó algo de matemáticas y reglas de navegación, me instruyó sobre cómo llevar la bitácora de viaje y sus anotaciones y, en definitiva, me ayudó a comprender el abecé de un marinero. Como él disfrutaba enseñándome, yo disfrutaba aprendiendo. En resumen, aquel viaje me convirtió no sólo en un marinero, sino también en un comerciante: regresé con cinco libras y nueve onzas de oro en polvo que, al llegar a Londres, me dieron una ganancia de casi trescientas libras esterlinas que sirvieron para alimentar mi ambición y que acabaron por empujarme a la ruina.

A pesar de que fue un viaje exitoso sufrí algunas desgracias, la principal de ellas fue que la mayor parte del tiempo enfermé con fuertes calenturas debido al clima excesivamente cálido. Nuestro negocio se hacía sobre todo en la costa, que estaba a unos quince grados hacia el norte, casi en la línea del trópico.

Yo estaba decidido a convertirme en un comerciante en Guinea pero, para mi desgracia, mi amigo falleció al regresar a Londres, por lo que debí hacer el mismo viaje y en el mismo navío, pero ahora dirigido por el anterior primer oficial. Aquél fue el peor viaje de la historia de la navegación. Yo llevaba menos de cien libras de mi reciente fortuna y había dejado las doscientas restantes al cuidado de la viuda de mi amigo, que había sido muy generosa conmigo. Padecí grandes infortunios. El primero de todos sucedió cuando el barco atravesaba las islas Canarias, o mejor dicho cuando viajaba entre ellas y la costa africana: fuimos sorprendidos en un sombrío amanecer por un barco pirata turco de Salé, que comenzó a perseguirnos a toda vela. Nosotros extendimos también todas las nuestras, o todas las que podían soportar nuestros mástiles, para escapar pero como sabíamos que los piratas nos iban a acabar alcanzando en unas horas y nos iban a abordar, nos preparamos para la lucha. En nuestro barco había doce cañones y en el de ellos, dieciocho. Nos alcanzaron alrededor de las tres de la tarde y por error nos abordaron de costado en vez de hacerlo por la popa, como era su intención. Colocamos ocho cañones de ese lado para resistir el combate y eso los obligó a desviarse después de intentar el ataque con la fusilería de los casi doscientos hombres que iban a bordo. Por suerte, ninguno de los nuestros resultó herido. Los piratas se prepararon para volver a atacar y nosotros para volver a defender, pero como estábamos todos en la cubierta lo hicieron por el otro costado y sesenta hombres lograron subir a bordo. Se pusieron directamente a cortar y a destruir los puentes y el cordaje. Les disparamos, les dimos con picas, les arrojamos pólvora y cosas por el estilo, y dos veces conseguimos echarlos de nuestra cubierta. Para no extenderme más en esta parte tan triste del relato diré que con el barco inutilizado, tres de los nuestros muertos y ocho más heridos, no tuvimos más opción que rendirnos. Fuimos llevados como prisioneros a Salé, un puerto que pertenecía a los moros.

El trato que me dieron allí no fue tan terrible como esperaba. No me llevaron a través del país hasta la corte del emperador, como al resto de nuestros hombres, sino que el capitán del barco pirata decidió quedarse conmigo como botín personal y, dado que era joven y listo, me retuvo como esclavo. Me sentí completamente abatido ante aquel inesperado cambio de situación, de ser un comerciante pasaba a ser un esclavo. Volví a recordar el profético discurso de mi padre en el que me había dicho que me convertiría en un desgraciado y que no tendría a nadie que me ayudara. Me parecía que se cumplía tan cabalmente que ya no podía sucederme nada peor, la mano de Dios había caído con fuerza sobre mí, estaba perdido y no parecía que fuera a

encontrar salvación. Pero ¡qué ingenuo era! Aquello no era más que una pequeña muestra de la miseria que aún me quedaba por sufrir, como se verá más adelante.

Como mi nuevo patrón o capitán me había trasladado a su casa, tenía la esperanza de que me llevara con él al mar cuando zarpara; tarde o temprano sería capturado por la armada española o portuguesa y entonces recuperaría mi libertad. Pero perdí esa esperanza cuando el capitán se marchó solo, dejándome a cargo de su pequeño jardín y del resto de los monótonos trabajos domésticos que realiza cualquier esclavo. Cuando regresó, me ordenó que me quedara a bordo para custodiar el barco.

En lo único en lo que pensaba entonces era en escapar, pero no lograba encontrar ni una sola forma que resultara mínimamente viable. No encontraba ninguna alternativa razonable, porque no tenía a nadie que quisiera escapar conmigo. Ningún esclavo era amigo mío y no había ningún otro inglés, irlandés o escocés, aparte de mí. Así pasé dos años y aunque a veces me complacía imaginar huidas posibles, jamás encontré ni la más mínima y alentadora posibilidad de intentarlo.

Al final del segundo año se dio una situación muy extraña que hizo que renaciera aquel viejo pensamiento de hacer algo por recuperar mi libertad. El patrón pasaba cada vez más tiempo en casa y no mantenía el equipamiento del barco por falta de dinero, según llegué a escuchar. Una o dos veces por semana sacaba el bote del barco para ir a pescar y a veces más, si hacía buen tiempo. Siempre nos llevaba a mí y a un joven moro con él para que remáramos. Estaba muy satisfecho con nosotros, especialmente conmigo, pues me había vuelto bastante diestro en el arte de la pesca, tanto que a veces me enviaba con un pariente suyo y con el joven moro a pescar algo para el almuerzo.

En una de esas ocasiones, salimos una mañana muy tranquila y de pronto se levantó una niebla tan espesa que, a pesar de estar a media legua de la costa, la perdimos totalmente de vista. Nos pusimos a remar sin saber hacia dónde y así seguimos durante todo aquel día y también durante la noche. Al amanecer descubrimos que, en vez de acercarnos a la orilla, habíamos estado remando mar adentro y que nos encontrábamos por lo menos a dos millas de la orilla. Conseguimos regresar haciendo un esfuerzo descomunal y corriendo un gran peligro, pues por la mañana el viento había comenzado a soplar con mucha fuerza y estábamos famélicos.

El patrón tomó nota del episodio, decidió tomar precauciones y como aún conservaba el bote de remos que había pertenecido a nuestro barco inglés,

decidió que ya no saldría a pescar sin brújula y sin provisiones. Le ordenó al carpintero de su barco, otro esclavo inglés, que construyera un pequeño camarote o cabina en el centro del bote, como en las barcazas, con espacio suficiente en la popa para que se pudiera largar la vela mayor y en la proa, para que dos hombres pudiesen manipular las velas. Al final el bote navegaba con una vela que llamábamos «chuleta de cordero» y con la bomba sujeta al techo de la cabina, en cuyo interior había espacio suficiente para que el patrón pudiera descansar junto a uno o dos esclavos, y para una mesa para comer y un par de armarios en los que guardaba las botellas de licor pero, sobre todo, su pan, su arroz y su café.

Ahora salíamos siempre en aquel bote y, como yo era el más diestro en la pesca, el patrón jamás salía sin mí. En cierta ocasión invitó a dos o tres moros reconocidos del lugar a salir de paseo o de pesca, por lo que nos ordenó que aprovisionáramos el barco con lo mejor. La noche anterior nos ordenó que lleváramos a bordo las provisiones y me envió a mí a preparar la pólvora y las municiones para tres escopetas que llevaríamos a bordo pues, además de pescar, tenía intención de cazar.

Preparé todo tal y como me había ordenado y a la mañana siguiente lo esperé con el barco impecable, su antigüedad y sus colgantes enarbolados y todo lo demás listo para recibir a los invitados, pero mi patrón finalmente llegó solo y me dijo que los invitados habían cancelado el paseo por algún imprevisto en sus negocios. Como siempre, me ordenó que fuera a pescar con el moro que era su pariente y con el joven, pues los invitados iban a ir a cenar esa misma noche a su casa. Me ordenó que regresara ni bien tuviera algunos pescados y yo me dispuse a la tarea.

LOGRO ESCAPAR DEL PIRATA DE SALÉ

Comenzaron a crecer de nuevo en mi interior los viejos proyectos de libertad en el mismo instante en que comprendí que iba a tener un pequeño barco a mi cargo. Cuando el patrón se fue, preparé las cosas no tanto para salir de pesca como para emprender viaje aunque no sabía, ni me detuve a pensar entonces, hacia dónde debía navegar: cualquier sitio me parecía mejor que aquél.

Mi primera medida fue buscar un pretexto para que el pariente subiera a bordo más provisiones. Le dije que no correspondía que comiéramos el pan de nuestro patrón y me contestó que tenía razón. Subió al barco una canasta de esos biscotes o galletas que tanto les gustan a ellos y tres vasijas con agua fresca. Yo sabía en qué lugar solía guardar el patrón aquella caja con botellas de alcohol que, por la marca, se notaba que habían sido robadas de la bodega de algún barco inglés. Las subí al barco en un momento en que el pariente estaba en la playa y las acomodé como si hubieran estado allí desde mucho antes. Subí también un gran bloque de cera que debía de pesar como veintidós kilos, un rollo de bramante o hilo, un hacha, un serrucho y un martillo que más adelante me serían de gran ayuda, sobre todo la cera para hacer velas. A continuación ideé otra trampa, en la que cayó con gran ingenuidad. Su nombre era Ismael, pero lo llamaban Muly o Moely. Le grité:

—¡Moely! Las pistolas del patrón están en el barco, ¿podrías traer un poco de pólvora y balas por si nos cruzamos con alcamares (unas aves silvestres parecidas a nuestros chorlitos)? Yo sé dónde guarda el patrón las escopetas.

—De acuerdo —me contestó—, subiré enseguida.

Trajo un morral de cuero con medio kilo o más de pólvora y otro que pesaba dos o tres kilos lleno de balas. Yo acababa de encontrar un poco de pólvora en la cabina principal y la usé para rellenar la botella más grande que había, traspasando antes el contenido que quedaba a otra. De aquel modo, provistos de todo lo que podíamos necesitar, salimos de pesca. Los que custodiaban la torre de entrada al puerto nos conocían y no nos prestaron atención. Cuando nos alejamos a unas dos millas, decidimos recoger las velas

y comenzar a pescar. El viento soplaba desde el norte o el noreste, no era lo que había esperado. Si hubiera soplado del sur estaba seguro de que habría podido alcanzar la costa de España, al menos la bahía de Cádiz, pero estaba decidido a marcharme de aquel espantoso sitio y no me importaba adónde me llevara el viento, eso lo dejaba en manos del destino.

Estuvimos pescando un rato, pero como no sacamos nada (cada vez que un pez picaba mi anzuelo, yo lo dejaba escapar), le dije:

—Aquí no pican, no conseguiremos los peces que quiere el patrón, lo mejor es que nos alejemos un poco.

El pariente estuvo de acuerdo y, como no intuía ninguna amenaza, desplegó las velas en la proa. Yo estaba al timón, llevé el barco unas cinco millas más lejos y luego fingí que me disponía a pescar. Le di el timón al más joven y me dirigí hacia donde estaba el pariente. Me detuve detrás de él como si fuera a recoger algo a sus espaldas, lo cogí por sorpresa con el brazo debajo de la cintura y lo empujé con fuerza al mar. Subió de inmediato a la superficie pues flotaba como un corcho, y me llamó a gritos, me suplicó que le permitiera subir, juró que se iría conmigo hasta el fin del mundo. El viento era suave y seguía el barco a nado con tanta fuerza que me pareció que iba a alcanzarme en cualquier momento. Fui hasta la cabina, cargué una de las escopetas, le apunté y le dije que no lo había herido hasta ahora, pero que lo haría si no desistía de su intención de subir al bote.

—El mar está tranquilo y tú nadas lo bastante bien como para llegar a la orilla. Si intentas salvarte no te haré daño, pero si te acercas al barco te meteré un tiro en la cabeza, porque estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperar mi libertad.

Se alejó nadando hacia la orilla. No tengo ninguna duda de que la alcanzó sin esfuerzo, porque era un excelente nadador.

Habría sido más útil llevarme al pariente y dejar al muchacho aunque se ahogara, pero no podía correr el riesgo de confiar en él. Cuando lo perdí de vista me di la vuelta y le dije al muchacho, al que llamaban Xury:

—Xury, si me prometes que serás fiel te llevaré conmigo, pero si no te pasas la mano por la cara —aquél era el gesto con el que prometían por Mahoma y por la barba de su padre— me veré obligado a arrojarte al mar a ti también.

El muchacho me sonrió y me habló con tanta inocencia que no pude desconfiar de él. Prometió que me sería fiel y que me acompañaría.

Mientras estuvimos a la vista del pariente que se alejaba nadando, mantuve el barco hacia mar abierto y un poco inclinado contra el viento para

que creyeran que habíamos huido hacia la boca del estrecho (como hubiese hecho cualquiera en su sano juicio). ¿Quién iba suponer que en realidad nos estábamos dirigiendo hacia el sur, hacia esa costa verdaderamente salvaje en la que naciones enteras de negros nos rodearían con sus canoas para destruirnos, donde jamás podríamos acercarnos a la orilla porque nos devorarían animales feroces o incluso hombres feroces, aún más despiadados que las bestias?

Por la tarde, en cuanto comenzó a caer el sol, cambié el rumbo y dirigí el bote hacia el sureste, inclinándome un poco más hacia el este para no perder la costa. Como había buen viento y el mar estaba suave, navegamos con tanta firmeza que creo que a las tres de la tarde del día siguiente, cuando volví a ver tierra, debíamos de encontrarnos a más de doscientos cincuenta kilómetros de Salé, demasiado lejos de los dominios del emperador de Marruecos o de cualquier otro rey en los alrededores, pues no vi ni a una sola persona.

Pero era tanto el miedo que le había cogido a los moros y el temor de volver a caer en sus manos que ni siquiera pensé en detenerme, atracar o anclar. El viento se mantuvo bien y seguí navegando otros cinco días. Cuando el viento cambió y se puso a soplar hacia el sur llegué a la conclusión de que si algún barco había salido a buscarnos ya se habría dado por vencido, y fue entonces cuando me animé a acercarme a la costa. Eché el ancla en la desembocadura de un pequeño río desconocido. No sabía dónde estaba, en qué latitud, país, región ni en qué aguas. Tampoco veía, ni deseaba ver, a ningún ser humano: lo único que quería era un poco de agua fresca. Entramos al riachuelo por la tarde y decidí que en cuanto cayera la noche me acercaría a tierra a nado para averiguar de qué país se trataba, pero al anochecer empezamos a oír una cantidad de rugidos y aullidos tan aterradores que el muchacho estuvo a punto de desfallecer y me suplicó que no nadáramos hacia la costa hasta que brillara la luz del sol.

—De acuerdo, Xury, no iré. Pero ya sabes que de día corremos el riesgo de cruzarnos con hombres y que ésos son aún más peligrosos que los leones.

—Entonces disparos —dijo Xury, riéndose—, hacemos huir.

Xury había aprendido el idioma conversando con nosotros, los esclavos. Me gustaba ver al muchacho tan animado y, para consolarlo, le ofrecí un trago (de una de las botellas que saqué de las cajas del patrón). Después de todo, la sugerencia de Xury era buena y la hice mía. Arrojamos la pequeña ancla y nos quedamos quietos toda la noche. Digo «quietos» porque no pudimos dormir. En las primeras dos o tres horas vimos a unas criaturas enormes e increíbles (no sabíamos cómo llamarlas) de diferentes especies que

bajaban a la orilla y se metían en el agua, se revolcaban y bañaban sólo por el placer de refrescarse mientras largaban gritos y aullidos espantosos; jamás volví a escuchar nada parecido.

Xury estaba aterrado y, en el fondo, también lo estaba yo, pero nos asustamos aún más cuando vimos que una de aquellas poderosas criaturas se acercaba al barco nadando. No pudimos verla con claridad, pero por su respiración nos dábamos cuenta de que tenía un tamaño monstruoso y de que estaba furiosa. Xury dijo que era un león y tal vez lo fuera, yo no tenía idea. El pobre Xury me pidió a gritos que leváramos el ancla y nos alejáramos remando.

—No. Mejor soltemos el cable con la boya y alejémonos un poco, no nos puede seguir demasiado.

En cuanto dije aquello me di cuenta de que la criatura (o lo que fuera) estaba a menos de dos remos de distancia, cosa que me sorprendió. Fui corriendo a la cabina, busqué la escopeta y le disparé. Dio media vuelta al instante y regresó a la orilla.

Es imposible describir los aterradores sonidos, los espeluznantes gritos y aullidos que se alzaron tanto en la orilla como tierra adentro con el sonido del disparo, un sonido que —supongo— aquellas criaturas no habían oído jamás. Eso terminó de convencerme de que no debíamos acercarnos por la noche por mucho que hacerlo de día también me preocupara, ya que caer prisioneros de cualquier salvaje hubiera sido tan nefasto como hacerlo en las garras de los leones o los tigres.

Fuera como fuera, estábamos obligados a ir a la orilla de alguna manera a buscar agua, porque ya no nos quedaba ni medio litro. La cuestión era decidir cuándo y cómo. Xury me dijo que si le permitía ir a la costa con una de las tinajas, él buscaría agua fresca y me la traería al bote. Le pregunté por qué quería hacerlo, por qué no prefería que fuera yo mientras él se quedaba en el bote. El muchacho me contestó con tanto cariño que se ganó mi afecto para siempre:

—Si se acercan los hombres salvajes, me comen y tú escapas.

—De acuerdo. Iremos juntos. No nos comerán a ninguno de los dos.

Le di uno de los biscotes para que comiera algo y un trago de una de las botellas que había en la caja del patrón, como dije antes. Acercamos el bote hasta donde nos pareció prudente y fuimos nadando a la orilla sin nada más que nuestros brazos y nuestras dos tinajas.

No quería perder de vista el bote por temor a que se acercaran los salvajes en canoas. El muchacho distinguió un terreno bajo más o menos a un

kilómetro y medio, y fue caminando hasta allí. Al rato vi que regresaba corriendo. Pensé que lo perseguían salvajes o que se había asustado por alguna bestia furiosa y empecé a correr hacia él para ayudarlo, pero mientras me acercaba vi que traía algo colgando al hombro. Había disparado a un animal que parecía una liebre, pero de otro color y con piernas más largas. Nos alegró muchísimo, tenía buena carne, aunque la mejor noticia que me dio Xury es que había encontrado un sitio con agua fresca y en el que no había hombres a la vista.

Poco más tarde nos dimos cuenta de que no debíamos preocuparnos por el agua, pues subiendo un poco por el riachuelo en el que estábamos descubrimos que, al bajar la marea, aparecía una corriente de agua fresca. Llenamos las tinajas, nos apresuramos a comer la liebre y regresamos sin haber visto ni la huella de un hombre en la zona.

Había navegado antes por aquellas costas y sabía que no muy lejos de allí estaban las islas Canarias y las de Cabo Verde, pero como no tenía los instrumentos para saber exactamente dónde nos encontrábamos ni en qué latitud se encontraban las islas, o al menos no lo recordaba, no sabía hacia dónde navegar ni en qué lugar separarme de la costa mar adentro. Supongo que con un poco de ayuda las hubiese encontrado. Mis esperanzas estaban puestas en que, si me mantenía navegando por aquella costa hasta las rutas por las que transitaban los ingleses, tarde o temprano me cruzaría con alguna embarcación en su ruta habitual, y ellos nos aceptarían a bordo.

Según mis mejores cálculos nos encontrábamos en la región que se extendía entre los dominios del emperador de Marruecos y el de los negros, una porción de tierra habitada sólo por animales que los negros habían abandonado al huir hacia el sur y que a los moros no les interesaba demasiado debido a su aridez. De hecho ambos la habían abandonado por miedo a los tigres, leones, leopardos y demás criaturas violentas que deambulaban por ahí. Los moros sólo iban de caza, cosa que hacían como si fuera una acción militar, con dos mil o tres mil hombres por batida, por eso durante ciento cincuenta kilómetros lo único que vimos fue una porción de tierra deshabitada durante el día, y llena de aullidos y rugidos de animales salvajes por la noche.

Un par de veces me pareció divisar el pico de Tenerife, la parte más alta de la montaña de Tenerife en las islas Canarias, y quise arriesgarme con la esperanza de llegar de una vez. Lo intenté, pero debí desistir enseguida porque tenía el viento en contra y la marea estaba demasiado alta para mi pequeño bote. Al final decidí mantener mi rumbo y seguir en paralelo a la costa.

Cuando dejamos atrás aquella región también nos vimos obligados a detenernos varias veces para buscar agua fresca en tierra. En una ocasión, nos detuvimos a primera hora de la mañana frente a un peñón y, como la marea estaba empezando a subir, nos quedamos allí para que nos acercara a tierra. Xury, que al parecer tenía mejor ojo que yo para ciertas cosas, me llamó y me dijo que sería mejor alejarnos un poco de la costa.

—Mire, porque un monstruo espantoso dormido en colina.

Miré hacia donde me señalaba y efectivamente distinguí una criatura horrible, un león enorme que estaba recostado en la playa a la sombra de la saliente del peñón, que se extendía como si quisiera protegerlo.

—Xury, ¿por qué no vas a la playa y lo matas?

Me miró asustado y respondió:

—¡Yo matarlo! Me comerá de un boca.

De un «bocado», quiso decir. No lo corregí, pero le ordené que se quedara quieto. Busqué la escopeta más grande que teníamos, pesada como un mosquete, y la cargué con suficiente pólvora y dos balas. La apoyé en el suelo y cargué otra pistola también con dos balas. La tercera (teníamos tres armas a bordo), la cargué con cinco balas de menor calibre. Con la primera apunté lo mejor que pude a la cabeza, pero como estaba echado cubriéndose el hocico con las patas, la bala le dio en una de ellas a la altura de la rodilla y le quebró el hueso. Intentó ponerse de pie gruñendo, pero, como tenía la pata quebrada, se cayó. Luego se puso de pie en tres patas y soltó el aullido más horroroso que había escuchado en la vida. Me sorprendió no haberle dado en la cabeza. Rápidamente cogí la segunda pistola y, a pesar de que había empezado a alejarse, volví a disparar, y esa vez le di en la cabeza. Sentí el placer de verlo caer y emitir apenas unos pequeños gruñidos, luchando contra la muerte. Xury se entusiasmó y me pidió que lo dejara ir a la playa.

—De acuerdo, ahora puedes ir.

El chico se arrojó al agua y, con el arma levantada en una mano, nadó hasta la orilla con la otra. Se acercó a la bestia, le apoyó la boca de la pistola en la cabeza y le disparó, matándolo definitivamente.

Fue sin duda poco más que un juego, porque no podíamos comer aquella carne y me dio pena perder tres cargas de pólvora en una criatura que no nos servía para nada, pero Xury me dijo que quería algo del animal, así que regresó al bote y me pidió el hacha.

—¿Para qué?

—Le corto la cabeza —contestó.

No pudo cortarle la cabeza, así que le cortó una pata y regresó con ella al bote, era de veras impresionante.

Se me ocurrió entonces que tal vez la piel del animal podía servirnos de alguna manera y me decidí a intentar arrancarle la piel. Fuimos los dos, pero Xury era sin dudas mucho mejor para la faena, ya que yo no tenía idea de cómo hacerlo. Al final nos llevó un día entero, pero logramos quitarle la piel y la extendimos en el techo de la cabina. El sol terminó de secarla en dos días y entonces me fue muy útil para dormir encima.

Tras aquella parada navegamos hacia el sur sin detenernos durante diez o doce días. Consumíamos con cuidado nuestras provisiones, que empezaban a escasear, y apenas incursionábamos en tierra para buscar agua. Mi intención era llegar al río Gambia o a Senegal, es decir, a cualquier punto cerca de Cabo Verde en donde esperaba cruzarme con algún barco europeo. Si no lo lograba, mis únicas alternativas eran buscar las islas o perecer a mano de los negros. Estaba seguro de que todos los barcos europeos que se dirigían a la costa de Guinea, a Brasil o a las Indias Orientales pasaban por allí así que, en resumen, puse todas mis esperanzas en esa única certeza: o me cruzaba con algún barco o moría.

Me aferré a esa resolución durante diez días, como ya he dicho, y empecé a notar que la tierra estaba cada vez menos deshabitada. En dos o tres sitios vimos personas que se acercaban a la playa para vernos pasar, eran negros y estaban completamente desnudos. Una vez sentí el impulso de acercarme, pero Xury fue el mejor consejero y me dijo:

—No ir, no ir.

De todas formas me acerqué lo suficiente a la playa como para hablarles y vi que corrían por la playa a nuestra vera durante un buen trecho. Nadie llevaba armas, excepto un hombre que llevaba una vara larga y delgada, que según Xury era una lanza que podía arrojar a gran distancia con buena puntería. Mantuve la distancia, pero me comuniqué lo mejor que pude con señas, en especial con señas de que queríamos algo para comer. Con gestos me dijeron que si detenía el barco me alcanzarían carne. Bajé las velas y me quedé a la espera. Dos hombres se metieron corriendo tierra adentro y en menos de media hora regresaron con dos trozos de carne seca y maíz del que se cultiva en esas tierras. Aunque no sabíamos qué eran ni una cosa ni la otra, estábamos dispuestos a aceptarlas. El siguiente problema era cómo recogerlas, pues yo no pensaba acercarme a ellos y ellos estaban igualmente temerosos de nosotros. Fueron los negros quienes encontraron una forma segura para todos:

acercaron la comida a la orilla, la apoyaron y se alejaron una gran distancia hasta que nosotros la subimos al barco. Luego volvieron a acercarse.

Les hicimos señas de agradecimiento porque no teníamos nada que entregarles a cambio, pero justo en ese instante se presentó una oportunidad maravillosa: aparecieron dos animales poderosos, uno bajaba por las montañas hacia el mar persiguiendo al otro, que estaba desesperado. No podíamos saber si se trataba de un macho persiguiendo a una hembra, si estaban jugando o peleando, ni si eran animales comunes o extraordinarios, aunque me parecía que se trataba de lo último, primero porque las criaturas voraces suelen salir por la noche, y segundo porque vimos que las personas en la playa se asustaban terriblemente, sobre todo las mujeres. El único que no huyó de los animales fue el hombre que llevaba la lanza. Las dos bestias corrieron directamente hacia el mar, no parecían interesadas en los negros, sino en zambullirse en el agua y nadar un poco como si estuvieran divirtiéndose. Uno se acercó al barco más de lo recomendable y lo esperé preparado; había cargado rápidamente la escopeta y le dije a Xury que cargara las otras dos. Ni bien estuvo a mi alcance disparé y acerté directamente en la cabeza. Se hundió rápido en el agua, pero de golpe salió a flote y se volvió a hundir, como si estuviera luchando por la vida —cosa que en realidad estaba haciendo. Intentó alcanzar la playa, pero entre el disparo, que lo había herido mortalmente, y el agua, murió poco antes de alcanzar la orilla.

No puedo describir el asombro de aquellas pobres criaturas ante el sonido y el fuego de los disparos. Algunos casi se murieron de miedo, se desplomaron del susto como cadáveres. Cuando comprendieron que el animal había muerto y se hundía en el agua, y vieron que yo les hacía señas para que se acercaran a la orilla, se animaron y fueron a buscar el cuerpo. Lo encontré yo por la mancha de sangre que flotaba en el agua, lo enganché con una cuerda y les arrojé el cabo. Lo arrastraron hasta la orilla y descubrieron que se trataba de un leopardo único, moteado y muy fino. Los negros levantaron las manos llenos de admiración por lo que yo había usado para matar al animal.

La otra bestia, asustada por el reflejo del fuego y el ruido del disparo, nadó hasta la orilla y se alejó corriendo hacia la montaña de donde había venido, aunque a esa distancia no pude ver de qué animal se trataba. Pronto me di cuenta de que los negros deseaban comer la carne de la bestia. Quería que se la quedaran como un regalo de mi parte, así que les hice señas de que podían tomarla y se mostraron muy agradecidos. Se pusieron manos a la obra de inmediato, pero como no tenían cuchillo le quitaron la piel con un trozo de madera afilado, creo que lo hicieron incluso más rápido de lo que lo

hubiéramos hecho nosotros con un cuchillo. Nos ofrecieron un trozo de carne, pero lo rechacé haciendo como que se lo entregaba todo a ellos, aunque hice señas de que me interesaba la piel. Me la entregaron sin reservas junto a otro montón de provisiones que, aunque no sabía de qué se trataba, acepté. Les hice señas de que necesitaba agua fresca, di la vuelta a una de las tinajas para mostrarles que estaba vacía y hacerles entender que la necesitaba llena. Llamaron rápidamente a unos amigos y aparecieron dos mujeres con vasijas enormes hechas de barro y secadas, supongo, al sol. Al igual que antes, las dejaron en la arena. Le dije a Xury que fuera a la orilla con las tinajas y llenó las tres. Las mujeres iban completamente desnudas, como los hombres.

Provisto de raíces, maíz y agua, dejé atrás a mis amigos negros y seguí navegando unos once días sin necesidad de acercarme a la orilla hasta que descubrí un poco más adelante una porción de tierra que se metía en el mar, a unos veinticinco kilómetros de distancia. La marea estaba muy tranquila y tuvimos que recorrer una gran distancia para llegar a la punta. Del otro lado, a unos cincuenta kilómetros de allí, divisé una gran extensión de tierra que daba al mar. Deduje que se trataba de Cabo Verde (supongo que en realidad era evidente) y que aquéllas eran sus islas, llamadas como es lógico islas de Cabo Verde, pero estaban muy lejos y no sabía qué me convenía más, ya que si pillaba una ráfaga de viento tal vez no alcanzase ni lo uno ni lo otro.

Como estaba muy concentrado en aquel dilema, le dejé el timón a Xury y me metí en el camarote. Al rato, el chico gritó:

—¡Capitán, capitán! ¡Barco con vela!

El pobre idiota estaba atemorizado porque creía que podía ser uno de los barcos del patrón que había llegado hasta ahí persiguiéndonos, pero yo sabía que nos habíamos alejado ya demasiado y que estábamos fuera de su alcance. Salí de la cabina de un salto y en ese momento no sólo vi el navío, sino su origen: era un barco portugués que seguramente se dirigía a la costa de Guinea para recoger esclavos negros. Cuando presté un poco más atención al rumbo que llevaban, me di cuenta de que en realidad debían de dirigirse a otro sitio, ya que no parecían tener intención de acercarse más a la costa. Me dirigí mar adentro a la mayor velocidad posible decidido a hablar con ellos.

Pero aunque desplegamos todas nuestras velas me di cuenta de que no podría interceptarlos, ya que se habrían alejado antes de que pudiera hacerles alguna señal. Después de todos los esfuerzos posibles, y cuando estaba a punto de desesperarme, nos vieron con el catalejo, supusieron que se trataba del bote de algún barco europeo perdido y bajaron las velas para que pudiera alcanzarlos. Eso me alentó, y como aún tenía la insignia de mi patrón a bordo,

la hice ondear como señal de agonía y disparé una bala. Más tarde me dijeron que habían visto el humo, pero que no habían alcanzado a oír el disparo. Sencillamente se detuvieron y, generosamente, me esperaron allí. Tres horas más tarde logré alcanzarlos.

Me preguntaron mi origen en portugués, en español y en francés, pero como no los entendía al fin llamaron a un marinero escocés que viajaba a bordo. Le conté que era inglés y que había logrado escapar de un moro de Salé que me había tomado como esclavo. Entonces, muy amablemente, me permitieron subir a bordo y me aceptaron con todas mis pertenencias.

Cualquiera puede entender la alegría indescriptible que fue para mí liberarme por fin de la condición miserable y casi sin esperanzas en la que me hallaba. De inmediato le ofrecí al capitán todo lo que tenía como agradecimiento por su asilo, pero él, amablemente, me respondió que no se quedaría con nada y que todo me sería devuelto cuando llegáramos a Brasil.

—Los he rescatado igual que a mí me gustaría que me rescataran en una situación similar, y puede que en algún momento ésa sea mi suerte. Además —dijo—, si me quedo con sus pertenencias podrían morir de hambre cuando los deje en Brasil, un país tan lejano al suyo. Sería como quitarles la vida que les he devuelto. No, no, *seignior inglese*, le llevaré hasta allí por caridad y sus pertenencias le permitirán sobrevivir y conseguir un pasaje de regreso a casa.

Así como fue de comprensivo en su propuesta lo fue en la realización, ya que ordenó a los marineros que no tocaran ninguno de nuestros objetos. Los guardó él mismo y me entregó un inventario completo en el que aparecían incluso las tres tinajas de barro.

En cuanto al bote, se dio cuenta de que era muy bueno, me dijo que quería comprármelo para usarlo en el viaje y me preguntó cuánto pedía por él. Le contesté que había sido tan generoso conmigo en todo que no podía ponerle un precio y que lo dejaba a su criterio. Me dijo que me entregaría una nota manuscrita en la que establecería que me entregaba ochenta monedas de ocho cuando llegáramos a Brasil y que si al llegar alguien me ofrecía más, él subiría la oferta. Me ofreció otras sesenta monedas de ocho por Xury, pero no pude aceptar, no porque no quisiera dejárselo al capitán, sino porque me costaba muchísimo entregar la libertad de aquel pobre chico que con tanta lealtad me había ayudado a recuperar la mía. Cuando le expliqué mis motivos al capitán, le parecieron justos y me ofreció lo siguiente: si el chico se convertía al cristianismo, el capitán estaba dispuesto a firmar una obligación en la que se comprometía a entregarle su libertad en diez años. Con aquel

trato, y como Xury dijo que estaba dispuesto a seguir con el capitán, permití que se lo quedara.

ME CONVIERTO EN UN HACENDADO BRASILEÑO

Tuvimos un excelente viaje hasta Brasil y arribamos a la bahía de Todos los Santos[2] unos veintidós días más tarde. Una vez más había logrado escapar de la situación más miserable y debía reflexionar sobre cómo orientar mi vida.

Nunca olvidaré la generosidad con la que me trató el capitán. No me cobró el viaje, me dio veinte ducados por la piel del leopardo y otros cuarenta por la piel del león que llevaba en el bote, y arregló que me entregaran puntualmente todas las pertenencias que había subido a bordo. Me compró todo lo que quise vender: la caja de botellas, dos escopetas y el trozo de cera que sobró de las velas. En total, a cambio del cargamento me quedé con doscientos reales de a ocho y con eso desembarqué en Brasil.

Al poco tiempo de llegar, el capitán me recomendó a un hombre bueno y honesto como él que era propietario de lo que llamaban un «ingenio»: una hacienda destinada a la plantación y destilación de azúcar. Pasé un tiempo allí y me fui familiarizando con las técnicas de plantación y producción. Descubrí que los productores de azúcar se enriquecían con rapidez y llevaban una buena vida, así que decidí que si lograba obtener la licencia para establecerme allí me convertiría en productor. Para ello tenía que encontrar un modo de que me enviaran el dinero que había dejado en Londres y con ese propósito me hice con una especie de certificado de nacionalización; y con el dinero del que disponía compré toda la tierra que pude y diseñé un plan de siembra y producción acorde a la cantidad que esperaba recibir de Inglaterra.

Tenía un vecino de apellido Wells que estaba en una situación similar a la mía; era un portugués de Lisboa, pero sus padres eran ingleses. Lo llamo «vecino» porque su hacienda estaba pegada a la mía y porque nos entendíamos muy bien. Ambos contábamos con algo de capital y durante casi dos años apenas tuvimos una producción de subsistencia. Poco a poco aumentamos la producción y como nuestras haciendas comenzaron a funcionar mejor el tercer año decidimos plantar también un poco de tabaco.

Cada uno preparó una buena parcela de su terreno para plantar caña de azúcar en la siguiente temporada, pero los dos necesitábamos ayuda y entonces pensé, por primera vez, que había hecho mal en permitir que mi compañero Xury se marchara.

Estaba tan acostumbrado a hacer las cosas mal que ya no me sorprendían mis errores, no me quedaba más opción que seguir adelante. Me había metido en un negocio muy por encima de mis capacidades y diametralmente opuesto a la vida que me gustaba, por la que había abandonado la casa de mi padre y desoído sus buenos consejos. Incluso a pesar de estar entrando en ese nivel intermedio o grado superior de la vida inferior, más me hubiese valido quedarme en casa que salir a sufrir los problemas del mundo como lo había hecho. Me daba por pensar que todo eso podría haberlo hecho perfectamente en Inglaterra, entre conocidos, sin tener que viajar ocho mil kilómetros, rodeado de extraños y en un lugar tan alejado que ni siquiera llegaban noticias de los sitios en los que alguien me conocía.

En aquel estado analizaba los motivos que me habían llevado hasta allí y sentía un gran arrepentimiento. No tenía a nadie con quien conversar salvo aquel vecino, y ninguna tarea fuera del trabajo manual. Me daba la sensación de estar viviendo como un náufrago en una isla desierta. Todos los hombres deberían ser conscientes de que si comparan su estado con el de otros que están peor, el Cielo puede llegar a intercambiar su puesto para que valoren con justicia y en carne propia cuánto más felices eran antes. Lo digo porque de no haber comparado tantas veces mi suerte a la de un solitario náufrago en una isla desierta, el lugar en el que acabé realmente, sin duda me habría convertido en un hombre próspero y rico.

Aun así yo me consideraba satisfecho con los resultados de la plantación cuando mi querido amigo, el capitán que me había recogido en alta mar, partió después de tres meses transcurridos en puerto en los que había estado preparando la carga para su viaje. Cuando le comenté la pequeña cantidad de dinero que había dejado en Londres, me dio un amable y sincero consejo:

—Señor inglés (así me llamaba siempre), si me entrega cartas y permisos formales ordenando a una persona en Londres que envíe su patrimonio a Lisboa, a la persona que le indicaré, puedo comprarle lo que usted necesite aquí y traérselo, si Dios quiere, a mi regreso. Pero como este tipo de cosas están siempre sujetas a imprevistos y catástrofes, le recomiendo que sólo pida cien libras. La suma, según las cifras que me ha dado, de la mitad de su patrimonio. De esa manera sólo arriesgará una parte. Si todo llega a buen

puerto siempre puede pedir el resto y si algo se pierde, aún conservará la otra mitad.

Era una sugerencia tan lógica y amable que sólo pude estar de acuerdo. Siguiendo ese plan, preparé las cartas para la dama a la que había dejado el dinero y un permiso formal a nombre del caballero portugués que me había indicado mi amigo.

Le conté a la viuda del capitán inglés un resumen de mis aventuras: la esclavitud, la huida, cómo había sido rescatado en alta mar por el capitán portugués, su generosidad, las condiciones en las que me encontraba ahora y lo que debía hacer con mis cosas. Cuando aquel honesto capitán llegó a Lisboa encontró la manera —a través de unos vendedores ingleses que se encontraban allí— de enviar no sólo el permiso, sino el relato completo de mi historia a un comerciante en Londres, y fue este último quien se lo hizo saber a la mujer. Como respuesta ella no sólo envió el dinero, sino también un precioso regalo (que compró con su propio dinero) para el capitán portugués como muestra de agradecimiento por la amabilidad y generosidad que había mostrado conmigo.

El comerciante inglés empleó las cien libras en las cosas que le había pedido el capitán, envió todo a Lisboa y él me las trajo sanas y salvas a Brasil. Entre esas cosas, y sin que yo se lo pidiera (puesto que aún era demasiado inexperto como para imaginarlo siquiera), se preocupó por encargar todo tipo de herramientas, herrajes y utensilios necesarios para la plantación que me resultaron de gran ayuda.

Cuando llegó el cargamento estaba tan sorprendido de que todo hubiera salido bien que me sentí un hombre afortunado. Mi buen gestor, el capitán, gastó por su parte las cinco libras que le había enviado como regalo la mujer en la compra de un sirviente destinado seis años a mi servicio. No quiso recibir nada a cambio, apenas un poco de tabaco que logré que aceptara y sólo porque era de mi propia producción.

Pero eso no fue todo. Como los productos que había traído eran manufacturas inglesas (ropa, géneros, objetos particularmente valiosos y deseados en aquel país) los vendí obteniendo un gran margen de beneficios, tanto que puedo decir que obtuve finalmente cuatro veces el valor original del cargamento, lo que me dejaba en una situación infinitamente mejor que la de mi pobre vecino. Me refiero al avance de la plantación, pues lo primero que hice fue comprar un esclavo negro y otro criado europeo, además del que me había traído el capitán de Lisboa.

Pero abusar de la buena suerte lleva casi siempre a las peores desgracias y eso fue lo que me sucedió a mí. El año siguiente mi plantación fue un éxito. Recolecté cincuenta atados de tabaco, mucho más de lo previsto que pudiera intercambiar a nivel local. Cada atado pesaba más de cien kilos y estaba muy bien curado, por lo que decidí almacenarlos hasta que regresara el barco de Lisboa. Como el negocio había crecido a la par que mi fortuna, mi cabeza comenzó a llenarse de proyectos e ideas muy por encima de mis posibilidades, lo que suele ser la ruina de los mejores emprendedores.

Si me hubiese quedado en aquel lugar habría encontrado la felicidad que con tanta sinceridad me había recomendado mi padre al proponerme una vida tranquila y retirada, la felicidad que llenaba lo que él había llamado «el nivel medio de la vida». Pero me aguardaban otras cosas, debía continuar siendo el terco promotor de mis desgracias, multiplicar mis errores y alimentar mis remordimientos para tener materia de reflexión más adelante. Todas mis desdichas me han sucedido a causa de mi estúpida obstinación de deambular por el extranjero. Persiguiendo esa obstinación perdí aquella evidente oportunidad de hacer las cosas bien, de continuar desarrollando los medios para sostener aquella vida que la naturaleza y la Providencia insistían en ponerme delante y en convertirlos en mi deber.

Al igual que cuando huí de la casa de mis padres, sólo me alegraba la idea de partir y dejar abandonada aquella feliz oportunidad de convertirme en potentado gracias a aquella plantación. Y todo por perseguir un impulsivo e inmoderado deseo de crecer más rápido de lo que admitía la naturaleza de las cosas. Aquélla fue la manera en la que volví a lanzarme al peor abismo de la miseria humana en el que podía caer un hombre.

Pero siguiendo con los detalles de aquel momento particular de mi relato, no resulta difícil imaginar que tras haber vivido cuatro años en Brasil y haberme enriquecido con la plantación, no sólo aprendí el idioma sino que también logré conocer y estrechar vínculos con otros hacendados y comerciantes de la ciudad de San Salvador, que era nuestro puerto. En nuestras charlas mencionaba con frecuencia mis dos viajes a Guinea, el comercio con los negros de allí y lo fácil que era comprar en la costa. A cambio de baratijas (como abalorios, juguetes, cuchillos, tijeras, hachas, trozos de vidrio o cosas por el estilo) no sólo se obtenían polvo de oro, cereales de Guinea, colmillos de elefante, etcétera, sino también una buena cantidad de esclavos negros con los que se podía negociar en Brasil.

Los comerciantes escuchaban con atención aquella parte de mi historia, sobre todo cuando mencionaba cómo comprar negros, un negocio que no era

muy conocido y que hasta entonces se había realizado únicamente por *asientos* o con permisos especiales de los reyes de España y Portugal, de tal forma que los pocos negros que se vendían resultaban muy caros.

En una ocasión conversé de ello en profundidad con algunos comerciantes y hacendados conocidos y al día siguiente tres de ellos me fueron a buscar y me dijeron que habían reflexionado sobre lo que les había contado la noche anterior y que querían hacerme una propuesta en secreto. Cuando les dije que contaban con mi discreción, me comentaron que estaban pensando en enviar un barco a Guinea. Eran hacendados, al igual que yo, y les urgía conseguir mano de obra. Se trataba de una cuestión delicada, porque estaba prohibido vender esclavos en público, así que habían planeado hacer un único viaje, traerlos de manera clandestina y repartirlos entre sus propias plantaciones. Querían saber si estaba dispuesto a ir a bordo para supervisar la negociación en Guinea. A cambio me ofrecían una parte equitativa de esclavos sin pagar ningún costo.

Debo confesar que era una propuesta lo bastante justa para cualquiera que no tuviera una hacienda y una plantación propias que cuidar para mantener un nivel razonable de producción, pero no para alguien como yo, que estaba bien situado y encaminado y que no tenía más que seguir haciendo las cosas como las había hecho hasta entonces durante otros tres o cuatro años, a quien bastaba hacerse enviar las otras cien libras de Inglaterra que, con poco esfuerzo, podían llegar a producir un beneficio de tres mil o cuatro mil libras esterlinas; para alguien como yo, repito, aquel viaje era la mayor estupidez en la que podía aventurarse un hombre.

EL MALDITO INSTANTE EN QUE EMBARCO

Pero yo había nacido para ser mi peor enemigo y no me pude resistir a la oferta, igual que no me había podido resistir a mis primeros y efímeros anhelos cuando rechacé los buenos consejos de mi padre. En resumen, les dije que pondría todo mi corazón en el proyecto si se comprometían a cuidar mi hacienda en mi ausencia y a hacer con ella lo que yo dejara dispuesto, en caso de que me sucediera alguna desgracia. Estuvieron todos de acuerdo y firmaron los papeles y contratos necesarios. Por mi parte, firmé un testamento formal en el que establecía que, en caso de morir, todas mis tierras y posesiones fueran entregadas a mi heredero universal, al capitán del barco que me había salvado. En el mismo testamento lo obligaba a disponer de mis cosas de tal manera que la mitad se la quedase él y la otra fuera enviada por barco a Inglaterra.

Tomé todas las precauciones a mi alcance para preservar mis posesiones y mantener activa la plantación. Si hubiese sido la mitad de prudente al reflexionar sobre lo que realmente me convenía y al juzgar qué cosas debía hacer, jamás me hubiese alejado de un negocio tan próspero ni hubiese renunciado a una situación tan prometedora a cambio de un viaje en barco con todas las incertidumbres que eso suponía, por no entrar en las razones que ya tenía para suponer que podía ser que hubiese algo en mí que atrajera las catástrofes.

Me apresuré a obedecer ciegamente los mandatos de mi capricho en vez de atender a los mandatos de la razón. Cuando el barco estuvo preparado y la carga lista, tras firmar todos los acuerdos con los socios, me embarqué la maldita fecha del 1 de septiembre de 1659, el mismo día en el que había huido de la casa de mis padres en Hull ocho años antes, comportándome como un rebelde ante su autoridad y como un idiota ante mi propia conveniencia.

El barco llevaba unas ciento veinte toneladas de carga, seis armas y catorce hombres aparte del capitán, de su asistente y de mí. No llevábamos más carga que las baratijas que podían servirnos en el intercambio con los

negros, a saber: abalorios, trozos de vidrio, conchas, trastos viejos, espejitos, cuchillos, tijeras, machetes y cosas por el estilo.

Zarpamos el mismo día en que embarqué. Navegamos hacia el norte en paralelo a la costa rumbo a África en cuanto alcanzamos los diez o veinte grados de latitud norte; por lo visto, aquélla era la mejor ruta en esa época. Todo el tiempo que viajamos en paralelo a la costa tuvimos buen tiempo, aunque excesivamente caluroso, hasta que llegamos a la altura del cabo de San Agustín, desde donde nos alejamos mar adentro y perdimos de vista la orilla, como si nos dirigiéramos a la isla de San Fernando de Noronha. Seguimos con rumbo noreste hasta que también dejamos atrás la isla y rumbo al este tardamos unos diez o doce días en cruzar la línea del Ecuador. Según nuestra última medición, nos encontrábamos a siete grados veintidós minutos de latitud norte cuando un tifón o huracán violento nos desorientó por completo. Comenzó soplando desde el sudeste, luego cambió y sopló desde el noroeste, y al final se estableció desde el noreste soplando con tanta violencia que durante doce días consecutivos apenas pudimos dirigir el timón para intentar alejarnos de la tormenta y nos vimos obligados a dirigirnos adonde el destino y la furia de los vientos nos quisieran llevar. No hace falta relatar que durante aquellos doce días creímos que seríamos devorados por el mar, es más, nadie de la tripulación creyó en ningún momento que lograría sobrevivir.

En aquella angustiante situación y unido al horror de la tormenta, uno de los marineros murió de fiebre y otro hombre y el asistente del capitán cayeron por la borda. El duodécimo día mejoró un poco el tiempo y el capitán intentó establecer la posición del barco lo mejor que pudo, descubrió que estábamos a unos once grados de latitud norte pero a veintidós grados de longitud hacia el oeste del cabo de San Agustín y que habíamos sido arrastrados a las costas de la Guyana o al norte de Brasil, pasando la desembocadura del río Amazonas hacia el río Orinoco (al que solían llamar el gran río). Consultó conmigo cuál era el mejor rumbo a seguir ya que el barco tenía grietas, estaba averiado y él consideraba que lo mejor era regresar directamente a Brasil.

Yo me opuse de plano. Estudiamos juntos la carta de navegación de la costa americana y llegamos a la conclusión de que no había ningún país habitado al que pudiéramos recurrir antes de entrar en el círculo de las islas del Caribe. Decidimos que lo mejor era ir rumbo Barbados; si nos manteníamos en alta mar para evitar las corrientes de la bahía o golfo de México, alcanzaríamos la isla sin dificultad en unos quince días, de otro modo jamás íbamos a poder alcanzar la costa africana.

Con ese plan cambiamos el curso y nos dirigimos hacia el noroeste buscando alguna de nuestras islas inglesas para recibir asistencia, pero nuestro viaje parecía tener marcado otro destino porque cuando nos encontramos a una latitud de doce grados dieciocho minutos nos embistió una segunda tormenta que nos arrastró con el mismo ímpetu que la anterior hacia la costa oeste y nos alejó tanto de cualquier ruta comercial que, si por milagro lográbamos salvarnos del mar, lo más probable era que nos devoraran los salvajes antes de regresar a salvo a nuestro país.

En aquella angustiante situación y con el viento aún golpeándonos con fuerza, una mañana a primera hora uno de los nuestros gritó:

—¡Tierra!

Cuando salimos a cubierta con la esperanza de ver en qué lugar del mundo nos encontrábamos, el barco encalló en un banco de arena. Quedó varado tan de golpe y el mar nos embistió con tanta fuerza que todos pensamos que íbamos a morir allí mismo. Cada uno se escabulló a su camarote con rapidez para protegerse de las olas y de la espuma del mar.

Es muy difícil transmitir o lograr que alguien que jamás ha estado en una situación semejante imagine la angustia que sienten los hombres en ese momento. No sabíamos dónde estábamos ni a qué tierra nos acercábamos, si era una isla o el continente, si había hombres o estaba desierta. El viento continuaba arreciando pero, aunque lo hacía con menos furia que al principio, era imposible mantener el rumbo sin que el barco se partiera y sólo nos quedaba esperar un milagro que hiciera que el viento amainara de golpe. Al final, como no podíamos hacer otra cosa, nos sentamos a esperar la muerte mirándonos a la cara, cada uno preparándose para el otro mundo. El único consuelo que teníamos era que, en contra de lo esperado, el barco aún no se había partido en dos y que, según el capitán, el viento estaba empezando a disminuir poco a poco.

Pero aunque el viento disminuyera, el barco seguía encallado en la arena y se hundía demasiado rápido como para que pudiéramos sacarlo de su sitio. Lo cierto es que estábamos en una situación terrible y no podíamos hacer nada más que buscar cada uno alguna manera de salvar la vida. Antes de la tormenta había un bote amarrado en la popa, pero ya no podíamos contar con él porque se había estrellado contra el timón y o bien se había soltado y hundido en el agua o estaba a la deriva. Llevábamos otro bote a bordo, pero dudábamos si sacarlo al mar en aquellas condiciones. Tampoco teníamos mucho margen para la fantasía, pues el barco se iba a partir en cualquier momento. Algunos incluso opinaban que ya estaba roto.

El primer oficial se puso manos a la obra con el bote y con la ayuda del resto logró bajarlo por la borda. Nos subimos todos, los once que quedábamos, y soltamos los cables encomendándonos a la misericordia de Dios y de aquel furioso mar porque, a pesar de que el viento había amainado, el mar seguía destrozando la costa. Casi se lo podría describir con esa célebre frase en holandés: *den wild zee*, «mar bajo tormenta».

Nuestra situación era realmente extrema, nos dimos cuenta de que el bote no iba a resistir una marea tan alta y que no había forma de evitar el hundimiento. No teníamos con qué hacer una vela pero, aunque la hubiésemos podido hacer, no habríamos podido usarla, así que nos dedicamos a remar hacia la costa abatidos como presos hacia la horca, pues sabíamos que el bote reventaría en mil pedazos en la rompiente en cuanto se acercara a la orilla. Nos encomendamos con honestidad a Dios y mientras el viento nos empujaba a la playa nos impulsamos con nuestras propias manos hacia la destrucción, remando hacia la tierra lo mejor que podíamos.

No sabíamos si era una playa baja o escarpada, de rocas o de arena. La única esperanza que podía darnos una última sombra de ilusión era encontrarnos por casualidad en una bahía, golfo o en la boca de algún río en donde pudiéramos meternos para protegernos del viento hasta que se calmaran las aguas. Pero al parecer no había nada de eso porque, a medida que nos acercábamos a la costa, la tierra nos parecía más peligrosa que el mar.

Después de remar o, mejor dicho, de haber estado a la deriva aproximadamente una seis millas, una ola gigante como una montaña rompió sobre nosotros en la popa y supimos que aquello era el *coup de grace*[3]. Nos arremetió con tanta fuerza que nos dio la vuelta y nos desperdigó a todos por el agua, separados y alejados del bote, sin darnos tiempo ni siquiera a decir «¡Dios mío!».

No puedo describir la confusión que sentí cuando caí al agua. Aunque era buen nadador no lograba alejarme de las olas lo suficiente como para tomar aire y de pronto una cresta me empujó, o más bien me arrastró durante un buen trayecto hacia la costa y, después de descargarme, se retiró y me dejó tirado sobre la arena, casi muerto debido a la cantidad de agua que había tragado. Me quedaba más claridad mental y más aire del que creía porque, al comprender que había alcanzado la ansiada tierra, me puse de pie y me esforcé por alejarme lo más posible de la orilla para que no me cayera otra ola encima. Pero era imposible. El mar me perseguía, alto como una enorme montaña y enfurecido como un enemigo con el que no me podía enfrentar porque no tenía los medios ni la fuerza necesaria. Mi objetivo era contener la

respiración y mantenerme a flote para intentar acercarme de nuevo a la orilla nadando, pero temía que la ola me llevara mar adentro al retirarse.

La ola me cubrió unos ocho o nueve metros con su porte y sentí cómo me empujaba hacia la orilla con su poderosa y vertiginosa potencia. Contuve la respiración y logré nadar hacia arriba con todas mis fuerzas. Al subir casi me estallan los pulmones de tanto aguantar la respiración pero finalmente, primero mis brazos y luego mi cabeza consiguieron abrir la superficie del agua. Apenas pude disfrutarlo dos segundos, pero me alivió muchísimo, cargué los pulmones y recuperé fuerzas para continuar. El agua volvió a cubrirme un buen trecho pero conseguí aguantar la respiración hasta que la ola se descargó en la orilla y, cuando comenzó a retroceder, nadé con fuerza contracorriente hasta que sentí la tierra bajo los pies. Me quedé inmóvil un instante para recuperar el aliento mientras la ola se retraía y luego me levanté y comencé a correr hacia la playa con las fuerzas que me quedaban. Ni siquiera así logré salvarme del mar, que volvió a descargar sobre mí y a agarrarme otras dos veces con aquellas olas que se alzaban y me alejaban de la orilla.

La última casi me mata. El mar, que me había arrastrado igual que antes, me arrojó —o más bien me estampó— contra una roca con tanto ímpetu que me quedé prácticamente inconsciente e incapaz de reaccionar. Me hizo daño a un costado del pecho y el golpe me quitó la respiración; si en ese momento hubiese caído otra ola sin duda me habría ahogado, pero logré recuperarme un poco antes de que el mar regresara y al ver que me cubriría el agua otra vez decidí sujetarme al borde de la roca y contener la respiración hasta que pasara. Aprovechando que las olas ya no eran tan altas en la orilla, me agarré con fuerza a la roca hasta que pasó la ola. Entonces hice un último esfuerzo y corrí tan rápidamente hacia la orilla que la siguiente ola, aunque me alcanzó, no consiguió arrastrarme en su retirada. En la segunda carrera logré alejarme y trepar a las dunas de la playa hasta que, por fin, me desplomé sobre la hierba en una zona fuera de peligro donde el agua ya no podía alcanzarme.

En tierra firme y a salvo, levanté la vista al cielo y le agradecí a Dios que me hubiera salvado la vida en aquella circunstancia en la que apenas unos minutos antes prácticamente no tenía ni una sola posibilidad de sobrevivir. Creo que es imposible expresar el éxtasis y la elevación espiritual que uno siente cuando sobrevive a situaciones como aquélla, cuando uno es salvado, diría, de la mismísima tumba. Comprendí esa costumbre de llevar a un cirujano cuando se le va a comunicar a un prisionero condenado a muerte y a punto de ser ejecutado que se le ha otorgado el perdón para que aquél le

practique una sangría ahí mismo, no sea cosa que, a causa de la sorpresa, el hombre sufra un colapso y muera.

Porque al igual que las penas desconciertan, también lo hacen las alegrías inesperadas[4].

Me puse a caminar por la playa con los brazos en alto y todo mi ser, casi podría decir, colmado por la emoción de haber sido salvado. Hacía todo tipo de gestos y movimientos indescriptibles pensando en el resto de mis compañeros, que se habían ahogado. Fui el único superviviente. Jamás volví a ver a nadie de la tripulación y ni siquiera encontré más restos que tres sombreros, una gorra y dos zapatos de distintos pares.

Miré hacia el barco encallado, pero la marea estaba tan alta, las olas eran tan grandes y se encontraba tan lejos que apenas pude localizarlo. Pensé: «¡Señor! ¿Cómo he podido llegar hasta la orilla?».

Después de consolarme considerando la suerte de aquella desgracia, eché una mirada alrededor para ver dónde me encontraba y qué debía hacer después. El alivio se desvaneció de un golpe porque, por decirlo en pocas palabras, mi salvación había sido un castigo. Estaba mojado y no tenía ropa para cambiarme, no tenía nada para beber ni alimentarme y las únicas opciones a mi alcance parecían ser o morir de hambre o devorado por algún animal salvaje. Lo que más me angustiaba era no tener ningún tipo de arma con la que cazar alguna presa que me sirviera de sustento o para defenderme de los animales que quisieran convertirme en el suyo. Mis únicas provisiones eran un cuchillo, una pipa y un poco de tabaco y aquello me preocupaba tanto que me puse a correr como un loco. Empezaba a anochecer y me preguntaba cuál iba a ser mi destino si aquel lugar estaba poblado por criaturas hambrientas que esperaban la noche para buscar sus presas.

Lo único que se me ocurrió fue subirme a un árbol frondoso, parecido a un abeto pero con espinas, y pasar la noche sentado allí pensando qué muerte era preferible al día siguiente, ya que no veía ninguna posibilidad de sobrevivir. Caminé unos doscientos metros por la playa buscando agua dulce, y por suerte encontré un poco. Bebí y me puse un poco de tabaco en la boca para engañar al hambre, volví al árbol, trepé y busqué una posición en la que no corriera el riesgo de caer si me quedaba dormido. Corté una vara del tamaño de un garrote para defenderme y me acomodé en mi morada. Estaba tan cansado que me dormí enseguida. Creo que pocos habrían podido dormir más cómodos que yo, es más, nunca volví a descansar tan profundamente como aquella noche.

CONSIGO MIS PRIMERAS PROVISIONES

Cuando desperté ya era pleno día, la tormenta había pasado, el cielo estaba despejado y el mar, tranquilo. Me sorprendió descubrir que la marea había arrancado el barco del banco de arena en el que había encallado y que lo había arrastrado hasta la roca con la que me había golpeado, a casi una milla de la costa. Parecía mantenerse a flote en el sitio y se me ocurrió que tal vez podía intentar acercarme para ver si al menos conseguía salvar algunos objetos útiles.

Bajé de mi refugio en el árbol, eché una mirada alrededor y lo primero que divisé fue el bote a unos tres kilómetros a mi derecha: reposaba tirado sobre la arena como lo habían dejado el viento y las olas. Me acerqué caminando por la orilla todo lo que pude hasta que me topé con una rada o entrada del mar que tenía unos setecientos metros de ancho y me separaba del bote. Decidí regresar adonde había pasado la noche con la firme intención de alcanzar el barco, donde esperaba encontrar algo que me sirviera para sobrevivir.

Pasado el mediodía el mar estaba tan calmo y la marea había bajado tanto que pude acercarme caminando una gran distancia, hasta quedar a casi trescientos metros del barco. Entonces descubrí algo que me angustió terriblemente: me di cuenta de que si nos hubiésemos quedado a bordo todos estaríamos a salvo, todos habríamos podido llegar hasta la orilla y yo no me habría sentido tan miserable, solo y desamparado. Volví a llorar, pero como llorar no me servía de nada me decidí a llegar al barco. Hacía muchísimo calor, me quité la ropa y me lancé al mar, pero cuando llegué a la estructura me encontré con que no podía subir. Como estaba encallado casi fuera del agua, no tenía nada a lo que sujetarme para trepar. Dos veces le di la vuelta nadando y la segunda vez encontré un pequeño trozo de cuerda colgando de las cadenas de proa que me sorprendió no haber visto antes. Me costó un gran esfuerzo asirme, pero finalmente subí por el castillo de proa. El barco se había desfondado y en la bodega había una gran cantidad de agua, estaba clavado con tanta fuerza al suelo de arena dura o a la tierra que la popa se mantenía

erguida y la proa estaba prácticamente hundida en el agua. Me alegró que la parte posterior del barco se hubiera salvado y, como es lógico, lo primero que hice fue revisarla. Todo lo que había allí estaba seco, las provisiones se habían salvado del agua y, como estaba muerto de hambre, fui directo a la despensa, me llené los bolsillos de galletas y las fui comiendo mientras recorría el resto del barco, pues no tenía mucho tiempo. Encontré un poco de ron en la cabina principal y bebí un buen sorbo, necesitaba que me diera ánimos para enfrentarme a lo que me esperaba de ahí en adelante. Lo único que necesitaba era un bote para llevar todo lo que podía llegar a necesitar.

Pero no tenía sentido sentarse a imaginar lo que faltaba y aquella situación extrema aguzó mi intuición. Habíamos llevado a bordo varios maderos, dos o tres palos largos y uno o dos mástiles de repuesto. Primero me puse manos a la obra con ellos: arrojé por la borda todos los que pude empujar atándolos con una cuerda para que no se los llevara la corriente. Después bajé al agua y, agarrado a un costado del barco, los acerqué y sujeté cuatro palos en ambos extremos lo más juntos que pude como si fuera una balsa. Apoyé encima dos o tres tablas atravesadas y comprobé que podía caminar sobre ellas perfectamente, aunque no aguantarían demasiado peso porque eran muy finas. Con una sierra de carpintero corté en tres partes uno de los mástiles de repuesto y, haciendo gran esfuerzo, lo apoyé en la balsa. La esperanza de satisfacer mis necesidades más básicas me empujaba a hacer muchas más cosas de las que hubiera sido capaz en otra situación.

Ahora que la balsa era lo bastante fuerte como para soportar un peso mayor, el siguiente paso era elegir con qué objetos debía cargarla y cómo hacer para que no se cayeran con el movimiento del agua. No perdí tiempo en hacerlo: primero cargué todas las tablas y placas que fui capaz de arrastrar y, después de reflexionar bien sobre las cosas que me iban a resultar más útiles, cogí tres baúles de marinero (que previamente había abierto a la fuerza y vaciado) y los arrojé cargados a la balsa. El primero lo había llenado con provisiones: pan, arroz, tres quesos holandeses, cinco trozos de carne de cabra seca (prácticamente nuestro alimento habitual a bordo) y una especie de maíz europeo que habíamos traído para alimentar a las aves de corral que llevábamos. Las aves estaban muertas. También habíamos llevado algo de cebada y trigo pero, para mi desilusión, descubrí que las ratas se lo habían comido o arruinado completamente. Encontré varias cajas con botellas que pertenecían al capitán, algunas tenían licor y en otras había unos dieciocho o veinte litros de vino de malvasía. Estas botellas las arrastré en sus propias cajas para no ocupar los baúles y porque además no habrían cabido en ellos.

El mar seguía tranquilo, pero la marea había comenzado a subir y, con gran dolor, tuve que ver cómo se llevaba la chaqueta, la camisa y el chaleco que había dejado en la orilla. Había nadado hasta el barco únicamente con mis pantalones, que eran de lienzo y estaban abiertos hasta la rodilla, y con los calcetines. Eso me obligó a buscar algo de ropa y, aunque encontré muchas prendas, apenas me llevé lo indispensable pues había otras cosas que me preocupaban más, sobre todo conseguir herramientas con las que poder trabajar en tierra. Me llevó un buen rato encontrar el baúl del carpintero, que efectivamente iba a convertirse en un objeto preciado para mí, mucho más de lo que hubiera sido en aquellas circunstancias un buque cargado de lingotes de oro. Lo bajé a la balsa tal y como estaba, sin detenerme a mirar qué había adentro porque más o menos me lo podía imaginar.

Lo siguiente fue buscar armas y municiones. En el camarote del capitán encontré dos buenas escopetas de caza y dos pistolas. Las cogí de inmediato junto con una pequeña bolsa con balas, unos frascos con pólvora y un par de sables viejos y oxidados. Sabía que había otros dos barriles de pólvora por ahí, pero no sabía dónde los había guardado el artillero. Los encontré después de un buen rato, dos barriles habían sobrevivido secos pero el tercero estaba mojado. Llevé los dos barriles y las armas a la balsa. Ahora estaba bien abastecido, pero no sabía cómo iba a conseguir transportar la balsa hasta la playa pues no tenía vela, remos, ni timón y hasta la más inofensiva ráfaga de viento podía arruinar mi traslado.

Pero había tres indicios que me daban esperanzas: 1. El mar estaba calmo y tranquilo. 2. La marea estaba subiendo y me empujaría hacia la playa. 3. El poco viento que soplaba lo hacía a mi favor, hacia tierra firme. Finalmente, encontré dos o tres remos destrozados del bote y, sueltas por ahí, dos sierras, un hacha y un martillo. Con todo ese cargamento, me lancé a la deriva. Durante el primer kilómetro la balsa avanzó bastante bien. Como se dirigía a una parte alejada del sitio donde había pasado la noche supuse que había algún tipo de corriente en el agua y esperaba encontrar un riachuelo o río que me sirviera de puerto para bajar la carga.

Así fue. De pronto divisé en la orilla una abertura y sentí una corriente muy fuerte que me empujaba en esa dirección, de modo que orienté la balsa lo mejor que pude para mantenerme en el centro de la corriente y estuve a punto de sufrir un segundo naufragio, del que sin duda no me habría podido recuperar. Como no conocía la costa no pude imaginar que un extremo de la balsa iba a encallar en otro banco de arena y, como el otro extremo seguía a flote, faltó muy poco para que todo el cargamento se deslizara y se perdiera

en el mar. Haciendo un esfuerzo descomunal logré contener los baúles con la espalda para que no se deslizaran, pero en aquella posición no podía destrabar la balsa. Como no me animaba a moverme me quedé así, sosteniendo los baúles con todas mis fuerzas durante media hora hasta que la marea subió lo suficiente como para nivelarme. Poco más tarde la balsa volvió a flotar y pude desencallarla con el remo, la llevé hacia el riachuelo y, un poco más arriba, casi en la desembocadura, vi que había tierra firme a ambos lados y un fuerte cauce o corriente en el centro. Recorrí ambas orillas con la mirada buscando un sitio donde desembarcar; no quería alejarme río arriba porque tenía la esperanza de ver un barco en algún momento. Estaba decidido a ubicarme lo más cerca posible de la orilla.

A lo lejos divisé una pequeña ensenada en el margen derecho y dirigí la balsa hacia allí con mucho esfuerzo, acercándome tanto que al final me impulsé clavando el remo en la orilla. Estuve a punto de perder la carga porque la costa era muy escarpada y no había un sitio plano en el que poder desembarcar. Si arrimaba un extremo de la balsa hasta apoyarlo en la tierra iba a quedar tan alto que el otro extremo se hundiría provocando que perdiera mis preciados objetos. Lo único que se me ocurrió fue mantener la balsa cerca de la orilla utilizando el remo como ancla y esperar a que subiera al máximo la marea en una zona un poco más plana que, según mis cálculos, iba a quedar cubierta por el agua. Ni bien me pareció que había una cantidad suficiente (la balsa necesitaba unos treinta centímetros), la deslicé sobre esa superficie más plana y ahí la sostuve o anclé, clavando mis remos destrozados en la tierra, uno a un extremo de la balsa y el otro al frente, y a continuación esperé hasta que la marea volviera a bajar dejando la balsa y todo su cargamento a salvo.

Lo siguiente era recorrer un poco el paraje y encontrar un sitio adecuado para instalarme y almacenar los bienes de forma segura. Aún no sabía dónde me encontraba, si en una isla o en el continente, si era un sitio habitado o desolado, si estaba en peligro por la presencia de animales violentos o no. A menos de dos kilómetros distinguí una colina alta y empinada, la más elevada de un conjunto que formaba un cordón hacia el norte. Cogí una escopeta, una pistola y un frasco de pólvora y me dirigí hacia allí. Alcancé la cima con dificultad y sentí una gran angustia al descubrir cuál era mi destino: me encontraba en una isla completamente rodeada por el mar desde la que no se veía más tierra que una serie de rocas a lo lejos y dos islotes más pequeños a unos catorce kilómetros hacia el oeste.

Desde aquel punto la superficie de la isla parecía bastante estéril y, hasta donde alcanzaba a ver, estaba desierta o habitada únicamente por animales

salvajes que aún no había visto. Sólo me había cruzado con diferentes especies de aves que no llegué a distinguir, no sabía cuáles eran comestibles y cuáles no. Al regresar le disparé a un gran pájaro que estaba posado en una rama al borde de un espeso bosque. Aquél debió de ser el primer disparo que se había oído en la isla desde la creación del mundo porque al instante se levantaron cientos de pájaros de diferentes tipos y desde todos los rincones del bosque, armando un confuso alboroto con sus graznidos y lamentos y, aunque pude distinguir las diferencias, ninguno me pareció conocido. Me pareció que el pájaro que había matado era algún tipo águila, sobre todo por el pico y el color, aunque las garras y las uñas eran como las de cualquier pájaro. La carne resultó ser una carroña incomible.

Satisfecho con lo que había descubierto regresé a la balsa y me dediqué a descargar los objetos, lo que me llevó el resto del día. Cuando cayó la noche no sabía dónde descansar. Me atemorizaba dormir en el suelo por miedo a que algún animal me devorara, aunque más adelante supe que era un temor infundado. Al final acomodé los baúles y las tablas como pude; formando una barricada a mi alrededor, una especie de refugio para pasar la noche. Lo único que había conseguido como alimento habían sido dos o tres criaturas que habían salido corriendo del bosque cuando disparé al pájaro y que eran parecidas a la liebre.

Se me ocurrió que tal vez aún podía traer más cosas útiles del barco, en especial un poco de cordaje, las velas y en definitiva todo lo que pudiera ser trasladado a la orilla. Decidí hacer otra incursión porque no tenía duda de que la siguiente tormenta que cayera lo iba a partir en pedazos. Debía dejar a un lado todo lo demás y dedicarme a traer la mayor cantidad de objetos posible. Convoqué un consejo, es decir, me concentré mentalmente para ver si me convenía volver a salir en la balsa, pero me pareció impracticable, así que resolví repetir la dinámica del día anterior: esperar a que bajara la marea y acercarme a nado. Así lo hice, sólo que la segunda vez me desnudé antes de salir del refugio y me arrojé al mar con una camisa a cuadros, en calzones y zapatillas.

Ya en el barco, armé una segunda balsa. Como ya tenía experiencia, aquella vez la hice más manejable y la cargué menos, aunque con cosas verdaderamente indispensables. Al igual que el día anterior, en el cuarto del carpintero encontré dos o tres cajas llenas de tornillos, clavos, un destornillador buenísimo y más de una docena de hachas pequeñas, aunque lo más valioso fue la piedra de afilar. Aseguré estos artículos junto a otros que pertenecían al artillero, en especial dos o tres barras de hierro, dos barriles con

balas, siete mosquetes, otra escopeta de caza, un poco más de pólvora, una bolsa grande llena de perdigones y un trozo de plomo que era tan pesado que al final no pude alzarlo por la borda para arrojarlo al mar.

También recogí toda la ropa de hombre que encontré en mi camino, una vela de proa de repuesto, un colchón y algunas sábanas. Cargué la segunda balsa con todo aquello y, para mi tranquilidad, logré llevarlo a salvo hasta la orilla.

Todo el tiempo que pasé en el barco tuve cierto temor de que algo devorara mis provisiones en tierra, pero cuando regresé no encontré ninguna huella de visitas. Sólo había un animal, parecido a un gato salvaje, sentado sobre uno de los baúles. Cuando me acerqué salió corriendo, pero se detuvo cerca y se quedó allí, quieto y muy tranquilo, mirándome directamente a la cara como si tratara de conocerme. Le mostré una de mis armas, pero como no sabía lo que era siguió indiferente, sin ninguna intención de marcharse. Entonces le arrojé un trozo de galleta aunque, a decir verdad, no era que me sobraran, pues mis provisiones eran más bien escasas. Igual, como digo, le arrojé un poco y el animal se acercó, la olfateó, la comió y volvió a mirarme complacido, pidiendo un poco más. Hice un gesto de impotencia porque no podía darme el lujo de perder más galletas y el gato se marchó.

Desembarqué mi segundo cargamento. Tuve que abrir los barriles de pólvora y trasladarlos poco a poco, porque tal y como estaban resultaban demasiado pesados. Luego comencé a trabajar para armar una pequeña tienda de campaña con la vela y unas varas que conseguí a propósito. Allí guardé todo lo que se podía estropear con la lluvia o con el sol. Acomodé los baúles y toneles vacíos alrededor de la tienda para formar un círculo como una fortaleza que me protegiera de cualquier atraco repentino, ya fuera humano o animal.

Cuando terminé, bloqueé la entrada por dentro con tablas y por fuera con un arcón vacío puesto en forma vertical, apoyé el colchón en el suelo, coloqué las dos pistolas en la cabecera y otra escopeta al alcance de la mano y, por primera vez en mucho tiempo, me acosté en una cama y dormí plácidamente toda la noche. Me sentía pesado y agotado, pues la noche anterior había dormido poco y durante el día había trabajado muchísimo subiendo las cosas a la balsa y luego bajándolas.

Tenía a mi disposición el mayor almacén que se habría podido imaginar para un solo hombre, pero aún no estaba tranquilo porque mientras el barco siguiera encallado allí cerca sentía que mi deber era intentar sacar de él todo lo que pudiera; por eso todos los días, cuando bajaba la marea, iba al barco y

traía alguna cosa. La tercera vez intenté traer todo el cordaje, las amarras y las sogas que pudiera acarrear, un trozo de lona de repuesto que se utilizaba para remendar las velas y también el barril de pólvora que se había mojado. Al final terminé llevándome todas las velas, desde la primera hasta la última. Prefería transportarlas cortadas en retazos para trasladar lo máximo posible por viaje, igual no tenía importancia, no iban a serme útiles como velas sino como lonas.

Después de haber hecho cinco o seis viajes, y cuando creía que ya no quedaba nada por trasladar, me dio una enorme alegría descubrir un tonel con pan, tres barriles grandes de ron, una caja de azúcar y una caja de harina fina. Me sorprendió porque ya no esperaba encontrar provisiones que no se hubieran estropeado con el agua. Me apuré en sacar el pan del tonel y en hacer paquetes más pequeños envolviéndolos con retazos de vela. Así logré que todo llegara sano y salvo a la orilla.

Al día siguiente hice otro viaje, pero como ya había sacado del barco todo lo que era transportable, me dediqué a desarmar los cables. Corté el principal en trozos que pudiera transportar y al final terminé trasladando en partes dos cables y una guindaleza, junto a todos los herrajes que fui encontrando en el camino. También corté el palo del trinquete y el palo de popa y me los llevé, pues tal vez me podían llegar a ser útiles para armar una balsa más grande. Cargué aquellos elementos pesados y regresé a tierra, pero la buena suerte comenzó a abandonarme. La balsa estaba tan cargada que era difícil de maniobrar y ni bien entré en el pequeño riachuelo perdí el control de la balsa y se volcó, arrojándome al agua junto al resto de la carga. No fue peligroso para mí porque estaba cerca de la orilla, pero perdí casi todo lo que llevaba. Lo peor fue el hierro, que tanto me habría servido. Cuando la marea volvió a bajar logré recuperar la mayoría de los trozos de cable y algunos herrajes, pero resultó ser un esfuerzo descomunal pues debía sumergirme para cada cosa y acabé exhausto. A pesar de esta experiencia, seguí regresando todos los días al barco para llevarme todo lo que podía.

Llevaba trece días en la isla y había hecho once expediciones al barco en las que había traído todo lo que un par de manos podía traer, y si se hubiese mantenido el buen tiempo habría terminado trasladado el barco entero pieza por pieza. Mientras preparaba el duodécimo viaje me di cuenta de que el viento comenzaba a soplar con más fuerza, pero como la marea seguía baja, me animé a salir igual. A pesar de que creía que había revisado bien los camarotes y que no quedaba nada por descubrir, encontré un casillero con cajones y en uno de los cajones dos o tres navajas de afeitar, un par de tijeras

grandes y diez o doce tenedores y cuchillos de buena calidad. En otro cajón encontré unas treinta y seis libras esterlinas en efectivo, algunas monedas europeas, algunas brasileñas, un puñado de reales de a ocho y un poco de oro y plata.

Cuando vi aquel dinero sonreí y dije en voz alta:

—¡Qué porquería! ¿De qué me sirves ahora? De nada… ni siquiera vale la pena que me agache para recogerte. Cualquiera de esos cuchillos vale más que tú. No tengo forma de gastarte, de modo que te dejaré ahí para que te hundas como cualquier cosa inútil.

Pero lo pensé dos veces, lo recogí y lo envolví en un trozo de tela. Se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era construir otra balsa, pero cuando me puse manos a la obra vi que el cielo se había cerrado y que el viento soplaba con fuerza. Un cuarto de hora más tarde se levantó un vendaval fresco desde la costa, no tenía sentido hacer otra balsa si el viento venía desde allí. Debía regresar antes de que la marea se levantara, o de lo contrario no podría acercarme. Me lancé al agua y atravesé nadando el canal que separaba la tierra firme del barco pero incluso eso me resultó difícil, en parte por el peso de las cosas que llevaba y en parte por la agitación del mar, pues el viento se levantó muy rápido y la tormenta cayó aún antes de que la marea subiera del todo.

Logré llegar a mi pequeña tienda de campaña, donde me sentí a salvo rodeado de mis bienes. El viento sopló con ímpetu durante toda la noche y cuando salí a la mañana siguiente descubrí que el barco ya no estaba a la vista. Al principio me sorprendí, pero me animé al pensar que no había perdido el tiempo y que había sacado todo lo que podía serme útil; es más, aunque hubiese tenido más tiempo ya habría quedado poco que transportar.

Dejé de pensar en el barco y en lo que habría podido rescatar, aunque más adelante acabé recogiendo hasta la chatarra que llegó a la orilla en forma de restos prácticamente inútiles.

CONSTRUYO UNA FORTALEZA

A partir de entonces mi mayor preocupación consistió en mantenerme a salvo del ataque de los salvajes o los animales que pudiera haber en la isla. Pensé en cuáles eran mis opciones y qué tipo de morada sería la más conveniente, si una cueva bajo tierra o una tienda en la superficie. Al final decidí que debía construir ambas y me parece oportuno relatar aquí cómo lo hice.

No tardé en darme cuenta de que el sitio en el que me hallaba no era el mejor para instalarme, porque se trataba de un terreno pantanoso y bajo, demasiado cercano al mar y sin agua alrededor. Debía buscar un sitio más saludable y sencillo.

Pensé qué características debía tener ese sitio e identifiqué varios requisitos. El primero, que hubiera agua fresca cerca, como ya he dicho. En segundo lugar, debía resguardarme del calor del sol. En tercer lugar, protegerme de criaturas hambrientas, ya fueran hombres o animales. Y en cuarto lugar, debía tener una vista directa al mar para que no perdiera la oportunidad de salvarme si Dios me enviaba un barco, una esperanza que aún no había perdido del todo.

Tras investigar encontré una explanada junto a la ladera de una colina, cuya pendiente descendía con tanta inclinación que parecía el muro de una casa, nada podría caerme por ese lado. En un lugar de la pared había un hueco producido por la erosión del viento que parecía la entrada o la puerta a una cueva, aunque en realidad no existía hendidura alguna en la roca.

Decidí armar la tienda en la explanada que había justo frente a esa grieta. La superficie tenía unos noventa metros de ancho y más o menos el doble de largo, se extendía como un jardín frente a mi puerta y al final descendía a tramos irregulares hasta la parte baja de la playa. Quedaba en el cuadrante noroeste de la colina, por lo que me protegía del calor durante el día hasta el momento en el que el sol se ubicaba al suroeste, algo que en esas regiones significa que comienza a atardecer.

Antes de instalar la tienda dibujé un semicírculo considerando como centro la grieta, desde la roca tenía un diámetro de unos nueve metros y una

extensión de dieciocho de un extremo al otro. Dentro de aquel semicírculo clavé dos hileras de estacas hundiéndolas en el suelo hasta que quedaron firmes como columnas de casi un metro y medio de altura con las puntas afiladas. Entre las hileras no había más de quince centímetros de distancia.

Busqué los trozos de cable que había cortado en el barco y los até uno encima del otro para cubrir el espacio entre las hileras de estacas y con unas varas de unos sesenta centímetros de altura apuntalé la empalizada. Fue un gran esfuerzo y llevó mucho tiempo, sobre todo cortar las estacas de madera, transportarlas y clavarlas en la tierra, pero la valla quedó tan resistente que ningún hombre o bestia habría podido atravesarla ni saltar por encima.

Para entrar y salir no hice una puerta, sino que construí una pequeña escalera que me servía para atravesar la valla y, una vez dentro, la retiraba y quedaba completamente aislado y protegido del mundo. Gracias a esto comencé a dormir más tranquilo por las noches, aunque más tarde comprendí que todas aquellas precauciones eran innecesarias.

Trasladar a la fortaleza todos los bienes, provisiones y municiones que había bajado del barco me supuso un esfuerzo descomunal. Luego levanté una gran tienda, y para que resistiera aquellas lluvias, que en la estación húmeda podían llegar a ser muy violentas, la hice doble, es decir, levanté una tienda pequeña dentro de una tienda más grande y cubrí todo el exterior con una enorme lona impermeable que había rescatado del barco junto a las velas.

A esas alturas ya no dormía en el colchón, sino en una hamaca de excelente calidad que había pertenecido al primer oficial del barco.

En la carpa más pequeña metí todas las provisiones y cosas que pudieran dañarse con el agua. Y cuando terminé de guardarlo todo cerré la entrada (que hasta ese momento había dejado abierta) y comencé a usar la pequeña escalera para entrar y salir.

Entonces me puse a escarbar la pared de la roca aprovechando la tierra y las piedras que quitaba para arrojarlas del lado interior de la empalizada como si fuera un terraplén, de tal forma que al final la base ganó unos cuarenta centímetros de grosor. Mi intención era usar la cueva trasera de la tienda como depósito.

Terminar aquello me llevó varios días y supuso un gran agotamiento, pero debo retroceder un poco en el relato para contar otras cosas que también me preocupaban. Mientras terminaba de armar la tienda y excavaba la cueva, una nube negra descargó una tormenta. Vi la luz de los relámpagos y luego, como suele ocurrir, oí el ruido seco del trueno. Pero el relámpago no me sorprendió tanto como la idea que despertó en mi cabeza, veloz como el chispazo: ¡la

pólvora! Cuando pensé que una sola explosión era suficiente para destruir toda la pólvora se me hundió el corazón en el pecho, pues toda mi protección y mis posibilidades de conseguir comida dependían por completo de la pólvora. Ni siquiera sentí miedo por mí mismo, porque sabía que si la pólvora llegaba a explotar ni siquiera me daría tiempo a descubrir de dónde venía el golpe.

Aquello me asustó tanto que después de la tormenta dejé a un lado todas mis tareas de construcción y defensa y me dediqué a armar bolsas y cajas en las que fui separando la pólvora para evitar que se quemara toda a la vez. Luego guardé los paquetes apartados entre sí de manera que, si uno estallaba, el fuego no alcanzara a los demás. Tardé unos quince días en terminar el trabajo y al final la pólvora, que en total sumaba unos cien kilos, quedó distribuida en más de cien paquetes. Como el barril húmedo no me inspiraba temor, lo dejé en aquella cueva, que en mi imaginación había comenzado a llamar «la cocina». Escondí los paquetes en las grietas que había entre las rocas para que no los alcanzara la humedad, señalando con mucho cuidado el sitio en el que había dejado cada uno.

Durante el tiempo que dediqué a aquello salí por lo menos una vez al día con la escopeta, a veces para pasar el rato y otras para ver si podía matar algo que fuera comestible. Aprovechaba también para estudiar qué podía ofrecerme la isla. La primera vez que salí descubrí con entusiasmo que había cabras, pero una vez más me persiguió mi mala fortuna: eran tímidas y tan ágiles que resultaba imposible acercarse. Aun así ni me desanimé ni tuve dudas, sabía que en algún momento acabaría matando alguna y eso sucedió muy pronto, cuando descubrí el sitio en el que solían pastar. Me di cuenta de que cuando me acercaba caminando desde el valle huían espantadas, a pesar de que estaban sobre las rocas de la colina, pero si me acercaba bajando por las rocas cuando estaban pastando en el valle ni siquiera se enteraban de mi presencia. Por lo visto, sus ojos sólo alcanzaban a ver lo que tenían enfrente o debajo y no percibían nada que estuviera un poco por encima. Así descubrí la manera de cazarlas: subía hasta las rocas a un lugar desde el que tenía un disparo fácil. El primer tiro que disparé mató una cabra que estaba amamantando a un cabrito, y eso me partió el corazón. Cuando la madre cayó, el hijo se quedó inmóvil a su lado y no se movió ni siquiera cuando me acerqué y alcé la cabra. Cuando me la puse sobre los hombros y comencé a andar, el cabrito me siguió de cerca durante todo el camino hacia la cueva. Apoyé a la madre, alcé al pequeño y lo dejé del lado interior de la valla con la intención de domesticarlo, pero como se negaba a comer al final lo terminé

matando y me lo comí. Entre ambos tuve carne suficiente para un buen tiempo, pues comía moderadamente y atesoraba mis provisiones (en especial el pan) lo máximo que podía.

Cuando terminé mi fortaleza, se volvió imprescindible encontrar un sitio donde encender fuego y quemar un poco de leña. Relataré a continuación cómo conseguí el sitio, amplié mi cueva y la hice incluso aún más confortable, pero antes contaré cómo me encontraba y qué pensaba de aquella situación sobre la cual, como no es difícil suponer, tenía tiempo más que de sobra para reflexionar.

Mi opinión sobre la circunstancia en la que me hallaba era bastante sombría, pues había llegado allí a causa de un naufragio, empujado por una tormenta que nos había alejado de nuestro curso y dejado a cientos de kilómetros de cualquiera de las rutas comerciales más frecuentes. Tenía motivos para creer que el Cielo me había sentenciado a muerte en aquella isla desierta y de aquella manera tan solitaria. Cuando pensaba en eso las lágrimas me caían a raudales por las mejillas, y a veces protestaba intentando comprender por qué la Providencia había arruinado de aquella manera tan absurda la vida de una de sus criaturas abandonándola de un modo tan miserable, sin ninguna ayuda. Me sentía tan desanimado que me parecía absurdo dar las gracias por haberme salvado.

Pero siempre aparecía algo que me hacía recapacitar y arrepentirme. Recuerdo que en cierta ocasión, mientras caminaba por la playa con mi escopeta y reflexionaba sobre mis circunstancias, la Razón, por así decirlo, me hizo ver las cosas de manera diferente: «Es cierto que tu situación es devastadora, pero no olvides dónde se encuentra el resto de la tripulación. ¿No iban once hombres en el bote? ¿Dónde están las otros diez? ¿Por qué no se salvaron ellos? ¿Por qué no has muerto tú? ¿Qué te parece mejor: estar aquí o en el fondo del mar?». Alcé entonces la vista hacia el mar. Al considerar nuestras desgracias debemos recordar todo lo bueno que traen consigo y reconocer que siempre hay males peores que nos acechan.

Pensé entonces en lo bien abastecido que estaba e imaginé cuál habría sido mi destino si el barco hubiera flotado a la deriva en vez de quedar anclado en el lugar en el que encalló, tan cerca de la costa que había tenido tiempo de recuperar todo cuanto necesitaba (una probabilidad entre un millón). ¿Cuál habría sido mi destino si me hubiese visto obligado a subsistir con lo que tenía cuando llegué a la orilla, sin los instrumentos mínimamente indispensables para sobrevivir y procurarme el sustento?

—Sobre todo —me dije en voz alta—, ¿qué hubiese hecho sin un arma, sin municiones y sin herramientas para construir una morada, sin ropa, sin cama, sin tienda y sin nada con que cubrirme?

Ahora tenía todo en cantidad suficiente y sabía cómo podía hacer para conseguir alimentos incluso sin armas, cuando se acabaran las municiones, de manera que tenía posibilidades de subsistir sin pasar necesidades el resto de mi vida, pues desde el principio había imaginado qué debía hacer en caso de tener un accidente y más adelante, no sólo cuando se acabaran las municiones, sino cuando la salud comenzara a fallarme o la fuerza a decaer.

Debo confesar que jamás hasta ese momento había considerado la posibilidad de que mis municiones desaparecieran de un solo golpe, por poner el caso de que la pólvora explotara con un rayo; por eso me quedé tan sobrecogido cuando comenzó a tronar y a relampaguear en la ocasión que ya he comentado.

Es el momento ahora de relatar la melancólica historia de la vida más solitaria que quizás haya conocido el mundo; debo comenzar por el principio y seguir en orden. Según mis previsiones, pisé por primera vez aquella espantosa isla el 30 de septiembre, como ya he dicho. Dado que el sol estaba justo encima de mi cabeza supuse que se encontraba en su equinoccio otoñal y calculé que me encontraba a unos nueve grados, veintidós minutos al norte de la línea del Ecuador.

Después de haber pasado allí los primeros diez o doce días se me ocurrió que podía llegar a perder la noción del tiempo por falta de registros, lápiz o tinta, y que incluso podía dejar de distinguir los días festivos de los ordinarios. Para evitarlo corté unos postes de madera, los clavé en forma de cruz en el sitio en donde había tocado tierra la primera vez y tallé en letras mayúsculas: LLEGUÉ A ESTA ISLA EL 30 DE SEPTIEMBRE DE 1659.

Todos los días hacía una marca con el cuchillo a un costado del poste, y cada siete marcas comunes hacía una más grande. El primer día de cada mes hacía una marca larga y así fui llevando una cuenta semanal, mensual y anual del paso del tiempo como si fuera un calendario.

Entre las cosas que bajé del barco en los sucesivos viajes también traje objetos de menor valor, pero de gran utilidad, que no he comentado, en especial plumas, tinta y papel (varios paquetes que encontré en la cabina del capitán, en la del primer oficial, en la del artillero y en la del carpintero), tres o cuatro compases, algunos instrumentos de medición, cuadrantes, un par de catalejos, mapas y cartas de navegación. Traje todo mezclado sin saber si necesitaría esas cosas o no. También había encontrado tres Biblias muy

bonitas que me habían enviado de Inglaterra con mi cargamento y que había guardado entre mis pertenencias, algunos libros de Portugal (entre los que había tres libros de oraciones católicas) y otros que guardé con cuidado. No olvido tampoco que en el barco llevábamos un perro y dos gatos, cuya importante historia contaré cuando llegue el momento. Me traje los dos gatos en la balsa. El perro saltó solo por la borda y me siguió a nado hasta la orilla el segundo día que incursioné en el barco y fue un compañero fiel durante años. No me interesaba lo que cazaba para mí ni tampoco su compañía, lo único que deseaba era que hablara conmigo, pero eso era imposible. Como ya he dicho tenía pluma, tinta y papel, y las economicé lo máximo posible. Mientras duró la tinta llevé un registro exacto de los hechos, pero cuando se acabó me vi obligado a abandonarlo porque no encontré nada que pudiera utilizar para fabricar un poco de tinta.

Eso me hizo pensar que en realidad necesitaba muchas más cosas de las que había acumulado. Por ejemplo una pica, una pala y una azada para cavar o remover la tierra y también hilo, aguja y alfileres. En cuanto a la ropa interior, pronto me acostumbré a andar sin ella.

La falta de esas herramientas convertía cada tarea en un trabajo tortuoso y me llevó casi un año entero terminar el vallado y los alrededores de la cueva. Los postes o palos tenían el mayor peso que podía transportar, pero me costaba mucho trabajo cortarlos y prepararlos en el bosque, y aún más trasladarlos hasta la casa. A veces dedicaba dos días enteros a cortar y a acarrear uno de los postes y otro más a clavarlo firmemente en la tierra. Al principio utilizaba para ese fin un trozo pesado de madera, hasta que se me ocurrió utilizar una de las barras de hierro. Pero por más que esto fuera mejor, asegurar los postes seguía siendo un trabajo pesado y tedioso.

Aun así no tenía mucho sentido preocuparme por la cantidad de tiempo que me llevaba cada tarea, porque si había algo que me sobraba era precisamente el tiempo. Cuando terminaba esos trabajos lo único que tenía que hacer era explorar la isla en busca de comida, cosa que debía hacer casi a diario.

Comencé a meditar más profundamente sobre mis circunstancias y mis limitaciones y se me ocurrió esbozar la situación por escrito, no para que lo leyera quien viniera después de mí, ya que no pensaba tener herederos, sino para aliviar mis pensamientos y escapar de la locura. Así la lógica comenzó a ganarle al desánimo y empecé a consolarme acentuando lo bueno frente a lo malo para diferenciar mi situación de otras mucho peores. Lo expuse de una manera lo más neutral posible, en columnas de debe y haber, separando las

comodidades que tenía frente a las miserias que aún sufría, de la siguiente manera:

LO MALO	LO BUENO
He naufragado en una espantosa isla desierta sin ninguna esperanza de ser rescatado.	Pero estoy vivo, no me he ahogado como el resto de la tripulación.
Estoy completamente solo en mi desgracia, separado del resto del mundo.	Pero también he sido separado del destino del resto de mis compañeros. Sólo Él, que me ha salvado milagrosamente de la muerte, puede salvarme de la situación en la que me encuentro.
Vivo al margen de la sociedad, solitario y desterrado.	Pero no sufro hambre ni estoy en un sitio desolado, sin posibilidad de sustento.
No tengo ropa para cubrirme.	Pero estoy en un clima tropical donde las ropas no me servirían para nada.
No tengo ninguna defensa ni medios para resistir un ataque de hombres o de animales.	Pero he naufragado en una isla sin animales peligrosos como los que he visto en las costas de África. ¿Qué habría pasado si hubiese naufragado allí?
No tengo a nadie con quien conversar, nadie que me consuele.	Pero Dios hizo que el barco encallara milagrosamente lo bastante cerca de la orilla como para que pudiera rescatar una gran cantidad de cosas útiles que me permiten satisfacer mis necesidades y me ayudarán a subsistir mientras viva.

La lista era por encima de todo un testimonio indudable de que no había casi ninguna circunstancia en el mundo tan increíblemente miserable que no tuviera un lado positivo por el que sentirse agradecido. Sirva esto como prueba de que incluso en la peor situación imaginable siempre que hagamos

un registro de lo malo podremos encontrar algún consuelo que anotar en la columna de lo bueno.

Así comencé a disfrutar un poco de la situación en la que me encontraba y desatendí la costumbre de mirar al mar por si divisaba algún barco. Me dediqué a organizar mi vida y a buscar la manera de facilitar las tareas cotidianas.

Ya he descrito mi morada, una tienda junto a la ladera de la colina, rodeada por un sólido vallado de pilotes y cables al que ya se podía llamar «muro», puesto que en la cara externa lo había cubierto con una pátina de tierra y césped de unos sesenta centímetros de grosor. Más adelante (alrededor de un año y medio más tarde), agregué unas vigas que se extendían desde el muro a la pared de la roca y sobre ellas apoyé un techo de paja, ramas de árboles y cosas por el estilo, que me protegían de unas lluvias que, en ciertas épocas del año, podían llegar a ser muy violentas.

Ya he dicho que trasladé todas mis posesiones dentro del vallado e incluso dentro de la cueva, pero como las había ido dejando sin ningún orden, estaban revueltas, apiladas y habían ocupado todo el espacio. No tenía sitio para moverme. Me propuse entonces agrandar la cueva cavando un poco más en la tierra, ya que la roca era arenosa y cedía con facilidad. Cuando comprendí que no corría peligro de cruzarme con animales salvajes, cavé un poco más hacia el lado derecho de la colina hasta construir un túnel de salida del vallado o empalizada. Eso me dio no sólo la posibilidad de entrar y salir de la cueva o almacén como si fuera una puerta trasera, sino también mucho más espacio para organizar las cosas.

Decidí comenzar a fabricar los objetos que más necesitaba, una mesa y una silla sobre todo, pues sin ellas no podía disfrutar de las pocas comodidades que tenía: no podía escribir, comer ni hacer el resto de tareas que con tanto placer suelen hacerse sobre una mesa.

Me gustaría aclarar aquí que cualquier hombre puede transformarse con el tiempo en un maestro en manualidades si calcula y encuadra todo con lógica, utilizando la razón a cada paso, ya que la razón es la sustancia y el origen de las matemáticas. Nunca antes había utilizado herramientas, pero con el tiempo, de tanto aplicarme, inventar y trabajar, comprendí que si hubiese tenido los elementos adecuados habría podido construir todo lo que necesitaba. Pero aun sin tener todos los elementos fabriqué muchísimos objetos, algunos con gran esfuerzo y sin más ayuda que una azuela y un hacha (puede que nunca antes de mí hubiesen sido fabricados así por nadie). Por ejemplo, si quería un tablón lo único que podía hacer era derribar un árbol,

colocarlo a mi altura, tallarlo con un hacha desde los extremos hasta que quedara plano y tuviera el grosor adecuado, y luego pulirlo con la azuela. Claro que con aquel método sólo sacaba un tablón por árbol, pero no tenía más opción, así que me armaba de paciencia para afrontar la enorme cantidad de tiempo y energía que me llevaba hacer una simple tabla. De todas formas mi tiempo y mi esfuerzo no valían gran cosa allí, por lo que daba igual emplearlos de una manera o de otra.

Como ya he comentado antes, primero construí una mesa y una silla con las pequeñas tablas que había traído del barco, y cuando ya tuve algunos tablones forjados, hice varios estantes de unos cuarenta centímetros de espesor y los coloqué uno sobre otro contra la pared de la cueva para guardar en ellos mis herramientas, clavos y herrajes; en resumen, para acomodar las herramientas por separado de manera que fuera sencillo encontrarlas luego. También clavé algunos soportes en las paredes para colgar las escopetas y otros elementos.

Si alguien hubiese visto mi cueva le habría parecido un depósito general de objetos necesarios. Estaba todo tan a mano que disfrutaba observando mis objetos en orden y, sobre todo, reconociendo lo bien provisto que estaba.

Fue entonces cuando comencé a llevar un diario de las tareas cotidianas. No lo había hecho antes porque había estado muy ocupado, no sólo por la cantidad de trabajo que tenía, sino por el desorden de mis pensamientos. Las anotaciones habrían estado plagadas de comentarios aburridos. De cosas de este estilo:

30 de septiembre

Escapé de la muerte, llegué a la orilla y, en vez de agradecer a Dios haberme salvado, lo primero que hice fue vomitar el agua que tenía en el estómago. Me recuperé un poco y me puse a correr por la orilla sacudiendo las manos, agarrándome la cabeza y estrujándome la cara. Maldije mi mala fortuna y lloré porque me sentía acabado, acabado y sin esperanzas, cansado y débil. Tuve que tirarme al suelo a descansar, pero no conseguí dormir por temor a ser devorado.

Algunos días más tarde, después de haber hecho los viajes al barco para rescatar el máximo posible de útiles, aún no podía evitar subir a la cima de la pequeña colina y mirar al mar con la esperanza de distinguir un barco en la distancia. Imaginaba que veía una vela a lo lejos y me llenaba de esperanza, pero después de permanecer inmóvil mirando el horizonte fijamente hasta quedarme ciego, me sentaba a llorar como un niño. Mi propia estupidez me convirtió en un hombre aún más infeliz, pero tras superar aquella ilusión y

gracias a asentar mi morada y mis provisiones, hacerme una mesa y una silla y tener todo en el mayor orden posible, comencé a llevar un diario que copié entero en este lugar (aunque se volvieran a leer en él algunas de las cosas que ya había relatado), hasta el momento en que tuve que interrumpirlo por falta de tinta.

EL DIARIO

30 de septiembre de 1659

Yo, el pobre y triste Robinson Crusoe, habiendo naufragado tras una terrible tormenta, alcancé medio muerto la costa de esta deprimente y desgraciada isla, a la que he bautizado con el nombre de «Isla de la Desesperación». El resto de la tripulación de mi barco se ahogó en la tormenta.

Pasé el día abatido por la horrible situación en la que me encontraba: no tenía ni comida, ni casa, ni ropa, ni armas, ni siquiera un sitio en el que esconderme y, como no encontraba consuelo alguno, me parecía que lo único que me reservaba el futuro era la muerte, ya fuera devorado por animales, asesinado por salvajes o debilitado por el hambre. Al anochecer trepé a un árbol por miedo a los animales y dormí profundamente, a pesar de que no paró de llover.

1 de octubre

Por la mañana me sorprendió descubrir que la marea había desencallado el barco y lo había arrastrado cerca de la orilla, algo que, si bien por un lado era un gran consuelo (ya que al verlo entero y erguido se me ocurrió que, si amainaba el viento, tal vez podría llegar hasta él y rescatar alimentos y otras cosas), por otro renovó mi tristeza al recordarme de nuevo que había perdido a todos mis camaradas. Si hubiésemos permanecido a bordo tal vez habríamos podido salvar el barco, o al menos mantenerse ellos con vida y, si se hubiesen salvado, tal vez entre todos habríamos podido construir con los restos de la nave otro barco que nos sacara de aquí. Pasé el resto del día dándole vueltas a aquellas cosas, y cuando me di cuenta de que el barco estaba prácticamente seco, me acerqué caminando lo más que pude y luego me tiré al mar y nadé hasta alcanzarlo. Llovió durante todo el día, pero no sopló ni una pizca de viento.

Del 1 al 24 de octubre estuve regresando al barco para rescatar todo lo que pude. Llevaba las cosas que rescataba hasta la orilla en balsas cuando subía la marea. También llovió mucho, aunque con intervalos de buen tiempo. Al parecer era la estación lluviosa.

20 de octubre

La balsa se dio la vuelta y todo lo que llevaba cayó al agua. Gracias a que sucedió en una zona poco profunda y a que las cosas que llevaba eran muy pesadas, logré recuperar la mayoría de ellas cuando bajó la marea.

25 de octubre

Llovió durante toda la noche y todo el día, con ráfagas más fuertes. El barco comenzó a quebrarse por la violencia del viento, y cuando bajó la marea apenas quedaban algunas ruinas. Pasé el día poniendo a cubierto las cosas que había podido rescatar para que no las arruinara el agua.

26 de octubre

Estuve todo el día recorriendo la costa, buscando un sitio en el que asentarme. Me preocupaba encontrar un lugar para estar a salvo de posibles ataques de salvajes o de animales. Al atardecer descubrí el sitio apropiado, una explanada frente a la pared de piedra de la colina, y marqué un semicírculo donde quería construir el campamento, fortaleciéndolo con un muro o pared hecha de dos líneas de pilares unidas por cables y cubiertas con paja.

Del 26 al 30 de octubre hice un gran esfuerzo para trasladar allí todas mis provisiones, aunque por momentos la lluvia caía con demasiada violencia.

El 31 por la mañana salí a recorrer la isla con la escopeta para ver si encontraba algo de comer. Maté una cabra y su cría me siguió hasta la cueva, pero más tarde tuve que matarla también a ella porque se negaba a comer.

1 de noviembre

Instalé la tienda cerca de la pared de piedra y por primera vez pasé ahí la noche. La armé lo más ancha posible con las estacas que había traído para colgar la hamaca.

2 de noviembre

Dentro del semicírculo levanté un vallado a mi alrededor con los baúles, las tablas y los trozos de madera que había utilizado para la balsa.

3 de noviembre

Salí con la escopeta y maté dos aves que parecían patos y que tenían buena carne. Por la tarde comencé a construir una mesa.

4 de noviembre

Decidí organizar mis horarios de trabajo, de caza, de descanso y de diversión. Resolví que lo mejor era salir a cazar por las mañanas, si no llovía, durante dos o tres horas, a continuación trabajar hasta alrededor de las once y luego comer lo que tuviera. Con todo ya hecho me podía echar a descansar de doce a dos, porque el clima era demasiado caluroso, y regresar al trabajo por la tarde. Las labores de ese día y del siguiente estuvieron completamente dedicadas a la construcción de una mesa, pues aún era un carpintero torpe, pero luego pensé que la necesidad y el tiempo me terminarían convirtiendo en un artesano como cualquier otro.

5 de noviembre

Salí a cazar con la escopeta y el perro y maté un gato silvestre. La carne no servía para nada, pero la piel era muy suave. Ya me había acostumbrado a quitarle la piel a todos los animales que mataba y a conservarla. Al regresar de la playa vi un montón de aves marinas que no conocía. Las que más me impresionaron, o casi asustaron, fueron dos o tres focas. Mientras las observaba, se metieron en el agua y huyeron.

6 de noviembre

Después de la ronda matutina volví a trabajar en la mesa y la terminé, pero no me gustó mucho el resultado. Aunque enseguida se me ocurrió una manera de mejorarla.

7 de noviembre

Llegó el buen tiempo. El 7, el 8, el 9, el 10 y parte del 12 (el 11 no, porque era domingo) me dediqué de lleno a construir una silla y, tras mucho trabajo, por fin conseguí una forma relativamente aceptable, aunque tampoco me gustó mucho; mientras la montaba tuve que desarmarla varias veces.

NOTA: Abandoné la costumbre de dejar el domingo libre porque me olvidé de hacer marcas más largas en el poste y perdí la noción de los días de la semana.

13 de noviembre

Llovió durante todo el día, me refrescó mucho y enfrió la tierra, pero después cayeron unos relámpagos y truenos espantosos que me asustaron mucho, porque me daba miedo que sucediera algo con la pólvora. En cuanto escampó, me decidí a separar la pólvora en paquetes lo más pequeños posible para que no estallara toda junta.

14, 15 y 16 de noviembre

Pasé esos tres días haciendo pequeñas cajas o arcas que contuvieran entre medio kilo y un kilo de pólvora como máximo cada una. A medida que las iba llenando las guardaba en sitios seguros, lo suficientemente separados entre sí. Uno de esos días maté un pájaro enorme que tenía un buen sabor, pero no sabría decir de qué especie era.

17 de noviembre

Empecé a excavar la pared de piedra que tenía a la espalda para contar con más espacio.

NOTA: Tres cosas eran indispensables para realizar esa tarea: un pico, una pala y una carretilla. Así que tuve que postergar el trabajo para analizar cómo podía conseguir o fabricar esos elementos. Utilicé a modo de pico una de las barras de hierro y funcionó bastante bien, aunque era un poco pesada. Lo siguiente tenía que ser la pala, absolutamente indispensable, ya que no podía continuar la excavación sin ella. No se me ocurría cómo fabricarla.

18 de noviembre

Mientras exploraba el bosque encontré un ejemplar del árbol que en Brasil llaman «árbol de hierro» debido a la increíble dureza de su madera, o un ejemplar parecido. Con mucho esfuerzo y a punto de romper el hacha, logré cortar un trozo y llevarlo a la empalizada con grandes dificultades, pues era muy pesado.

La extraordinaria dureza de la madera me hizo perder mucho tiempo, ya que sólo podía darle forma de pala tallándola poco a poco. El mango lo hice como suele hacerse en Inglaterra, aunque la parte más ancha de abajo perdió el filo relativamente rápido porque no tenía hierro que la protegiera. De todas formas, me fue de mucha utilidad para las necesidades que tenía. Creo que jamás en la historia se tardó tanto en construir una pala, y menos aún de aquella forma.

Pero aún tenía deficiencias: necesitaba una cesta o una carretilla. La cesta era imposible porque no constaba con ramas flexibles para tejerla, o al menos no las había descubierto aún. En cuanto a la carretilla, se me ocurrió que podía construir todo menos las ruedas, no tenía idea de cómo se podían fabricar los soportes de hierro ni el eje que debían sostenerla, así que renuncié. Para sacar la tierra de la cueva creé una especie de bandeja como la que usan los albañiles para transportar el cemento. Esto no fue tan complicado como armar la pala, pero aun así, entre el pico, la pala y el intento de construir la carretilla, perdí cuatro días completos, sin contar las salidas matutinas en las que rara vez erraba el tiro y fracasaba hasta el punto de volver con las manos vacías.

23 de noviembre

Ahora que contaba con las herramientas indispensables retomé el trabajo de excavación de la pared y, esforzándome a diario hasta donde me permitían las fuerzas y el clima, me pasé dieciocho días enteros ensanchando y profundizando la vivienda de manera que cupieran todas mis provisiones.

NOTA: Intenté que la cueva tuviera el tamaño suficiente para que sirviera de almacén o depósito, cocina, comedor y bodega. En cuanto a mi alojamiento, preferí seguir en la tienda excepto en las épocas en que llovía tanto que no podía mantenerme seco (lo que más tarde me llevó a techar todo el interior de la empalizada con largas varas o vigas que apoyé contra la pared

de piedra y que cubrí luego con telas y hojas grandes de árboles como si fuera un techo de paja).

10 de diciembre

Pensaba que la cueva estaba terminada, pero, de pronto (al parecer la había hecho demasiado ancha), se desmoronó una gran trozo del techo y de uno de los lados. Me asusté, si hubiera estado debajo no habría necesitado un sepulturero. Después del desastre me vi obligado a rehacer todo el trabajo: sacar de nuevo la tierra y, más importante aún, apuntalar el techo para asegurarme de que no volviera a desplomarse.

11 de diciembre

Dediqué este día a colocar dos pilastras o postes que apuntalaran el techo, y entre ambos coloqué dos placas de madera. Terminé al día siguiente y continué apuntalando la cueva con postes y tablas hasta que una semana más tarde tenía todo el techo bien asegurado. Como había ubicado los postes en hilera, el espacio entre ellos me sirvió además para armar diferentes habitaciones en la vivienda.

17 de diciembre

Desde este día y hasta el 20 estuve colocando estantes y clavos en los postes para colgar en ellos todo lo que pudiera colgarse. Empecé a sentir que el interior de la casa estaba ordenado.

20 de diciembre

Terminé de guardar todo dentro de la cueva y comencé a amueblarla. Con unos listones construí un aparador en el que apoyar los víveres y me hice otra mesa. Comencé a quedarme sin tablas.

24 de diciembre

Llovió todo el día y toda la noche. No sucedió nada interesante.

25 de diciembre

Llovió todo el día.

26 de diciembre

Dejó de llover y la tierra quedó mucho más fresca y agradable que antes.

27 de diciembre

Maté un cabrito y herí a otro en un pata, lo até con una soga y lo llevé a casa. Allí le entablillé la pata y le vendé la herida.

NOTA: Lo cuidé tanto que sobrevivió, recuperó su pata y se fortaleció. Pero de tanto cuidarlo acabó domesticado, pastaba en el pequeño césped que había frente a la puerta y no se iba. Se me ocurrió que tal vez me convenía mantener animales domésticos para tener alimento el día en que se me acabaran la pólvora y las balas.

28, 29 y 30 de diciembre

Altas temperaturas y nada de viento, así que prácticamente no salí, salvo por la tarde, para buscar algo de comida. Aproveché para ordenar las cosas en el interior de la casa.

1 de enero

Continuó el calor, así que sólo pude salir por la mañana temprano y al atardecer con la escopeta, el resto del día permanecí en el interior. Al atardecer caminé por el valle que conduce al centro de la isla y descubrí que estaba lleno de cabras, muy esquivas y difíciles de atrapar. Se me ocurrió que tal vez podía llevar al perro para que me ayudara a cazarlas.

2 de enero

Efectivamente, al día siguiente llevé al perro y lo empujé contra las cabras, pero me equivoqué: las cabras se enfrentaron al perro, él se dio cuenta de que

estaba en peligro y ni se acercó.

3 de enero

Empecé a levantar la valla o el muro. Como me seguía preocupando la posibilidad de algún ataque, decidí hacerlo muy grueso y resistente.

NOTA: como ya ha descrito la construcción del muro, omitiré esta parte del diario. Basta con comentar que estuve desde el 3 de enero hasta el 14 de abril trabajando en él, aunque apenas tenía veintidós metros de largo; iba desde un extremo de la pared de la colina hasta el otro, a unos siete metros de distancia, con la entrada de la cueva en el centro.

Trabajé intensamente a pesar de que la lluvia obstaculizó las tareas durante varios días, y a veces incluso durante semanas, pero sabía que no me sentiría tranquilo hasta que el muro no estuviera terminado. No puedo describir el esfuerzo que me llevaba cada una de aquellas tareas, sobre todo trasladar los pilotes desde el bosque y clavarlos en la tierra, ya que casi siempre los hacía más grandes de lo necesario.

Cuando terminé el muro y reforcé el exterior con la capa de césped y tierra, quedé convencido de que si alguien desembarcaba en la isla jamás se daría cuenta de que aquélla era una vivienda humana, algo que me resultó muy útil, como se verá más adelante.

EL MILAGRO DE LOS RESTOS DE LOS CEREALES

Todos los días, siempre que la lluvia lo permitía, me daba una vuelta por el bosque para cazar, y en esas rondas solía hacer descubrimientos provechosos. En una ocasión vi unas palomas silvestres que no construían sus nidos en los árboles, sino palomares enteros en los huecos de las rocas. Me llevé algunos pichones y me empeñé en domesticarlos, pero cuando fueron mayores huyeron, puede que por falta de alimento, ya que no tenía nada que darles. Siempre que encontraba palomares me llevaba algunos pichones, porque su carne era excelente.

A medida que iba organizando la vida doméstica descubría las cosas que aún me faltaban y que creía que jamás podría construir o procurarme. No podía, por poner un caso, construir un barril con aros. Tenía uno o dos toneles pequeños, como ya he dicho, pero jamás logré transformarlos en un barril, aunque perdí varias semanas intentándolo. No logré poner la culata y colocar

los bastones lo suficientemente juntos como para que contuvieran el líquido y, al final, acabé desistiendo.

Además, me hacían falta velas. En cuanto oscurecía (por lo general alrededor de las siete de la tarde), me veía obligado a acostarme. Me acordaba del bloque de cera con el que había hecho velas en mi aventura por África. La única solución a mi alcance era guardar la grasa de las cabras que mataba y construirme una lámpara con un pequeño plato de arcilla que había puesto a cocer al sol y una mecha de cáñamo. Aquel invento iluminaba, aunque no de forma clara y sostenida como una vela. Un día, mientras hacía estas tareas, descubrí entre las cosas la pequeña bolsa que, como ya he mencionado, estaba llena de granos de cereales para alimentar a las gallinas que llevábamos a bordo, y que puede que hubiese sido cargada en el viaje anterior del barco, cuando vino de Lisboa. Por lo visto, los cereales habían sido mordisqueados por las ratas y en la bolsa sólo quedaban cáscaras y polvo. Con la intención de aprovechar la bolsa (creo que tenía intención de usarla para guardar pólvora cuando me asusté por el episodio del rayo), sacudí las cáscaras de maíz junto a la empalizada, debajo de la roca.

Aquello sucedió justo antes de la época de lluvias, lo hice sin darme cuenta y enseguida me olvidé de que las había sacudido. Aproximadamente un mes más tarde descubrí unos tallos verdes que se abrían paso en la tierra y pensé que debían ser de alguna especie desconocida. Pero un poco más tarde quedé atónito cuando descubrí diez o doce espigas exactamente iguales a la cebada que crece en Europa (o al menos a la que crece en Inglaterra).

No puedo explicar la sorpresa y confusión que sentí entonces. Hasta aquel momento no había actuado siguiendo fundamentos religiosos, de hecho tenía muy pocas ideas religiosas en la cabeza, ni tampoco había utilizado ninguna explicación de ese tipo para entender lo que me había sucedido, más allá de asignárselo a la suerte o utilizando como máximo la frívola expresión: «Que sea lo que Dios quiera», sin reflexionar la injerencia de la Providencia o voluntad de Dios en aquellos episodios. Pero cuando vi que las espigas de cebada crecían en un clima que yo sabía que no era el apto para el trigo, y sobre todo sin comprender cómo habían aparecido allí, sentí un asombro tan extraño que comencé a pensar que Dios había obrado un milagro haciendo que los granos crecieran sin ningún tipo de ayuda con la clara intención de que yo pudiera sobrevivir en aquel salvaje lugar.

Aquello me conmovió hasta las lágrimas y comencé a pensar que aquel prodigio de la naturaleza había sucedido sólo para que yo pudiera aprovecharlo. Lo más extraño fue que después descubrí que muy cerca de las

espigas crecían otros tallos dispersos. Resultaron ser tallos de arroz, los reconocí porque los había visto en la temporada que pasé en África.

No sólo pensaba que eran un mensaje de la Providencia para que pudiera sobrevivir, sino que no dudaba de que habría más por ahí. Volví a recorrer toda aquella porción de la isla buscando en cada rincón y debajo de cada piedra, pero no encontré más plantas. Por fin recordé que había sacudido la bolsa con la comida para las gallinas justo sobre aquel lugar y el milagro empezó a desarticularse. También mi religioso agradecimiento a la Providencia, pues me di cuenta de que en realidad todo había sucedido de una forma explicable, aunque debería haber seguido agradecido por aquel extraño e insólito milagro, pues era de verdad un milagro que los granos hubiesen crecido firmes (cuando las ratas habían mordisqueado la mayor parte), como si hubieran sido sembrados desde el cielo, y que yo los hubiese tirado justo en ese sitio en el que, como quedaba bajo la sombra de la colina, pudieron brotar con rapidez. Si los hubiera sacudido en cualquier otro sitio se hubiesen abrasado y destruido.

Como es lógico, cuidé muchísimo aquellas espigas y tras recogerlas a su debido tiempo (finales de junio), decidí volver a plantar todos los granos con la esperanza de lograr con el tiempo una siembra lo bastante grande como para hacer pan. Pude probar el primer bocado al cuarto año, e incluso entonces con bastante frugalidad, como explicaré más adelante, ya que perdí la primera cosecha completa por no conocer los tiempos adecuados: sembré justo antes de la temporada seca y los granos prácticamente no crecieron. Pero eso lo relataré más adelante.

Como ya he dicho, además de la cebada había veinte o treinta tallos de arroz, que atendí con el mismo cuidado y persiguiendo el mismo propósito: preparar pan o alimentos con masa. Descubrí una manera de cocerlo sin necesidad de un horno, aunque con los años también llegaría a hornear. Pero volvamos a mi diario.

Durante aquellos tres o cuatro meses trabajé arduamente para terminar el muro, y el 14 de abril logré cerrarlo gracias a un mecanismo de entrada sin puerta que funcionaba pasando por encima del muro con una escalera, de tal forma que no hubiera ninguna señal desde el exterior que delatara que vivía allí.

16 de abril

Terminé la escalera para subir al muro, después de pasar la retiré dejándola del lado de adentro y así quedé completamente protegido; en el interior tenía espacio suficiente y nadie podía entrar a menos que atravesara la pared.

Al día siguiente de terminar el muro estuve a punto de arruinar todo el trabajo y acabar enterrado. Ocurrió mientras estaba trabajando en el interior, detrás de la tienda y en la entrada de la cueva; quedé atónito al ver de pronto algo terrible. La tierra del techo comenzó a derrumbarse y la tierra y las piedras me cayeron encima. Dos de los postes que había puesto en el interior se partieron haciendo un ruido espantoso. Sentí que se me paraba el corazón, pero no me di cuenta de lo que estaba sucediendo en realidad, apenas pensé que se había caído el techo, como había sucedido antes en alguna otra parte. Por temor a quedar enterrado bajo los escombros corrí hacia la escalera y me subí al muro, pues me parecía que tampoco estaría a salvo allí si se desmoronaba la pared de la colina y me aplastaba. En cuanto volví a pisar tierra firme comprendí que todo fue debido a un violento terremoto. La tierra se había sacudido tres veces, con intervalos de ocho minutos entre cada temblor; habían sido tan fuertes que habrían derrumbado hasta el edificio más sólido. Un trozo de roca de la cima de la colina cayó a unos ochocientos metros de distancia sobre la playa, provocando el estruendo más espantoso que había oído en mi vida. El mar también estaba revuelto por el temblor, de hecho creo que las sacudidas habían sido más fuertes en el agua que en la isla.

Jamás había presenciado algo parecido a un terremoto ni había conversado con nadie que lo hubiera vivido, y me quedé tan pasmado que parecía un idiota. Las sacudidas me provocaron unas náuseas como las que se sienten la primera vez que se sale a alta mar, y si bien el sonido del derrumbe me despertó y me sacó del estupor en el que me encontraba, también me aterró, pues en lo que único que podía pensar era en que la colina se desplomaría sobre mi tienda y enterraría todas las cosas. Ese pensamiento volvió a dejarme paralizado.

Cuando pasó el tercer temblor hubo un instante en el que no registré ningún movimiento y recobré un poco el valor. Aún no me animaba a subir al muro por temor a quedar sepultado si los temblores volvían. Me senté sobre la tierra desanimado y sin consuelo, porque no sabía qué hacer. Durante ese tiempo no tuve ningún pensamiento religioso aparte del típico «Señor, ten piedad», que olvidé completamente en cuanto hubo pasado el terremoto.

Y ENTONCES SE DESATÓ UN TERRIBLE HURACÁN

Mientras permanecía sentado allí noté que el cielo se cerraba y encapotaba como si fuera a llover. Poco a poco comenzó a soplar el viento y cada vez con más fuerza, hasta que en menos de media hora ya se había levantado un terrible huracán. De pronto el mar estaba cubierto de espuma, la playa había desaparecido bajo la rompiente de las olas y los árboles eran arrancados de raíz. La feroz tormenta duró casi tres horas e hicieron falta otras dos para que todo volviera a estar en calma. En ese momento se puso a llover copiosamente.

Al principio seguí en el suelo, aterrorizado y triste, hasta que se me ocurrió que tal vez el viento y la lluvia eran la consecuencia natural del terremoto, lo cual significaba que el terremoto en sí había pasado y podía arriesgarme a regresar a la cueva. Aquel pensamiento me reanimó, y la lluvia terminó de decidirme. Entré a la empalizada y me senté en la tienda, pero como llovía con tanta fuerza parecía que la tienda iba a deshacerse en cualquier momento y me vi obligado a meterme otra vez en la cueva, temeroso e inquieto ante la posibilidad de que se desplomara encima de mí.

La copiosa lluvia me obligó a realizar ahí mismo un nuevo trabajo: abrir un hueco en el muro, una especie de sumidero para que saliera el agua que había dentro y evitar que el lugar se inundara. Después de un rato, como ya no hubo más sacudidas, me tranquilicé, fui hasta el pequeño almacén y me tomé un trago de ron, porque realmente lo necesitaba para animarme. Bebía de forma muy esporádica porque sabía que no habría manera de reemplazar el ron cuando se acabara.

Llovió durante toda la noche y la mayor parte del día siguiente, por lo que no pude salir. Por suerte estaba más tranquilo y pude meditar sobre lo que debía hacer a continuación. Llegué a la conclusión de que no me convenía vivir en una cueva si en la isla solían producirse terremotos como aquél, lo mejor sería intentar construir una choza en algún lugar abierto que me pudiera proteger de los animales o los hombres con un muro como el que ya había construido. Si seguía en la cueva tarde o temprano acabaría sepultado vivo.

Decidí trasladar la tienda del lugar en el que estaba, al borde de la escarpada ladera de la colina, porque si había otro terremoto lo más probable era que esa zona también acabara derrumbándose. Pasé los días siguientes, el 19 y el 20 de abril, buscando el lugar y pensando cómo llevar a cabo la mudanza.

La posibilidad de ser enterrado vivo no me dejaba dormir tranquilo, pero el miedo a vivir en un sitio sin muro me aterraba de igual forma. Cuando

miraba alrededor y veía lo ordenadas que estaban mis cosas en la cueva, lo bien oculto y a salvo que me encontraba, me resistía a hacer la mudanza.

Pero sobre todo sabía que me iba a llevar mucho tiempo, por lo que era preferible correr el riesgo de quedarme donde estaba hasta encontrar el sitio adecuado y asegurarlo lo suficiente como para mudarme allí. Aquel pensamiento me tranquilizó y decidí que trabajaría a toda prisa para levantar primero un muro circular alrededor del nuevo sitio —con pilares y cables, igual que el anterior— y que, una vez terminado, instalaría dentro la tienda. Mientras tanto, me arriesgaría a vivir en la cueva. Esto fue el día 21.

22 de abril

Me puse en marcha para llevar a cabo mis propósitos, pero descubrí que había perdido una gran cantidad de herramientas. Tenía tres hachas grandes y un montón de hachas más pequeñas (llevábamos a bordo un cargamento para intercambiarlas con los indios), pero de tanto picar y cortar madera dura y nudosa estaban llenas de muescas y sin filo. Tenía una piedra de afilar, pero no podía hacerla girar al mismo tiempo que sostenía las hachas. Aquel problema me llevó tanto tiempo como a un político resolver un tema de Estado o a un juez condenar a muerte a un hombre. Al final hice una estructura para tener la rueda atada a una cuerda que podía mover con el pie y que me permitía tener las manos libres.

NOTA: Nunca había visto un mecanismo semejante en Inglaterra, o si lo vi no le presté ninguna atención, pero más tarde me enteré de que era bastante frecuente. Como la piedra de afilar era grande y pesada, me llevó una semana entera perfeccionar el artefacto.

28 y 29 de abril

Me pasé esos días afilando mis herramientas gracias a que la máquina afiladora funcionaba a la perfección.

30 de abril

Cuando revisé mi provisión de pan me di cuenta de que había disminuido demasiado. Tuve que reducir el consumo a una galleta por día, algo que fue un verdadero drama para mí.

1 de mayo

Por la mañana, mientras observaba el mar (cuando la marea estaba baja), vi un objeto más grande de lo habitual en la playa. Parecía un barril. Bajé y descubrí que efectivamente era un barril, junto a dos o tres restos del barco que habían sido arrastrados a la isla por el huracán. Miré hacia las ruinas del barco y me di cuenta de que sobresalían de la superficie más que antes. Estudié el barril, tenía pólvora, pero estaba completamente mojado y la pólvora estaba endurecida como una piedra. Igual decidí empujarlo hacia adentro y luego me acerqué al barco caminando por la arena lo más cerca que pude para ver si encontraba algo más.

Cuando llegué a los restos, me pareció que eran diferentes. El castillo de proa, que antes había estado enterrado en la arena, ahora parecía levantado casi dos metros. La popa, que al poco tiempo de que dejara de revisar el barco había sido destrozada debido a la fuerte marea y separada de los restos, había dado la vuelta hacia uno de los costados. La arena alrededor de la popa había crecido tanto que, si antes había tenido que acercarme nadando para atravesar un trecho de unos cuatrocientos metros de agua que separaban el barco de la orilla, ahora podía acercarme caminando si la marea estaba baja. Al principio me sorprendió aquella disposición, pero después comprendí que se debía a la violencia del terremoto. Como el barco se había desmembrado aún más, cada día llegaban cosas a la orilla que el mar iba desprendiendo de los restos.

Todo eso distrajo mi mente de la mudanza y me mantuvo entretenido, sobre todo aquel día, investigando qué podía sacar de las ruinas del barco, aunque pronto entendí que no tenía mucho sentido, porque el interior estaba lleno de arena. Había aprendido a no impacientarme por nada y me pareció que lo mejor era desmantelar lo que quedaba, pues tarde o temprano tal vez esos restos podían acabar sirviendo para algo.

3 de mayo

Comencé a trabajar con la sierra, corté un trozo de viga para sostener la cubierta superior o el puesto de mando. Cuando terminé intenté quitar toda la arena de la parte que estaba más elevada, pero la marea comenzó a subir y me obligó a abandonar la tarea.

4 de mayo

Salí a pescar, pero no saqué ninguna pieza que me atreviera a probar y me aburrí. Justo cuando estaba por marcharme saqué un pequeño delfín. Había construido un sedal con los hilos de una cuerda y, a pesar de que no tenía anzuelos, no tenía problemas para sacar los pescados que me interesaba comer. Los secaba al sol y me los comía secos.

5 de mayo

Seguí trabajando en los restos del barco. Separé otro trozo de viga y conseguí tres grandes tablones de abeto de la cubierta, los até juntos y los llevé flotando hasta la orilla cuando subió la marea.

6 de mayo

Otro día buscando en los escombros. Logré quitar varios tornillos de acero y herrajes. Trabajé mucho y volví a la cueva agotado pensando que debía abandonar la tarea.

7 de mayo

Volví al barco sin intención de trabajar, pero descubrí que el casco se había quebrado por su propio peso, las vigas se habían roto, varios pedazos del barco estaban sueltos por ahí y se veía el interior de la bodega, lleno de arena y agua.

8 de mayo

Me acerqué al barco con una barra de hierro para soltar la cubierta, la dejé apartada del agua y la arena. Arranqué otros dos tablones y los llevé flotando a la orilla. Dejé la barra para seguir trabajando al día siguiente.

9 de mayo

Me abrí camino por el centro de los restos, creo que toqué algunos barriles e intenté aflojarlos con la barra de hierro, pero no pude separarlos. Alcancé con

la mano el rollo de papel de plomo que habían traído de Inglaterra, pude moverlo, pero era demasiado pesado para sacarlo.

10, 11, 12, 13 y 14 de mayo

Todos los días fui hasta el barco y me llevé trozos de madera, tablas o placas, y más de noventa kilos de hierro.

15 de mayo

Llevé un par de hachas a la cubierta para ver si podía cortar un trozo del rollo de plomo, fijé un extremo con una de las hachas y golpeé el centro con la otra, pero como estaba hundido unos cincuenta centímetros no logré perforarlo en ningún punto.

16 de mayo

El viento sopló con violencia durante toda la noche y por la mañana la cubierta estaba completamente destrozada. Perdí tanto tiempo buscando algunos pichones de paloma que la marea me hizo desistir de acercarme al barco.

17 de mayo

Vi algunos restos del barco desperdigados por la orilla, a unos tres kilómetros de distancia, y me pareció que valía la pena acercarme a ver de qué se trataba. Resultó ser un trozo de la proa demasiado pesado para poder arrastrarlo.

24 de mayo

Todos estos días estuve trabajando en la cubierta. Con mucho esfuerzo, y gracias a la barra de hierro, logré aflojar algunas piezas que con la primera marea fuerte se habían soltado y algunos baúles de los marineros, pero el viento comenzó a soplar desde la costa y ese día no llegó nada más aparte de algunos trozos de madera y un tonel con carne de cerdo de Brasil, completamente estropeada por la arena y la sal.

Seguí trabajando en la cubierta del barco hasta el 15 de junio, excepto en los momentos en los que me dedicaba a cazar, algo que hacía cuando la marea estaba alta. Conseguí madera, tablones y herrajes suficientes como para construir un buen bote si hubiese sabido cómo hacerlo. Conseguí sacar también unos cuarenta y cinco kilos del papel de plomo que fui llevándome de a poco y en trozos.

16 de junio

Cuando bajé a la playa me topé con una tortuga gigante. Era la primera vez que veía una, pero al parecer había tenido mala suerte, pues si hubiese caminado hacia el otro lado de la isla me habría cruzado con cientos de ellas cada día, como descubriría más adelante. Puede que eso me hubiese salido demasiado caro a la larga.

17 de junio

Me pasé el día cocinando la tortuga. Llevaba sesenta huevos en el interior y la carne me pareció, aquel día, la más sabrosa y tierna que había probado en toda mi vida, pues desde que había naufragado en aquel espantoso lugar sólo había comido carne de cabra y de aves.

CAIGO GRAVEMENTE ENFERMO Y ME ASUSTO

18 de junio

Me quedé en la cueva porque llovió todo el día. Me pareció que el agua de la lluvia estaba un poco fría y sentí algunos escalofríos, lo cual era extraño en aquella latitud.

19 de junio

Pasé el día muy enfermo y tiritando como si de pronto se hubiese puesto a nevar.

20 de junio

No pude dormir en toda la noche, sentía un agudo dolor de cabeza y fiebre.

21 de junio

Seguí enfermo y aterrorizado por la triste situación de encontrarme mal y no poder contar con ninguna ayuda. Por primera vez desde la tormenta en Hull me puse a rezar, pero casi no sé ni lo que dije. Tenía pensamientos confusos.

22 de junio

Me sentí un poco mejor, pero lleno de temores por la enfermedad.

23 de junio

Volví a sentirme muy mal, regresaron los escalofríos, los temblores y un terrible dolor de cabeza.

24 de junio

Mucho mejor.

25 de junio

Fiebre intermitente, pero violenta. La sucesión de ataques de frío y luego de fiebre con una débil transpiración duraron siete horas.

26 de junio

Mejor. Como me había quedado sin alimento busqué la escopeta, pero sintiéndome aún demasiado débil como para salir. A pesar de todo, logré matar una cabra y, en un esfuerzo descomunal, la arrastré hasta la cueva, asé un trozo y comí. Me hubiese encantado hervirla y preparar un caldo, pero no tenía ninguna cacerola.

27 de junio

Volvió la fiebre intermitente con tanta fuerza que me pasé el día acostado, sin comer ni beber. Pensé que iba a morir de sed, pero no tenía ni siquiera fuerzas para ponerme de pie y procurarme algo de agua fresca. Volví a rezar, pero estaba aturdido y en los momentos de lucidez me sentí tan ignorante que no sabía qué decir. Lo único que conseguí hacer fue estar tirado en la cama gimiendo: «¡Señor, apiádate de mí! ¡Protégeme! ¡Ten misericordia!».

Creo que pasé dos o tres horas inmóvil y, cuando la fiebre bajó un poco, me quedé dormido. No me desperté hasta bien entrada la noche; me sentía mejor, aunque todavía débil físicamente y con una sed espantosa. Esperé a la mañana siguiente porque no tenía nada de beber. Entonces, tuve un sueño terrible.

Soñé que me sentaba en el suelo del otro lado del muro, igual que había hecho durante la tormenta que siguió al terremoto, y que de repente distinguía a un hombre que bajaba caminando de una enorme nube negra, envuelto en una llama de fuego tan brillante que iluminaba el suelo y hacía que apenas pudiera mirarlo de frente. Tenía el semblante más inexpresivo que se pueda imaginar, algo imposible de describir con palabras. Cuando apoyó un pie en el suelo sentí que la tierra temblaba igual que lo había hecho durante el terremoto, y para mi espanto todo el aire pareció llenarse de lenguas de fuego.

En cuanto apoyó un pie, se acercó con una lanza o algún tipo de arma en la mano hasta donde me encontraba. Quería matarme. Apareció sobre una saliente a cierta distancia y me habló, o al menos yo oí una voz tan terrible que sería imposible transmitir el miedo que me produjo. Lo único que llegué a entender fue esto:

—… como nada te ha movido al arrepentimiento, ahora debes morir.

Y al decirlo levantó la lanza que tenía en la mano. Que nadie piense que seré capaz de transmitir aquí con palabras el terror que sentí ante aquella aparición porque, aunque se trataba de un sueño, soñé también la sensación de espanto. Tampoco sería capaz de describir la impresión que permaneció en mí mucho después de despertar y descubrir que era un sueño.

Por desgracia, no había tenido ninguna educación religiosa. Todo lo que había recibido de mi padre se había ido perdiendo durante aquellos ocho años de ininterrumpidas crueldades en el mar y conversaciones con personas tan ruin y descreída como yo. No recuerdo haber tenido ni un solo pensamiento que tendiera a levantar mi mirada hacia Dios o cuestionara internamente mi modo de actuar. Me sentía inundado por una especie de estupidez espiritual en la que no sentía ni deseos de hacer el bien ni remordimientos por haber hecho el mal, y era tan rudo, inconsciente y débil como se puede esperar de

un marinero; no sentía miedo ante la furia de Dios en las desgracias, ni me sentía agradecido en la alegría.

Todo esto se entenderá mejor cuando relate el grueso de mi historia, de momento me limitaré a decir que a pesar de la cantidad de miserias que había sufrido hasta entonces, nunca se me ocurrió, ni una sola vez, que se debiera a una intervención divina ni que fuera un castigo por mis pecados, por mi rebeldía contra mi padre o por los pecados que estaba cometiendo entonces (que eran muchos). Mientras me encontraba en aquel terrible viaje por las desérticas costas de África no reflexioné ni una sola vez sobre qué sería de mi vida ni le pedí a Dios que me orientara hacia dónde debía navegar o me protegiera de los peligros de los animales o salvajes que yo pensaba que me rodeaban. Sencillamente, no pensaba en Dios ni en Providencia alguna y actuaba, como cualquier bruto, siguiendo sólo los dictámenes de mi naturaleza y del sentido común. A veces ni siquiera eso.

Cuando escapé del moro y el capitán portugués me aceptó en su barco, éste me trató bien, con entereza, honradez y generosidad, pero no por ello se me ocurrió dar las gracias a Dios. Y en otra ocasión, cuando sucedió el naufragio, caí al mar y estuve a punto de morir ahogado frente a esta isla, me sentí también muy lejos del arrepentimiento o de considerar aquella situación como un castigo divino. Me limitaba a pensar que era un perro sin suerte que había nacido para sufrir en esta vida.

Es cierto que la primera vez que alcancé la orilla de la isla y comprendí que toda la tripulación se había ahogado menos yo, me sorprendió una especie de éxtasis y de conmoción espiritual que, con la ayuda de Dios, se podría haber transformado en un verdadero agradecimiento, pero terminó enseguida y, en el mismo lugar en el que había empezado, quedó un simple chispazo de alegría o, como solía llamarla yo, «felicidad por haberme salvado», en la que no había ni la más mínima reflexión sobre la bondad de la mano que me había rescatado y me había elegido como el único superviviente. Ni siquiera me pregunté el motivo por el que la Providencia había sido tan compasiva conmigo. Apenas mostré la misma vulgar alegría de cualquier marinero que sobrevive a un naufragio, la alegría que se ahoga en la siguiente copa y se olvida en cuanto pasa. Toda mi vida había sido igual.

Incluso después, cuando fui consciente de mi situación y del modo en que había llegado a este espantoso lugar, fuera del alcance de los hombres, sin esperanzas, alivio ni redención, y supe que tenía ciertas posibilidades de sobrevivir y encontrar alimento para no morir de hambre, toda mi congoja desapareció y me relajé: me dediqué a realizar los trabajos necesarios para

mantenerme seguro y abastecido, sin sentirme abatido por mi situación ni considerarla un castigo de Dios. Esos pensamientos rara vez pasaban por mi cabeza.

El crecimiento de los granos de cebada, como anoté en el diario, por fin tuvo cierta influencia y me conmovió mientras creí que se trataba de un milagro, pero cuando comprendí su origen, la conmoción que me había generado el hallazgo también se desvaneció, como he descrito.

Incluso con el terremoto pasó igual, a pesar de ser el fenómeno más terrible de la naturaleza y el más revelador del invisible poder que nos rige: cuando hubo pasado el primer miedo se desvanecieron también las impresiones que había causado en mí. En las circunstancias en las que me hallaba tenía la misma noción de Dios, de su voluntad o de su castigo que si hubiese estado en la mayor prosperidad.

Pero ahora que empezaba a sentirme enfermo y que observaba detenidamente las dificultades de la muerte ante mí, mi ánimo comenzaba a hundirse, mi resistencia se rendía ante la apremiante fiebre y mi conciencia, durante tanto tiempo dormida, comenzaba a despertarse y a reprocharme la vida que había llevado y con la que, debido a mi empecinado modo de actuar, había provocado la voluntad de Dios haciendo que cayera sobre mí con su también empecinada dureza de una manera tan vengativa.

El segundo y tercer día de mi enfermedad me sentí completamente oprimido por esos pensamientos, y en la violencia de la fiebre y de los terribles reproches que me hacía murmuré algunas palabras que parecían plegarias, aunque no puedo decir que fueran provocadas por el amor o la esperanza. Más bien eran producto de la desesperación y del pánico; me sentía confundido, las convicciones me pesaban y el horror de morir en una circunstancia como aquélla me abrumaba. En un estado semejante no sé qué dije al final, creo que fue más bien una oración del tipo: «¡Señor! ¡Soy una criatura tan despreciable! Si caigo enfermo sin duda moriré por falta de ayuda. ¡Señor! ¿Qué será de mí?». A continuación me quedé en silencio y me puse a llorar.

Recordé las palabras de mi padre, sobre todo las predicciones que ya he referido al comienzo de este relato: si decidía seguir aquel estúpido camino no contaría con la bendición de Dios, ya tendría tiempo de sobra para reflexionar sobre lo que supondría rechazar sus consejos cuando no hubiera nadie a mi alrededor.

—Ha llegado el momento en que por fin se cumplen las palabras de mi padre —dije en voz alta—: la justicia de Dios ha sido más fuerte y no tengo a

nadie que me ayude ni me escuche. Rechacé el designio de la Providencia que de forma generosa me había puesto en un lugar y en una posición en la que sin duda habría logrado ser feliz y vivir cómodamente, pero no fui capaz de verlo con mis propios ojos ni aprecié esa bendición de mis padres. Los hice sufrir con mi estupidez y ahora yo mismo sufro las consecuencias. Rechacé el consejo y la ayuda de mi padre, quien me habría hecho progresar en la vida y me habría facilitado las cosas, y ahora debo luchar solo, sin consejos ni consuelo, contra unas fuerzas tan poderosas que ni siquiera podrían ser vencidas por la propia naturaleza —y entonces grité—: ¡Señor ayúdame a soportar este gran sufrimiento!

Aquélla fue mi primera plegaria (si es que se puede llamar así) en años. Pero vuelvo al diario.

28 de junio

Desperté reconfortado por el descanso, gracias a que no se volvieron a repetir los ataques de fiebre. Aún sentía el temor que me había infundido el sueño, pero pensé que los ataques podían regresar al día siguiente, por lo que debía aprovechar ese momento para conseguir alimentos. Lo primero que hice fue recargar una gran caja de botellas con agua fresca y dejarla en la mesa que estaba junto a mi cama. Para quitarle lo que tal vez pudo haberme causado el resfrío, le agregué un poco de ron y los mezclé. Asé a la brasa un trozo de carne de cabra, pero no pude comer mucho. Caminé un poco, pero me sentía demasiado débil, triste y apesadumbrado, tenía miedo de que al día siguiente regresara la enfermedad. Por la noche, me preparé una cena con tres huevos de tortuga que también asé a las brasas y no dejé ni las migas. Hasta donde puedo recordar, aquélla fue la primera comida en la que bendije a Dios en toda mi vida.

Cuando terminé intenté pasear un rato, pero me sentía tan frágil que apenas pude cargar la escopeta (jamás salía sin ella), así que me limité a alejarme un poco y a observar el mar en calma frente a mí. Y pensé: «¿De qué está hecha esta tierra y de qué está hecho ese cielo que he contemplado tantas veces? ¿Cuándo nacieron? ¿Y de qué estoy hecho yo? ¿Qué son todas las criaturas, salvajes o domésticas, humanas o animales? ¿De dónde venimos? Sin duda algún poder secreto ha creado este mar y esta tierra, el aire y el cielo… ¿Pero qué poder es ése?».

Y supe entonces, de la manera más natural, que ese poder era Dios. Que Dios había hecho todo eso. Pero aún dudé: si Dios ha creado todas las cosas,

Él las guía y las controla igual que controla todo a nuestro alrededor, porque un poder que tiene la capacidad de crear sin duda también debe tener también la de guiar y controlar. Y si es así, no puede suceder nada en su creación sin que Él lo sepa o lo ordene. Y si nada puede suceder sin que Él lo sepa, Él sabe que estoy aquí y que me encuentro en esta terrible situación. Y si nada puede suceder sin su designio, entonces él ha decidido que me suceda esto.

Como no se me ocurría ningún argumento que contradijera esas premisas, me quedé absolutamente convencido de que Dios había elegido mi destino, que me encontraba en aquella situación espantosa por su designo, pues únicamente Él tenía el poder, no sólo sobre mí, sino sobre todo lo que sucedía en el universo. Y de inmediato me pregunté: «¿Por qué Dios ha elegido esto para mí? ¿Qué he hecho yo para merecer esto?».

Pero mi conciencia me detuvo ante aquellas preguntas como si se trataran de una blasfemia y me pareció oír una voz en mi interior que me decía: «¡MISERABLE! ¿Acaso os preguntáis qué habéis hecho? ¿Por qué mejor no contempláis cómo habéis malgastado miserablemente la vida y os preguntáis qué *no* habéis hecho? Preguntaos por qué no habéis sido destruido antes, por qué no habéis muerto ahogado en la rada de Yarmouth o asesinado en la batalla contra el pirata de Salé o devorado por las bestias en la costa de África o ahogado aquí, como el resto de la tripulación, y habéis sido el único superviviente. Atreveos más bien a preguntaros esto: ¿Qué es lo que he hecho?».

Me quedé atónito, pasmado, sin palabras. Y como no encontraba nada que decirme, nada con lo que responder a mis propios pensamientos, me puse en pie triste y pensativo y regresé a mi encierro como si me fuera a acostar, pero me sentía demasiado perturbado para dormir, de modo que me senté y encendí la lámpara, pues estaba oscureciendo. Me aterrorizaba pensar en una recaída en la enfermedad y entonces recordé que los brasileños solían tomar tabaco para casi todas las enfermedades. Tenía un trozo ya curado en uno de los baúles y otro poco que aún estaba verde.

Me acerqué al baúl sin duda guiado por el Cielo, ya que en él encontraría la cura para ambos males, el del cuerpo y el del espíritu. Abrí el baúl y hallé lo que necesitaba: el tabaco y, de entre los libros que había salvado, unas Biblias que hasta entonces no había tenido tiempo de hojear, o que tal vez no me habían interesado. Me senté con ambas cosas a la mesa.

No sabía cómo usar el tabaco para curarme, ni siquiera estaba seguro de que me fuera a hacer bien. Hice varios experimentos como si estuviera decidido a hacerlo funcionar de una manera o de otra. Primero agarré una

hoja y comencé a mascarla, lo cual me produjo un gran embotamiento, pues la hoja estaba verde y por lo tanto era muy fuerte, y yo no estaba acostumbrado. Después dejé reposar otro poco en un cuenco con ron durante un par de horas para tomar una dosis antes de acostarme. Y al final quemé otra porción en las brasas, acerqué la nariz y aspiré todo el humo que pude entre el sofoco y el calor.

En los intervalos del proceso levantaba la Biblia e intentaba leer, pero estaba demasiado mareado por el tabaco como para soportar la lectura. Por casualidad, al abrir el libro, las primeras palabras que me encontré fueron: «Cuando estés angustiado invoca mi nombre. Yo te liberaré y tú me honrarás».

Se aplicaban muy bien a mi caso y me impresionaron, aunque no tanto como lo harían más adelante, pues, al no ser leídas en voz alta, digamos que para mí esas palabras carecían de voz. Todo me parecía tan remoto, tan difícil de comprender que, igual que se preguntaron los niños de Israel cuando les prometieron un trozo de carne: «¿Puede Dios servir la mesa en un bosque?», yo comencé a preguntarme: «¿Puede Dios sacarme de aquí?». Y como no se iba a presentar ni una sola oportunidad de ser salvado en muchos años, aquella pregunta prevalecería en mi interior todo ese tiempo.

A pesar de todo, aquellas palabras me causaron una gran impresión y más tarde las recordé con frecuencia. Se había hecho tarde y el tabaco me había mareado tanto que sentí ganas de acostarme. Dejé la lámpara encendida por si necesitaba algo durante la noche y me metí en la cama, pero antes de acostarme hice algo que jamás había hecho antes: me arrodillé y comencé a rezar, le pedí a Dios que cumpliera su promesa y que si algún día invocaba su nombre angustiado, me ayudara. Cuando terminé mi plegaria torpe e imperfecta, bebí un poco del ron que había preparado. El sabor del tabaco era tan fuerte y rancio que me costó tragarlo. Me metí desesperado en la cama, sentí un fuerte efecto en la cabeza y caí en un sueño tan profundo que no me levanté hasta las tres de la tarde del día siguiente, según pude calcular por el sol. Años más tarde llegué a la conclusión de que había dormido toda la noche y todo el día siguiente con su noche, y que en realidad me había despertado por la tarde del segundo día, pues de otra manera no me explico cómo pude perder un día en la cuenta semanal de mi almanaque. Si hubiese tachado dos veces una misma línea hubiese perdido más de un día. En fin, sea como sea hubo un error de un día en la cuenta final y jamás descubrí a qué se debía.

Al despertar me sentí completamente repuesto, de buen ánimo y alegre. Cuando me puse en pie me pareció que estaba mucho más fuerte que el día

anterior y por lo visto también mejor del estómago, pues estaba muerto de hambre. No sentía que fuera a regresar la fiebre y a lo largo del día continué mejorando. Eso sucedió el día 29.

El 30 terminé de reponerme y salí con la escopeta, aunque no me alejé demasiado. Maté un par de aves marinas, algún tipo de ganso, y las llevé a la tienda, aunque no me animé a probarlas. Al final comí unos huevos de tortuga con muy buen sabor. Aquella noche repetí el tratamiento, pues suponía que era lo que me había ayudado a mejorar: bebí otro poco de ron con tabaco, una dosis menor, sin mascar un trozo de hoja ni aspirar el humo. Al día siguiente, el 1 de julio, no me sentía tan bien como creía que iba a estar, tenía una pizca de fiebre, aunque nada preocupante.

2 de julio

Repetí los tres procesos del tratamiento y con las mismas dosis del primer día, aunque dupliqué la medida de ron.

3 de julio

Por fin me curé de la fiebre, aunque no terminé de recobrar del todo mis fuerzas hasta unas semanas más tarde. Mientras me recuperaba volvían una y otra vez a mi mente las palabras que había leído: «Yo te liberaré», pero la imposibilidad de escapar estaba sin duda en mi interior, pues no encontraba esperanza alguna de salvarme. Y mientras me desanimaba pensando así, se me ocurrió que estaba tan obsesionado con mi liberación que era indiferente al favor que ya había recibido y empecé a hacerme las siguientes preguntas: «¿Acaso no me he liberado asombrosamente de la enfermedad, la peor situación en la que podía encontrarme y que tanto me atemorizaba? ¿Y qué he aprendido de todo esto? ¿He cumplido yo mi parte? Dios me ha liberado pero yo no lo he honrado, no me he sentido en deuda con Él ni le he agradecido su ayuda. ¿Cómo puedo esperar una liberación mayor?».

Aquello realmente me conmovió y en ese mismo instante me arrodillé y le agradecí a Dios en voz alta haberme curado de la enfermedad.

4 de julio

Por la mañana busqué la Biblia y comencé a leer el Nuevo Testamento, a leerlo con verdadero respeto. Decidí que de ahí en adelante leería un poco por la mañana y otro poco por la noche sin atarme a un determinado número de capítulos, llegando hasta donde alcanzara mi interés. Al poco tiempo de hacerlo con seriedad comencé a sentir que mi corazón estaba más profunda y sinceramente afligido por la estupidez de mi vida pasada. Recordé la impresión que me había causado aquel sueño, las palabras «nada te ha movido al arrepentimiento» volvían una y otra vez. Le pedí a Dios que me otorgara el arrepentimiento y ese mismo día, providencialmente, sucedió que mientras leía las Escrituras encontré un pasaje que decía: «… honrado como Príncipe y Salvador, a otorgar el arrepentimiento y el perdón de los pecados». Solté el libro y elevé las manos y el corazón al Cielo, y en una especie de éxtasis, grité con fuerza:

—¡Jesús, hijo de David! ¡Tú que eres glorificado como Príncipe y Salvador: concédeme el arrepentimiento!

Puedo decir que aquélla fue la primera vez en la vida que recé en el sentido más hondo de la palabra, lo hice consciente de mi condición y con un sentido de la esperanza que nacía de las Escrituras y de la palabra de Dios. A partir de ese momento, mi única esperanza era que Dios escuchase mis plegarias y comencé a interpretar de un modo distinto aquellas palabras de: «Invoca mi nombre, yo te liberaré», pues antes creía que la liberación se refería al fin del cautiverio (aunque la isla era grande para mí, no era más que una prisión), pero ahora consideraba la libertad de otra manera. Contemplaba mi vida pasada con horror y mis pecados me parecían tan terribles que no paraba de pedirle a Dios que me liberara de aquella culpa que me atormentaba. En cuando a mi soledad, ya había dejado de importarme: comparada con el peso de la culpa, ya no le pedía que me librase de ella. Deseo agregar también, para quienquiera que esté leyendo, que cuando un hombre llega comprender el verdadero sentido de las cosas encuentra una mayor bendición en el perdón de los pecados que en la liberación de un sufrimiento.

HAGO EL PRIMER MAPA DE LA ISLA

Regreso a mi diario.

Mi situación cambió, no dejó de ser triste en el día a día pero sí comenzó a ser un poco más fácil para mí, pues por primera vez reflexionaba sobre asuntos más elevados gracias a la lectura de la Biblia y a las plegarias diarias. Empecé a tener un tipo de paz interior que nunca antes había sentido. Poco a

poco iba recobrando mis fuerzas y mi salud, y me dedicaba a seguir procurándome las cosas que necesitaba y a llevar una vida tan normal como fuera posible.

Del 4 al 14 de julio comencé a dar paseos por la isla con mi escopeta como cualquier hombre que se recupera tras una enfermedad, ya que es difícil explicar lo lento que era al principio y lo débil que me sentía. El tratamiento que me había impuesto era seguramente inédito y puede que nunca hubiese sido empleado para curar la fiebre, por eso no se lo recomiendo a nadie, pues si bien es cierto que me quitó la fiebre también me dejó muy débil, y durante un tiempo estuve sufriendo convulsiones nerviosas y musculares.

Descubrí también que salir cuando llovía era muy perjudicial para mí, sobre todo cuando había tormentas y vientos huracanados. La escasa lluvia que caía en la estación seca venía siempre acompañada de ese tipo de fenómenos, mucho peores que las lluvias de la estación húmeda en septiembre y octubre.

Llevaba diez meses en aquella espantosa isla y había perdido toda esperanza de rescate. Estaba seguro de que el pie de un hombre jamás había pisado aquel suelo. Como ya había terminado de construir mi morada según las necesidades que tenía, me pareció que había llegado el momento de hacer un reconocimiento exhaustivo de la isla y ver qué otros elementos de la naturaleza que no había descubierto hasta ahora podía encontrar.

A partir del 15 de julio comencé a realizar un sondeo más preciso. Primero subí por el riachuelo por el que había acercado los restos del barco en la balsa. A unos tres kilómetros descubrí que la marea no alcanzaba a formar una corriente y que apenas quedaba un arroyo de agua fresca: era la estación seca y en algunos sectores ni siquiera había agua suficiente como para armar un cauce.

A la orilla de aquel arroyo descubrí preciosas extensiones, campos y llanuras cubiertas de hierba y en las partes más altas, casi llegando a la zona donde se podía suponer que jamás llegaba el agua, encontré un montón de plantas de tabaco que crecían verdes y con tallos vigorosos. Había también ejemplares de otro tipo de plantas que no pude reconocer, tal vez porque jamás las había visto en mi vida, y seguramente con virtudes que yo no sabía cómo aprovechar.

Busqué raíces de yuca, que los aborígenes de la zona utilizaban para hacer pan, pero no logré encontrar ninguna. Vi plantas enormes de aloe vera, pero en aquella época no las conocía, y tipos de caña de azúcar silvestres, inútiles para el refinamiento. Aquel día regresé contento por mis hallazgos, meditando

qué podía hacer para averiguar las virtudes o aplicaciones de aquellas plantas y frutas que había visto por ahí, pero no llegué a ninguna conclusión, había prestado tan poca atención cuando estaba en Brasil que sabía muy poco de la vegetación local, tan poco que mis conocimientos no me servían prácticamente para nada en una situación como aquélla.

Al día siguiente, el 16, subí de nuevo por el mismo camino y, al alejarme un poco más, descubrí que el arroyo y las llanuras iban desapareciendo y el terreno se transformaba en una zona más boscosa. Encontré distintos tipos de fruta, sobre todo una gran cantidad de melones y uvas que colgaban de los árboles. Al parecer las parras se extendían entre los árboles y los racimos estaban en su mejor momento, cargados y maduros. Aquel descubrimiento me sorprendió y me llenó de alegría, pero sabía que no debía excederme, pues recordaba que cuando estábamos en la Berbería varios ingleses murieron por una ingesta desmesurada de uvas que les provocó diarreas y fiebre. Se me ocurrió que la mejor manera de utilizarlas era curarlas o secarlas al sol para obtener las pasas. Pensé que serían, como efectivamente terminaron siendo, muy saludables y placenteras cuando pasara la época de las uvas.

Aquella noche no regresé a la empalizada, pasé la noche tumbado al raso por primera vez. Al igual que mi primera noche en la isla, volví a trepar a un árbol y dormí bastante bien. A la mañana siguiente seguí avanzando en mi exploración y me alejé más de seis kilómetros, según pude deducir por el largo del valle que se extendía hacia el norte, con un cordón de colinas que iba de norte a sur desde el punto en el que me encontraba.

Al final del recorrido me topé con un claro y comprobé que a partir de allí el terreno descendía hacia el oeste. Había un pequeño afluente de agua que salía de la pared de la colina que tenía a mi lado y corría en el sentido contrario, es decir, hacia el este. La zona era tan fresca, verde y fértil, todo tenía un aspecto tan florido y primaveral, que parecía un jardín cultivado.

Bajé un poco por aquel delicioso valle inspeccionándolo con secreto placer (aunque mezclado con cierta melancolía) pensando que todo aquello me pertenecía, que era el amo y señor de aquellas tierras, que ostentaba todos los derechos de posesión y que si hubiese podido trasladarlas habría podido incluso legarlas en herencia, como la mansión de cualquier lord inglés. Por esa zona descubrí una gran cantidad de árboles de cacao, naranja, pomelo y limón, pero eran salvajes y tenían pocos frutos, al menos en esa época. Sin embargo, las limas verdes que cogí no sólo servían para comer, sino que además eran muy saludables y con el tiempo comencé a mezclar el zumo con un poco de agua, algo que resultaba muy refrescante.

Ya tenía suficientes cosas como para armar un petate y trasladarlo a mi morada, y me pareció una buena idea llevar una provisión de limones, limas y uvas para pasar la estación húmeda que se aproximaba.

Recogí un montón de uvas en un sitio y luego armé otra pila menor a un lado, en otro lugar puse un paquete grande de limas y volví a casa con un poco de cada montón, decidido a regresar más adelante con un saco, bolsa o lo que pudiera construir para transportar el resto.

Tardé tres días en llegar a mi casa (porque así empecé a llamar a mi tienda y a mi cueva). Las uvas se arruinaron en el camino, tanta suculencia y zumo hicieron que los racimos se magullaran y aplastaran y ya no sirvieran para nada. Las limas llegaron bien, pero había llevado muy pocas.

Al día siguiente, el 19 de julio, partí con dos pequeñas bolsas que había fabricado para transportar la cosecha. Me sorprendió encontrar los racimos de uvas que había apartado, tan cargados y perfectos unos días antes, completamente estropeados, aplastados y desparramados por ahí, mordidos o devorados. Por lo visto en los alrededores había animales salvajes, pero no tenía idea de qué especie.

Como no podía dejarlos ahí amontonados ni tampoco podía llevarme todo en las bolsas, ya que en la primera opción los racimos iban a acabar destrozados y en la segunda, aplastados por su propio peso, opté por una tercera alternativa: cogí un montón de racimos y los colgué de las ramas exteriores de los árboles para ver si se curaban y secaban al sol. Regresé a casa con todas las limas o limones que pude cargar.

En el camino de vuelta me recreé en la fertilidad del valle imaginando todas las comodidades que podría tener allí, lo seguro que estaría durante las tormentas en ese otro lado, rodeado de agua dulce y bosques, y llegué a la conclusión de que había elegido el peor lugar de la isla para instalarme. Empecé a considerar la posibilidad de mudar mi morada y pensé que lo primero que tenía que hacer era encontrar un sitio igual de seguro en aquella zona fértil de la isla.

Estuve dándole vueltas a esa idea durante mucho tiempo. Al principio muy animado, me tentaba la belleza del lugar. Pero a medida que lo fui pensando mejor comprendí que mi casa estaba cerca de la playa y que desde allí podría ver si sucedía algo en el mar, como por ejemplo la aparición de alguien que hubiese corrido mi misma suerte o que hubiese desembarcado en la isla por alguna catástrofe. Por muy improbable que fuera algo así, encerrarme en el centro de la isla, rodeado de bosques y colinas, era condenarme a un cautiverio que haría que salir de la isla ya no fuera sólo

improbable, sino directamente imposible. Por ningún motivo debía mudarme de donde estaba.

Pero me había enamorado tanto de aquel sitio que pasé allí la mayor parte del tiempo hasta fines de julio. Como ya había decidido que no me mudaría, construí en ese lado de la isla una especie de enramada pequeña y la protegí con una resistente valla hecha con una hilera doble de estacas altas y bien firmes, y arbustos en el medio. Allí me sentía muy seguro y pasaba dos o tres noches seguidas, utilizando como siempre una escalera para entrar y salir. Me proporcionaba la ilusión de que era el dueño de una casa frente al mar y de otra casa en el campo. Todo aquel trabajo me llevó hasta principios de agosto.

Después de terminar la valla, cuando comenzaba ya a disfrutar de los resultados, se desató la temporada de lluvias, lo que me obligó a permanecer en mi primera morada porque, a pesar de que en el valle había construido una tienda como la primera (con un trozo de vela bien extendida), no contaba con la protección de una colina que me resguardara de la tormenta ni de una cueva que me protegiera si las lluvias arreciaban.

Como ya he dicho, terminé la enramada a principios de agosto y me dediqué a disfrutarla. El 3 de agosto noté que los racimos de uvas que había dejado colgando en el segundo viaje estaban perfectamente secos y que el sol los había transformado en excelentes pasas. Por suerte, me apresuré a descolgarlos de los árboles, porque de haber seguido allí las lluvias los hubiesen estropeado y yo me hubiese quedado sin la mejor parte de mi alimentación para el invierno. En total tenía unos doscientos racimos grandes. En cuanto terminé de bajarlos y llevarlos hasta mi cueva, comenzó a llover y desde ese momento, alrededor del 14 de agosto, llovió casi todos los días hasta mediados de octubre, a veces con tanta fuerza que no pude ni siquiera salir en varios días.

Durante aquella temporada vi con sorpresa cómo crecía mi familia. Había estado preocupado porque uno de mis gatos se había escapado o, sospechaba, había muerto por ahí, ya que había dejado de oír sus ronroneos y maullidos hasta que a fines de agosto regresó con tres gatitos. Aquello me extrañó sobremanera, porque los dos gatos que había traído del barco eran hembras y en una ocasión en la que disparé a una especie de gato salvaje local, supe que era un tipo de felino muy diferente a nuestros gatos europeos, pero los gatitos salieron de la misma raza que la madre y me pareció muy raro. Aquellos tres gatitos se multiplicaron tanto que pronto se convirtieron en una peste y me vi obligado a aniquilarlos como a una plaga o a arrojarlos lo más lejos posible.

Del 14 al 26 de agosto llovió sin cesar y no pude salir, me había vuelto muy cuidadoso de no mojarme demasiado. Durante aquel confinamiento pasé momentos difíciles por el hambre, y sólo me animé a salir dos veces. En la primera maté a una cabra y en la segunda, el día 26, me topé con una tortuga gigante que fue una bendición. Logré mantenerme alimentado de la siguiente manera: desayunaba un racimo de pasas, almorzaba un trozo de carne de cabra o de tortuga siempre asado (porque por desgracia no tenía ningún recipiente para hervir o guisar) y hacía una cena ligera de dos o tres huevos de tortuga.

Mientras estuve recluido por la lluvia aproveché para ampliar la cueva. Avanzaba poco a poco cavando dos o tres horas por día y terminé construyendo un túnel que salía del otro lado de la colina, fuera de mi empalizada, muy cómodo para entrar y salir. Pero el túnel provocaba que no estuviera tranquilo, porque me sentía más expuesto y vulnerable a cualquier amenaza. Aún no me daba cuenta de que no había ningún ser vivo al que temer y que el animal más grande que hasta ese momento se había visto en la isla era una cabra.

30 de septiembre

Llegó el triste aniversario de mi desembarco en la isla. Sumé las marcas en el poste y descubrí que había pasado allí trescientos sesenta y cinco días. Decidí realizar un ayuno solemne y dedicar el día a la meditación. Me arrodillé con el más grave sentido de humildad y le confesé a Dios todos mis pecados, acepté su severo castigo y a través de Jesucristo le supliqué que tuviera piedad de mí. No probé ningún alimento durante doce horas y al atardecer tomé una galleta y un racimo de pasas y me metí en la cama cerrando el día de la misma manera en que lo había comenzado.

Hasta entonces no había prestado atención a los domingos. Como al principio no había reparado en sentimientos religiosos y había olvidado señalar esos días con una marca más grande, jamás sabía en qué día de la semana estaba. Pero ahora que había completado un año entero pude dividirlo en semanas y señalar cada séptimo día con una marca mayor (aunque más tarde descubrí que en todo el cálculo me faltaban uno o dos días).

Un poco después comencé a quedarme sin tinta y decidí usarla con menos frecuencia, para anotar únicamente los acontecimientos importantes. Así fue como abandoné el registro diario de los hechos.

COMIENZO LA SIEMBRA

La sucesión entre las estaciones húmedas y secas comenzó a resultarme natural, aprendí a identificarlas y a abastecerme de todo lo necesario antes de cada cambio de estación, pero lo cierto es que adquirí el conocimiento antes que la experiencia y lo que voy a relatar a continuación fue una de las pruebas más tristes que realicé durante mi estancia en la isla. Ya he mencionado que había recogido las pocas espigas de cebada y arroz que mágicamente habían crecido de forma salvaje. Eran alrededor de treinta tallos de arroz y veinte de cebada. Cuando terminó la estación húmeda me pareció que era el momento oportuno de sembrarlas, pues el sol se encontraba más alejado, hacia el sur.

Con la pica de madera hice un surco lo mejor que pude en una zona del terreno; la dividí en dos partes y comencé a sembrar los granos, pero mientras lo hacía pensé que tal vez era mejor no plantarlos todos, ya que no estaba seguro de que fuera el momento adecuado. Decidí plantar dos tercios de las semillas que tenía y guardar un puñado de cada especie.

Aquella decisión fue más tarde un gran alivio, porque no creció ni uno solo de los granos que planté: los meses que siguieron fueron muy secos y la tierra no recibió nada de agua. Sin riego, las semillas no prosperaron hasta la siguiente estación húmeda, y entonces crecieron tal y como si las acabara de plantar.

Al ver que mi primera siembra no prosperaba debido a la sequía, busqué una zona de suelos más húmedos para intentarlo de nuevo. Hice un surco cerca de mi nueva enramada y en febrero planté el resto de las semillas, poco antes del equinoccio de primavera. Como a esta siembra le siguieron los meses húmedos de marzo y abril, las semillas brotaron perfectamente y dieron una excelente cosecha. Aun así, como había plantado sólo una tercera parte de las semillas, obtuve una cantidad pequeña y la cosecha entera no llegó ni a un cuarto de fanega de cada especie.

Gracias a aquel experimento me convertí en un experto en la materia, aprendí a distinguir el mejor momento para sembrar y también a gestionar los períodos de siembra y recolección anuales.

Mientras crecían los cereales descubrí algo que me resultaría extremadamente útil más adelante. Cuando terminó la estación húmeda y el tiempo se volvió más estable (algo que ocurría generalmente en noviembre), subí hasta la enramada y, aunque no había ido desde hacía meses, encontré todo exactamente igual a como lo había dejado, a excepción de la valla. No sólo estaba entera, sino que las estacas habían echado raíces y les habían crecido unos tallos largos como los que les crecen a los sauces tras la primera poda. No conocía la especie de los árboles de los que había sacado las estacas, pero me agradó encontrar tantos arbolitos creciendo. Los podé y dejé que crecieran a su aire. No puedo describir la hermosa figura que componían después de tres años, pues si bien la valla formaba un círculo de unos veintidós metros de diámetro, la copa de los árboles (como ya se los podía llamar) cubrieron el centro ofreciendo una sombra lo bastante espesa como para guarecerme durante la estación seca.

Decidí cortar más estacas y armar un vallado idéntico en el semicírculo que quedaba alrededor del muro (me refiero al de la empalizada). Coloqué las estacas o árboles en una doble hilera a unos siete metros de distancia del muro. Crecieron muy rápido, al principio fueron simplemente una excelente forma de ocultar mi hogar pero luego, como se verá más adelante, también me sirvieron de gran ayuda a la hora de defenderme.

En la isla, las épocas del año no se clasificaban en verano e invierno (como en Europa), sino en estación húmeda y estación seca, de la siguiente manera:

Mediados de febrero Marzo Mediados de abril	Estación húmeda, cuando el sol está en el equinoccio o cerca
Mediados de abril Mayo Junio Julio	Estación seca, con el sol al norte de la línea del Ecuador

Mediados de agosto Septiembre Mediados de octubre	Estación húmeda, con el sol de nuevo en el equinoccio
Mediados de octubre Noviembre Diciembre Enero Mediados de febrero	Estación seca, con el sol al norte de la línea del Ecuador

Ésta era más o menos la distribución, aunque la estación húmeda se prolongaba o acortaba según los vientos. Tras haber experimentado en carne propia las consecuencias de exponerme a la lluvia, tomaba todas las precauciones para abastecerme por adelantado y no tener que salir cuando estábamos en la estación húmeda. Me quedaba a cubierto el máximo posible.

Era una época en la que tenía muchas cosas que hacer (y apropiadas también al clima), había tiempo de sobra para fabricar los objetos que no habría podido conseguir más que construyéndolos yo mismo con esfuerzo y aplicación. Hice en concreto varios experimentos para armar una cesta, pero las ramas eran tan quebradizas que no servían. De niño me había divertido observando al artesano del pueblo de mi padre mientras tejía sus artículos de mimbre, algo que ahora suponía una enorme ventaja a mi favor. Como cualquier niño, era muy entrometido y observaba con curiosidad el modo en que el hombre tejía los cestos, y como le había prestado ayuda en más de una ocasión ahora recordaba bien el método y deseaba encontrar el material adecuado. Se me ocurrió que tal vez las ramas de los árboles que había utilizado como estacas y que crecían podían resultar tan resistentes como las de los sauces o el mimbre de Inglaterra y decidí intentarlo.

Al día siguiente subí hasta mi casa de campo (así la llamaba), corté algunos de los tallos más tiernos y descubrí que eran perfectos para mi propósito, por lo que la siguiente vez fui armado con mi hacha pequeña y corté una gran cantidad, algo que no resultó difícil porque crecían por todos lados. Los puse a secar dentro del círculo o vallado y cuando estuvieron listos los bajé a mi morada. Durante la siguiente estación húmeda me dediqué a hacer todo tipo de canastos, tanto para acarrear tierra como cualquier otro tipo

de materiales. Si bien los acabados no eran muy buenos, las cestas resultaron sumamente útiles y al poco tiempo me acostumbré a no salir jamás sin ellas. A medida que se iban estropeando las reponía, sobre todo los canastos más profundos, que utilizaba para guardar los granos de la cosecha en lugar de ponerlos en bolsas.

Superar aquella dificultad, aunque fuera dedicándole una enorme cantidad de tiempo, me animó a buscar la manera de solucionar otras dos necesidades. La primera: no tenía ningún tipo de vasija para transportar líquidos, a excepción de los dos barriles pequeños llenos de ron y algunas botellas de cristal, del tamaño habitual o de las cuadradas que se usaban para licores o bebidas. Tampoco tenía ningún tipo de cacerola para guisar, salvo una vasija enorme que rescaté del barco y que era demasiado grande para mis necesidades: hervir caldos o guisar la carne. Mi segunda necesidad era una pipa, pero me parecía imposible construir una, aunque con el tiempo encontré la manera de solucionar también esto.

El resto del verano o estación seca me dediqué a plantar la segunda hilera de estacas y a tejer las cestas, hasta que se presentó una nueva tarea a la que tuve que dedicar mucho más tiempo del que había imaginado.

VIAJE ALREDEDOR DE LA ISLA

Seguía con ganas de recorrer la isla entera, como cuando había subido por el riachuelo hasta el sitio en el que instalé la enramada y donde había una vista panorámica de la playa que había al otro lado de la isla. Me decidí a bajar ese camino para conocer la costa del otro lado. Cogí la escopeta, el hacha pequeña, más pólvora y balas de lo habitual, dos galletas y un gran puñado de pasas, metí todo en un morral, busqué al perro y emprendí el viaje. Tras cruzar el valle de la enramada tuve una buena perspectiva de la orilla oeste de la isla y, como hacía un día claro, alcancé a divisar tierra a lo lejos, aunque no era capaz de dilucidar si se trataba del continente o de otra isla. Parecía una porción de tierra en altura que se extendía desde mi oeste hacia el oeste-suroeste a una enorme distancia que, según mis cálculos, podía llegar a ser de unos ochenta o noventa kilómetros.

No sabía en qué parte del mundo me encontraba, sólo sabía que estaba en algún punto de América. Según mis observaciones, debía de estar cerca de los dominios españoles, tal vez en una zona habitada por salvajes. De ser así, si hubiera desembarcado allí mi situación habría sido muchísimo peor. Acepté la decisión de la Providencia, una decisión que entendía cada vez mejor, ya que había dispuesto todo de la mejor manera. Eso me tranquilizó y dejé de sentir pena por el infructuoso deseo de estar allí.

Después de reflexionar sobre el asunto concluí que si aquellas tierras pertenecían al dominio español, tarde o temprano acabaría acercándose o pasando alguna embarcación; y si eso no sucedía era porque entonces se trataba de una porción de tierra salvaje entre Brasil y los dominios españoles en la que vivían los peores salvajes: caníbales o antropófagos que no dudaban en matar y devorar a cualquier ser humano que pisara sus tierras.

Con esa conclusión en mente, seguí avanzando más tranquilo. Descubrí que aquel lado de la isla era mucho más agradable que el mío, lleno de flores, hierba y hermosas arboledas. Vi una gran cantidad de loros y me dieron ganas de apresar alguno para domesticarlo y enseñarlo a hablar. Tras un meticuloso esfuerzo conseguí atrapar un pichón golpeándolo con una vara y lo llevé a

casa, pero pasaron varios años antes de que lograra hacerlo hablar. Al final le enseñé a llamarme por mi nombre de una manera muy familiar y el pequeño accidente a que eso dio lugar, aunque pueda parecer una tontería, divertirá mucho al lector cuando llegue el momento.

Lo pasé muy bien en aquel viaje. En la parte baja de aquel territorio encontré liebres o algo parecido, y zorros muy diferentes a todos los que había visto en mi vida. Maté a varios, pero tenían tan poca carne que no me dejaron muy satisfecho. Tampoco tenía necesidad de arriesgarme, ya que no sufría escasez de comida, tenía de lo mejor, sobre todo considerando la carne de cabra, los pichones de paloma y las tortugas. Si a eso le sumamos mis pasas de uva, creo que nadie habría podido surtir mejor mi mesa, ni siquiera en el mercado Leadenhall, considerando que ésta tenía un único comensal. A pesar de que mis circunstancias fueran lamentables, tenía motivos para sentirme agradecido, ya que jamás me vi obligado a hacer cosas extremas por comida, más bien lo contrario, me sobraba y hasta tenía mis caprichos.

En aquella ocasión caminaba al día más o menos unos tres kilómetros en línea recta, aunque eran tantas mis idas y vueltas para ver qué podía descubrir que al final llegaba agotado a los lugares en los que pasaba la noche. Descansaba en lo alto de un árbol o armaba un cerco de estacas clavadas a la tierra o una pared de un árbol a otro, de manera que si algún animal se acercaba por la noche me despertara.

Cuando llegué a la orilla confirmé que efectivamente había elegido el peor lugar de la isla para vivir. De aquel lado, la playa estaba llena de tortugas y del otro lado apenas me había topado con tres en un año y medio. Había también una gran cantidad de aves, algunas de una especie que ya conocía y otras nuevas, la mayoría de buena carne. No sabía qué tipo de aves eran, excepto esas que llaman pingüinos.

Podría haber matado todas las que hubiese querido, pero debía ser moderado con la pólvora y las balas. Prefería matar una cabra, ya que era mejor alimento. Pero a pesar de que eran más numerosas allí que en mi lado de la isla, me resultaba mucho más difícil acercarme, porque el terreno era llano y me veían mejor que cuando me escondía en la colina.

No había duda de que aquel lado era mejor que el mío, pero aun así no tuve ni la menor tentación de mudarme. Me sentía tan cómodo en mi morada que durante toda la excursión tuve la sensación de estar de viaje. Seguí avanzando por la costa marina hacia el este unos diecinueve kilómetros, y después de clavar una vara enorme como marca, decidí regresar a casa y

emprender el siguiente viaje en la dirección opuesta, es decir, partiendo hacia el este de mi morada, hasta dar con aquella vara.

Regresé por otro camino para aprovechar también el viaje como exploración y convencido de que podía hacerme un mapa mental de la isla, de que era imposible que me perdiera, pero me equivoqué. Tras caminar cuatro o cinco kilómetros me encontré en un valle muy amplio tan completamente rodeado de colinas cubiertas por bosques que no supe cómo seguir, sólo habría podido adivinarlo por el sol, pero en realidad tampoco aquello me servía si no reconocía su posición exacta a esa hora del día.

Para colmo de males, los siguientes tres o cuatro días el cielo se nubló mientras yo atravesaba el valle y, como no podía ver el sol, estuve dando vueltas desorientado y tuve que regresar a la playa, buscar la vara y regresar por el mismo camino por el que había llegado. Lo hice en jornadas cortas pues hacía mucho calor y el morral con la escopeta, las municiones, el hacha y todo lo demás me pesaban demasiado.

En ese trayecto el perro sorprendió a un cabrito y le saltó encima, me apresuré a agarrarlo y a salvarlo de sus colmillos con la idea de llevarlo a casa porque seguía pensando en mantener una o dos cabras domésticas para alimentarme cuando se terminaran la pólvora y las balas.

Le puse un collar al animalito y, gracias a un cordel hecho de soga que siempre llevaba conmigo, lo conduje con esfuerzo hasta la enramada donde lo dejé encerrado porque me sentía impaciente por regresar a casa, llevaba más de un mes fuera.

No puedo describir la satisfacción que sentí al entrar en mi vieja cueva y tirarme en la hamaca. Aquel recorrido al raso me había costado tanto esfuerzo que mi hogar me parecía de pronto un sitio maravilloso comparado con todos lo demás. Tener mis cosas cerca me resultaba tan cómodo que me prometí que, mientras mi destino fuera permanecer en aquella isla, jamás volvería a pasar tanto tiempo fuera.

La siguiente semana recuperé fuerzas de aquel largo viaje y me dediqué sobre todo a la pesada tarea de construir una jaula para mi loro Poll. Se había acostumbrado muy rápido a la vida doméstica y se sentía a gusto conmigo. Pero de pronto me acordé del pobre cabrito que había dejado encerrado en la enramada y decidí ir a buscarlo para traerlo a casa, o al menos para darle un poco de comida. Lo encontré donde lo había dejado, ya que efectivamente le era imposible salir, pero a punto de morir de hambre. Corté un montón de ramas de arbustos y hojas de árboles, se las arrojé y, ya alimentado, lo até igual que antes para llevarlo a casa. El hambre lo había amansado tanto que

casi no fue necesario llevarlo atado; me seguía como un perro. Y como seguí alimentándolo, el cabrito se volvió cada vez más cariñoso, amable y fiel y se convirtió en parte de mi familia, no me abandonó jamás.

Había llegado la estación húmeda del equinoccio otoñal y volví a celebrar el 30 de septiembre de la misma solemne manera en la que lo había hecho el año anterior, pues se cumplía el segundo aniversario de mi llegada a la isla y no tenía más esperanzas de ser rescatado que el primer día que puse un pie allí. Pasé el día reflexionando con humildad y agradecido por todos los favores con los que había sido asistido y sin los cuales aquella vida tan solitaria hubiera sido infinitamente más triste. Le di modestas pero sinceras gracias a Dios por enseñarme que aun en aquella situación tan límite y solitaria era posible sentirme más feliz que en la libre sociedad, rodeado de placeres mundanos, porque Él compensaba las deficiencias de mi soledad y el deseo de compañía humana con Su presencia y Su diálogo espiritual, con los que me asistía, me reconfortaba y me alentaba a confiar en su Providencia en la tierra y a esperar Su compañía eterna en el más allá.

Empecé a pensar cuánto más feliz me sentía con la vida que llevaba ahora, a pesar de sus miserias, al compararla con la existencia que había llevado antes, tan perversa y detestable. Y en el momento en el que cambiaron mis penas y mis alegrías, también mi deseos se modificaron, mis preocupaciones cambiaron de naturaleza y mis gustos se transformaron en otros completamente nuevos comparados con los que había sentido cuando llegué a la isla o durante aquellos dos años.

Antes, cuando salía a cazar o a reconocer el terreno, me asaltaba de golpe la angustia por la situación en la que me encontraba y el corazón se me detenía en el pecho al ver los bosques, las colinas y los desiertos que me rodeaban. Me sentía prisionero en una tierra virgen, encerrado tras los eternos barrotes y candados del océano, sin escapatoria. Aun en los momentos de mayor cordura me asaltaban ese tipo de pensamientos de golpe como una tempestad, y me hacían retorcerme las manos y ponerme a llorar como un niño. A veces me sucedía cuando estaba trabajando y me obligaba a detenerme de inmediato, suspirar y quedarme absorto mirando la tierra durante una o dos horas seguidas. Aquello era todavía peor, porque al menos cuando lloraba o maldecía me descargaba, y la pena se aliviaba un poco.

Pero ahora empezaba a pensar en otras cosas. Leía a diario la palabra de Dios y aplicaba todo su consuelo a mi situación. Una mañana en la que estaba particularmente triste, abrí la Biblia y leí: «Nunca te abandonaré ni te dejaré solo». De inmediato supe que aquellas palabras estaban dirigidas a mí, pues

¿por qué si no se me revelaban de una forma tan directa justo en el momento en el que me sentía más solo, abandonado por Dios y por los hombres? «De acuerdo», pensé, «si Dios no me ha abandonado, ¿qué puede ocurrirme o qué importancia tiene que el resto del mundo me haya abandonado si sé que la pérdida sería mucho mayor si fuera el mundo entero el que estuviera a mi disposición y perdiera la ayuda y la bendición de Dios?».

Entonces pensé que tal vez era más feliz en aquella solitaria y desamparada circunstancia de lo que probablemente habría podido serlo nunca en cualquier otro lugar del mundo y que debía darle gracias a Dios por haberme llevado a ese lugar.

No sé qué fue, pero sentí que algo me dejaba estupefacto ante aquel pensamiento y no me atreví a pronunciar las palabras.

—¿Cómo puedes ser tan hipócrita de fingir —me dije en voz alta— que estás agradecido por esta situación si, a pesar de tus esfuerzos por aceptarla, sigues deseando con todas tus fuerzas escapar de ella?

Me detuve ahí. Ya que no podía agradecerle a Dios estar en la isla, pensé que sí podía agradecerle honestamente haberme abierto los ojos, aunque hubiese sido mediante sufrimientos, a lo que había sido mi vida pasada, y haberme llevado a lamentar mis malas decisiones y arrepentirme.

RARA VEZ TENGO TIEMPO LIBRE

Con ese espíritu comencé mi tercer año en la isla. Notengo intención de cansar a nadie con el relato detallado mis trabajos diarios, como ya he hecho durante el primer año, pero sí es necesario decir que por lo general casi nunca tenía tiempo libre. Solía dividir mi tiempo según la cantidad de tareas diarias que tenía que realizar. Para empezar, por poner un caso, tenía que cumplir mi deber con Dios leyendo las Escrituras, una ocupación para la que a veces reservaba tres momentos al día. En segundo lugar, tenía que salir con la escopeta a buscar comida, algo que podía llevarme tres horas cada mañana, si no llovía. Y en tercer lugar, tenía que ordenar, curar, cocinar o preservar de alguna manera lo que había cazado, y eso se llevaba la mayor parte del resto del día. Hay que tener en cuenta que al mediodía, cuando el sol estaba en su cénit, el calor era demasiado intenso como para estar fuera, de manera que sólo contaba con cuatro horas por la tarde para trabajar. La única variación posible era el orden: trabajar por la mañana y cazar por la tarde.

Aparte de que el tiempo para trabajar era escaso, se debe considerar también lo laboriosas que eran mis tareas, la cantidad de horas que me llevaba cada cosa por falta de herramientas, ayuda o conocimiento apropiado. Por ejemplo, durante cuarenta y dos días me dediqué de lleno a fabricar un tablón que me sirviera como estantería, mientras que dos carpinteros con herramientas y serruchos habrían podido cortar seis tablones del mismo árbol en medio día.

Lo hice de la siguiente manera: tuve que talar un árbol bien alto para obtener un tablón largo y sólo eso me llevó tres días, más luego otros dos para cortar las ramas y reducirlo al tronco o a un único trozo de madera. Con golpes secos y hachazos lo fui astillando hasta que quedó una pieza liviana que pude trasladar. Le di la vuelta y trabajé un lado para dejarlo suave y liso como una tabla de punta a punta. Luego hice lo mismo con el otro lado hasta que quedó una plancha de unos ocho centímetros de grosor y plana por ambos lados. No es difícil imaginar el esfuerzo que me llevaba fabricar una pieza así, pero al final terminaba consiguiendo lo que necesitaba a golpe de trabajo y

paciencia. Traigo este ejemplo a colación únicamente para explicar por qué perdía tanto tiempo en fabricar tan pocos objetos. Cualquier cosa de sencilla elaboración con herramientas adecuadas se puede convertir en un esfuerzo laborioso que requiere muchísimo tiempo si se realiza a solas y a mano.

Sin embargo, con paciencia y voluntad, conseguí salir adelante y construir casi todo lo que necesitaba, como se verá más adelante.

Se acercaban los meses de noviembre y diciembre y esperaba poder cosechar la cebada y el arroz. La superficie que había sembrado no era muy grande, como ya he dicho, pues había perdido una parte de las semillas al plantarlas en la estación seca. La cosecha era prometedora, pero de pronto comprendí que corría el riesgo de volver a perderla ante la presencia de distintos enemigos difíciles de combatir. El primero eran las cabras y esos bichos silvestres a los que llamaba liebres. Cuando las hojas estaban tiernas, se metían constantemente para comérselas en cuanto salían los tallos.

La única solución que encontré fue levantar un cerco alrededor, lo que me costó bastante, sobre todo porque tuve que hacerlo muy rápido. Por suerte, como la porción de tierra cultivada era pequeña, igual que la cosecha, logré cerrar el cerco en unas tres semanas. Disparé a algunos animales durante el día y dejé al perro de guardia durante la noche atándolo a una estaca en la entrada para que ladrara cada vez que se acercaba alguno. Así logré que los enemigos se dieran por vencidos. Los granos crecieron fuertes y maduraron rápidamente.

Pero del mismo modo en que los animales casi acabaron la cosecha cuando apenas estaba naciendo, las aves estuvieron a punto de arruinarla cuando salieron las espigas. En una ocasión en la que me acerqué para ver cómo prosperaba descubrí mi pequeño sembradío cubierto de pájaros de no sé cuántas especies diferentes inmóviles y esperando a que me fuera. Disparé al instante (jamás salía sin la escopeta) y con la descarga se levantó de entre las plantas una nube de pájaros que no había visto hasta entonces.

Aquello me preocupó, pensé que en pocos días iban a acabar devorando mis esperanzas y me iban a dejar no sólo sin alimento, sino también sin más posibilidades de volver a plantar cereales. No sabía qué hacer. Decidí que no iba a perder mi cosecha aunque para mantenerla tuviera que estar vigilando día y noche. Me metí entre las plantas para ver hasta dónde llegaban los destrozos que habían hecho los pájaros y noté que, si bien habían arruinado una parte, como los granos aún estaban demasiado verdes para ellos, la pérdida no había sido tan grande. Las espigas que quedaban darían buenos granos si conseguían crecer.

Cargué la escopeta, me alejé un poco y pude ver a los ladrones posándose en los árboles de alrededor como si estuvieran esperando a que me alejara. De hecho eso era lo que estaban haciendo, pues en el mismo instante en que di unos pasos como si me alejara los vi abalanzarse sobre las espigas. Me indigné tanto que no tuve la paciencia de esperar a que se acercaran más, casi me daba la sensación de que cada grano que se comían tenía el valor de un pan entero. Me acerqué, volví a disparar y maté a tres. Eso era lo que quería: los levanté y los exhibí igual que a los ladrones en Inglaterra: colgados de cadenas para asustar a los demás. Me sorprendió que el método sirviera en aquellas circunstancias, pues los pájaros no sólo no volvieron a acercarse al sembradío, sino que con el tiempo incluso llegaron a abandonar esa parte de la isla y no volví a ver a ningún pájaro volando por ahí mientras mis espantapájaros siguieron colgando.

Como es lógico, aquello me alegró mucho y a finales de diciembre, con la segunda recolección anual, coseché el resto de los granos.

Para hacerlo necesitaba una hoz o una guadaña. Lo único que pude hacer fue fabricarme una usando uno de los sables que había rescatado del barco, aunque de todas formas la cosecha era tan pequeña que no me resultó demasiado difícil recolectarla. Repetí lo que ya había hecho antes: corté las espigas, las junté en una cesta enorme que había fabricado a tal fin, separé los granos a mano y, al final, aquel cuarto de fanega de cada especie se convirtió en dos fanegas de arroz y otras dos y media de cebada, según pude calcular (no tenía cómo medirlo).

Aquello me llenó de entusiasmo y me pareció que, con el tiempo, tal vez a Dios le parecería bien concederme un poco de pan. El siguiente momento de confusión llegó cuando me vi obligado a reconocer que no sabía cómo moler los granos para hacer la harina, ni siquiera sabía limpiarlos y desbrozarlos. Incluso si lograba hacer la harina, tampoco sabía cómo preparar luego el pan. Y si lograba hacer el pan, no tenía idea de cómo hornearlo. Quería mantener aparte una reserva de granos para asegurarme una provisión constante, así que decidí que no probaría ni siquiera uno de aquellos granos, sino que los guardaría como semillas para sembrar la siguiente cosecha y, mientras tanto, dedicaría toda mi concentración y esfuerzo a encontrar la manera de producir un poco de harina para a continuación elaborar el pan.

Se puede decir, por tanto, que en esa época realmente trabajaba mucho para ganarme el pan, un producto tan impresionante y a la vez tan sencillo que creo que muy pocas personas se han detenido a considerar la enorme cantidad

de pequeñas cosas que implica: la cantidad de ingredientes, la elaboración de la masa, el aliño, el levado, la cocción y el enfriado.

Todo eso, y más en la situación en la que me hallaba, reducido a un estado completamente natural, me fue desanimando y a cada día me volvía más y más consciente de la dificultad que implicaba, incluso cuando había conseguido aquel primer puñado de semillas que, como he dicho, crecieron sorprendentemente solas.

Para empezar no tenía arado para remover la tierra, ni tampoco azada ni pala. Aquello último se podía solucionar con la pala de madera que me había fabricado antes, pero lo cierto es que no cumplía bien su función y, aunque me había llevado varios días construirla, al no estar recubierta de hierro se había estropeado rápidamente y entorpecía la tarea, obligándome a esforzarme el doble.

A pesar de todo labré la tierra con ella y pude tolerar sus imperfecciones y sacar adelante el trabajo con paciencia. Cuando terminé de sembrar los granos, como no tenía rastrillo, no me quedó más opción que arrastrar una rama pesada sobre la superficie para rasgarla un poco en vez de rastrillarla.

Mientras las semillas crecían fui calculando todo lo que iba a necesitar más adelante para protegerlas, segarlas o cosecharlas, secarlas, transportarlas a casa, separar las semillas, quitarles la cáscara y almacenarlas. Me iba a hacer falta también un molino para triturar el grano, un tamiz para cernirlo, un poco de levadura y sal para hacer la masa y, finalmente, un horno. Como se verá al final logré hacer el pan a pesar de no contar con ninguna de esas cosas y los granos me dieron un placer y un beneficio incalculable. Cada uno de esos pasos resultaba muy laborioso y tedioso en mis circunstancias, pero no tenía alternativa y tampoco tenía otra ocupación, pues, como ya he dicho, había dividido mis jornadas y una parte del día estaba destinada a ese tipo de tareas. Como había decidido que no haría pan hasta contar con una buena reserva de granos, contaba con los siguientes seis meses para dedicarme de lleno a conseguir, con esfuerzo y creatividad, todos los utensilios necesarios para realizar cada etapa del procesamiento de los granos, y estar así preparado para cuando los tuviera.

Lo primero de todo era preparar una extensión mayor de tierra, pues ya tenía granos suficientes como para sembrar más o menos media hectárea. Pero antes de eso tuve que dedicarme durante una semana entera a construir la azada a pesar de que, cuando la terminé, era bastante lamentable y pesaba tanto que requería el doble de esfuerzo trabajar con ella. Conseguí sembrar los granos en dos grandes superficies de tierra plana lo más cerca que pude de la

casa y las rodeé con una valla resistente hecha con las estacas del árbol que he mencionado, pues sabía que crecerían y en menos de un año tendría un cerco vivo que no requeriría de grandes cuidados. Era una tarea lo bastante complicada como para llevarme casi tres meses de trabajo porque estábamos en la estación húmeda y apenas podía salir.

Los días en que llovía y tenía que quedarme encerrado, me dedicaba a hacer las tareas que contaré más adelante, pero siempre me entretenía hablándole a mi loro y enseñándole a hablar. Aprendió rápido a reconocer su nombre y dijo en voz clara:

—Poll. —La primera palabra que oí en la isla pronunciada por otra boca que no fuera la mía.

Como es lógico, aquélla no era mi ocupación principal, sino que era más bien algo que me divertía mientras, como he dicho, trabajaba en otras cosas. Por ejemplo, llevaba ya tiempo estudiando la manera de fabricar una vasija de barro, pero no sabía cómo hacerlo. Considerando las altas temperaturas de la isla, no tenía dudas de que si conseguía algún tipo de arcilla podría improvisar el recipiente y luego ponerlo a secar al sol para que tuviera la dureza y la resistencia suficientes para soportar el manejo y contener las cosas que requerían de un cuenco seco. Como los iba a necesitar para moler los granos y preparar la harina, que era lo que me interesaba ahora, decidí hacerlos lo más grande posible para usarlos como tinajas para mis productos.

Si el lector supiera los extraños procedimientos que tuve que llevar a cabo para darle forma a aquella pasta seguramente sentiría pena por mí o puede que hasta se riera de la cantidad de vasijas raras, deformes y contrahechas que hice, de la cantidad que se desarmaron o rompieron porque la arcilla no era lo bastante firme como para soportar su propio peso, de las que se agrietaron debido a las altas temperaturas del sol y terminaron partiéndose, de las que se desarmaron en cuanto las toqué, antes o después del secado, etcétera. En pocas palabras, después de pasar horas buscando la arcilla, recogiéndola y mezclándola para poder trasladarla a casa y moldearla, por fin al cabo de dos meses logré fabricar dos espantosos recipientes enormes de barro que ni siquiera me atrevo a llamar tinajas.

Cuando el sol las hubo cocido y dejado bien resistentes, las levanté con cuidado y las coloqué en dos grandes cestos que había tejido especialmente para que no se quebraran. Entre cada vasija y su cesto quedaba un espacio vacío que rellené con la paja de las espigas de arroz y cebada para que las tinajas permanecieran siempre secas al almacenar mis granos y, si lograba molerlos, también la harina.

Aunque no logré hacer buenas tinajas grandes, me fue mucho mejor con los recipientes pequeños: tarros redondos, platos planos, jarras, pequeñas cazuelas de barro y todo tipo de cacharros que se me iban ocurriendo, pues los rayos del sol los cocían sorprendentemente bien.

Pero nada de todo eso servía para mi objetivo final: una olla en la que pudiera verter líquidos y soportara el fuego. Hasta que tiempo después, tras asar un pedazo de carne al fuego y acercarme a apagarlo, encontré un trozo de una de mis vasijas de barro entre las cenizas, se había calcinado y quedado duro como una piedra y rojo como un mosaico. Me alegré, pues se me ocurrió que si los trozos quedaban así, sin duda también quedarían así las vasijas si las quemaba enteras.

Entonces pensé cómo me convenía hacer el fuego para quemar mejor las vasijas. No tenía idea de cómo eran los hornos donde se cocían las vasijas de barro ni de cómo se las recubría con barniz de plomo, aunque disponía de este metal para hacerlo. Acomodé tres cazuelas y dos o tres tarros apilados uno dentro del otro sobre la leña y los rodeé por un montón de brasas. Rocié el fuego con un poco de combustible hasta que vi que las vasijas se ponían coloradas por el calor pero no se quebraban en absoluto. Las dejé al rojo vivo unas cinco o seis horas hasta que vi que uno de los cacharros, si bien no se había agrietado, comenzaba a deshacerse debido a que la arena con la que había mezclado la arcilla se derretía por la fuerza del calor. Si las hubiese dejado más tiempo habría visto cómo se transformaban en vidrio. Lentamente fui disminuyendo la temperatura hasta que los cacharros perdieron un poco el color y me pasé la noche controlando que el fuego no se apagara demasiado de prisa. A la mañana siguiente tenía tres excelentes ollas de barro. Si bien no puedo decir que fueran bonitas, eran tan resistentes como se podía esperar, una incluso perfectamente barnizada por la arena derretida.

No hace falta decir que después de aquel experimento me puse a hacer todos los cacharros que necesitaba, aunque por lo que se refiere a sus formas eran todos más o menos parecidos, pues los moldeaba de la misma manera en que los niños hacen sus tortas de arcilla o en que las mujeres que jamás aprendieron a hacer masa hornean pasteles.

Nunca nadie sintió tanta alegría por un objeto tan insignificante como la que yo sentí entonces al descubrir cómo fabricar ollas que resistieran el fuego. Casi no tuve paciencia para esperar a que se enfriaran y volví a poner una al fuego con un poco de agua para hervir un trozo de carne que quedó delicioso. Después hice un caldo con un trozo de cabrito que también quedó muy rico,

aunque echaba de menos un poco de avena u otros ingredientes que lo hicieran más sabroso.

El siguiente paso era conseguir alguna especie de mortero de piedra para pisar o aplastar los granos, pues resultaba imposible fabricar uno con las manos. Pero para conseguir la pieza adecuada me faltaba algo fundamental, pues de todos los oficios del mundo el que menos conocía era el de picapedrero. Aparte, no tenía herramientas para fabricarlo. Pasé casi un día entero buscando una pieza de roca lo bastante grande como para que al ahuecarla me sirviera de mortero, y no encontré ninguna. Como es lógico, vi muchas rocas sólidas, pero no tenía manera de trasladarlas ni cortarlas. Las piedras sueltas que había en la isla no tenían la dureza suficiente, eran de una consistencia arenosa que se deshacía, no aguantarían la presión de la mano del mortero y el grano molido acabaría mezclado con arena. Después de perder mucho tiempo buscando la piedra me di por vencido, y me dediqué a buscar mejor un buen trozo de madera lo bastante resistente, algo que no tardé en encontrar. Escogí el trozo más grande que podía transportar, lo redondeé, le di forma con el hacha y luego con la ayuda del fuego y con infinita paciencia lo vacié por dentro de la misma manea en que los indios brasileños hacen sus canoas. Entonces hice la mano del mortero o el pilón con la madera que ellos llamaban madera de palo fierro y, equipado así, me puse a esperar la próxima cosecha. Estaba ya decidido a moler, o mejor dicho a aporrear los granos, para hacer harina y luego pan.

El siguiente reto fue el de construir un tamiz o harnero para cerner la harina o separarla del salvado o cascarilla del grano, un paso sin el cual me parecía imposible conseguir una harina apropiada para hacer el pan. Hacerme un tamiz fue lo más difícil de todo, casi tanto como imaginar uno, ya que no tenía nada parecido a su elemento indispensable: el entramado o malla fina que deja pasar la harina. Aquí estuve estancado varios meses sin saber qué hacer. Del lienzo apenas me quedaban unos harapos. Había guardado un poco de pelo de cabra pero no sabía cómo tejerlo o hilarlo y, de nuevo, tampoco tenía los utensilios necesarios. La única solución posible surgió al recordar que entre las ropas de los marineros que había rescatado de los escombros había algunas corbatas de percal o muselina. Con algunas piezas terminé armando tres tamices pequeños pero bastante adecuados, de hecho los utilicé durante varios años. Cuando llegue el momento contaré qué hice con ellos después.

A continuación quedaba el problema de la cocción o de cómo hacer el pan una vez que tuviera la harina, pues, para empezar, no tenía levadura (aunque

como no tenía manera de solucionar esto, decidí no preocuparme) y, para seguir, me angustiaba mucho el tema del horno. A la larga acabé ideando también una solución para esto: hice unos recipientes de barro bien anchos pero no demasiado profundos, de unos sesenta centímetros de diámetro pero menos de veintidós centímetros de profundidad. Al igual que los otros, los cocí al fuego y los guardé. Cada vez que deseaba hornear algo encendía una gran fogata en mi chimenea, que ahora estaba recubierta por una especie de mosaicos cuadrados que yo mismo había hecho y cocido, aunque en realidad no puedo decir que fueran precisamente cuadrados. Cuando la fogata se reducía a las brasas, a los carbones encendidos, apoyaba los recipientes de manera que cubrieran toda la superficie y los dejaba allí hasta que estuvieran muy calientes. Entonces retiraba las brasas y metía la hogaza o barra de pan sobre los mosaicos, los cubría con las vasijas y luego rodeaba éstas por fuera con las brasas para que mantuvieran la temperatura. Así mi pan de cebada se cocía igual de bien que en el mejor horno del mundo y con el tiempo me convertí en un excelente pastelero, ya que me animé a hacer varios tipos de tortas y budines con el arroz, aunque jamás pude hacer pasteles porque no tenía con qué rellenarlos más que con carne de cabra o de aves.

No creo que sorprenda que aquellas tareas se llevaran la mayor parte de mi tercer año en la isla, pues en los intervalos tenía que ocuparme de mis nuevas tareas de plantación y cosecha. Hice la recolección de los granos en el momento adecuado y los trasladé a casa lo mejor que pude. Los almacené aún en las espigas dentro de las tinajas grandes hasta que tuve tiempo de limpiarlos a mano, pues no tenía ni sitio ni instrumentos para trillarlos.

A medida que fue creciendo mi reserva de granos me entraron ganas de agrandar el granero. Necesitaba un sitio donde almacenarlos, la cosecha me había dado unas veinte fanegas de cebada y otras iguales o más de arroz. En definitiva, tanta cantidad que al final me decidí a usar los cereales sin reservas, pues se me habían acabado ya las galletas hacía tiempo. Me decidí a calcular cuál era mi necesidad anual para sembrar únicamente una temporada al año.

Descubrí que cuarenta fanegas de cebada y arroz eran más de lo que podía consumir, y decidí sembrar la misma cantidad que había sembrado durante la última cosecha confiando en que eso alcanzaría para hacerme el pan y el resto de los alimentos.

Mientras hacía estas tareas, mis pensamientos iban una y otra vez a aquel trozo de tierra que había visto en mi viaje al otro lado de la isla y secretamente deseaba estar allí, pues imaginaba que tal vez era la orilla del

continente y, aunque se tratara de un país deshabitado, sin duda podría encontrar la manera de alejarme y escapar.

Pero no consideraba los peligros de esa posibilidad, como caer en manos de unos salvajes que fueran peores que los leones que había visto en África y que, si me agarraban, corría casi el cien por cien de probabilidad de que me asesinaran o devoraran. Había oído que las tribus que poblaban el Caribe eran caníbales, y por la latitud suponía que no debían de estar lejos de aquellas costas. Aunque no fueran caníbales podían matarme igualmente, como ya le había sucedido a una cantidad de europeos que habían caído en sus manos aun en grupos de diez o veinte hombres. Con más razón me sucedería a mí, que estaba solo y apenas podía defenderme. Aunque he de decir que al principio no me preocupaba todo aquello tanto como debiera (y como de hecho sí consideré más adelante), sino que me dedicaba sencillamente a fantasear con la posibilidad de alcanzar la otra orilla.

Echaba de menos a mi chico Xury y aquel bote de vela triangular con el que había recorrido tantas millas frente a la costa de África. Se me ocurrió entonces inspeccionar el bote de nuestra nave que, como ya he comentado, había sido arrastrado hasta la orilla por la tormenta que nos había hecho naufragar. Estaba casi en el mismo sitio en el que lo había visto la primera vez, pero la fuerza de las olas y del viento le habían dado la vuelta y lo habían dejado contra un cordón de médanos de arena dura y seca.

Si hubiese tenido ayuda para arreglarlo y arrastrarlo de nuevo al agua seguro que habría servido para llevarme de nuevo hasta las costas de Brasil, pero el simple hecho de darle la vuelta y ponerlo en posición era tan imposible como transportar la isla entera. Aun así fui al bosque, corté unos troncos que me sirvieran de palanca y rodillos y los arrastré hasta el bote para intentar lo único que podía hacer, diciéndome que si lograba darle la vuelta iba a ser capaz de arreglar lo que se había dañado y dejarlo en perfecto estado para salir al mar.

No escatimé esfuerzos en aquel inútil intento y creo que le dediqué unas tres o cuatro semanas hasta que comprendí que era imposible darle la vuelta con mis escasas fuerzas. Decidí quitar la arena para socavarlo, hacer que se desprendiera y guiar la caída con los trozos de madera. Pero aunque logré separarlo, no pude darle la vuelta ni ponerme debajo para acercarlo al agua, y no tuve más opción que darme por vencido. A pesar de haber abandonado las esperanzas de reparar aquel bote, mis ganas de aventurarme hacia el continente eran cada vez más fuertes.

CONSTRUYO UNA CANOA

Así nació la idea de construirme una canoa o piragua como las de los nativos de la zona, sin las herramientas adecuadas ni ayuda alguna, pero empleando los enormes troncos de árboles. No sólo me parecía factible, sino bastante fácil de hacer y me agradaba pensar en construirla, imaginaba que me iba a resultar más fácil que a los negros o indios porque tenía más herramientas, aunque no consideraba las cosas que ellos tenían y yo no. Como por ejemplo algo tan sencillo como los brazos para trasladarla al agua cuando estuviera lista, un problema mucho más difícil de superar en mi caso que la escasez de herramientas en el suyo. Porque ¿de qué me servía encontrar en el bosque un gran árbol, tirarlo abajo con esfuerzo, tallarlo con mis herramientas hasta darle la forma adecuada y quemar o cortar el interior para ahuecarlo si, después de todo, iba a tener que dejarlo en el lugar donde lo había encontrado, pues no tenía manera de acercarlo al agua?

Como es lógico, no pensé en aquella cuestión mientras la construía, porque de lo contrario hubiera advertido el problema. Estaba tan obsesionado con intentar marcharme por mar que ni una sola vez se me ocurrió pensar cómo iba a sacarla de la tierra. Y es que para mi naturaleza era más sencillo llevarla a remo setenta millas sobre el agua que trasladarla ochenta metros en tierra hasta la orilla.

Me puse a trabajar en el barco como el mayor tonto del planeta, sin ningún tipo de lógica. Me deleitaba pensando en el diseño sin calcular si iba a poder llevarlo a cabo. No es que no pensara jamás en la dificultad de acercarlo al agua, sino que cada vez que un pensamiento de ese tipo me asaltaba, lo frenaba diciéndome: «Primero termínalo, de seguro encontrarás la manera de acercarlo cuando esté terminado».

Era el razonamiento más absurdo, pero prevaleció el entusiasmo de mi capricho y me puse manos a la obra. Tiré abajo un cedro. Dudo que Salomón haya tenido un ejemplar así cuando levantó el Templo de Jerusalén. Era un árbol de un metro y setenta centímetros de diámetro en la parte más baja y de un metro y medio en la parte más alta de sus casi siete metros de alto; a partir

de ese punto comenzaba a angostarse y se dividía en ramas. Tirarlo abajo fue un trabajo interminable. Pasé veinte días dándole hachazos y talándolo en la base, y otros catorce cortando las ramas, los troncos y la vasta copa, un esfuerzo descomunal. Luego me llevó un mes darle la forma exterior y la proporción adecuada a la base del bote para que pudiera navegar firmemente como esperaba. Y otros tres meses más ahuecar el interior y terminarlo correctamente para convertir aquel tronco en un bote. Esta vez lo hice sin fuego, con apenas un mazo, un cincel y una enorme dedicación hasta que por fin conseguí una hermosa canoa, lo bastante grande como para transportar a veintiséis hombres, es decir, lo suficiente como para transportarme a mí con todas mis cosas.

Cuando terminé estaba encantado. El bote era en realidad mucho más grande que cualquier canoa o piragua hechas del tronco de un árbol que hubiera visto en la vida. Fue un trabajo demoledor, pero ahora hacía falta llevarlo hasta el agua. De haberlo conseguido, de seguro me hubiera embarcado en el viaje más enloquecido e imposible de la Historia.

Pero todos los intentos por acercarlo al agua no sólo fracasaron, sino que también me costaron un trabajo inmenso. Había menos de noventa metros hasta la orilla, pero el primer inconveniente era que el terreno hacia el arroyo era cuesta arriba. Para superar ese obstáculo decidí cavar la superficie y crear un declive. Me puse manos a la obra, era una tarea muy dolorosa, pero ¿quién repara en el dolor cuando tiene delante la libertad? Terminé el declive y aun así era imposible desplazarla siendo un solo hombre. No podía mover la canoa del mismo modo que antes no había podido mover el bote del barco.

Cuando comprendí eso, medí la distancia que había hasta la orilla y decidí abrir un dique o canal para que el agua subiera hasta la canoa. También me puse manos a la obra, pero cuando me di cuenta de la profundidad y del ancho que debía tener el canal y cuánta tierra iba a tener que mover, comprendí que era imposible hacerlo solo, pues me llevaría entre diez y doce años; además, la orilla estaba elevada y en el tramo final hubiera tenido que cavar al menos seis metros de profundidad. Disgustado, abandoné también aquel intento.

Aquello me entristeció muchísimo. Comprendí demasiado tarde lo estúpido que había sido comenzar el trabajo sin calcular antes su costo o si mis fuerzas serían suficientes para terminarlo.

Más o menos en la mitad de aquella labor se cumplió mi cuarto año en la isla y pasé el aniversario con la misma devoción y recogimiento que los anteriores, pues mediante la lectura seria y atenta de la palabra de Dios, y con la asistencia de su gracia, había ido obteniendo un conocimiento diferente del

que tenía antes. Ahora veía las cosas de una manera distinta. El resto del mundo me parecía algo remoto: no tenía nada en común con él, no esperaba nada de él y no sentía deseo alguno por él. En síntesis, no tenía nada que ver con él ni esperaba tenerlo. Tenía respecto a la sociedad la misma sensación que tal vez se tiene al morir: era el lugar en el que había vivido, pero del que me había ido. Y bien podía decir, como le dijo el patriarca Abraham al hombre rico: «Entre tú y yo hay un abismo».

En primer lugar, en la isla me encontraba a salvo de la maldad del mundo. No sentía el deseo de la carne, el deseo de lo que se ve ni el orgullo de lo que se tiene. No había nada que pudiera codiciar, pues tenía todo lo que era capaz de disfrutar. Era el dueño de una mansión y, si me apetecía, podía considerarme el rey o el emperador de aquellas tierras. No tenía rivales ni competidores, no había nadie que disputara mi soberanía y mi dominio sobre aquel lugar. Podría haber comerciado cargamentos enteros de cereales, pero no tenía necesidad de hacerlo, sólo dejaba que creciera lo que necesitaba para mí. Tenía un montón de tortugas, pero casi siempre me alcanzaba con una. Tenía madera como para construir una flota entera de barcos y uvas para un viñedo o para armar un cargamento de pasas.

Pero yo sólo usaba lo que necesitaba. Tenía alimento suficiente y cubría todas mis necesidades: ¿de qué me servía todo lo demás? Si mataba más cabras de las que podía comer, tenía que darle la carne al perro o dejar que se la comieran los bichos. Si cosechaba más granos, se echaban a perder. Los árboles que tiraba abajo se pudrían donde habían caído. La única manera de usarlos era como leña, y eso sólo para preparar las comidas.

En resumen, mi experiencia me decía que las cosas buenas de este mundo sólo valen por el uso que se hace de ellas y por más que las amontonemos y se las regalemos a los demás, únicamente disfrutamos en la medida en que podemos utilizarlas, nada más. Hasta el avaro más miserable del mundo se hubiera curado del vicio de su codicia si hubiera estado en mi lugar, ya que poseía infinitamente más cosas de las que podía utilizar. No deseaba nada excepto algunas cosas que no tenía y que en definitiva eran tonterías (aunque me hubiesen sido de gran ayuda). Como ya he dicho tenía un poco de dinero, plata, oro y unas treinta y seis libras esterlinas. ¡Y allí estaban tiradas esas cosas asquerosas, tristes, inútiles! No tenía manera de usarlas y solía pensar que hubiese entregado un gran puñado a cambio de una docena de pipas de tabaco o de un útil molinillo para triturar el grano. No, en realidad lo hubiera dado todo por una insignificante semilla de nabo o de zanahoria que viniera de Inglaterra, o por un puñado de guisantes y un bote de tinta. Pero como no

podía obtener ni la más mínima ventaja ni beneficio del dinero, allí estaba, enmoheciéndose en un cajón debido a las infiltraciones en la estación húmeda. Y si ese mismo cajón hubiese estado lleno de diamantes hubiese sido igual: no habrían tenido ningún valor para mí porque no podía utilizarlos.

Mi vida era ahora mucho más cómoda que al principio, tanto a nivel mental como físico. Solía sentarme a la mesa agradecido, admirado por la generosidad de la Providencia que llenaba mis comidas en aquellas tierras salvajes. Aprendí a ver más el lado positivo de mi situación, a tener en cuenta más aquello que disfrutaba que aquello que necesitaba, lo cual me daba tanto consuelo en mi interior que no se puede describir. Lo relato aquí para enseñanza de este tipo de personas disconformes que no pueden disfrutar con alegría lo que Dios les ha dado, porque sólo ven y desean aquello que les ha negado. Toda nuestra insatisfacción por lo que no tenemos proviene para mí de nuestra incapacidad para agradecer lo que sí poseemos.

Otra reflexión que me resultó muy útil y que sin duda lo será también para cualquiera que se encuentre en una desgracia fue comparar mi presente con lo que había creído al principio que iba a ser o con lo que hubiese sido si la buena Providencia de Dios no hubiera decidido que el barco encallara milagrosamente cerca de la costa y yo pudiera alcanzarlo y traer todas las cosas a la orilla para mi alivio y bienestar, porque sin ellas no hubiera tenido herramientas para trabajar, armas para defenderme, pólvora ni balas para conseguir alimentos.

Pasaba horas enteras y a veces días imaginando en detalle cómo habría sido mi vida si no hubiese sacado las cosas del barco. Me habría alimentado únicamente de pescados y tortugas, pero incluso eso hubiese tardado tanto en conseguirlo, así que lo más probable era que hubiese muerto mucho antes. Y de no morir, hubiese vivido como un completo salvaje. Por ejemplo, si hubiese logrado matar alguna cabra o ave mediante algún sistema no habría podido abrirlos, separar la carne de la piel y de las entrañas, y habría tenido que comérmelos como un animal, desgarrándolos con las uñas y los dientes.

Todo esto me hacía sentirme muy agradecido por la generosidad que había tenido la Providencia conmigo, a pesar de las dificultades y desgracias. Y ésta es otra recomendación para quienes suelen pensar en sus desgracias: «¿Alguien sufre como yo?». Los invito a que reflexionen cuánto peor es la situación de muchos otros o cuánto peor hubiese sido la suya propia si la Providencia lo hubiese permitido.

En mi caso había además otro razonamiento que me llenaba de esperanza: comparar mi situación actual con la que en realidad merecía y cabía esperar

por parte de la Providencia. Había llevado una vida terrible, completamente al margen del conocimiento y el temor a Dios. Mi padre y mi madre me habían educado bien, al principio se habían empeñado en inculcarme el respeto a Dios, el sentido del deber y de aquello que tanto mi naturaleza como mi destino esperaban de mí. ¡Pero qué desgracia haber caído tan pronto en la vida del marinero, que de todas las vidas posibles es la más ajena al temor a Dios, a pesar de que sus castigos están siempre a la vista! Al ingresar tan pronto en la vida marinera y habituarme a su compañía, el escaso sentido religioso que tenía se desvaneció ante sus burlas. Su desprecio del peligro y la cercanía constante de la muerte convirtieron en habituales también en mí aquel desprecio, porque no tenía oportunidad de conversar con nadie que no fuera yo mismo, ni de oír alguna palabra sensata.

Era tan incapaz de apreciar la bondad o de tener la más mínima noción de quién era o de quién debía ser que, ni siquiera en las ocasiones importantes en las que me había salvado (como cuando escapé de Salé, cuando me rescató el capitán portugués, cuando me establecí en Brasil o cuando recibí el cargamento de Inglaterra), jamás pronuncié la frase «Gracias, Dios mío»; no la dije y ni siquiera la pensé. Tampoco en las situaciones de mayor peligro se me ocurrió rezar o siquiera pedir: «Señor, ten piedad». No, jamás pronuncié el nombre de Dios si no era para jurar o maldecir.

Como ya he dicho, pasé meses angustiado recapacitando sobre mi terrible vida anterior y cuando miraba a mi alrededor y veía cuánta generosidad había recibido desde mi llegada a la isla, cuando veía todo lo que Dios me había dado y que no sólo no me había castigado como merecía, sino que me había provisto en abundancia, sentía esperanzas de que mi arrepentimiento hubiera sido aceptado por Dios y que éste aún sintiera piedad de mí.

Con estas reflexiones aprendí no sólo a aceptar la voluntad de Dios en las circunstancias en las que me encontraba, sino incluso a darle sinceramente las gracias, ya que aún estaba vivo. No tenía derecho a quejarme, no sólo porque no había recibido lo que merecía, sino porque disfrutaba de una generosidad que jamás habría esperado en un sitio como aquél. Decidí que nunca más volvería a lamentarme, todo lo contrario: que le daría siempre las gracias por aquel pan de cada día que había podido conseguir gracias una larga serie de pequeños milagros. Es más, me alimentaba gracias a un milagro tan grande como el de los cuervos que habían llevado la comida a Elías. Sí, una larga serie de pequeños milagros. No se me ocurría un solo lugar en el que hubiese podido tener más ventajas para naufragar en toda aquella deshabitada parte de la tierra que aquella isla. Puede que no hubiera sociedad, lo que constituía mi

mayor tristeza, pero tampoco había bestias, ni lobos feroces, ni tigres que amenazaran mi vida, ni animales venenosos que me intoxicaran al comerlos, ni salvajes que quisieran matarme y devorarme.

En resumen, si bien es verdad que por un lado mi vida era complicada, por el otro estaba llena de comodidades que me hacían notar la bondad de Dios, su cuidado y consuelo a diario. Y cuando al fin comprendí todo esto, nunca más volví a sentirme triste.

Llevaba tanto tiempo en la isla que muchas cosas que había traído del barco se habían acabado o echado a perder.

Como ya he comentado, la tinta prácticamente se había acabado hacía tiempo y lo poco que quedaba lo había ido mezclando con agua hasta que al final era tan clara que hacía un trazo poco más oscuro que el papel. Mientras duró, la había empleado para anotar las cosas importantes que sucedían cada mes. Al leer aquella crónica noté una rara coincidencia en los días en los que sucedía algo bueno y, de ser un poco más supersticioso, habría tenido motivos para sentirme extrañado.

Primero me di cuenta de que el día que me separé de mi padre y mis amigos y me marché a Hull para embarcarme fue el mismo día en el que fui tomado prisionero por el pirata de Salé.

El día en que logré escapar del naufragio en la rada de Yarmouth fue exactamente el mismo en el que escapé de Salé en el bote.

El día de mi nacimiento (el 30 de septiembre) era exactamente el mismo día en el que veintiséis años más tarde milagrosamente me salvé de morir ahogado en el naufragio y llegué a la isla, de manera que mi vida reprobable y mi vida solitaria comenzaron el mismo día.

Lo siguiente que se terminó fue el pan, me refiero a las galletas que había traído del barco. Las había racionado al máximo permitiéndome tomar sólo una al día durante casi un año, y aun así me pasé el siguiente año entero sin probar pan hasta que conseguí mi propia cosecha: uno de los principales motivos para estar agradecido, pues ya he narrado aquí el milagro gracias al cual pude comenzarla.

Mis ropas se deterioraron rápidamente. Hacía bastante que me había quedado casi sin ropa interior, aparte de unas camisas a cuadros que había encontrado en los baúles de los otros marineros y que guardaba con cuidado porque la mayor parte del año apenas podía tolerar una camisa sobre el cuerpo. Fue una suerte tener casi tres docenas en total. Entre las cosas de la tripulación también había unos chaquetones gruesos de vigilante, pero eran demasiado pesados y no los usaba. Aunque el clima era extremadamente

caluroso como para andar vestido, lo cierto es que no podía andar completamente desnudo a pesar de que estaba solo. No habría podido ni imaginar algo así, ni siquiera aunque me hubiese sentido tentado de hacerlo (algo que no ocurrió).

Por otra parte jamás habría podido ir desnudo, porque no habría podido resistir los rayos del sol; con algo de ropa me resultaba más fácil. El propio calor solía cubrirme la piel de ampollas. Era mejor llevar una camisa, pues el aire que corría entre la tela y la piel me refrescaba el doble que si hubiese andado desnudo. De hecho ya no me animaba a salir al sol sin un gorro o un sombrero, pues el calor golpeaba con la violencia de un dardo y me provocaba dolores de cabeza que no podía soportar.

Por ese tipo de problemas cuidaba con esmero los pocos harapos que tenía, a los que llamaba ropas. Había gastado ya todas las chaquetas y ahora mi intención era fabricarme algunas con los chaquetones y otros materiales. Me puse entonces a trabajar de sastre o, mejor dicho, de remendón, pues al final hice un trabajo lamentable. De todas formas conseguí apañármelas para fabricar un par de chaquetas que pensé que me podrían servir más adelante. En cuanto a los pantalones o calzoncillos, hice un desastre que tardaría cierto tiempo en solucionar.

He mencionado ya que guardaba la piel de todos los animales que cazaba (me refiero a los cuadrúpedos) y que colgaba esas pieles entre estacas estiradas al sol. Algunas quedaron tan secas y duras que eran prácticamente inútiles, pero había otras que sí me podían servir. Lo primero para lo que las usé fue para hacerme un buen gorro con el pelo del animal hacia afuera para que me preservara de la lluvia. Me salió tan bien que luego me hice un traje entero con esas pieles, es decir: una chaqueta y unos pantalones cortos, todo muy flojo porque el objetivo era mantenerme fresco y no abrigado. Debo admitir que eran prendas bastante precarias y que si había resultado ser un mal carpintero, podría jurar que era incluso peor sastre. A pesar de todo, resultaban prácticos. Cuando estaba en el exterior y se ponía a llover, mi cabeza y mi cuerpo se mantenían secos gracias a que el pelo del animal quedaba del lado exterior.

Dediqué mucho tiempo y esfuerzo a intentar construir una sombrilla. Realmente necesitaba una y tenía ganas de fabricarla, pues recordaba cómo las hacían en Brasil, donde eran realmente útiles debido al calor extremo. El calor se sentía más fuerte en la isla porque estaba cerca del Ecuador. Aparte, como pasaba tanto tiempo fuera, la sombrilla resultaba indispensable tanto si llovía como si hacía sol. Me llevó un gran esfuerzo y mucho tiempo conseguir

algo medianamente parecido y tuve que hacer dos o tres pruebas antes de conseguir un objeto útil para ambos propósitos. La mayor dificultad estribaba en conseguir que se cerrara. Podía hacer que se abriera, pero si no lograba que se cerrara resultaba incómoda de llevar. Finalmente conseguí idear un mecanismo y lo cubrí de pieles con el pelo hacia el exterior para que me mantuviera seco como un techado y me protegiera también del sol. Ya me podía animar a salir en el momento de más calor con más libertad que antes, y cuando ya no la necesitaba la cerraba y la cargaba bajo el brazo.

Aquello mejoró mucho mi calidad de vida, mi espíritu estaba más tranquilo, pues aceptaba la voluntad de Dios y me podía entregar por entero a lo que su Providencia dispusiera. Mi vida era incluso mejor que la vida en sociedad, pues cada vez que echaba de menos un poco de conversación me preguntaba si no era mejor conversar conmigo mismo o con Dios a través de la oración, que tener la mejor conversación del mundo con otros hombres.

No puedo decir que en los siguientes cinco años no sucediera nada extraordinario, pero los viví de la misma manera, en el mismo sitio y con la misma actitud que antes. Más allá de mis tareas diarias de caza, de la cosecha anual de la cebada y el arroz y de la preparación de las pasas de uva (de lo cual procuraba obtener sólo lo necesario para alimentarme durante un año), sólo me dediqué a hacer una canoa que finalmente logré terminar. Tras cavar un canal de un metro y ochenta centímetros de ancho y un metro y veinte de profundidad, logré arrastrarla casi ochocientos metros hasta la ensenada. Como recordarán, mi primera canoa era excesivamente pesada, pues la había construido sin calcular de antemano cómo iba a trasladarla hasta la orilla. Como no fui capaz de acercarla al agua me vi obligado a dejarla donde estaba, como un recordatorio de que debía ser más sensato en la próxima ocasión. Y así fue. La segunda vez no logré conseguir un árbol apropiado a menos de ochocientos metros del agua, pero me di cuenta de que podía hacerse y jamás abandoné la tarea. Aunque me llevó casi dos años, no me arrepentí ni una sola vez, porque tenía la firme esperanza de construir un barco con el que lanzarme por fin al mar.

Cuando terminé mi canoa, me di cuenta de que por su tamaño no iba a ser del todo apta para el propósito con el que había construido la primera: aventurarme hacia *terra firma*, a unas cuarenta millas de distancia. La estrechez de la segunda canoa me hizo desistir de aquel propósito y dejé de pensar en él. Aprovechando que tenía un bote se me ocurrió que podía dar una vuelta a la isla, pues los descubrimientos que había realizado en el viaje por

tierra me empujaban a explorar otras partes de la costa. Ahora que tenía una canoa, lo único que quería era dar una vuelta alrededor.

Como debía realizar cada movimiento con prudencia y análisis, antes de lanzarme al viaje le agregué un pequeño mástil con una vela que construí de los restos del velamen de reposición que había traído del barco y que tenía en cantidad.

Una vez emplazados el mástil y la vela, hice algunas pruebas y descubrí que funcionaba bastante bien. Construí entonces unas pequeñas cajas o casilleros que agregué al fondo de la canoa para que las provisiones básicas y la pólvora se mantuvieran secas y protegidas de la lluvia y de las salpicaduras del mar; luego hice un hueco en la canoa en el que escondí la escopeta y le puse una solapa para que se mantuviera seca.

Coloqué también la sombrilla en un pequeño escalón en la popa como un mástil para que me protegiera la cabeza del sol como un toldo. Así equipado salí un par de veces al mar, pero no me alejaba demasiado, jamás pasaba del arroyo. Al final, ansioso por conocer la circunferencia de mi pequeño reino, decidí hacer el *tour* y aprovisioné la canoa. Puse dos docenas de barras de pan de cebada (aunque tal vez debería llamarlos pasteles), un bote de barro lleno de arroz seco (un alimento muy habitual), una botella pequeña de ron, media cabra, pólvora y balas para matar otras, y dos de los chaquetones de vigilante que mencioné antes y que había rescatado de los baúles de los marineros: uno para acostarme encima y otro para cubrirme por la noche.

Partí el día 6 de noviembre del sexto año de mi reinado (o mi cautiverio, según se mire) y resultó un viaje mucho más largo de lo que esperaba porque, si bien la isla en sí misma no era demasiado grande, cuando llegué al extremo este me topé con una cadena rocosa que se extendía más de dos leguas en el mar. Algunas rocas sobresalían del agua pero otras estaban sumergidas, y más allá había un banco de arena que se extendía casi media milla más, por lo que me vi obligado a alejarme un buen trecho en el mar para pasar al otro lado.

Cuando divisé las salientes por primera vez estuve a punto de abandonar mi objetivo y regresar, pues no sabía cuánto me iban a obligar a alejarme mar adentro y, sobre todo, cómo iba a hacer para regresar. Decidí fondear allí mismo, había fabricado una especie de ancla con un gancho roto que había rescatado del naufragio.

Aseguré el bote, tomé la escopeta y bajé a la orilla. Trepé una colina desde la cual tenía una vista panorámica de la prolongación y decidí arriesgarme.

Al mirar el agua desde aquella altura descubrí también una corriente más fuerte, casi frenética, que corría hacia el este y se acercaba al extremo del cabo. La estudié con atención porque intuía que iba a ser peligroso atravesarla, corría el riesgo de que me llevara mar adentro y luego no pudiera regresar a la isla. De hecho, creo que si no hubiese subido a aquella colina eso es lo que me habría sucedido, pues la misma corriente continuaba del otro lado, sólo que a una mayor distancia del cabo. Además divisé un violento remolino frente a la costa, de manera que si caía en la primera corriente, al salir me iba a ver atrapado en ella.

Tuve que quedarme en aquel sitio dos días más, porque el viento comenzó a soplar con bastante fuerza en dirección este-sudeste, en contra de la primera corriente, provocando un violento oleaje. Se volvió demasiado peligroso para mí tanto salir y navegar cerca de la orilla (por la rompiente) como alejarme y caer en la corriente.

Durante la segunda noche el viento amainó y en la mañana del tercer día emprendí el viaje. Espero que lo que voy a relatar a continuación sirva de advertencia a todos los marinos apresurados e ignorantes: en el mismo instante en que me lancé, cuando apenas me había separado de la costa una distancia como el largo de mi canoa, me encontré en una porción de agua tan profunda y con una corriente tan fuerte como el canal de un molino. Empujó mi canoa con tanta fuerza que no pude mantenerme cerca de la orilla y me alejó a toda velocidad del remolino que estaba a mi izquierda. No había una pizca de viento que pudiera ayudarme, ni siquiera con los remos pude hacer nada. Comencé a pensar que estaba completamente perdido, porque las corrientes bordeaban ambos lados de la isla y supuse que en algún momento, algunas millas más allá, se encontrarían y entonces ya no tendría ninguna opción de salvarme. No tenía manera de evitarlo, sólo podía dejarme morir y no por el mar, que seguramente estaría en calma, sino de inanición. En la orilla había encontrado una tortuga de un tamaño manejable y la había subido a la canoa. También tenía una jarra grande con agua en una de mis piezas de barro. ¿Pero de qué me servirían si era arrastrado al inmenso océano donde, sin dudas, no había costas, islas ni continentes durante leguas?

Entonces comprendí con cuánta facilidad la Providencia podía convertir la situación más miserable en la que podía encontrarse un hombre en algo incluso peor. Miraba mi desolada y solitaria isla y me parecía el lugar más hermoso del mundo y toda la felicidad que era capaz de desear se reducía a regresar a allí. Estiraba las manos hacia ella y pedía ardientemente:

—¡Ay, mi feliz isla desierta, ya no volveré a verte! Qué desgraciado soy, ¡voy a morir!

Me reproché mi desagradecida actitud anterior en la que tanto me había quejado de mi soledad. ¡Qué hubiese dado por estar en tierra de nuevo! Nunca comprendemos cabalmente nuestra realidad hasta que se nos muestra hasta dónde puede empeorar. Tampoco sabemos valorar lo que tenemos hasta que lo perdemos. Es casi imposible imaginar el abatimiento que sentía mientras era apartado de mi adorada isla (así la sentía entonces) y empujado hacia el ancho mar casi dos millas, sin esperanzas de volver. Como es lógico, hice todos los esfuerzos posibles por mantener el rumbo de la canoa hacia el norte, es decir, hacia el costado de la corriente que desembocaba en el remolino. Cerca del mediodía, cuando el sol atravesaba el meridiano, me pareció sentir una leve brisa en la cara que soplaba en dirección este-sudeste. Eso me levantó el ánimo, sobre todo media hora más tarde cuando se transformó en un suave vendaval. A esas alturas me encontraba a una distancia alarmante de la isla y de haber habido alguna nube en el cielo o un poco de niebla otro hubiera sido mi destino, pues la hubiese perdido de vista ya que no llevaba ningún tipo de brújula y no habría sabido encontrar el camino de regreso. Pero el cielo se mantenía despejado, así que me concentré en levantar el mástil, abrir la vela y, manteniendo el rumbo hacia el norte lo más posible, traté de escapar de la corriente.

En el momento en que coloqué el mástil y la vela, la canoa comenzó a avanzar. Por la transparencia del agua noté que se había producido algún cambio en la corriente pues antes, a pesar de que era muy fuerte, el agua se mantenía turbia. Si ahora se volvía más transparente era porque su fuerza comenzaba a disminuir. De pronto divisé hacia el este, a una media milla de distancia, una rompiente de rocas que dividía la corriente en dos tramos: el tramo principal y más violento corría hacia el sur (dejando las rocas al noreste) y el otro regresaba, tras chocar contra la saliente, armando un enérgico remolino que terminaba en una fuerte corriente hacia el noroeste.

Sólo aquellos a quienes les hayan otorgado un indulto a un paso del cadalso o que hayan sido rescatados un minuto antes de que los ladrones les dispararan, sólo quienes han estado en situaciones tan extremas como ésas podrán entender la alegría que sentí, con cuánta satisfacción orienté la canoa hacia el remolino desplegando mi vela a aquel viento que soplaba y con la marea bajo mis pies.

El remolino me empujó casi una milla de regreso a la isla, pero también dos hacia el norte de la primera corriente, de manera que al fin me vi cerca de

la orilla, frente al extremo norte de la isla, es decir, la punta opuesta al sitio de donde había salido. Tras recorrer casi una milla con la ayuda del remolino me di cuenta de que su fuerza se apagaba y ya no me servía. Me encontraba entre las dos corrientes: entre la que corría al sur y me había alejado de la isla, y la que corría al norte, a una milla de distancia. Entre ambas el mar parecía tranquilo, no me empujaba en ninguna dirección, y gracias a que la brisa soplaba a mi favor continué navegando de frente hacia la isla, aunque con menos fuerza que antes.

Hacia las cuatro de la tarde, cuando me encontraba a menos de una legua de la isla, identifiqué las rocas que habían ocasionado aquel desastre y que, como ya he dicho, se extendían hacia el sur. Ahora formaban otro remolino hacia el norte que parecía muy peligroso, pero que no se encontraba en mi rumbo. Gracias al viento pasé de largo aquella corriente hacia el noroeste, y casi una hora más tarde me encontraba muy cerca de la costa. Como el mar estaba en calma no tardé demasiado en tocar tierra.

Bajé de la canoa, me puse de rodillas y lo primero que hice fue agradecerle a Dios que me hubiera salvado. Decidí abandonar para siempre cualquier intención de escapar de la isla en bote. Comí los alimentos que traía a bordo y llevé la canoa hasta una pequeña ensenada que había divisado entre unos árboles y me tumbé a dormir exhausto por el esfuerzo y la fatiga del viaje.

Estaba tan desorientado que no sabía qué camino debía seguir con el bote para regresar a casa. Había sufrido tantos peligros y conocía tan bien los riesgos que no se me ocurría regresar por el mismo camino por el que había venido. No sabía lo que podía encontrar del otro lado (hacia el oeste) ni tenía ninguna intención de volver a exponerme. Así que a la mañana siguiente resolví ir por la costa hacia el oeste atento para ver si encontraba algún arroyo en el que pudiera dejar a salvo la canoa para contar con ella si volvía a necesitarla más adelante. Aproximadamente a unos cinco kilómetros bordeando la costa descubrí una excelente ensenada o bahía, que tenía más de un kilómetro de extensión y se iba angostando hasta crear un riachuelo o arroyo. Era el mejor puerto para mi canoa, la podía dejar allí como si se tratara de un amarradero creado especialmente para ella. Después de asegurarla bien, caminé un poco por la orilla para ver dónde me encontraba.

Enseguida me di cuenta de que apenas había ido más allá del sitio en el que había estado en el primer viaje a pie que había hecho para explorar la isla. Cogí de la canoa únicamente la escopeta y el paraguas (pues hacía muchísimo calor) y me puse en marcha. Después de la travesía que acababa de superar,

un viaje a pie me parecía lo más agradable y al anochecer llegué a mi antigua enramada, donde todo se encontraba exactamente igual a como lo había dejado: en perfecto orden, pues, como ya he dicho, aquélla era para mí una casa de campo.

Trepé la empalizada y me tiré en la sombra a descansar mis huesos, estaba tan agotado que me dormí enseguida. Pero que juzgue quien lea esta historia hasta qué punto llegó mi sorpresa cuando escuché una voz que me llamaba por mi nombre:

—¡Robin! ¡Robin! ¡Robinson Crusoe! ¡Pobre Robinson Crusoe! ¿Dónde estás?

Estaba tan adormilado y agotado de haber remado toda la primera parte del día y haber caminado la segunda, que no lograba despertarme. Cabeceando entre el sueño y la vigilia, pensé que aquella voz era un sueño. Pero como la voz seguía repitiendo «¡Robinson Crusoe! ¡Robinson Crusoe!», al final terminé despertándome del todo, muerto de miedo y en la mayor consternación. En cuanto abrí los ojos vi a mi loro Poll sentado en la cima de la empalizada y comprendí que era él quien había estado llamándome con el mismo tono lastimero con el que yo solía hablarle a él. Había aprendido tan bien que se sentaba en mi dedo y, acercando el pico a mi cara, me repetía:

—¡Pobre Robinson Crusoe! ¿Dónde estás? ¿Dónde has estado? ¿Cómo has llegado hasta aquí? —Todas las frases que yo le había enseñado.

Pero a pesar de saber que la voz era del pájaro, que no podía tratarse de nadie más, pasó un buen rato hasta que logré tranquilizarme. Estaba impresionado por el hecho de que el pájaro hubiera volado hasta allí y de que se hubiese quedado en aquel lugar, en vez de alejarse. Cuando al fin me convencí de que no podía ser nadie más que mi querido Poll, me relajé, le extendí una mano, lo llamé por su nombre y el simpático pájaro se acercó. Se sentó en mi pulgar, como hacía siempre, y continuó hablándome:

—¡Pobre Robinson Crusoe! —Y me preguntó dónde había estado y cómo había llegado hasta allí, como si de verdad estuviera encantado de volver a verme. Junto a él emprendí el camino de regreso a casa.

MEJORAN MIS MANUALIDADES

Ya tenía excursiones marinas para una buena temporada y aparte me habían dado ya suficiente materia como para sentarme a pensar, sobre todo en los riesgos que había corrido. Me hubiese encantado tener la canoa en mi lado de la isla, pero no se me ocurría cómo llevarla hasta allí de una manera segura. Sabía que no tenía sentido volver a aventurarme por el lado este de la isla, el que había rodeado: se me helaba la sangre y se me paraba el corazón sólo con pensarlo. No sabía cómo era el lado opuesto de la isla, pero suponiendo que las corrientes llevaran la misma violencia que había conocido, traerla navegando iba a implicar necesariamente volver a correr el riesgo de ser arrastrado a mar abierto por lo que, a pesar de que me había llevado meses construirla y varios más acercarla al agua, terminé aceptando quedarme sin canoa.

Con ese espíritu pasé el año siguiente, llevando una vida tranquila y retirada. En mis pensamientos estaba tan acostumbrado a mi situación y tan resignado a las disposiciones de la Providencia que creo que era bastante feliz en todos los sentidos, excepto en lo que se refiere a la soledad.

En ese período perfeccioné mis habilidades manuales, a las que me veía obligado cada vez que requería satisfacer una nueva necesidad, y creo que con el tiempo me llegué a convertir en un buen carpintero, considerando las herramientas con las que contaba.

Llegué a perfeccionar inesperadamente mis destrezas en las artesanías de barro, pues me las arreglé para moldear la arcilla en una rueda, algo que me facilitó enormemente la tarea. Antes los cacharros eran espantosos, pero por fin conseguí darles una forma más redondeada. Nunca me sentí tan orgulloso de mis creaciones ni más alegre de mis descubrimientos como cuando aprendí a fabricar una pipa. A pesar de que tenía un aspecto bastante feo y torpón, cocida igual que el resto de las artesanías, resultó firme, resistente y tiraba el humo a la perfección. Estaba feliz con mi pipa, porque me encantaba fumar. En el barco había pipas, pero no las rescaté porque no sabía que en la isla

hubiera tabaco y más tarde, cuando regresé al barco para buscarlas, ya no pude encontrar ninguna.

También mi cestería mejoró bastante y fabriqué todos los canastos que necesitaba utilizando mi ingenio. Tal vez no pueda decir que eran bonitos, pero sin duda resultaban muy prácticos y útiles para guardar todo tipo de cosas o transportarlas hasta mi cueva. Por poner un caso: cuando mataba una cabra, la dejaba colgando de un árbol, luego la desollaba y la cortaba en trozos que llevaba a casa en canastos. Otro tanto hacía con las tortugas: las abría en el sitio en el que las encontraba, extraía los huevos y uno o dos trozos de carne (con lo que ya tenía suficiente para mí) y transportaba todo en una canasta, dejando los restos en el lugar. También fabriqué recipientes grandes y profundos para guardar los granos, pues limpiaba las espigas en cuanto se secaban.

Noté que mi provisión de pólvora había comenzado a disminuir a gran velocidad y, como me resultaba imposible reemplazarla, empecé a pensar seriamente en qué haría cuando se acabara, es decir, cómo me las ingeniaría para cazar las cabras. Supongo que se recuerda aún que durante mi tercer año en la isla atrapé un cabrito y lo domestiqué con la esperanza de encontrarle una pareja. Pero como no la conseguí ni tampoco me animé a matarlo, el cabrito fue creciendo y al final murió de viejo.

Ya en mi undécimo año en la isla y a punto de quedarme sin pólvora, me parecía que era necesario desarrollar algunas técnicas para apresar o atrapar las cabras vivas, sobre todo una hembra y una cría.

Tejí algunas cestas para atraparlas y estoy seguro de que más de una vez cayeron en ellas, pero el mecanismo no era muy bueno, porque no tenía alambre y al final siempre me acababa encontrando las cestas rotas y el cebo comido.

Finalmente, intenté apresarlas con trampas. Cavé varios hoyos profundos en las zonas a las que iban las cabras para alimentarse, los cubrí con entramados de manera que pudieran soportar peso y coloqué algunas espigas de cebada o arroz sin preparar la trampa aún. Comprobé que las cabras se acercaban y comían los cereales, pues al día siguiente veía las huellas de sus patas. Por fin, una noche dejé preparadas tres trampas y la mañana siguiente encontré que el cebo había desaparecido aunque las trampas estaban intactas. Aquello me desanimó mucho, pero seguí modificándolas hasta que una mañana encontré en una de las trampas un viejo macho cabrío y en otra, tres crías: un macho y dos hembras.

No sabía qué hacer con el viejo, era tan bravo que no me atrevía a meterme en la trampa para sacarlo con vida, que era mi objetivo. Podría haberlo matado allí mismo pero tampoco me interesaba demasiado, de modo que al final lo dejé escapar. Lo hizo a tal velocidad que, evidentemente, estaba muerto de miedo. En ese momento no se me ocurrió pensar en lo que ya había aprendido: que el hambre es capaz de domesticar hasta a un león. Si lo hubiese dejado en la trampa durante tres o cuatro días sin alimento y luego le hubiese llevado un poco de agua y poco más tarde algo de comer, de seguro se hubiera amansado como una cría, pues las cabras son sagaces y dóciles cuando se las adiestra.

En fin, dejé escapar al macho cabrío, me acerqué a las crías y las saqué una a una de la trampa, las até todas juntas con una cuerda y, con un poco de esfuerzo, las llevé a mi casa.

Pasó bastante tiempo antes de que aceptaran lo que les daba de comer, hasta que les di un poco de grano limpio y comenzaron a amansarse. Comprendí que si quería seguir alimentándome con carne de cabra cuando se acabaran las balas y la pólvora la única opción era alimentar a las cabras y tenerlas siempre alrededor de la casa como un rebaño.

Debía mantener mis cabras domesticadas alejadas de las salvajes, pues de lo contrario las mansas acabarían huyendo al crecer. La única manera de lograrlo era guardándolas en un sitio bien vallado, con un seto o una empalizada, de manera que las domesticadas no pudieran salir ni las salvajes entrar.

Era un proyecto demasiado grande para un solo par de manos, pero me daba cuenta de que se trataba de un trabajo absolutamente indispensable, así que me puse a buscar el sitio adecuado, un lugar en el que hubiera un poco de hierba para que se alimentaran, agua dulce y algo que las protegiera del sol.

Quienes conocen este tipo de recintos pensarán que fui poco inteligente al elegir una pradera en una llanura abierta o sabana (como la llamamos los ingleses en las colonias occidentales) en la que había dos o tres pozos de agua y un pequeño bosque al fondo. Supongo que se reirán de mis cálculos cuando les diga que comencé a cerrar el sitio de una manera en que la empalizada iba a terminar teniendo casi tres kilómetros. Y eso no era todo, la peor locura de todas fue la del perímetro: dieciséis kilómetros. Aun cuando me sobrara tiempo para levantar el cerco no se me ocurrió pensar que en aquella extensión las cabras terminarían siendo tan salvajes como si vivieran en el resto de la isla y que me costaría tanto perseguirlas que al final ni siquiera podría agarrarlas.

Me di cuenta de eso cuando ya llevaba unos cuarenta y cinco metros de cerco y me detuve al instante. Entonces decidí cerrar una porción de unos ciento treinta metros de largo por noventa de ancho, una extensión lo bastante grande como para poder realizarla en un tiempo razonable y, en caso de que quisiera aumentar mi rebaño, siempre podía agregarle más metros al corral.

Se trataba de una extensión más prudente y me puse manos a la obra resuelto. Pasé unos tres meses levantado el cerco del corral y, mientras tanto, mantuve a las crías atadas en la mejor esquina y fui alimentándolas lo más cerca posible de mí para que se fueran familiarizando. Con frecuencia les llevaba algunas espigas de cebada o un puñado de arroz que les daba de mi propia mano y así, cuando terminé de vallar el corral y las solté, las crías me seguían por todas partes balando por un poco de arroz.

El corral resultó efectivo y más o menos al año y medio el rebaño estaba compuesto por doce cabras, incluyendo algunas crías. Dos años después llegaron a ser cuarenta y tres, sin contar todas las que fui matando en el camino para alimentarme. Para que pudieran pastar cerqué otros cinco corrales que se comunicaban entre sí por puertas que me permitían ir cambiándolas de lugar, y agregué también pequeños rediles adonde las conducía para apresarlas cada vez que necesitaba una.

Pero ésos no fueron los únicos beneficios: ahora no sólo tenía carne a mano, sino también leche, algo en lo que no había reparado al principio pero que resultó una sorpresa de lo más agradable. Organicé el ordeñe y llegué a tener entre tres y seis litros de leche por día. Y como la naturaleza, que provee alimento a todas las criaturas, dictamina además con claridad qué uso debe dársele, yo, que nunca antes en mi vida había ordeñado una vaca, mucho menos una cabra, ni había visto cómo se elaboraban la mantequilla o el queso, comencé a producir ambos con bastante facilidad y sencillez (aunque después de realizar diversos ensayos y cometer muchos errores), de manera que ya nunca volvieron a faltarme.

¡Con cuánta piedad trata nuestro Señor a sus criaturas, incluso en los momentos de mayor desolación! Él puede suavizar hasta las circunstancias más terribles y darnos motivos para estar agradecidos hasta en el peor calabozo o prisión. ¡Con cuántas delicias servía mi mesa en aquel lugar salvaje en el que, al principio, creí que moriría de hambre!

Hubiera provocado varias sonrisas incluso al más indiferente verme sentado a la mesa junto a mi pequeña familia como el rey, el dueño y señor de la isla. Me pertenecían las vidas de todos mis súbditos, podía ahorcarlos, encerrarlos o darles la libertad y no había nadie que se rebelara ante mi poder.

Y al igual que un rey, comía solo, atendido por mis sirvientes. Poll era el único que tenía permiso para dirigirme la palabra, parecía mi favorito. El perro, que había envejecido y se había vuelto un poco caprichoso porque nunca había encontrado una hembra con la que reproducirse, se sentaba siempre a mi derecha. Estaban también los dos gatos, uno a cada lado de la mesa, esperando que les entregara algún bocado como una prueba de atención especial.

Pero aquéllos no eran los que había traído del barco, ésos habían muerto y los había enterrado yo mismo cerca de la cueva. Uno se había cruzado con no sé qué tipo de felino y había tenido crías. Dos de los gatitos habían crecido domesticados en casa, pero los demás habían huido al bosque y con el tiempo se volvieron un problema, pues se metían en la casa y me saqueaban el almacén. Al final tuve que dispararles, maté a la mayoría, y los que se salvaron me acabaron dejando en paz. En aquella abundancia transcurrían mis días y lo único que podía llegar a añorar era la compañía de los hombres, aunque no tardaría en llegar el momento en que la tuviera de sobra.

Como ya he comentado antes, sentía cierta impaciencia por el uso de la canoa, pero no estaba dispuesto a correr más riesgos. A veces me sentaba a buscar la manera de llevarla a mi lado de la isla y otras, me parecía mejor tenerla lejos. Sentía cierta ansiedad por regresar al sitio al que había subido en mi última excursión para ver la línea de la costa y las corrientes marinas y, como la ansiedad era cada vez mayor, al final decidí acercarme hasta allí por tierra, bordeando la orilla. Si algún inglés se hubiera cruzado conmigo entonces, se hubiera asustado o se hubiera echado a reír. Yo mismo, cuando miraba mi reflejo, no podía menos que sonreír al imaginarme viajando así vestido y con aquellos bártulos hasta Yorkshire. Invito al lector a que se haga una imagen mental de mí con la siguiente información:

Llevaba un gorro grande, alto y deforme hecho de piel de cabra, con una solapa que colgaba detrás para resguardarme del sol y para que el agua de la lluvia no me cayera por el cuello. No hay nada más molesto que el agua de la lluvia pegada al cuerpo bajo las ropas.

Llevaba también una chaqueta corta de piel de cabra, cuyos faldones me llegaban hasta la mitad de los muslos, y unos pantalones cortos también de piel de cabra, de un macho viejo cuyo pelaje era tan largo que colgaba a cada lado hasta la mitad de la pantorrilla como si se tratara de unos bombachos. No tenía medias ni zapatos, pero me había fabricado un par de cosas que no sé cómo llamar… una especie de borceguíes que me protegían los pies y que

iban anudados de lado como si fueran polainas. Tenían una forma desastrosa, igual que el resto de mi atuendo.

Como cinturón llevaba una correa ancha de piel seca de cabra que se ajustaba con dos tiras más pequeñas del mismo material a modo de hebilla, y a los costados (en vez de llevar una espada o un puñal) colgaban una sierra y una pequeña hacha. Tenía un segundo cinturón un poco más fino ajustado con el mismo mecanismo, pero colgando de mi hombro, y de su extremo, bajo mi brazo izquierdo, colgaban dos morrales de piel de cabra. En uno iba la pólvora y en el otro las balas. En la espalda llevaba un cesto, en el otro hombro la escopeta y sobre la cabeza una enorme y desastrada sombrilla de piel de cabra (que aun así era, junto con la escopeta, el objeto más útil). En cuanto a mi cara, no tenía el color de los mulatos, que era el que se podía esperar de alguien que no se cuidaba en absoluto y que vivía a nueve o diez grados del Ecuador. Una vez me había dejado crecer la barba tanto que había llegado a medirme treinta centímetros; como tenía tijeras y navajas de sobra solía llevarla bien corta, excepto la parte que crecía sobre mi labio superior, que recortaba como si fueran dos largos bigotes mahometanos, tal y como había visto que llevaban algunos turcos en Salé (pero no los moros, que lo llevaban distinto). No puedo decir que aquellos mostachos o bigotes fueran lo bastante largos como para colgar en ellos un sombrero, pero tenían una longitud y una forma tan monstruosa que en Inglaterra hubieran asustado a más de uno.

Igual todo esto resulta anecdótico, pues, como no había nadie que me observara, no me importaba en absoluto mi apariencia y creo que no tiene ningún sentido comentarla por más tiempo. Así ataviado emprendí mi siguiente viaje, que duró unos cinco o seis días. Al principio viajé bordeando la costa hasta el lugar en el que había fondeado la canoa para subir a la colina, pero como ya no tenía que preocuparme por ninguna embarcación busqué el sendero más corto para llegar a esa misma altura. A lo lejos divisé el extremo rocoso que me había visto obligado a bordear con la canoa y me sorprendió descubrir que el mar allí tenía un aspecto tranquilo y suave, no se veía ninguna rompiente, ningún movimiento extraño ni más corriente de lo habitual.

Me extrañó muchísimo que hubiera cambiado tanto y decidí observarlo durante un tiempo para ver si se modificaba con la marea. Pronto descubrí el motivo: aquellas corrientes se creaban cuando la marea bajaba por el oeste y se unían a la desembocadura de algún río grande que había por allí. Cuando el viento soplaba con fuerza desde el oeste o desde el norte, la corriente se

acercaba o se alejaba de la costa. Me quedé en los alrededores hasta la noche y volví a subir a la colina. El reflujo se había vuelto a formar y entonces vi claramente cómo se armaba la misma corriente que la otra vez, salvo que ahora se alejaba un poco más, a casi una milla y media de la orilla. La vez anterior había estado más cerca de la costa y por eso había conseguido arrastrar mi canoa, cosa que en ese momento no habría sucedido.

Aquello me convenció de que debía estudiar mejor el modo en que subía y bajaba la marea para llevar la canoa fácilmente hasta mi lado de la isla. Pero me dio tanto miedo recordar cómo había sido la otra vez que no pude seguir pensándolo con calma. Al final me decidí por otra opción, más segura pero también más laboriosa: construir, o mejor dicho tallar, otra piragua o canoa, de manera que hubiera una a cada lado de la isla.

Supongo que el lector recordará que en esa época tenía dos fincas (me gustaba llamarlas así). La primera era mi pequeña empalizada o tienda, en donde había cavado una cueva en la roca que había ido ampliando en varios compartimentos comunicados entre sí. El más grande y seco, que tenía una puerta de salida más allá de la empalizada, albergaba las tinajas más grandes, que ya he comentado, y era donde almacenaba sobre todo mis alimentos: había unas catorce o quince cestas enormes que contenían cuatro o cinco fanegas de cereales cada una, algunas con espigas y otras con los granos ya limpios.

Las estacas o palos con los que había levantado la empalizada, y de los que ya he hablado, habían crecido hasta convertirse en una hilera de árboles tan grandes y altos que era imposible adivinar que mi casa estaba detrás.

Cerca de allí, pero un poco más hacia el interior de la isla y en tierras más bajas, se encontraban mis plantaciones. Las mantenía correctamente sembradas y aradas y obtenía mis cosechas de ellas cuando correspondía. Si en algún momento llegaba a necesitar más granos siempre podría utilizar las porciones de tierra adyacente.

Estaba también mi casa de campo, una finca bastante aceptable. Para empezar tenía un pequeña enramada, como me gustaba llamarla, que se mantenía en excelente estado. También cuidaba aquellos árboles, que al principio habían sido apenas unas estacas pero que ahora se habían convertido en árboles firmes y altos. Los podaba para que dieran una sombra espesa y agradable. En el centro siempre encontraba mi tienda, hecha con una vela bien extendida sobre unas varas que había montado a tal fin y que jamás necesitaron ninguna reparación o cambio. Dentro de la tienda había armado un gran cojín o sofá con la piel de los animales que había ido matando y otras

cosas blandas, y encima había colocado una cobija que había traído del barco y uno de los chaquetones de vigilante que usaba para cubrirme. Cada vez que me ausentaba de mi cueva, subía hasta mi casa de campo.

Junto a ella estaban los corrales y las cabras. El mismo gran esfuerzo que me había llevado cercarlo me llevó después mantenerlo en buen estado, por temor a que las cabras lo tiraran abajo y escaparan. No me di por vencido hasta que, con infinita paciencia, reforcé todo el cerco desde el exterior con una cantidad de estacas pequeñas, una tan cerca de la otra que al final aquello parecía más una empalizada que un cerco. Apenas cabía una mano entre las estacas y más adelante, en la estación húmeda, crecieron tanto que fortalecieron el cerco y lo convirtieron en un muro infranqueable.

Es quizás la mejor demostración de que jamás holgazaneaba y que no me acobardaba ante las tareas que debía realizar para llevar una vida medianamente sustentable. Estaba seguro de que mantener un rebaño de animales al alcance de la mano era mi forma de garantizar una provisión suficiente de carne, leche, mantequilla y queso mientras viviera en la isla, aunque fueran otros cuarenta años. Pero el éxito dependía de mi capacidad para mantener el corral a la perfección, de manera que las cabras estuvieran juntas. Lo había asegurado tanto clavando las estacas casi pegadas que, cuando crecieron, tuve incluso que quitar algunas.

Cerca de allí crecían mis uvas, de las que dependía sobre todo para tener pasas en invierno. Las cuidaba con esmero, como a las mayores y más agradables exquisiteces de mi dieta, pues no sólo eran sabrosas sino también saludables, nutritivas y refrescantes.

Como la enramada estaba a mitad de camino entre la cueva y el sitio donde había dejado la canoa, solía pasar allí la noche de camino, pues lo cierto es que visitaba el bote con frecuencia y mantenía sus pertenencias en buen estado. Un par de veces salí en la canoa para divertirme, pero ya no me atrevía a hacer viajes peligrosos. Apenas me alejaba una distancia de uno o dos tiros de piedra de la costa, me atemorizaba ser arrastrado por alguna corriente extraña o algún viento que me alejaran de la isla. Entonces entré en una nueva etapa en mi vida.

ENCUENTRO LA HUELLA DE UN HOMBRE

Sucedió cierta mañana cerca del mediodía cuando iba hacia la ensenada en la que había dejado la canoa. Era la huella del pie descalzo de un hombre. Se veía con tanta nitidez sobre la arena que quedé sumamente sorprendido, atónito, como si hubiese visto un fantasma. Miré a mi alrededor intentando oír algo, pero ni vi ni oí nada. Subí a una colina para ver más lejos, caminé la costa de arriba abajo, pero no encontré ni una huella más, sólo había una única pisada. Me acerqué de nuevo para ver si no había otras alrededor o si acaso no la había imaginado, pero no, estaba allí, era exactamente la misma huella: los dedos, el talón y todas las partes de un pie humano. No sabía de dónde había venido, ni siquiera lo podía imaginar, pero tras darle muchas vueltas, como habría hecho cualquier hombre sorprendido y fuera de sí, volví a mi cueva aterrorizado y, como suele decirse, con el corazón en la boca. Cada dos o tres pasos me daba la vuelta, confundía cada árbol y arbusto y cada tronco con un hombre. No puedo describir las diversas formas que proyectaba mi imaginación en su miedo, las ideas que surgían a cada momento en mi delirio y la cantidad de rarezas y extravagancias que se me ocurrían.

Cuando llegué a mi castillo (porque así me gusta llamarlo después de lo que ocurrió), me escabullí en el interior como un fugitivo. No recuerdo si entré trepando por la escalera (como al principio) o si lo hice por el túnel en la roca (al que llamaba entrada). Tampoco pude recordarlos la mañana siguiente, pues nunca una liebre huyó a su madriguera o un zorro a la suya con tanto pánico como el que sentía yo entonces.

Aquella noche no pude pegar un ojo. Cuanto más tiempo pasaba desde mi descubrimiento más grandes se hacían mis sospechas, todo lo contrario a lo que suele ocurrir en ese tipo de casos, sobre todo considerando el comportamiento habitual de los hombres ante el miedo. Pero estaba tan aturdido por las cosas feas que asediaban mi imaginación que únicamente tenía pensamientos lúgubres, a pesar de que me encontraba ya muy lejos de la huella. Por momentos creía que era la pisada del diablo y hasta se me ocurrían

razonamientos para justificar esa idea. Porque ¿de qué otra manera podía llegar una figura humana hasta mi isla? ¿Dónde estaba la embarcación si se trataba de hombres? ¿Por qué no había encontrado más pisadas? ¿Cómo era posible que un hombre hubiera llegado hasta allí? Pero entonces me embrollaba pensando también lo contrario: ¿por qué el diablo iba a tomar una forma humana y aparecerse en un sitio en el que no había manera de llegar, sólo para dejar una huella sin ningún sentido (pues tampoco podía estar seguro de que yo iba a acabar viéndola)? Sabía que el diablo podía encontrar otras mil maneras de aterrorizarme mejores que aquella única huella en la arena. Dado que yo vivía al otro lado de la isla, jamás hubiera sido tan ingenuo de dejar una marca en un sitio en el que había una probabilidad entre un millón de que yo la viera y dejarla además sobre la arena, donde una subida de la marea alcanzaba para borrarla. No sólo no tenía ningún sentido, sino que tampoco se correspondía con la sutileza que solemos atribuirle al diablo.

Este tipo de razonamientos me convencieron de que no podía tratarse de eso. Entonces comprendí que podía tratarse de algo incluso más peligroso: la huella de algún salvaje del continente cercano que había venido navegado en su canoa y, ya fuera ayudado por las corrientes o por los vientos, había arribado a la isla. Luego de recorrer la costa había vuelto a embarcarse, quizás sin ninguna gana de quedarse en esta isla desierta como yo de que lo hiciera.

Mientras pensaba en todo eso daba las gracias, me alegraba de no haber estado cerca de allí cuando sucedió y de que no hubiera visto mi canoa, pues hubiera deducido que alguien vivía en la isla y, tal vez, me hubiera buscado. Entonces se me ocurrió que puede que sí hubiese encontrado mi barco y, tras concluir que sí había humanos en la isla, hubiese decidido regresar más tarde junto a un grupo de compañeros para devorarme. Si venían y no me encontraban a mí, igualmente acabarían encontrando mi corral, destruirían mis cosechas y se llevarían mi rebaño de cabras, por lo que yo acabaría muriendo de inanición.

El miedo arrasaba también todas mis esperanzas religiosas. Mi antigua confianza en Dios, que había nacido de la enorme cantidad de maravillosas pruebas que había tenido de Su bondad, se desvanecía como si Él, que hasta ahora me había mantenido milagrosamente vivo, no pudiera mantener a salvo los bienes que Su propia bondad me había otorgado. Me reprochaba mi descuido de no haber sembrado más semillas que las que necesitaba para la siguiente estación, como si no existieran infinidad de accidentes que pudieran poner en peligro mi provisión de grano. Y ese reproche me pareció tan justo

que decidí que en adelante tendría reservas como para uno o dos años por adelantado, para no morir de hambre en caso de que sucediera algo.

¡Qué extraños son los caminos de la Providencia en la vida de un hombre! ¡Y qué secretos y diferentes son los resortes de los afectos según las circunstancias en las que se encuentre! Hoy amamos algo que mañana podremos odiar. Hoy buscamos algo de lo que mañana podremos huir. Hoy deseamos algo que mañana podremos temer o incluso cuyo simple pensamiento nos puede hacer temblar. Yo mismo era un ejemplo vivo de esa situación, pues mi única tristeza había sido encontrarme al margen de la sociedad, me quejaba de estar solo, rodeado de un océano infinito, apartado de los hombres y condenado a lo que llamaba «una vida silenciosa»; me quejaba de que la Providencia me hubiera considerado indigno de vivir entre los hombres, pensaba que el simple hecho de ver a uno de mi especie me habría parecido como regresar a la vida después de la muerte, la mayor bendición que Dios podía prodigarme después del don supremo de la salvación eterna, y sin embargo ahora temblaba ante la simple posibilidad de ver a un hombre y estaba dispuesto a meterme bajo tierra antes de que me rozara su sombra.

Así cambian las condiciones en la vida de un hombre y más tarde, cuando me recuperé un poco de la sorpresa inicial, me dediqué a pensar mucho en el asunto de la huella. Consideré que aquello era lo que la infinitamente sabia y bondadosa Providencia de Dios había señalado para mí. Como no podía conocer los fines que pretendía su divina sabiduría, no debía cuestionar sus decisiones, puesto que yo era una de sus criaturas. Él tenía el derecho irrevocable de hacer conmigo Su voluntad. Y como yo lo había ofendido, podía castigarme con la condena que le pareciera justa. Yo lo único que podía hacer era aceptar su indignación, porque había pecado.

Pero también comprendí que Dios, que no sólo era justo sino también omnipresente, así como había decidido que aquél era el castigo justo para mí, también tenía el poder de salvarme. Y que si no lo consideraba oportuno, mi deber incuestionable era resignarme a su voluntad. Por otra parte, tenía la obligación de confiar en Él, rezarle y aceptar diariamente y en silencio las decisiones de su Providencia.

Estuve horas, días, absorto en aquellos pensamientos y hasta podría decirse que semanas y meses. Una de las consecuencias de mis reflexiones fue la siguiente: cierta mañana en la que me sentía hondamente afligido, a primera hora, mientras aún estaba en la cama meditando sobre los peligros de que aparecieran salvajes en la isla, de pronto aparecieron en mi mente los

siguientes versos de las Escrituras: «Cuando estés angustiado invoca mi nombre. Yo te liberaré y tú me honrarás».

Entonces me puse de pie reconfortado, con el corazón no solo aliviado sino deseoso de pedirle honestamente a Dios que me salvara. Cuando terminé de rezar, tomé la Biblia, la abrí y leí el primer pasaje que apareció frente a mí: «Espera al Señor. Alábalo y Él confortará tu corazón. Sí, espera al Señor». No puedo describir el consuelo que me dieron aquellas palabras. Apoyé el libro agradecido y ya no volví a sentirme triste, al menos no por esos motivos.

En medio de aquellas meditaciones, temores y pensamientos, se me ocurrió que tal vez la huella había sido una invención de mi propia imaginación o que también podía ser la huella de mi propio pie al regresar a la isla después de mi excursión. Aquello me animó bastante y comencé a persuadirme de que todo había sido un delirio, que la huella era mía. ¿Acaso no pude haber usado aquel sendero cuando bajé de la canoa, igual que lo había hecho para regresar a ella? No había manera de recordar con exactitud por dónde había caminado, pero si al final aquella huella era mía, había hecho el ridículo como esos tontos que se lían inventándose historias de fantasmas o apariciones y luego acaban temiéndoles más que nadie.

Volví a sentir coraje y comencé a investigar un poco alrededor, ya que no había puesto un pie fuera de mi empalizada en tres días y tres noches y se me estaban acabando las provisiones, apenas me quedaban algunos pasteles y algo de agua. Recordé que debía ordeñar a las cabras, algo que constituía mi diversión nocturna. Los pobres animales habían sufrido el descuido y de hecho a algunas hembras se les había secado la leche.

Esperanzado por la idea de que se trataba de la huella de uno de mis pies (pues debo admitir que tenía miedo hasta de mi propia sombra), volví a mi enramada y al corral a ordeñar las cabras. Si alguien me hubiese visto avanzar dándome la vuelta a cada rato, listo para soltar mi cesta y salir corriendo a ocultarme en cualquier momento, habría pensado que era un hombre atormentado o alguien que había sufrido un susto terrible (como era el caso).

Hice aquel viaje dos o tres veces sin descubrir nada nuevo y me fui sintiendo cada vez más tranquilo; pensé que tal vez era cierto que no había sucedido nada, que todo había sido un producto de mi imaginación, pero hasta que no regresara a la costa, no comparara la huella con mi pie y corroborara que eran iguales no estaría del todo tranquilo. Regresé al lugar. Antes de nada me pareció evidente que no había podido pasar por allí al desembarcar de la canoa. En segundo lugar, cuando medí la huella descubrí que era mucho más larga que la mía. Las señales volvieron a activar mi imaginación y a reavivar

mis temores hasta tal punto que me puse a temblar, como cuando enfermé, y regresé a casa convencido de que un hombre o un grupo de hombres había desembarcado allí o, peor, que la isla en realidad estaba habitada y podían sorprenderme en cualquier momento.

¡Qué estúpidas decisiones toman a veces los hombres cuando están poseídos por el miedo! El miedo nos impide usar la razón, que sin duda es la única que tiene el poder de aliviarnos. Lo primero que se me ocurrió que podía hacer era derribar mi corral y llevar el rebaño al bosque para que los enemigos no encontraran mis cabras y no vinieran a la isla buscando ese botín. A continuación podía destrozar los sembradíos para que no encontraran el grano y evitar también que aquel fuera un motivo de regreso. Podía demoler también la enramada con su tienda para que no encontraran vestigios de vivienda humana y no desearan buscar más a sus habitantes.

Todo esto pensé aquella noche mientras regresaba a casa. Volvieron a aparecer todas las sospechas y las presunciones que se habían apoderado de mí. El miedo al peligro es diez veces peor que el peligro en sí mismo y el peso de la ansiedad es siempre mayor que el mal que lo provoca, pero lo peor de todo era que no conseguía encontrar alivio en la resignación, como había hecho antes y como sabía que era capaz de hacer. Pensaba que me parecía a Saúl, que no sólo se quejaba de que los filisteos lo siguieran, sino de que Dios lo hubiera olvidado. No hacía lo que debía para recomponer mi espíritu: hablar con Dios de mi desventura y confiar en su Providencia como había hecho en tantas ocasiones para aliviarme y salvarme. De haberlo hecho, tal vez me habría sentido más alegre y apaciguado ante aquella nueva sorpresa y puede que la hubiese manejado con mayor resolución.

Aquella confusión me tuvo en pie la noche entera y por la mañana caí rendido. Como estaba agotado de tanto pensar y con el espíritu exhausto, dormí profundamente y me levanté tarde pero recompuesto. Pude reflexionar entonces con más calma y tras debatir intensamente conmigo mismo llegué a la conclusión de que aquella isla, que era satisfactoria, fértil y cercana al continente no estaba tan deshabitada como había creído. Aunque no vivían allí residentes fijos, era más que probable que de vez en cuando algunos navíos llegaran hasta allí siguiendo una ruta o sencillamente arrastrados por los vientos y las corrientes.

En ese momento llevaba viviendo en la isla quince años y jamás me había cruzado ni con la más mínima sombra de una figura humana. Si era cierto que de vez en cuando alguien desembarcaba allí, debía de marcharse muy pronto sin siquiera plantearse quedarse. Al menos, hasta ahora.

El mayor peligro que podía imaginar era el desembarco de uno esos navegantes erráticos que salían del continente y que, al ser arrastrados hasta la isla de forma accidental (algo evidente considerando la velocidad a la que se marchaban) permanecían una noche hasta que los vientos o las corrientes les permitían reanudar el viaje. En ese caso, si veía un desembarco de salvajes mi única alternativa era alejarme a un sitio seguro.

Me arrepentí de haber agrandado tanto la cueva y de haberle hecho una entrada que, como ya he dicho, salía mucho más allá de donde terminaba mi empalizada. Tras pensar un buen rato decidí construir una segunda fortificación, con la misma forma de semicírculo, en el sitio donde doce años antes había plantado una doble hilera de árboles. Como los había plantado muy juntos entre sí, con colocar apenas algunas estacas en las intersecciones alcanzó para que, en poco tiempo, el muro quedara más denso y sólido.

Ahora estaba protegido por dos muros. También reforcé la pared exterior con más placas de madera, cables y todo lo que se me ocurría para hacerla más consistente. Reforcé asimismo el interior extrayendo constantemente tierra de dentro y apisonándola en la base del muro hasta que tuvo unos tres metros de grosor. Perforé siete pequeños orificios, de un tamaño por el que pudiera pasar un brazo, y en ellos clavé los siete mosquetes que había traído del barco, como si fueran cañones, sujetados por puntales que hacían de soporte para poder disparar los siete en menos de dos minutos. Aquel trabajo me llevó varios meses de aburrido esfuerzo, pero no me sentí tranquilo hasta que no lo hube acabado.

Y cuando lo terminé, del otro lado del muro clavé una gran cantidad de estacas o palos de ese árbol parecido al mimbre que crecía rápido y se mantenía fijo. Creo que pude haber llegado a plantar unas veinte mil estacas, dejando un espacio entre ellas y el muro que me permitiera ver al enemigo si pretendía acercarse a mi empalizada y evitar al mismo tiempo que se escondiera entre los árboles para atacarme.

A los dos años las estacas habían formado un pequeño bosque y en cinco o seis años más era tan monstruosamente espeso y desarrollado que resultaba infranqueable. Ningún hombre de ninguna especie hubiera podido imaginar que del otro lado había algo, mucho menos una morada. En cuanto a la manera de entrar o salir, como no quería dejar un camino abierto coloqué dos escaleras: una hasta la parte baja de las rocas donde había un rellano en el que puse la otra, de manera que si quitaba ambas ningún ser humano podía seguirme sin hacerse mucho daño y, aunque lo lograra, aún seguía del lado de afuera de la muralla exterior.

Se puede decir que tomé todas las medidas que la prudencia humana hubiera recomendado para mi seguridad. Más adelante se verá que no fueron en vano, aunque en aquel momento yo sólo respondía a lo que me dictaba el más puro miedo.

Mientras hacía todo esto, no descuidé ni un instante el resto de mis asuntos. Lo que más me preocupaba era el pequeño rebaño de cabras. Para ese entonces no sólo eran una fuente de carne que me permitía no tener que gastar pólvora ni balas, sino que además me ahorraban el incómodo trabajo de tener que salir a cazar a las cabras salvajes. No estaba dispuesto a perder ese privilegio y empezar todo de nuevo.

Después de pensarlo mucho sólo se me ocurrieron dos formas de mantener el rebaño: una era encontrar un lugar apropiado, cavar una bodega bajo tierra y guardarlas ahí todas las noches; la otra era cercar dos o tres pequeñas porciones de tierra muy separadas entre sí y lo másocultas posible, para mantener en cada porción una media docena de crías. De esa forma, si sucedía alguna catástrofe con el rebaño mayor, podría renovarlo en poco tiempo y sin mucho esfuerzo. Me pareció que ésa era la opción más razonable a pesar de que podía llegar a costarme un gran esfuerzo.

Me llevó cierto tiempo encontrar los puntos más retirados de la isla, pero al fin descubrí un sitio tan recóndito como deseaba, un pequeño terreno húmedo en el centro del sombrío y espeso bosque en el que, como ya he contado antes, casi me pierdo cuando intentaba regresar a casa desde el lado este de la isla. Era una superficie abierta de unos tres acres, tan rodeada por los árboles que casi parecía un cerco natural. Al menos no iba a ser necesario un esfuerzo tan grande para vallarlo como habían requerido los sitios anteriores.

Me puse manos a la obra de inmediato y en menos de un mes lo había cercado tan bien que mi rebaño, mucho menos salvaje de lo que cabría esperar, tendría allí un lugar seguro en el que poder estar. Trasladé diez crías hembras y dos machos y continué perfeccionando el vallado hasta que fue tan seguro como el principal, que me había llevado mucho tiempo porque lo había asegurado sin tanta prisa.

Es importante no olvidar que lo único que me había llevado a realizar aquel enorme esfuerzo era el miedo que me había provocado descubrir la huella de un hombre en la arena. Lo cierto era que hasta ese momento no había visto jamás a un hombre acercarse a la isla, y sin embargo ya habían pasado dos años con aquella preocupación constante que me perturbaba sin descanso, como puede imaginar cualquiera que sepa lo que es vivir bajo el

horror del miedo permanente. Me apena admitir además que la perturbación que sufría había afectado también mis pensamientos religiosos, pues sentía tanto pánico y horror de caer en manos de salvajes y caníbales que casi nunca me encontraba en el estado de ánimo correcto para dirigirme a mi Creador. No sentía la calma y resignación que solía tener antes, sino que rezaba afligido y bajo presión, rodeado de peligros y con la sensación de que cualquier noche me iban a capturar y devorar antes del amanecer. Según mi experiencia, un espíritu en paz, agradecido y afectuoso está sin duda en una mejor disposición para la oración que un espíritu lacerado por el terror y la desorientación. Cuando se interpone un miedo extremo, el hombre deja de estar en la disposición correcta para dirigirse a Dios y pasa a comportarse como un arrepentido en su lecho de muerte, pues el desconcierto afecta al alma como las enfermedades lo hacen al cuerpo. Una mente confundida es tan peligrosa como un cuerpo enfermo o incluso peor, ya que la oración es una actividad que se realiza con la mente y no con el cuerpo.

UNA PLAYA REGADA DE HUESOS

Pero sigamos. Tras asegurar una parte de mi provisión de alimento recorrí casi toda la isla buscando otro sitio lo bastante oculto en el que construir el segundo depósito. Mientras deambulaba por el oeste, una zona a la que nunca había llegado antes, me pareció ver un barco en el mar, a una gran distancia. Había encontrado dos pares de catalejos en los baúles de los marineros que había rescatado del barco, pero no los había llevado a la expedición así que, aunque estuve mirando fijamente hasta que me ardieron los ojos, no pude determinar si se trataba o no de una embarcación, pues se encontraba a una gran distancia. Cuando bajé la colina ya no distinguía nada en el mar, así que me di por vencido, pero me prometí que jamás volvería a salir sin un catalejo en el bolsillo.

Bajé hacia un extremo de la isla. Jamás había estado tan convencido de que en aquella parte la huella de un hombre en la arena no era algo tan extraño y que en realidad lo que había sido una bendición era que mi naufragio hubiese ocurrido del lado de la isla al que jamás llegaban los salvajes. Nada era más habitual para aquellas canoas que venían del continente y que se alejaban con la marea, que desembarcar en el lado oeste de la isla. Por lo visto, cuando las tribus se encontraban en el mar y peleaban entre sí, los vencedores tomaban a los otros prisioneros, los llevaban a aquella orilla y, siguiendo sus espantosas costumbres caníbales, los mataban y devoraban, como se verá más adelante.

Como decía, cuando terminé de bajar la colina hacia la orilla sudoeste de la isla me quedé absolutamente perplejo y sorprendido. No puedo expresar el horror que sentí al ver la playa llena de cráneos, huesos de manos, pies y otras partes del cuerpo humano. Descubrí un sitio en el que habían hecho una hoguera y alrededor habían dibujado un círculo sobre la tierra, como si fuera el *ring* de una pelea de gallos, donde se suponía que aquellos malditos se habían sentado a realizar sus inhumanos festines con la carne de sus pares.

Estaba tan aturdido por el descubrimiento que durante un buen rato ni siquiera se me ocurrió pensar que yo mismo podía estar en peligro. Todos mis

miedos renacieron ante la visión de aquel campo de inhumana y diabólica brutalidad y por la degeneración de los hombres de la que tanto me habían hablado, pero que jamás había contemplado de cerca. Tuve que apartar la vista de aquel espantoso espectáculo pues me sentía descompuesto, estaba a punto de desmayarme cuando la naturaleza me obligó a descargar aquella angustia. Tras vomitar con una violencia inusual me sentí un poco mejor, pero fui incapaz de quedarme en aquel sitio ni un solo minuto más y me marché de allí lo más rápido que pude.

Aun después de alejarme tuve que detenerme un instante, pues seguía aturdido. Cuando me recuperé un poco levanté la vista al cielo con todo el amor que era capaz de sentir y con lágrimas en los ojos le agradecí a Dios que me hubiera hecho nacer en un lugar del mundo tan alejado de aquellas criaturas salvajes. Aunque consideraba que mis circunstancias actuales eran muy tristes, me había bendecido para que encontrara en ellas tantas comodidades que tenía más motivos para estar agradecido que para quejarme. Especialmente porque en aquellas circunstancias tan miserables me había consolado dándose a conocer y otorgándome la esperanza de Su bendición, y eso me ofrecía una felicidad mucho mayor que todos las desgracias que había sufrido o que podía llegar a sufrir.

En aquel estado de profundo agradecimiento regresé a mi castillo y comencé a sentirme más seguro de lo que jamás me había sentido antes, pues comprendí que los salvajes jamás iban a la isla con la pretensión de llevarse nada en particular, puede que ni siquiera esperaran o desearan encontrar algo. Sin duda habían revisado ya la parte boscosa de la isla y no habían encontrado nada que les interesara particularmente. Llevaba en la isla casi dieciocho años y nunca antes me había cruzado con una huella humana, eso significaba que podía seguir otros dieciocho años tan oculto como hasta entonces, sin que nadie advirtiera mi presencia. Mi única preocupación tenía que ser mantenerme tan completamente oculto como hasta ahora, a menos que me cruzara con hombres que no fueran caníbales.

En mi interior comenzó a crecer el odio por aquellos miserables y por su inhumana costumbre de comerse entre sí; no pude evitar seguir sintiéndome triste y pensativo y durante los dos años siguientes prácticamente no salí de mis propiedades. Cuando digo «mis propiedades», me refiero a mis tres fincas: mi castillo, mi casa de campo (o enramada) y el corral oculto del bosque al que apenas iba lo necesario para cuidar de mis cabras, pues sentía tal aversión por aquellos malditos salvajes que temía cruzármelos tanto como al mismo diablo. Durante todo ese tiempo tampoco me acerqué al sitio donde

estaba mi canoa y prefería construirme una nueva antes que hacer otro intento de llevarla a mi lado de la isla por terror a cruzarme con aquellas criaturas y caer en sus garras, algo que seguramente habría sido mi perdición.

El tiempo y la tranquilidad de saber que no corría el riesgo de ser descubierto por los caníbales hicieron que poco a poco fuera disminuyendo mi ansiedad y volviera a la tranquila vida que había llevado hasta entonces, con esta pequeña diferencia: era mucho más cauto y estaba mucho más atento a mis movimientos para no ser descubierto. Sobre todo era más cuidadoso al disparar la escopeta, porque no quería que se oyera la descarga por si estaban en la isla. Era una bendición que se me hubiera ocurrido domesticar un rebaño de cabras y que ya no necesitara cazar en el bosque. Si alguna vez capturaba una cabra salvaje era gracias a las trampas y cepos que había instalado antes. Debido a aquel sistema, en los últimos dos años no había tenido que disparar ni una sola vez la escopeta, aunque por supuesto no salía jamás sin ella. De hecho, siempre llevaba conmigo, colgando de mi cinturón de piel, al menos dos de las tres pistolas que había rescatado del naufragio. También uno de los machetes grandes que había traído del barco con un cinturón hecho a medida. Así, si a la descripción personal que ya he hecho le agregamos las dos pistolas y el machete sin funda, hay que suponer que mi aspecto debía de ser más bien terrorífico.

Pero quitando esas precauciones, durante cierto tiempo las cosas siguieron más o menos igual: volví a mi antiguo espíritu tranquilo, a mi vida sosegada. Aquella playa regada de huesos me demostraba que mi vida estaba muy lejos de ser miserable comparada con la de otros. En realidad, estaba mucho mejor de lo que hubiese estado sin el favor de Dios. Pensaba cuánto menos se quejarían los hombres si se comparasen siempre con quienes están peor que ellos, lo que los haría sentirse agradecidos, en vez de compararse con quienes estaban mejor, algo que los lleva siempre a andar murmurando y quejándose.

En aquel momento ya no me hacía falta nada, pero era tal el miedo que sentía por aquellos malditos salvajes y tanta mi inquietud por mantenerme a salvo, que por un momento pensé que mi capacidad de inventiva para fabricar cosas se había acabado. Había abandonado un interesante proyecto que me había llevado bastante tiempo idear: convertir mi cebada en malta para luego fermentarla y hacerme un poco de cerveza. En realidad no era más que un capricho y solía reprocharme mi ingenuidad al afrontarlo, pues sabía que para hacer cerveza iba a necesitar herramientas que me iban a resultar imposibles de construir. En primer lugar barriles para fermentarla, algo que, como ya sabía, no iba a poder fabricar aunque me dedicara a ello ya no días, sino

semanas, ¡meses enteros! En segundo lugar no tenía lúpulo para que supiera bien, ni levadura para que fermentase, ni cacerolas de cobre en las que poder hervirla. Pero a pesar de todo esto, estoy seguro de que, de no haberme interrumpido el miedo y el terror por los salvajes, me habría empeñado en hacer la cerveza y tal vez incluso lo habría logrado, pues rara vez renunciaba a una idea si había reflexionado lo suficiente como para cumplirla.

Pero ahora todo mi ingenio giraba en torno a otra cosa: de día y de noche no hacía más que pensar en cómo aniquilar a alguno de aquellos monstruos durante su sangriento festín y, a ser posible, salvar a la víctima que iban a sacrificar. Me llevaría más páginas que el presente volumen relatar la infinidad de inventos que se me ocurrieron, o que más bien anidaban en mi mente, para matar a aquellas criaturas o al menos asustarlas de tal forma que no quisieran regresar jamás a la isla. Pero abandonaba los planes en cuanto me daba cuenta de que todos requerían que estuviera allí presente para llevarlos a cabo. Además, ¿qué podía hacer un hombre solo frente a veinte o treinta de los suyos, cargados de flechas y arcos?

A veces imaginaba que cavaba un hoyo debajo del círculo de la hoguera, lo llenaba con dos o tres kilos de pólvora y, cuando encendían el fuego, la pólvora también se encendía y lo hacía volar todo por los aires, pero no podía darme el lujo de desperdiciar tanta pólvora (apenas me quedaba un barril) y, además, no podía estar seguro de que la explosión sucediera en el momento correcto para atraparlos. Tal vez lo máximo que podría conseguir sería asustarlos con la explosión, aunque no lo suficiente como para que no regresaran jamás a la isla. Deseché aquella idea y empecé a imaginar que me escondía detrás de un arbusto, en cualquier sitio que me otorgaba cierta ventaja, con las tres pistolas con doble carga cada una y, en mitad de su sangrienta ceremonia, cuando estuviera seguro de que iba a poder matar o al menos herir a dos o tres con cada tiro, les disparaba y después me lanzaba sobre ellos con la escopeta y la espada. Así, aunque fueran veinte hombres, podría a matarlos a todos. Aquellas fantasías me mantuvieron ilusionado durante semanas, tan obsesionado estaba que incluso soñaba que los hacía volar por los aires. Llegué tan lejos en mis fantasías que hasta pasé varios días buscando el sitio perfecto donde esconderme y poder observarlos en la emboscada. Me acercaba con frecuencia a ese lado de la isla, que ya empezaba a resultarme familiar, pues mis pensamientos giraban sólo en torno a la revancha y a la sangrienta necesidad de ajusticiar a veinte o treinta con mi espada. Pero los rastros de la presencia de aquellos malditos bárbaros y el

terror que me inspiraba el lugar terminaban siempre aplacando mi perversidad.

Al final encontré un sitio a un lado de la colina en el que me sentía seguro para esperar a que apareciera alguna de sus canoas y desde el que podía, antes incluso de que apoyaran un pie en la isla, deslizarme por entre los enormes árboles sin ser visto. En uno de esos árboles incluso había una cavidad que me cubría por completo. Podía sentarme allí a observar su sangriento festín, tenía una vista despejada para apuntar directamente a sus cabezas y disparar cuando estuvieran lo bastante juntos como para que fuera imposible errar o al menos no herir a un par con el primer disparo.

Había encontrado el lugar apropiado para la emboscada. Preparé dos mosquetes y la escopeta. Cargué cada uno de los mosquetes con un poco de plomo y cinco balas pequeñas, balas como de pistola, y la escopeta con un puñado de balas de un calibre más grueso. También llevé las pistolas cargadas con unas cuatro balas cada una y así, con municiones como para una segunda o tercera carga, me dispuse al ataque.

Después de haber planeado cada detalle y de haberlos probado cientos de veces en mi imaginación, comencé a realizar un *tour* cada mañana hasta la cima de la colina, que estaba a más de cuatro kilómetros de mi castillo, para ver si distinguía algún bote aproximándose a la isla. Pero tras una espera de unos dos o tres meses comencé a cansarme de aquel esfuerzo agotador, y durante todo aquel tiempo no vi ni la más mínima aparición, no sólo cerca de la costa, sino tampoco en toda la extensión del océano que alcanzaban a ver mis ojos y mi catalejo.

Durante todo el tiempo que estuve realizando aquellos viajes diarios a la colina, el deseo de llevar a cabo mi plan se mantuvo intacto y mi espíritu parecía completamente tranquilo ante la excesiva perspectiva de matar a veinte o treinta salvajes desnudos por una ofensa sobre la que no había reflexionado. Lo único que había hecho en realidad había sido dejarme llevar por el violento espanto que me causaba la antinatural costumbre de esos habitantes del continente que, al parecer, no contaban ni con la ayuda de la Providencia ni con su sabia disposición hacia los hombres, pues no parecían tener más guía que sus desagradables y viciosas pasiones. Tal vez habían sido abandonados hacía siglos y por eso realizaban aquellos aterradores festines y repetían sus terribles costumbres como seres completamente ignorados por el Cielo y movidos por una infernal perversión. Pero ahora que empezaba a sospechar que los viajes que había estado realizando cada mañana durante tanto tiempo eran inútiles, mi opinión sobre sus actos comenzó a cambiar y

empecé a analizar con un poco más de calma el lío en el que me estaba metiendo. ¿A cuento de qué llamada o vocación pretendía yo ser juez y verdugo de aquellos hombres tratándolos como si fueran criminales cuando Dios había decidido que continuaran sin castigo durante siglos y cumplieran, como hacían, cada una de Sus providencias? ¿Cuánto me habían ofendido ellos a mí y qué derecho tenía yo a comenzar una batalla y vengar aquella sangre que se robaban entre ellos con tanta ligereza? No se me ocurría de qué modo podría yo conocer el juicio de Dios sobre aquel caso en concreto. Sin duda, esa gente no vivía aquello como si fuera un delito, pues no parecía atentar contra su moral. No lo consideraban una ofensa ni lo hacían desafiando ala justicia Divina, como nosotros cuando cometemos algún pecado. Para ellos no era un crimen matar a un prisionero de guerra, igual que para nosotros no lo es matar un buey; para ellos no era un crimen comer carne humana, igual que para nosotros no lo es comer carne de cordero.

Pensándolo de esa forma no tardé en darme cuenta de que me había equivocado, que aquellos salvajes no eran asesinos en el sentido en el que los había considerado. No eran peores que los cristianos que ajustician a los prisioneros de batallas o que asesinaban a batallones completos sin siquiera permitirles pelear o incluso cuando éstos ya habían arrojado sus armas y se habían rendido.

Luego se me ocurrió que las brutales e inhumanas costumbres de los hombres no tenían nada que ver conmigo. No me habían lastimado y sólo cuando intentaran hacerlo, o si veía que era indispensable atacarlos para mantenerme a salvo, sólo entonces se justificaría mi antigua decisión. Actuar de primeras así hubiese sido justificar la conducta de los españoles y todas las barbaridades que habían hecho en América, donde habían asesinado a millones de personas que, a pesar de ser idólatras y bárbaros, pues entre sus costumbres había varios ritos sangrientos y crueles (como sacrificar víctimas humanas para alabar a sus dioses), frente a los españoles se habían comportado intachablemente a pesar de que aquéllos los habían sacado a patadas de sus propias ciudades. Aquel exterminio fue considerado por todas las naciones cristianas de Europa, e incluso por los propios españoles, con la mayor aversión y antipatía: una carnicería, un episodio cruel, sangriento y antinatural, injustificable ante los ojos de Dios y de los hombres; ésa es la razón por la que la mera mención de un nombre español suele despertar recelo y temor en cualquier ser humano con un poco de compasión cristiana. Es como si el propio reino de España fuera un sitio particularmente propicio para

engendrar una raza de hombres sin la menor sensibilidad o sentimiento de piedad hacia los desfavorecidos.

Aquellas consideraciones me hicieron detenerme. Poco a poco empecé a abandonar mi plan original, pues comprendí que en mi decisión de atacar a los salvajes no había llegado a entender del todo la situación. A mí no me correspondía meterme con sus costumbres a menos que me atacaran, y debía limitarme a buscar la manera de evitarlos. Y si me descubrían y me atacaban, sabía lo que debía hacer.

Llevar a cabo aquella fantasía no era el modo de liberarme de la amenaza sino de condenarme definitivamente, pues sólo funcionaría si me aseguraba de matar a todos los que estuvieran en la playa en ese momento y a todos los que pudieran llegar a venir después, ya que si un solo hombre escapaba y contaba lo sucedido en su pueblo volverían a millares para vengar la matanza de sus compañeros. Estaría asegurando mi propia destrucción mientras que, por el momento, no tenía nada que temer de aquellos caníbales.

Al final llegué a la conclusión de que no debía continuar aquel asunto de ninguna manera, no me convenía ni por una cuestión de principios ni como estrategia. Lo único que tenía que hacer era mantenerme oculto por todos los medios posibles y no dejar a mi paso ni la menor huella, de forma que jamás pudieran descubrir que en la isla había vida, vida humana.

La religión también me ayudó a mantener aquella prudente actitud hasta el punto de que estaba convencido de que había sido un gran error planear la sangrienta matanza de aquellas criaturas inocentes (inocentes en cuanto a mí se refería). Respecto a los crímenes que cometían entre ellos, y de los que sí eran culpables aunque no tuviera nada que ver conmigo, se trataba de una cuestión cultural, y yo debía dejarlos a mano de la justicia de Dios, que es el verdadero gobernante de los pueblos, sabe cuál es el castigo justo en cada cultura y proporciona un castigo público a quienes han realizado una ofensa pública de acuerdo a Sus designios.

Esto me resultó tan evidente de pronto, que nada me pudo proporcionar un alivio mayor que comprender que no sufriría jamás por haber cometido un pecado tan terrible como un asesinato con premeditación. De rodillas, elevaba mis más humildes agradecimientos a Dios, pues me había liberado de un pecado sangriento y le suplicaba que me otorgara la protección de Su providencia para no caer a manos de los bárbaros ni que ellos cayeran en las mías, a menos que sintiera la clara llamada del Cielo a hacerlo en defensa propia.

APENAS SALGO DE MI CELDA

En aquel estado de ánimo pasé el siguiente año, con tan pocos deseos de cruzarme con los salvajes que no volví a subir a la colina para ver si descubría a alguno o para saber si habían desembarcado en alguna ocasión. No quería que se reavivaran mis dudas respecto a ellos ni aprovechar mi evidente ventaja para atacarlos. Lo único que hice fue mover de lugar la canoa, que estaba al otro lado de la isla. La arrastré hacia el extremo este y la escondí en una pequeña ensenada que descubrí entre unas rocas muy altas, pues era una zona en la que seguramente los salvajes no entrarían a causa de las corrientes.

Junto con la canoa llevé todos los objetos que había dejado ahí: el mástil y la vela que había fabricado especialmente y una especie de ancla (en realidad no podía considerarse un ancla, ni siquiera arpón, aunque era lo más parecido que había podido fabricar). Trasladé todo para que no hubiera ni la más mínima sombra o apariencia de vida humana en la isla.

Aparte de aquella salida mantuve, como ya he dicho, una vida más retirada que antes y apenas salía más que para cumplir con mis eternas obligaciones: ordeñar las cabras y encargarme de mi pequeño rebaño en el bosque, que estaba complemente a salvo por encontrarse en el otro lado de la isla. A pesar de que los salvajes solían desembarcar en la isla jamás se les ocurrió buscar algo por allí ni merodearon por zonas más alejadas de la costa. No tengo duda de que en aquella época desembarcaron varias veces, igual que lo habían hecho antes de que mi descubrimiento me volviera cauteloso. De cuando en cuando me asaltaba el pensamiento de lo que habría sido de mí si alguna vez me hubiese encontrado de frente con ellos mientras andaba por todos lados desnudo y sin armas, o apenas con la escopeta cargada con una única bala, buscando y rebuscando cosas que me pudieran servir. ¡Qué sorpresa hubiese sido si en vez de descubrir la huella de un hombre me hubiese topado con quince o veinte salvajes y se hubiesen puesto a perseguirme! ¡No habría tenido ninguna posibilidad de salvarme!

Cuando pensaba aquello me angustiaba tanto que tardaba un buen rato en recuperarme. Imaginaba qué habría hecho, no sólo no hubiera tenido manera

de defenderme, sino que tampoco hubiese tenido la templanza de ánimo suficiente como para hacer lo mínimo dentro de mis posibilidades, que era mucho menos de lo que podía hacer ahora, con tanta preparación y meditación. Después de darle vueltas al asunto me acababa poniendo melancólico y a veces hasta me quedaba así durante días enteros, pero lo resolvía al final dándole gracias a la Providencia por haberme alejado de tantos peligros invisibles y haberme protegido de tantas desgracias de las que no habría podido salir por mi cuenta, pues no tenía la menor sospecha de que existían.

Aquello renovó una vieja idea que solía asaltarme antes, cuando comenzaba a percibir la piadosa disposición del Cielo frente a los peligros a los que nos enfrentamos en nuestra vida: de qué forma somos milagrosamente salvados de algunos peligros que ni siquiera éramos conscientes de que existían; cómo cuando dudamos o titubeamos sobre si tomar un camino u otro (lo que solemos llamar un *dilema*), siempre hay una señal secreta que nos inclina a seguir un sendero a pesar de que nuestra intención se empeña en seguir el otro; o cómo nuestra intuición nos hace tener a veces una extraña preocupación interna, cuyo resorte no llegamos a identificar, y nos lleva a rechazar algo que más adelante comprendemos que nos habría perdido o arruinado. A causa de esa reflexión y de otras similares llegué a interiorizar la norma de que cada vez que percibiera alguna señal íntima que me dispusiera a hacer o a dejar de hacer algo, de tomar este o aquel otro camino, lo que tenía que hacer era obedecerla sin dudar aunque no tuviera más razón para ello que aquella vaga presión en mi conciencia. Podría poner una gran cantidad de ejemplos de situaciones que acabaron resultando exitosas gracias a haber cumplido esa norma, sobre todo en la última parte de mi estancia en aquella desdichada isla. Pero nunca es tarde para comprender y lo único que puedo hacer es sugerir a los hombres que hayan vivido situaciones tan extraordinarias como la mía que no ignoren los indicios secretos que les envía la Providencia y que al provenir de una inteligencia invisible no debo ni puedo intentar explicar. No hay duda de que constituyen una prueba irrefutable de la comunicación del espíritu, del secreto diálogo entre quienes tienen un cuerpo y quienes no. El resto de mi solitaria estancia en aquel funesto lugar presencié asombrosas pruebas de esto.

Creo que el lector no se sorprenderá si confieso que aquella ansiedad por los peligros constantes a los que estaba expuesto y la preocupación que crecía en mí agotaron mi ingenio y toda la imaginación que solía poner en la creación de comodidades para mi bienestar. Ahora tenía que emplear mis

manos con más intensidad para garantizar mi seguridad que para asegurarme el alimento, y no me atrevía a clavar un clavo o cortar un trozo de madera por miedo a que el ruido me delatara. Mucho menos me atrevía a disparar la escopeta. Pero sobre todo me costaba encender el fuego, pues el humo se puede percibir a una gran distancia durante el día. Trasladé todas las tareas que implicaban fuego, como cocer los cacharros, a mi nuevo terreno en el bosque en el que, con inmensa alegría, descubrí una cueva natural en la tierra que ocupaba una superficie enorme y en la que me atrevo a decir que ningún salvaje habría tenido el valor suficiente como para entrar. Tampoco creo que lo hubiese hecho ningún otro hombre que, como yo, no hubiese estado desesperado por encontrar un sitio seguro.

La entrada estaba al final de un gran peñasco en el que por casualidad (eso es lo que diría si no me sobraran hoy los motivos para atribuirle aquel descubrimiento a la Providencia) me encontraba podando unas ramas gruesas para hacer carbón de leña. Antes de seguir debo aclarar por qué me interesaba hacer carbón de leña.

Como ya he dicho, me daba miedo encender una fogata cerca de mi casa por temor a que el humo me denunciara, pero tampoco podía vivir sin hacer pan, cocer mis alimentos, etcétera. Se me ocurrió entonces una solución: podía quemar la madera bajo tierra, como había visto una vez en Inglaterra, hasta que quedaran brasas o carbón seco, y luego apagar el fuego y llevarme el carbón a casa para realizar todas las tareas que requerían altas temperaturas sin el peligro del humo.

Pero esto es anecdótico. Lo importante es que mientras buscaba leña descubrí que detrás de las espesas ramas de unos arbustos había una especie de hueco. Sentí curiosidad y con cierta dificultad me metí. Descubrí que el interior era profundo y lo bastante alto como para que alguien de mi estatura estuviera erguido. Debo confesar que tuve más prisa por salir de la que había tenido por entrar, pues al observar hacia la oscuridad del interior me topé con la mirada clavada y brillante de una criatura, no sabía si se trataba de un hombre o del diablo, parpadeando como las estrellas porque la luz que entraba por la boca de la caverna le daba justo de frente y se reflejaba en sus pupilas.

Después de una breve pausa me recuperé y comencé a decirme que era un estúpido, que un hombre al que le atemorizaba ver al diablo no sobrevivía veinte años en una isla desierta y que de seguro yo era lo más aterrador que había entrado a esa caverna. Me armé de valor, encendí una gran antorcha y volvía a meterme de prisa con el fuego en la mano. No había dado tres pasos cuando volví a sentir el mismo pánico que antes, pues escuché un fuerte

suspiro, como el de un hombre que sufre, seguido de un ruido entrecortado como un balbuceo y otro suspiro más. Di un paso atrás, estaba tan asustado que comencé a transpirar un sudor frío. Si hubiera llevado un sombrero no me hubiese extrañado que se hubiese levantado tanto como mi erizado cabello. Intenté recomponerme y darme fuerzas pensando que Dios era omnipresente y me protegía. Avancé un paso con la antorcha sobre la cabeza y bajo su mancha de luz vi el macho cabrío más monstruoso y enorme que se pueda imaginar, tendido en el suelo y en su último suspiro, como se suele decir. Exhalaba sus últimos gemidos, a punto de morir de viejo.

Lo moví un poco para ver si podía sacarlo de la caverna y el animal hizo el intento de ponerse en pie, pero al final no tuvo fuerzas para levantarse. Pensé que lo mejor era que se quedara allí mismo pues, si me había asustado a mí, sin duda sería capaz de asustar también a cualquier salvaje en caso de que alguno intentara adentrarse allí.

Recompuesto del susto, comencé a mirar a mi alrededor. La caverna no era tan grande; tendría unos seis metros de diámetro, pero ninguna forma definida; no era circular ni cuadrada, pues nadie se había esforzado jamás por cambiar la forma que le había dado la naturaleza. Al fondo me pareció divisar un túnel que se metía aún más dentro de la tierra, pero era tan bajo que tenía que ponerme de rodillas para explorarlo y no tenía idea de hasta dónde podía llegar. Como no tenía velas, decidí que lo mejor que podía hacer era regresar al día siguiente con velas y una especie de mechero que había fabricado con el seguro de un mosquete y un poco de pólvora.

Así lo hice. Al día siguiente regresé provisto de seis velas grandes que había fabricado yo mismo (había aprendido a hacerlas con grasa de cabra) y avancé a gatas unos nueve metros hacia el interior del túnel, una aventura arriesgada porque no sabía cuán largo podía llegar a ser ni qué había en su interior. Cuando llegué al final vi que el techo se elevaba unos seis metros y me encontré frente al mayor espectáculo que había visto jamás en la isla: de pronto las paredes y el techo abovedado se multiplicaron en cientos y miles de reflejos de luz. ¿Qué había en aquellas rocas? ¿Diamantes, piedras preciosas o, como cabía esperar, eran piedras de oro?

Me encontraba en la gruta más hermosa que se pueda imaginar, aunque estaba completamente a oscuras. El suelo era liso, estaba seco y cubierto por una fina capa de arena desperdigada. No se veía ninguna criatura desagradable ni peligrosa, ni tampoco zonas mojadas o húmedas a los costados. La única dificultad era el túnel de entrada pero, como de todas formas yo la quería utilizar como refugio seguro, el acceso era una ventaja.

Estaba feliz de haber encontrado aquel sitio y decidí trasladar allí de inmediato mis objetos más preciados, sobre todo los restos de pólvora que me quedaban y mis armas de repuesto: dos escopetas (pues tenía tres) y tres mosquetes (en total había ocho). En mi castillo dejé cinco montados en el muro como cañones y también para utilizarlos en alguna excursión si los necesitaba.

Cuando iba a trasladar mis reservas de pólvora abrí el barril que había rescatado del agua y cuya pólvora se había mojado. El agua había penetrado los primeros treinta o cuarenta centímetros de cada lado de manera que la pólvora mojada se había podrido y endurecido, protegiendo el resto como si fueran la cáscara y la pulpa de un fruto. Fue una gran alegría descubrir que contaba con veinticinco kilos extra de pólvora en el corazón del barril. Trasladé casi todo a la caverna, apenas dejé en mi castillo poco más de un kilo de pólvora por temor a cualquier sorpresa. También trasladé hasta allí lo que me quedaba de plomo para hacer balas.

Imaginé que era como esos antiguos gigantes que vivían encerrados en cuevas y túneles en rocas en las que nadie podía entrar y me convencí de que si alguna vez me perseguían quinientos salvajes, sería imposible que me encontraran allí y de que, si lo hacían, no se atreverían a atacarme en el interior.

Al día siguiente de descubrir la gruta encontré muerto al macho cabrío en la entrada y me resultó mucho más fácil enterrarlo allí mismo que arrastrarlo hasta fuera. Para evitar que oliera demasiado lo cubrí con mucha tierra.

Llevaba veintitrés años viviendo en la isla. Me había acostumbrado tanto al sitio y a mi estilo de vida que, si hubiese tenido la certeza de que jamás iba a ser descubierto por ningún salvaje, no me hubiese importado pasar el resto de mis días allí, hasta que llegara mi final y tuviera que recostarme en el suelo a esperar la muerte igual que el viejo macho cabrío de la caverna. Hasta había llegado a diseñar algunas diversiones o entretenimientos que me ayudaban a pasar el tiempo con mayor placer que antes. Lo primero, como ya he dicho, fue enseñarle a hablar a mi loro Poll. Lo hacía con naturalidad, pronunciaba las palabras tan bien y con tanta fluidez que me resultaba muy agradable. Vivió conmigo veintiséis años. No sé cuánto más vivió después de mi partida, pero en Brasil alguien me dijo una vez que aquellos loros podían llegar a vivir hasta cien años. Tal vez el bueno de Poll esté vivo en este momento y hasta el día de hoy siga llamando al pobre Robinson Crusoe. Espero que ningún inglés desembarque en la isla y lo encuentre, pues pensará sin duda que es el diablo. Mi perro fue un buen y agradable compañero durante dieciséis años, cuando

murió de viejo. Los gatos, como ya he contado, se multiplicaron hasta un punto en el que me vi obligado a matar a varios para que no terminaran comiéndose todo lo que tenía o incluso devorándome a mí mismo. Cuando murieron los dos más viejos que me había llevado del barco, comencé a echar al resto y no les di nada de comer hasta que por fin se alejaron al bosque y se volvieron salvajes. Sólo me quedé con dos o tres favoritos a los que seguí alimentando. Formaban parte de mi familia, pero si tenían crías las ahogaba. Siempre llevaba también conmigo a dos o tres cabritos a los que les enseñé a comer de mi mano y un par más de loros que hablaban bastante bien y me llamaban «Robinson Crusoe», aunque no eran tan buenos como mi primer loro (cierto es que tampoco me esforcé con ellos tanto como lo había hecho con Poll). También había domesticado algunas aves marinas que había cazado en la playa y les había cortado las alas, pero no habría podido decir cuál era su especie. Como las estacas del cerco habían crecido hasta armar una espesa arboleda, aquellas aves anidaban en las ramas más bajas y vivían allí, lo cual realmente me proporcionaba un gran placer. Como ya he comentado, habría podido disfrutar muchísimo de aquella vida si hubiese estado blindada del peligro de caer en manos de los salvajes.

Pero me esperaba otra cosa, y tal vez no sea inútil agregar aquí la siguiente observación: con cuánta frecuencia, a lo largo de la vida, sucede que el mal que constantemente procuramos evitar, el que nos parecería más terrible, acaba siendo el verdadero camino o sentido de nuestra salvación, el único camino que nos puede llevar a superar nuestras desgracias. Podría mencionar varias circunstancias en las que me sucedió algo parecido a lo largo de mi vida, pero ninguna lo ejemplificaría mejor que lo que me sucedió durante los últimos años de mi solitaria estancia en la isla.

Me encontraba en el mes de diciembre del vigesimotercer año, momento en el que sucedía el solsticio austral (pues no podría llamarlo invierno). Era la época más importante de la cosecha y debía estar constantemente fuera, en el campo. Una mañana en la que salí bien temprano, casi antes del amanecer, me quedé atónito al descubrir que en la playa había cierto resplandor de una fogata a unos tres kilómetros de donde me hallaba, hacia el sitio donde solían desembarcar los salvajes aunque esa vez, y para mi preocupación, no en el lado opuesto de la isla, sino en el mío.

Me quedé tan sorprendido que me metí en mi fortaleza del interior del bosque sin atreverme a salir por temor a que me descubrieran. Pero tampoco estaba tranquilo ahí, pues temía que los salvajes se pusieran a deambular por la isla y encontraran los sembradíos o cualquier otro trabajo o artilugio mío.

Pensarían de inmediato que había más personas en la isla y no se detendrían hasta encontrarlas. En aquella situación regresé a mi castillo, recogí la escalera después de entrar y desordené todo para que tuviera el aspecto más salvaje y natural posible.

Una vez dentro, me coloqué en mi puesto de defensa. Cargué todos los cañones (es decir, los mosquetes montados en el muro exterior) y las pistolas, decidido a defenderme hasta las últimas consecuencias y sin olvidar encomendarme al resguardo divino, rogándole a Dios que me protegiera de caer en manos de aquellos bárbaros. En esa posición aguanté casi dos horas, pero comencé a impacientarme porque no sabía cómo era la mente de mis enemigos ni si habían enviado espías a husmear los alrededores.

Tras esperar pensando qué debía hacer si eso ocurría, no pude soportar permanecer más tiempo en la ignorancia y volví a sacar la escalera por el lado en el que la roca formaba una especie de plataforma, la levanté y la apoyé ahí para seguir subiendo hasta la cima. Cogí un catalejo, me recosté boca abajo y comencé a mirar. Entonces divisé a unos nueve salvajes desnudos y sentados en torno a un pequeño fuego que habían encendido no para calentarse, pues hacía muchísimo calor, sino para cocinar, supongo que uno de sus banquetes de carne humana que habían llevado hasta allí, no sabía si viva o muerta.

Había dos canoas arrastradas fuera del agua. Como la marea estaba bajando, me pareció que esperaban a que volviera a subir para marcharse. Es muy difícil transmitir mi consternación mientras observaba aquella escena, sobre todo al pensar que sucedía en mi lado de la isla, tan cerca de donde yo estaba. Se me ocurrió que tal vez realizaban sus visitas siempre en las épocas de marea alta y empecé a tranquilizarme pensando que iba a poder salir tranquilo siempre que la marea estuviese alta y no hubieran desembarcado antes en la isla. Gracias a aquella convicción más tarde pude cosechar mis sembradíos sin tanta ansiedad.

Ese día ocurrió todo tal y como esperaba: la marea volvió a subir hacia el oeste y vi cómo se embarcaban y se alejaban remando (o mejor dicho paleteando). La última hora y media antes de marcharse estuvieron bailando y pude observar muy bien todos sus gestos y movimientos con el catalejo, aunque no llegué a distinguir si eran hombres y mujeres.

En cuanto subieron a sus canoas y partieron, me colgué dos escopetas al hombro, dos pistolas en la cintura y mi gran sable sin vaina a un costado y subí tan rápido como fui capaz a la colina desde la que había visto por primera vez sus marcas. Me llevó dos horas llegar hasta ese punto (no podía correr debido al peso de las armas) pero, en cuanto lo alcancé, descubrí que

habían desembarcado otras tres canoas y que ahora se alejaban todos juntos por mar hacia al continente.

Era un escena un terrible, pero aún peor fue lo que vi cuando bajé a la orilla y encontré los espantosos restos de su nefasto festín: había sangre, huesos y trozos de carne humana masticada y devorada con alegría y devoción. Me sentí tan indignado frente aquel escenario que comencé a imaginar cómo asesinaría a los próximos que pisaran la isla, sin importar quiénes ni cuántos fueran.

Evidentemente aquellas visitas a la isla no eran frecuentes, pues pasaron otros quince meses antes de que volvieran a desembarcar allí. Durante todo ese tiempo no me crucé con nadie ni descubrí nuevas huellas o señales suyas, ya que en la estación húmeda no podían viajar, o al menos no tan lejos. Durante todo ese período viví intranquilo, oprimido por el temor constante de que vinieran por sorpresa. Por eso he comentado antes que esperar un mal es mucho peor que sufrirlo, sobre todo si no hay manera de librarse de la espera o el miedo.

Mi intención de asesinarlos se mantuvo durante todo ese tiempo y pasé muchas horas que podría haber empleado de una manera más productiva pensando de qué manera podría rodearlos y atacarlos la próxima vez que los viera, sobre todo si estaban divididos en grupos, como en la última ocasión. En aquel momento no se me ocurrió que si mataba a una tropa de diez o doce, al día siguiente, o a la semana siguiente o al mes siguiente, tendría que matar a otra y así *ad infinitum*, lo que me convertiría en un asesino a la misma altura que su canibalismo o incluso peor.

Pasaba los días sumido en la ansiedad y en la confusión, pensando que tarde o temprano acabaría cayendo en las manos de aquellas despiadadas criaturas. Si en algún momento me atrevía a salir de casa lo hacía con la mayor atención y cautela que se pueda imaginar. Cuánta tranquilidad y consuelo me daba el haber domesticado un rebaño de cabras, pues por ningún motivo me habría atrevido ya a usar la escopeta, sobre todo en el lado de la isla en el que ellos solían desembarcar. Si la primera vez lograba escapar, estaba seguro de que regresarían más tarde, tal vez con doscientas o trescientas canoas, y entonces sabía lo que me esperaba.

Tuve que esperar otro año y tres meses para volver a encontrármelos. Tal vez en ese período visitaron la isla una o dos veces, pero no se quedaron a pasar la noche, o al menos yo no los escuché. Cuando llegó el mes de mayo de mi vigesimocuarto año, según mis cálculos, sufrí un extraño encuentro con los salvajes que relataré cuando llegue el momento.

VEO EL NAUFRAGIO DE UN BARCO

Pasé aquel intervalo de quince o dieciséis meses en un estado de gran perturbación. Dormía mal, tenía sueños espantosos, me despertaba sobresaltado. A lo largo del día me asediaba el miedo y cuando me acostaba soñaba que mataba salvajes y que buscaba maneras de justificarlo. Pero dejemos todo eso a un lado de momento. Sucedió a mediados de mayo según mi precario almanaque de madera (seguía haciendo las marcas en el poste): se levantó una fuerte y ventosa tormenta durante el día, con rayos y truenos, y por la noche empeoró todavía más. No recuerdo las circunstancias, pero sí que estaba leyendo la Biblia y que consideraba seriamente mi situación cuando me sorprendió el ruido de un cañonazo que, eso me pareció al menos, venía desde el mar.

Sin duda el desconcierto que sentí ante aquella detonación fue muy distinto al que había sentido hasta entonces, pues las posibilidades que se generaban con aquel disparo eran de otra naturaleza. Me puse en pie a la mayor velocidad imaginable y bajé a toda prisa la escalera hasta el punto intermedio de la roca, la levanté, la volví a colocar y llegué a la cima de la colina en el preciso instante en el que un resplandor anunció un segundo cañonazo que, debido al retardo habitual, oí treinta segundos más tarde. Supe que venía de la misma zona en la que me habían arrastrado las corrientes con la canoa.

Comprendí que se trataba de algún barco en apuros que disparaba pidiendo auxilio a algún otro barco amigo que lo acompañaba. Por un instante tuve la claridad mental para saber que, si bien yo no podía ayudarlos, tal vez ellos si podían ayudarme a mí. Agrupé toda la madera seca que tenía alrededor, armé una gran pila y encendí una hoguera en la cima de la colina. Como la madera estaba seca no tardó en arder a pesar de que el viento soplaba con fuerza. Estaba seguro de que si había un barco allí afuera tenía que estar viendo mi fogata y así fue, pues ni bien se levantaron mis llamas oí un tercer cañonazo y luego varios más, todos desde el mismo sitio. Mantuve el fuego encendido hasta el amanecer. Cuando ya había bastante luz y el día había

clareado, pude distinguir en el mar, a una gran distancia hacia el este de la isla, algo parecido a una vela o el casco de un barco. No conseguí distinguirlo bien con el catalejo, pues se encontraba a una enorme distancia y había un poco de bruma en el horizonte.

Pasé el día vigilando en aquella dirección y me di cuenta de que no se movía, por lo que sólo podía tratarse de un barco que había echado el ancla. Como es lógico, yo estaba tan ansioso por saber de qué se trataba que cogí la escopeta y corrí hacia el extremo sudeste de la isla, hacia las rocas a las que me había arrastrado la corriente con la canoa. El día se había despejado y cuando subí un poco en altura pude ver con toda claridad y gran aflicción los restos de un barco que al parecer había naufragado contra aquellas rocas ocultas que había descubierto en mi excursión en canoa. Al resistir las fuertes corrientes, aquellas rocas generaban contracorrientes y remolinos.

Pero lo que para algunos es una salvación para otros puede ser la ruina. Por lo visto aquellos hombres, que no conocían la zona, habían sido arrastrados en la noche por el vendaval que soplaba hacia el sudeste y habían chocado contra las rocas ocultas bajo el agua. Si hubieran divisado la isla (obviamente no la habían visto) habrían intentado alcanzar la costa con el bote. Lo que me confundía era que hubieran disparado los cañones, sobre todo después de haber visto, como imaginaba, mi fogata. Podrían haberse embarcado en el bote y haberse esforzado por alcanzar la orilla, pero tal vez habían desechado esa idea porque el mar estaba muy picado. Luego se me ocurrió que tal vez habían perdido el bote antes, algo muy habitual cuando hay tormenta, las olas rompen en la cubierta y obligan a los marineros a soltar el bote, a veces incluso a echarlo por la borda. Pensé también que si viajaban junto a otro barco no era improbable que, al oír las llamadas de los cañones, hubiesen recogido a los marineros y se hubiesen marchado. Por momentos imaginaba que todos se habían arrojado al mar en los botes y habían sido arrastrados al océano abierto por la misma corriente que me había empujado a mí, donde no los esperaba más que la desesperación y la muerte, y tal vez en ese mismo momento estaban empezando a sentir un hambre atroz y a considerar la posibilidad de devorarse entre sí.

Pero todo aquello no eran más que suposiciones. En la situación en la que me encontraba, sólo podía ser testigo de la desgracia de aquellos hombres y sentir lástima por ellos, lo cual me llevó a pensar que tenía todavía más motivos para mostrarme agradecido a Dios, que con tanta gracia y consuelo me había asistido en mi solitaria condición. De las dos embarcaciones que habían naufragado en aquella parte del mundo, yo era el único superviviente.

Volví a recordar que sólo en muy rara ocasión la Providencia de Dios nos enfrenta a una situación tan difícil o a una miseria tan grande que no se puedan encontrar en ella motivos para sentirse agradecido, porque siempre hay alguien en una situación peor.

Sin duda ese había sido el destino de aquellos hombres, porque no veía ninguna señal de que se hubiese salvado ninguno. No había motivos razonables para suponer que no hubieran muerto todos, la única opción era que hubiesen sido rescatados por otro barco que los acompañaba, pero resultaba muy poco probable, pues tampoco se veía ninguna señal que confirmara esa opción.

No puedo expresar con palabras el extraño deseo o necesidad que sentí frente aquellas ruinas. Me hizo desmoronarme y decir:

—Oh, que se hayan salvado uno o dos hombres del naufragio… ¡Que haya escapado al menos uno para tener alguien con quien conversar!

Nunca desde que había sido apartado de la sociedad ni durante toda mi vida en solitario había deseado con tanta fuerza y sinceridad la compañía, ni había sentido tan profundamente su falta.

Tras los sentimientos se mueven resortes secretos que, incitados por algún motivo a la vista o imaginario, empujan nuestro espíritu con fuerza hacia la búsqueda de ese motivo en el momento en que su ausencia se vuelve ya insoportable. Así fueron aquellos honestos deseos míos de que al menos un hombre se hubiera salvado.

—¡Permite que al menos uno siga con vida!

Y creo que volví a repetirlo cien veces:

—¡Al menos uno!

Y el deseo crecía a medida que oía mis propias palabras; al pronunciarlas unía las manos y apretaba los dedos con tanta fuerza que si hubiese tenido algo frágil entre ellas lo habría roto sin querer. Apreté los dientes con tanta fuerza que luego me costó separarlos.

Pero dejemos que los naturalistas expliquen estas cosas, sus causas y comportamientos Lo único que puedo hacer es describir el hecho y decir que para mí fue sorprendente cuando sucedió. Aunque no sé cómo se produjo, no tengo duda de que fue debido a la fuerza de mi deseo y a las fantasías del consuelo que obtendría de una conversación con un cristiano.

Pero no fue así. El destino, el suyo o el mío, debía impedirlo, porque hasta mi último año de permanencia en la isla jamás supe si alguien se había salvado de aquel naufragio. Sólo tuve la desgracia de encontrar el cadáver de un joven unos días más tarde en la playa, cerca de donde había sucedido el

naufragio. No llevaba más ropas que un chaquetón, unos calzones abiertos de lino y una camisa azul, pero ninguna de las prendas daba indicios sobre su nacionalidad.

Como el mar estaba tranquilo sentí deseos de acercarme al barco en la canoa, tal vez hallaría cosas útiles. Pero lo que más me empujaba a hacerlo era la posibilidad de que aún hubiera criaturas vivas a bordo a quienes poder salvar y en quienes encontrar consuelo. Me aferré con tanta fuerza a esa idea que perdí la paz, y sólo pensaba en subirme a la canoa y abordar los restos del barco. Encomendé todo lo demás a la Providencia divina pues sentía que mi obsesión era tan fuerte que no se podía resistir, sin duda debía provenir de algún poder invisible, y si no la cumplía iba a acabar arrepintiéndome.

Influido por aquella convicción me apresuré a regresar a mi castillo, preparé todo lo necesario para el viaje, cogí una buena cantidad de pan, una gran vasija con agua fresca, una brújula para orientarme, una botella de ron (aún me quedaba bastante) y un cesto lleno de pasas. Cargado con todo lo que podía llegar a necesitar, bajé hasta donde estaba la canoa, le vacié todo el agua que tenía dentro, la saqué a flote, acomodé mis cosas en el interior y regresé a casa a buscar algunas más. Mi segundo cargamento estaba compuesto por una gran bolsa con arroz, la sombrilla para protegerme del sol, otra gran vasija con agua fresca y aproximadamente otras dos docenas de pequeñas hogazas de pan o pasteles de cebada, una botella con leche de cabra y un queso. Haciendo un gran esfuerzo bajé todo a la canoa y, pidiéndole a Dios que me guiara en el viaje, me puse en camino. Comencé a remar o paletear en paralelo a la playa hasta que llegué al extremo noreste, el punto en el que debía decidir si me aventuraba al océano abierto o no. Observé las rápidas corrientes que recorrían constantemente la isla a cierta distancia y sentí mucho miedo, pues me recordaron la anterior ocasión hasta tal punto que me provocaron palpitaciones. Si era arrastrado por cualquiera de esas corrientes, éstas me llevarían tan lejos que tal vez acabaría perdiendo de vista la isla y no sabría cómo regresar y, dado que mi canoa era más bien pequeña, si además se levantaba el viento, iba a estar completamente perdido.

Aquello me asustó tanto que estuve a punto de abandonar la empresa y arrastré la canoa hasta una pequeña caleta en la orilla, me bajé y me senté en una pendiente apenas más alta que la orilla pensativo y ansioso, confuso tanto por el miedo como por el deseo. Mientras meditaba me di cuenta de que la marea cambiaba y comenzaba a subir, lo cual hacía que el viaje fuera impracticable al menos durante varias horas. Se me ocurrió que lo mejor era buscar el punto más alto que pudiera encontrar en los alrededores para

estudiar cómo cambiaban los flujos o corrientes cuando la marea subía y de ese modo ver si había alguna que me alejara rápidamente de la isla, pero también otra me acercara luego con la misma rapidez. En cuanto pensé eso, mis ojos divisaron una pequeña colina que debía de tener una vista aceptable hacia los dos lados de la isla y desde la que podría divisar las corrientes o flujos marinos que facilitaran el camino de regreso. Descubrí que así como la corriente de la marea menguante pasaba cerca del extremo sur de la isla, la corriente de la marea creciente pasaba cerca del extremo norte. Lo que tenía que hacer al regresar era dirigirme en lo posible hacia el norte.

Contento con mi descubrimiento, decidí partir a la mañana siguiente con la primera marea. Pasé la noche en la canoa, cubierto por uno de los chaquetones que ya he mencionado, y salí por la mañana. Primero me dirigí un poco hacia el norte hasta que comencé a sentir los beneficios de la corriente que se dirigía hacia el este arrastrándome con fuerza, pero no con la violencia con la que la otra corriente me había llevado al sur, arrebatándome cualquier poder sobre la dirección del barco. Con uno de mis remos orienté la canoa y mantuve tan buen ritmo hacia el casco del barco que lo alcancé en menos de dos horas.

El espectáculo era espantoso. El barco, que por su diseño parecía español, estaba profundamente enclavado o atascado entre dos rocas, y la popa y buena parte de los camarotes habían sido destrozados por las olas. El castillo de proa, clavado en las rocas, había sido arrancado con tanta violencia que el mástil principal y el trinquete se habían partido desde las bases, aunque el bauprés estaba intacto y la proa parecía firme. Cuando me acerqué un poco más apareció un perro en la cubierta que al verme comenzó a aullar y a llorar. En cuanto lo llamé saltó al mar y se acercó a la canoa muerto de hambre y de sed. Le di uno de mis pasteles y lo devoró como un lobo famélico que llevara una quincena vagando por la nieve sin probar bocado. Luego le di a la pobre criatura un poco de agua fresca, y bebió con tanta desesperación que si lo hubiese dejado, habría reventado.

Subí a bordo. Lo primero que vi fueron los cadáveres de dos hombres que se habían ahogado en la cocina o en el antiguo castillo de proa, abrazados con fuerza. Probablemente la tormenta se había largado después de que el barco encallara, las olas tuvieron que golpear con tanta fuerza y constancia que los hombres no lo pudieron soportar y se ahogaron con aquellas olas igual que lo hubieran hecho bajo el mar. Aparte del perro, no había nada vivo en el barco y los objetos que alcancé a ver se habían arruinado por el agua. En el fondo de la bodega había algunos barriles con algún tipo de licor, no sabía si era vino o

coñac, pues apenas llegué a verlos gracias a que la marea estaba baja, pero eran demasiado grandes como para poder moverlos. También vi varios baúles que debían pertenecer a la tripulación y me llevé un par de ellos a la canoa sin revisarlos.

Si se hubiera destrozado la proa en vez de la popa creo que mi exploración hubiera dado mejores resultados, pues a juzgar por lo que encontré en aquellos baúles el barco llevaba grandes riquezas a bordo. Por el curso que parecía llevar, calculé que debía provenir de Buenos Aires o del Río de la Plata, el extremo sur de América más allá de Brasil, y su destino tenía que ser La Habana, en el golfo de México, o tal vez España. Llevaba grandes riquezas a bordo que ahora ya no le servían a nadie. En ese momento aún no sabía cuál había sido el destino de su tripulación.

Además de los baúles encontré un pequeño tonel con unos setenta litros de licor que me costó bastante meter en la canoa. En una de las cabinas encontré varios mosquetes y un frasco con casi cuatro kilos de pólvora. Como no necesitaba los mosquetes decidí dejarlos, pero me llevé la pólvora. También una pala y dos tenazas de las que se usan para atizar el fuego y que me serían muy útiles, dos teteras de latón, una ollita de cobre para hacer chocolate y una parrilla. Me marché con aquel cargamento y con el perro, pues la marea comenzaba a ser favorable para regresar a la isla, adonde llegué esa misma noche, una hora antes del anochecer, jadeante y exhausto a más no poder.

Aquella noche volví a dormir en la canoa y por la mañana decidí que guardaría lo que había traído en mi nueva caverna en vez de arrastrarlo hasta el castillo. Comí algo, bajé el cargamento y me puse a examinarlo. Dentro del tonel había una especie de ron, pero diferente al que bebíamos en Brasil y, por decirlo llanamente, bastante malo. Pero cuando abrí los baúles encontré un montón de objetos útiles. Por ejemplo, en uno había una caja preciosa con unas botellitas que contenían un refresco de excelente calidad que sabía muy bien. Cada botellita contenía alrededor de un litro y medio de líquido y estaban cerradas con tapones recubiertos de plata. También había dos potes con unos dulces exquisitos, tan bien sellados que el agua del mar no los había arruinado. Además, algunas camisas de buena calidad que me serían muy útiles y alrededor de una docena y media de pañuelos de lino blanco y corbatas de colores. Los pañuelos me alegraron, iba a ser muy agradable secarme con ellos en los días de mucho calor. Por último, cuando llegué al fondo del baúl encontré tres bolsas grandes cargadas de reales de a ocho, debían sumar unas mil cien piezas en total, y dentro de una de las bolsas,

envueltos en papel, encontré seis doblones de oro y algunas barras pequeñas o cuñas de oro; calculé que debían pesar alrededor de medio kilo.

Dentro del otro baúl había algo de ropa, pero de poco valor. Supuse que debía pertenecerle al oficial de artillería, pues encontré tres pequeños frascos que contenían cerca de un kilo de pólvora muy fina y vidriada que debían de utilizar, supongo, para cargar las escopetas de caza. En síntesis, en aquel viaje no había conseguido demasiadas cosas útiles para mí. En cuanto al dinero, no tenía ocasión ni modo de gastarlo y me importaba tanto como el polvo que pisaban mis pies. Hubiera entregado todo ese dinero a cambio de tres o cuatro pares de zapatos ingleses y calcetines, que me hacían muchísima falta y que hacía años que no llevaba. Es cierto que había conseguido dos pares de zapatos que le había quitado a los dos hombres ahogados y que había encontrado otros dos pares más en uno de los baúles. Los guardé con alegría, pero no eran como nuestros zapatos ingleses, ni tan cómodos ni tan resistentes, sino más bien lo que solemos llamar zapatillas. En este segundo baúl encontré unos cincuenta reales de a ocho, pero nada de oro. De seguro era el baúl de un hombre más pobre que el anterior, que debía pertenecer a algún oficial.

De todas formas me llevé el dinero a la caverna y lo dejé allí junto con el dinero que había traído de mi antiguo barco. Era una pena no haber podido acceder a la parte más importante del barco, pues seguramente hubiera cargado varias veces la canoa con dinero y si alguna vez lograba escapar rumbo a Inglaterra, lo habría dejado a salvo en la cueva hasta que pudiese regresar a recogerlo.

Cuando terminé de bajar todas las cosas y de guardarlas en la caverna, volví a subir a la canoa y remé en paralelo a la playa hasta llevarla a su anterior escondite, en donde la dejé, y regresé caminando a mi castillo. Encontré todo ordenado y tranquilo. Después de recuperar mis fuerzas volví a mi vida habitual, a cuidar de mis asuntos domésticos. Durante un tiempo llevé una vida casi sin inconvenientes, aunque a decir verdad estaba más atento que antes, miraba con más frecuencia el mar y no salía demasiado. Si alguna vez lo hacía libremente, me iba hacia el oeste de la isla, donde sabía que jamás desembarcaban los salvajes y podía moverme sin tantas precauciones ni tan armado como cuando iba al este.

POR PRIMERA VEZ ESCUCHO LA VOZ DE UN HOMBRE

Con ese estado de ánimo pasé los siguientes dos años. Mi maldita imaginación me recordaba constantemente que había nacido para ser un infeliz y pasó toda aquella época rumiando planes y proyectos para escapar de la isla. A veces me tentaba para que hiciera otro viaje a las ruinas del barco a pesar de que la lógica me decía que no había nada allí por lo que valiera la pena asumir el riesgo del viaje, y otras veces me tentaba para que saliera a navegar en una dirección o en la otra. Si hubiese tenido el bote que tenía cuando escapé de Salé, sin duda habría salido al mar hacia cualquier lado, a la aventura.

A lo largo de la vida he sido un vivo ejemplo para quienes sufren la enfermedad más habitual entre los hombres y que constituye el origen (hasta donde sé) de la mitad de sus desgracias: la de no sentirse satisfecho con la posición que Dios y la Naturaleza le han asignado en la vida. No era necesario pensar en mis comienzos, recordar la forma en la que había rechazado los buenos consejos de mi padre, mi *pecado original*, como me gustaba llamarlo, porque todos los pecados que habían llegado después y me habían llevado a mi condición actual habían sido una consecuencia de aquél. Si la misma Providencia que me había permitido convertirme en un feliz hacendado en Brasil hubiese puesto límites a mis deseos para que me conformara con avanzar paso a paso, a esas alturas (considerando el tiempo que llevaba en la isla) habría sido uno de los hacendados más importantes de Brasil, a juzgar por los progresos que había obtenido al poco tiempo de vivir allí y que seguramente habría seguido obteniendo de quedarme. Tal vez me habría acabado convirtiendo en dueño de unos cien mil moidores[5]. ¿Por qué había abandonado aquella fortuna, aquella plantación en pleno crecimiento para embarcarme rumbo a Guinea en busca de negros, cuando la paciencia y el tiempo se habrían encargado de aumentar mi fortuna hasta tal punto que hubiese podido comprarlos a quienes comerciaban en la puerta de mi propia

casa? Incluso aunque hubiese tenido que pagar algo más por ellos, esa diferencia de precio no habría justificado el enorme riesgo que había tomado.

Pero así como estas cosas suelen sucederle a los jóvenes, el hecho de reflexionar sobre ellas es, normalmente, lo que hacen los mayores o quienes han vivido una experiencia difícil. En esa etapa me encontraba yo y, sin embargo, aquel pecado original se había arraigado tan profundamente en mi personalidad que ni siquiera entonces era capaz de aceptar mi situación, sino que me dedicaba a buscar constantemente maneras y formas de huir de la isla. Para contar lo que resta de mi historia de una manera placentera, debo hacer antes un breve recuento de las primeras veces que pensé estúpidamente en escapar de aquella isla y de cómo y con qué fundamentos traté de ponerlo en práctica.

Tras mi último viaje al barco me había retirado en mi castillo, mi fragata había quedado escondida en el agua igual que antes y mi vida había vuelto a ser la misma de siempre. Mi riqueza había aumentado, pero no era por eso más rico, pues no tenía manera de hacer uso de ella, igual que los indios en el Perú antes de que llegaran los españoles.

Sucedió una noche de marzo de la estación húmeda, al vigesimocuarto año desde que había puesto un pie por primera vez en aquella solitaria isla. Estaba recostado en mi cama o hamaca, despierto, tenía buena salud, no sentía ninguna molestia, dolor o inquietud física, ni tampoco ninguna dificultad espiritual más allá de las habituales excepto que no podía dormir, era incapaz de cerrar los ojos.

Sería imposible e innecesario enumerar aquí la maraña de pensamientos que daban vueltas aquella noche sobre esa pista cerebral que puede llegar a ser la memoria. Veía la historia de mi vida antes del desembarco en la isla y luego mis años allí como si se tratara de un resumen, una miniatura. Al reflexionar sobre mis años de cautiverio comparaba la tranquilidad inicial con la vida cargada de ansiedad, miedo y preocupación que vivía desde que había descubierto la huella de un pie humano en la arena. No es que creyera que los salvajes no habían frecuentado la isla antes de ese descubrimiento; estaba seguro de que habían ido cientos de veces, pero como entonces no lo sabía, no formaba parte de mis preocupaciones. Mi nivel de satisfacción era el máximo, pues si bien corría los mismos riesgos que ahora, era feliz porque ignoraba el peligro, como si de hecho no hubiese estado expuesto a él en ningún momento. Aquello me hizo pensar en algunas cuestiones muy valiosas, en particular en lo inmensamente buena que es la Providencia en su gobierno sobre los hombres cuando los beneficia con una capacidad de visión y un

conocimiento limitados y luego los hace caminar rodeados de una cantidad enorme de peligros. Si los pudiesen percibir seguramente acabarían entristecidos y acobardados, pero al no poder hacerlo el hombre se mantiene sereno y tranquilo.

Me puse a evaluar seriamente el peligro real al que había estado expuesto durante tantos años en la isla, cómo había paseado por ahí sintiéndome seguro y tranquilo cuando tal vez apenas la cima de una colina o el tronco de un gran árbol o la caída de la noche me habían salvado de la peor de las muertes: caer en manos de aquellos caníbales que se habrían apoderado de mí de la misma manera en que lo hacían de las cabras o de las tortugas y que no habrían dudado en devorarme igual que yo no lo habría hecho frente a una paloma o un zarapito. Estaría calumniándome a mí mismo si no dijera que me sentía sinceramente agradecido a mi Protector, era consciente de Su particular favor, pues gracias a Él me había liberado de tantos peligros desconocidos y sin Su ayuda habría caído inevitablemente en las crueles manos de los salvajes.

A continuación me puse a considerar la verdadera naturaleza de aquellas despreciables criaturas, los salvajes, y a pensar cómo era posible que el Creador de todas las cosas hubiera abandonado a algunas de Sus criaturas a una circunstancia tan inhumana, más baja aún que la brutalidad, como devorar a alguien de su misma especie. Aquello terminó en especulaciones inútiles en aquel momento, pero luego me puse a pensar en dónde vivían aquellos miserables, cuánta distancia recorrían para llegar a la isla, cuál era el motivo por el que se aventuraban a alejarse tanto, qué tipo de botes tenían y por qué no me organizaba y preparaba mis cosas para acercarme a sus tierras igual que ellos se acercaban a la mía.

Jamás me compliqué pensando en qué iba a hacer cuando llegara a su país, qué iba a ser de mí si caía en sus manos ni cómo podía llegar a escapar. Tampoco en cómo podía hacer para llegar a sus costas sin que me atraparan antes en la canoa, sin ninguna posibilidad de escapar. Menos aún analicé cómo iba a hacer para alimentarme ni adónde debía dirigirme si no caía en sus manos. Como digo, ninguna de estas dudas se me ocurrió entonces, porque mi pensamiento estaba totalmente centrado en encontrar el modo de cruzar al continente. Volvía a ver mi situación como la más miserable en el mundo y me parecía que lo único que podía empeorarla era la muerte misma. Creía que si lograba cruzar al continente iba a tener la suerte de encontrar alguna ayuda en tierra firme o que iba a poder recorrer la costa, como había hecho en África, hasta desembarcar en algún país deshabitado o incluso ser descubierto por algún barco cristiano que me podría acoger. Aquellos pensamientos

nacían sin duda de una mente perturbada, impaciente hasta la desesperación y atormentada después de haber visitado las ruinas del naufragio en el que había estado tan cerca de encontrar lo que había deseado tanto tiempo: alguien con quien hablar, alguien que me contara algo del lugar en el que me encontraba y, si era posible, escapar. Como ya he dicho, estaba completamente perturbado. Toda mi tranquilidad y resignación ante los designios de la Providencia, mi confianza en las disposiciones del Cielo, habían quedado en suspenso. No tenía fuerza para pensar en otra cosa que no fuera el viaje al continente, mi deseo era tan fuerte y violento que no me podía resistir.

Aquellos pensamientos me perturbaron durante dos horas hasta el punto de que se me puso a hervir la sangre y el pulso comenzó a golpear afiebrado por el poder de mi imaginación. La naturaleza me arrojó a un profundo sueño, como si me hubiese dejado exhausto de tanto pensar. Alguien podría creer que soñé con todo eso, pero no, no soñé con nada relativo al viaje. En mi sueño salía de mi castillo como cada mañana y descubría dos canoas con once salvajes acercándose a la playa, traían a otro salvaje al que sin duda iban a matar y comer. De pronto la víctima saltaba y comenzaba a correr por la playa para salvarse y, en mi sueño, llegaba hasta el espeso bosquecillo delante de mi fortificación para esconderse. Yo veía que estaba solo y que los demás no se habían dado cuenta de que se había dirigido hacia allí, por eso me presentaba ante él, le sonreía y lo animaba. El salvaje se ponía de rodillas como si estuviera pidiéndome ayuda. Le alcanzaba la escalera, lo ayudaba a subir, lo traía a mi cueva y con el tiempo se convertía en mi sirviente. Tan pronto tuve a mi lado a aquel hombre me dije: «Ahora sí puedo hacer el viaje al continente, pues este compañero me servirá de piloto y me dirá hacia dónde debo navegar, dónde conseguir provisiones, qué sitios evitar para no caer en manos de salvajes y de qué modo salvarme». Desperté con aquella idea en la cabeza y sentí tanta alegría por la posibilidad del viaje que, al comprender que apenas había sido un sueño, caí presa de una gran melancolía.

Aquel sueño me llevó a la conclusión de que la única manera de escapar de la isla era consiguiéndome un salvaje y, de ser posible, uno de los prisioneros a los que habían llevado a la isla para devorarlo. La dificultad del caso era que resultaba imposible hacerlo sin enfrentarse y matar a todo el grupo de salvajes, un intento desesperado que no sólo podía terminar en tragedia con facilidad, sino que además tenía serias dudas sobre mi derecho a cometer un asesinato de esa naturaleza. Mi corazón temblaba sólo de pensar en derramar tanta sangre, aunque fuera en pos de mi liberación. No es necesario repetir todas las emociones que surgían ante aquella perspectiva

pues eran las mismas que ya he expuesto muchas veces, aunque ahora agregaba algunas diferentes: que aquellos salvajes eran enemigos que si pudieran no dudarían en devorarme y que por tanto matarlos equivalía al mayor acto de defensa propia. Al hacerlo podía encontrar además el medio para librarme de la vida que llevaba. A pesar de todas aquellas justificaciones mentales, me seguía pareciendo terrible tener que derramar tanta sangre para lograr mi propia salvación y durante mucho tiempo no pude encontrar la manera de conciliar ambas ideas en mi cabeza.

Aun así, tras innumerables dudas y discusiones conmigo mismo (pues todos aquellos argumentos, hacia un lado o hacia el otro, estuvieron enfrentándose en mi cabeza durante mucho tiempo), la ilusión de libertad fue más fuerte que todo lo demás y decidí intentar apoderarme de alguno de aquellos salvajes costara lo que costara. Debía entonces idear una estrategia, algo nada fácil por otra parte. Como no encontré una forma segura de hacerlo, me pareció que lo mejor era estudiarlos cuando estuvieran en la playa y dejar lo demás a la suerte, hacer lo más conveniente según las circunstancias y que fuera lo que tuviera que ser.

Con aquel estado de ánimo me dispuse a vigilar la playa con la mayor frecuencia posible, tanto que acabé aburrido. Lo hice durante un año y medio, tiempo en el que fui casi a diario hacia el extremo oeste y suroeste de la isla buscando canoas, pero jamás vi ninguna. Su ausencia no sólo me resultaba muy desalentadora, sino que ya comenzaba a perturbarme. Si bien la vez anterior la frustración había terminado por extinguir mis deseos, esa vez resultó ser todo lo contrario: cuanto más se retrasaban más crecían mis ganas de hacerlo. En resumen, ahora estaba más ansioso por saltarles encima de lo que antes había estado por rehuir su presencia y evitar que me vieran. Sobre todo porque alimentaba la fantasía de que si lograba conseguir dos o tres salvajes como prisioneros, los llevaría para que fueran mis criados, me obedecerían en todo lo que les ordenara y me defenderían de otras agresiones. Durante mucho tiempo disfruté con aquella ilusión, pero los salvajes seguían sin presentarse y todas mis fantasías y planes terminaron desvaneciéndose.

Durante un año y medio me entretuve con aquellas ideas pero finalmente acabaron en nada, pues no tuve ninguna ocasión de ponerlas en práctica. Y así fue hasta que una mañana me sorprendió descubrir que había unas cinco canoas en la playa en mi lado de la isla sin que a la vista hubiera ninguna de las personas que habían llegado en ellas. Todas mis esperanzas se vinieron abajo ante aquel número tan grande. Y sabía ya que en cada canoa iban entre cuatro y seis personas, a veces incluso más. Habría sido imposible atacar a

veinte o treinta hombres yo solo, por lo que me quedé encerrado en mi castillo, indeciso y a disgusto, aunque cumpliendo todas las medidas que había previsto para un ataque y listo para actuar en caso de que se presentara la oportunidad. Tras esperar un buen rato alerta ante cualquier sonido, terminé impacientándome, apoyé la escopeta al pie de la escalera y me dirigí a la cima de la colina por el procedimiento que ya he comentado, procurando siempre que mi cabeza no se viera por encima de la roca para que no me descubrieran. Con la ayuda del catalejo vi que eran al menos treinta personas, habían encendido la fogata y habían preparado su alimento. No sabía cómo lo habían conseguido ni qué alimento era, pero bailaban con gestos y posturas bárbaras tal y como era su costumbre alrededor del fuego.

De pronto noté que arrastraban a dos miserables desgraciados desde las canoas, sin duda para sacrificarlos. Vi que uno de ellos se caía y que lo golpeaban, supongo, con uno de esos garrotes o espadas de madera con las que iban armados. A continuación, otros dos o tres salvajes se acercaron y se pusieron manos a la obra, lo abrieron por la mitad según sus técnicas gastronómicas mientras el otro prisionero se quedaba de pie a un lado, esperando a que llegara su turno. Aquel desgraciado notó que no lo vigilaban, la Naturaleza lo animó dándole esperanzas de vida y comenzó a alejarse corriendo por la playa a una increíble velocidad hacia donde me encontraba yo, es decir, hacia el lado de la isla en el que estaba mi castillo.

Cuando reparé en que se acercaba me invadió el miedo (debo confesarlo), sobre todo cuando vi que lo seguían todos los demás. Pensé que se iba a cumplir esa parte de mi sueño: que se ocultaría en el pequeño bosque que estaba frente a mi fortaleza; pero no podía quedarme allí esperando que sucediera el resto, es decir, que dejaran de perseguirlo y que fuera yo quien lo encontrara allí. Me quedé en mi puesto y me alegró descubrir que sólo tres hombres lo perseguían. Me sentí todavía mejor al ver que les sacaba muchísima ventaja en cuanto a velocidad, si seguía corriendo de esa forma durante otra media hora seguramente acabaría escapando de ellos.

Entre los salvajes y mi morada estaba la ensenada que mencioné en la primera parte de mi relato, por donde descargué las cosas que había traído del barco. Pensé que el desertor tenía que atravesarla si no quería que lo atraparan allí, pero cuando llegó a ese punto no tuvo ningún problema y, a pesar de que la marea estaba alta, se arrojó al agua y comenzó a nadar, atravesó la ensenada en unas treinta brazadas, se puso de pie y siguió corriendo con una agilidad y una fuerza sorprendentes. Cuando los tres perseguidores llegaron a la ensenada vi que dos de ellos sabían nadar pero que el tercero no, por lo que

se quedó del lado opuesto sin atreverse a cruzar, pronto se dio por vencido y regresó junto a los demás caminando despacio, algo que al fin lo acabó salvando.

Los dos que sí cruzaron tardaron el doble de tiempo en atravesarla que su presa. Tuve el agradable e irresistible pensamiento de que era mi momento de conseguir un sirviente y, tal vez, incluso un compañero. Había sido llamado directamente por la Providencia para salvarle la vida a aquella pobre criatura. Bajé con la mayor rapidez de la que era capaz, cogí las armas que había dejado al pie de la escalera y volví a subir con la misma prisa a la cima para bajar a la playa por el otro lado. Tomé un atajo y pronto estuve entre los perseguidores y el perseguido. Comencé a llamarlo a gritos. Él se dio la vuelta y al principio sintió tanto miedo de mí como de sus verdugos, pero le hice señas para que se acercara mientras, con cautela, yo avanzaba hacia los perseguidores. Me arrojé bruscamente contra el que venía más adelante y lo tiré de un golpe con la culata del arma. No quería disparar por temor a que lo oyeran los demás, aunque a aquella distancia lo más probable era que el sonido no llegara hasta ellos y, al no ver humo, tampoco habrían sabido de qué se trataba. Después de derribar al primero, el segundo se detuvo asustado, me acerqué rápido y vi que llevaba un arco y una flecha y estaba listo para dispararme. No me quedó más remedio que disparar primero y eso fue lo que hice: lo maté de un único disparo. El pobre salvaje que había escapado se asustó tanto con el sonido y el fuego de mi escopeta que se quedó inmóvil, no se atrevía a dar un paso hacia delante ni hacia atrás, aunque parecía más dispuesto a seguir huyendo que a acercarse a mí. Volví a gritarle y a hacerle señas para que se acercara, lo cual comprendió muy fácilmente y dio unos pasos, se detuvo, luego volvió a avanzar un poco más y volvió a detenerse. Noté que estaba temblando como si pensara que lo había hecho prisionero y fuera ahora a matarlo del mismo modo que había hecho con sus dos perseguidores. Le repetí las señas para que se acercara, hice todos los gestos para animarlo que se me ocurrieron y se acercó un poco más, luego otro poco, pero cada diez o doce pasos se ponía de rodillas como si quisiera reconocer que yo lo había salvado. Le sonreí y me mostré amable, le insistí para que se acercara y por fin llegó a mi lado. Entonces se puso de rodillas, besó el suelo y apoyó en él la frente, cogió uno de mis pies y lo puso sobre su cabeza, lo que debía de ser su modo de demostrarme que se ponía a mi servicio para siempre. Lo ayudé a ponerse de pie y lo animé todo lo que pude, pero aún quedaban cosas por hacer, pues noté que el salvaje al que le había dado con la culata no estaba muerto sino apenas mareado por el golpe y estaba volviendo

en sí. Le hice una seña y, mirando al salvaje tumbado, le indiqué que uno de sus perseguidores aún no estaba muerto. Me dijo unas palabras que, si bien no pude comprender, me cautivaron, pues era la primera vez que oía una voz humana que no fuera la mía en veinticinco años, pero no era momento para ese tipo de reflexiones. El salvaje se había sentado en el suelo y noté que mi compañero comenzaba a temblar. Apunté al perseguidor e hice señas como si fuese a dispararle, ante lo cual mi salvaje (así lo llamé al principio) me pidió con gestos que le prestara la espada que llevaba colgada de mi cinturón y se la di. En cuanto la cogió corrió hacia su enemigo y de un solo golpe le cortó la cabeza con tanta sagacidad que ni siquiera un alemán podría haberlo hecho más rápido ni mejor. Me extrañó, pues se trataba de un hombre que, de acuerdo a la lógica, jamás había visto una espada ni atacado a nadie como no fuera con sus garrotes de madera. Más adelante me enteré de que aquellos salvajes fabricaban unas espadas de madera tan filosas, pesadas y resistentes que les servían hasta para cortar cabezas o brazos de un solo golpe. Cuando terminó se acercó a mí con una sonrisa en señal de triunfo y con una gran cantidad de ademanes que no logré comprender, apoyó la espada y la cabeza del que había matado en el suelo, justo frente a mí.

Pero lo que más lo asombraba a él era el modo en el que había matado al otro indio y, señalándolo, me hizo señas como quien pide permiso para acercarse al cadáver. Por supuesto, se lo di. Cuando llegó junto al cuerpo se asombró. Lo estudió, le dio la vuelta hacia un lado, hacia el otro, y observó atentamente la herida en el pecho que perdía poca sangre, pues al parecer la bala había causado una hemorragia interna. Cogió el arco y la flecha y volvió a mi lado. Me dispuse a regresar y le hice señas para que me acompañara, haciéndole entender que tal vez podían venir otros a buscarlo.

Me hizo señas de que debía enterrarlos bajo la arena de manera que los demás no los encontraran y yo le contesté también con señas para que lo hiciera. Se puso en marcha y en apenas un momento había cavado con las manos una fosa en la arena lo bastante grande como para que cupiera el primer cadáver. Lo arrastró, lo cubrió y luego hizo lo mismo con el otro. Creo que enterró a ambos en un cuarto de hora. Lo llamé y lo llevé conmigo no a mi castillo, sino a la caverna del otro lado de la isla, por lo que no se llegó a cumplir esa parte del sueño en la que el indio se refugiaba en mi empalizada.

Le di un poco de pan, un puñado de pasas y agua fresca, que a juzgar por lo rápido que bebió era lo que más necesitaba. Le hice señas para que se acostara a descansar señalándole una esquina en la que había dejado un bulto

de paja de arroz cubierto por una sábana, sobre el que yo mismo solía dormir. La pobre criatura me obedeció y así pasamos la noche.

LO LLAMO VIERNES

Era un joven atractivo, guapo, de una contextura extraordinaria. Tenía los brazos y las piernas rectas y fuertes pero no demasiado largas, era alto y estaba en buena forma. Según mis cálculos debía de tener unos veintiséis años. Su semblante también era agradable, no parecía feroz ni huraño y, si bien había algo muy masculino en su rostro, cuando sonreía encontraba en él toda la dulzura y suavidad de un europeo. Llevaba el pelo negro y largo (pero no ensortijado como la lana) y la frente amplia y despejada. Había una gran vivacidad en su mirada, una sagacidad brillante. El color de la piel no era muy oscuro, sino más bien tostado, pero sin ese desagradable tono amarillento de los brasileños, de los virginianos o de otros nativos de América, sino más bien de un aceitunado parduzco que resultaba muy agradable, aunque difícil de describir. En la cara redonda y rellena la nariz era pequeña, pero no chata como la de los negros, la boca delicada, de labios delgados, y los dientes fuertes y blancos como el marfil, alineados en una hilera perfecta. Tras descansar media hora, pues no creo que llegara a dormir, salió de caverna y se acercó caminando hasta donde me encontraba, ordeñando las cabras en el corral. Cuando me divisó, se acercó corriendo y volvió a tirarse en el suelo y a hacer todos los ademanes de quien siente un humilde agradecimiento. Finalmente apoyó la cabeza en el suelo cerca de mi pie, levantó el otro y se lo puso encima, como había hecho antes, y volvió a repetir los gestos de subordinación y servidumbre para demostrarme así todo lo que estaba dispuesto a hacer por mí mientras viviera. Comprendí la mayoría de los gestos y me mostré satisfecho de tenerlo conmigo. Poco a poco comencé a hablarle y a enseñarle para que me contestara. Lo primero fue enseñarle su nombre: de ahora en adelante lo llamaría Viernes, pues ése había sido el día en el que lo había salvado de la muerte y me pareció una buena manera de recordar el episodio. Le enseñé a decir «amo» y luego le expliqué que así debía llamarme. Luego le enseñé el significado de las palabras «sí» y «no», y a pronunciarlas. Le entregué un poco de leche en un tarro y le hice observar cómo la bebía yo y cómo mojaba en la leche un poco el pan. Le di un trozo a

él para que me imitara y me obedeció en el acto, haciendo gestos visibles de que le gustaba mucho.

Aquella noche la pasó en la caverna y en cuanto amaneció le hice señas para que me siguiera. Le hice comprender que le daría algunas ropas, algo que pareció alegrarle, porque estaba completamente desnudo. Cuando pasamos cerca del sitio donde había enterrado a sus perseguidores, me señaló el lugar exacto y me mostró las marcas que había hecho para poder encontrarlos y comerlos. Ante aquella posibilidad me mostré muy enfadado y le demostré lo mucho me repugnaba esa práctica. Hice gestos de que sólo pensar en eso me daba ganas de vomitar y le rogué que se alejara, lo que hizo de inmediato y con gran sumisión. Lo llevé hasta la cumbre de la colina para ver si se habían marchado sus enemigos. Saqué el catalejo y miré atentamente el sitio en el que habían estado, pero no divisé ninguna presencia de hombres o canoas. Parecía evidente que se habían marchado dejando a sus dos camaradas detrás, sin siquiera buscarlos.

No satisfecho con aquella corroboración, pues ahora me sentía más valiente y también más curioso, le entregué a Viernes mi espada, le permití que llevara el arco y las flechas en la espalda (vi que los utilizaba con una gran destreza), le di una escopeta para que la cargara y, quedándome con las otras dos, comenzamos a marchar hacia el sitio donde había sucedido el banquete, pues quería averiguar un poco más sobre ellos. Cuando llegamos sentí que se me helaba la sangre y el corazón se me encogía en el pecho ante aquel terrible espectáculo. Para mí era un escenario horroroso, pero a Viernes no parecía conmoverlo en lo más mínimo. El sitio estaba repleto de huesos humanos y la tierra regada de sangre, había grandes trozos de carne sueltos por ahí, a medio masticar, deformes y chamuscados. Eran los restos del festín triunfal que habían celebrado tras vencer a sus enemigos. Vi tres cráneos, cinco manos, los restos óseos de dos o tres piernas y brazos y una gran cantidad de partes del cuerpo humano irreconocibles. Viernes me explicó con señas que habían traído cuatro prisioneros para el banquete, que habían devorado tres y que él era el cuarto. Me hizo entender que había habido una gran batalla entre aquellos salvajes y los súbditos del reino vecino, en el que vivía Viernes. Los soldados vencedores se habían llevado una gran cantidad de prisioneros y los habían repartido por diferentes lugares para la celebración de la victoria, como había ocurrido con los que habían traído a la isla.

Ordené a Viernes que recogiera los cráneos, los huesos, los trozos de carne y todos los demás restos y armara con ellos una gran pila, prendiera un fuego y los quemara hasta convertirlos en cenizas. Noté que seguía tentado

frente a algunos trozos de carne pues su naturaleza seguía siendo caníbal, pero le mostré tanto asco ante la idea y ante la menor posibilidad de que los comiera, que no se atrevió a manifestar su deseo. Además, con señas, le hice entender que lo mataría si llegaba a hacerlo.

Al terminar nos dirigimos al castillo donde me puse a trabajar para Viernes. Antes de nada le entregué un par de calzoncillos de lino que había encontrado en el baúl del pobre artillero que rescaté del naufragio. Con algunos arreglos terminaron quedándole muy bien. Luego le hice lo mejor que pude una chaqueta de piel de cabra, me había convertido en un sastre pasable. Le entregué un gorro de piel de liebre, muy cómodo y logrado, y así fue vestido a partir de entonces, bastante presentable y contento de verse parecido a su amo. Es cierto que al principio se movía con extrañeza, los calzoncillos le incomodaban y las mangas de la chaqueta le molestaban en los hombros y en el interior de los brazos, pero con algunos retoques y con el tiempo se acostumbró a llevarlas.

Al día siguiente empecé a pensar cuál era el mejor sitio para alojar a mi criado. Se me ocurrió que tanto para él como para mí lo más fácil sería construirle una tienda en el espacio que había entre las dos fortificaciones, es decir, en el interior de la muralla pero en el exterior de la cueva. Como allí había una entrada al túnel de mi cueva, la encuadré correctamente haciendo un marco y una puerta de tablones que coloqué en el interior. La puerta se abría hacia adentro, así que por la noche la trababa desde el interior y subía también la escalera de manera que no pudiera entrar a la cueva sin hacer ruido. La primera empalizada estaba ahora completamente cubierta por un techo formado por varas largas que cubrían la tienda y llegaban hasta la roca. Sobre estas varas coloqué palos un poco más pequeños en vez de listones y encima puse una cobertura espesa de paja de arroz, tan resistente como el junco. En el agujero que usaba para salir y entrar, donde estaba la escalera, instalé una trampa que, al ser activada desde el exterior, provocaba una caída y un gran estruendo. Además, cada noche me llevaba conmigo todas las armas.

Pero lo cierto es que no eran necesarias tantas precauciones, pues ningún hombre tuvo nunca un sirviente tan leal, cariñoso y sincero como lo fue conmigo. No actuaba de forma vehemente, malhumorada o con mala intención, sino que aceptaba sus tareas y se mostraba comprometido. Se sentía unido a mí de la forma en que un hijo se siente unido a su padre y me atrevo a decir que habría estado dispuesto a sacrificar su vida por salvar la mía en

cualquier situación. Me dio innumerables pruebas de eso y pronto me convencí de que no necesitaba tomar tantas precauciones con él.

Esto me hizo pensar que si Dios, en Su providencia y en el gobierno de Su obra, había decidido privar a algunas de sus criaturas del buen uso que podían hacer de sus facultades y del poder de su espíritu, también les había concedido las mismas capacidades, la misma razón, los mismos sentimientos, la misma bondad y responsabilidad, las mismas pasiones y dudas respecto al mal, el mismo sentido de gratitud, la sinceridad, la fidelidad y todas las demás facultades para hacer el bien y recibirlo. Cuando se les daba oportunidad de mostrar esas facultades, estaban listos y parecían incluso más dispuestos a aplicarlas correctamente que nosotros. Solía ponerme melancólico al pensar en cuántas circunstancias hacemos un uso mezquino de nuestras facultades aún cuando hemos sido iluminados acerca de ellas con la llama de la instrucción, el espíritu de Dios y el conocimiento de Su palabra. Me preguntaba por qué Dios había decidido ocultar este conocimiento tan útil a la mayoría de unos hombres que (a juzgar por aquel pobre salvaje) habrían hecho un mejor uso de él que nosotros.

Por este motivo a veces sentía la tentación de cuestionar la Providencia, como si la acusara de ser tan arbitraria que le permitía comprender esas cosas sólo a algunos hombres pero luego esperaba de todos el mismo sentido del deber. Reflexioné mucho sobre aquel tema y llegué a las siguientes conclusiones. La primera, que no sabíamos según qué razones o leyes serían condenadas aquellas criaturas. Necesariamente debían ser leyes divinas y Dios, cuya naturaleza es sagrada y justa, no iba a condenarlas por vivir ajenas a Su presencia, sino por pecar contra aquella luz que, como dicen las Escrituras, es ley para todos, y según las reglas que sus conciencias hubieran considerado justas aunque nosotros no pudiéramos reconocerlas. En segundo lugar, concluí que todos somos arcilla en las manos del alfarero y ningún recipiente tiene potestad para preguntar: «¿Por qué me has dado esta forma?».

Regresemos a mi nuevo compañero. Estaba encantado con él y decidí enseñarle todo lo necesario para que fuera útil, práctico y me ayudara. Sobre todo quería enseñarle a hablar para que comprendiera lo que le decía. Fue el mejor alumno de la Historia, estaba siempre contento, se mostraba tan laborioso y se alegraba tanto cuando lograba comprenderme o hacerse comprender que era un placer conversar con él. Mi vida comenzó a ser tan fácil a partir de entonces que a menudo pensaba que, si no hubiera existido el peligro de la llegada de más salvajes, no me habría importado pasar el resto de la vida en la isla.

Tras los primeros dos o tres días en el castillo se me ocurrió llevar a Viernes al bosque con el objetivo de que probara otros tipos de carne y así evitar aquel espantoso hábito de comer carne humana (que era el deleite de su estómago caníbal). Mi intención era matar un cabrito de mi propio rebaño, llevarlo a casa y cocinarlo. Mientras nos acercábamos vi una cabra descansando a la sombra junto a dos cabritos y detuve a Viernes:

—¡Quédate quieto! —dije, y le hice señas para que no se moviera.

Apunté a la presa y disparé, matando a una de las crías. El pobre Viernes, que me había visto matar a su enemigo a distancia pero que no sabía ni podía imaginar cómo había sido posible, se volvió loco de miedo, comenzó a temblar y me miró tan sorprendido que pensé que se iba a caer desmayado. No vio que había disparado a un cabrito ni vio el cadáver, sino que comenzó a tocar su chaqueta para ver si no lo había herido a él. Me di cuenta entonces de que había pensado que había querido matarlo y se acercó, se arrojó al suelo y se abrazó a mis rodillas diciendo un montón de cosas que no pude comprender, aunque era una evidente súplica para que no lo hiciera.

Pronto lo convencí de que no pretendía hacerle ningún daño y, tomándolo de la mano, lo ayudé a levantarse, le señalé el cabrito muerto y le hice señas para que fuera a buscarlo. Mientras estudiaba al animal y lo movía para comprender cómo lo había matado, volví a cargar la escopeta y al rato divisé un pájaro grande como un halcón sentado en una rama, a una distancia razonable para mi puntería. Para que comprendiera lo que iba a hacer lo llamé a mi lado, le señalé el pájaro (que en realidad era más parecido a un loro que a un halcón), luego señalé la escopeta y luego el suelo debajo del animal para que prestara atención. Disparé, le dije que mirara y entonces descubrió el pájaro en el suelo. Volvió a sentirse atemorizado a pesar de todo lo que le había explicado y comprendí que, como no me había visto cargar el arma, creía que dentro de la escopeta se encontraba algún tipo de mecanismo mágico que mataba o destruía a hombres, bestias, pájaros y cualquier cosa que estuviera cerca o lejos. Su asombro era tan grande que tardó bastante tiempo en superarlo y creo que, si le hubiera permitido, me habría venerado tanto a mí como a mi escopeta. No se atrevió a tocar el arma hasta varios días más tarde pero, cuando estaba solo, le hablaba y conversaba con ella como si ésta le contestara. Más adelante supe que en realidad le estaba pidiendo que no lo matara.

Cuando se tranquilizó un poco le dije que corriera a buscar el pájaro y tardó un momento, pues el pájaro aún no había muerto y se había alejado a saltitos del lugar en el que había caído. Lo encontró, lo levantó y me lo trajo.

Como había notado su ignorancia respecto al arma, aproveché el momento para volver a cargarla sin que él me viera por si se presentaba una nueva ocasión, pero no la hubo, así que cargamos el cabrito y aquella misma noche lo desollé y troceé lo mejor que pude. Utilizando una de las ollas que había hecho especialmente, guisé parte de la carne y preparé un buen caldo. Después de probarlo, le di un poco a mi compañero y, al parecer, le gustó bastante. Lo que más le sorprendió fue ver que le ponía sal. Con señas me explicó que la sal no era buena, se puso una pizca en la boca y se comportó como si le diera náuseas, la escupió de inmediato y se enjuagó la boca. Por mi parte tomé un trozo de carne sin sal y también hice el acto de escupirla y de sentir náuseas por la falta de sal, de la misma manera que había hecho él. Pero no sirvió de nada. Siguió comiendo su carne y tomando sus potajes sin sal durante muchísimo tiempo, y al final apenas logré que le pusiera un poco.

Después de alimentarlo con la carne guisada y el caldo, decidí que al día siguiente le haría un festín con la carne del cabrito a la brasa. Lo hice colgando la carne con un cordel sobre las llamas, como había visto hacer en Inglaterra: fijé dos estacas, una a cada lado del fuego, y luego coloqué una tercera a lo largo de la que colgué el cordel e hice girar la carne continuamente. Viernes quedó maravillado con el mecanismo y cuando probó la carne hizo tantos gestos para demostrarme cuánto le había gustado que era imposible no comprenderlo. Al final me dijo que nunca más iba a comer carne humana de nuevo, lo que me alegró muchísimo.

Al día siguiente lo puse a trillar los granos y a tamizarlos igual que hacía yo, y tardó muy pronto en hacerlo tan bien como su amo, sobre todo después de comprender cuál era el uso que les daba: hacer el pan. Le mostré cómo lo preparaba y lo horneaba, y en poco tiempo Viernes fue capaz de hacer todo el trabajo por mí, igual que si lo hubiera hecho yo mismo.

Empecé a considerar que, siendo ahora dos bocas que alimentar en lugar de una, debía ampliar el terreno del sembradío y plantar más grano. Elegí una superficie y comencé a cercarla de la misma manera en que lo había hecho antes, y Viernes no sólo trabajó voluntariamente y con gran tesón, sino que lo hizo con alegría. Le expliqué para qué lo iba a usar: tenía que sembrar más granos y hacer más pan porque ahora él vivía conmigo y tenía que haber suficiente cantidad para los dos. Le pareció sensato, me dijo que se daba cuenta de que su permanencia en la isla me generaba más trabajo del que tenía antes y que si yo le decía lo que tenía que hacer él trabajaría con todas sus fuerzas para cumplirlo.

CONSTRUIMOS OTRA CANOA

Fue el año más agradable de todos los que pasé en aquel lugar. Viernes empezó a hablar bastante bien y a entender los nombres de casi todas las cosas que le pedía y de todos los lugares a los que quería que fuera. Me hablaba mucho, y así fue como yo mismo empecé también a hablar de nuevo, algo de lo que realmente casi no había tenido ocasión antes, y con eso me refiero también a una cuestión elemental de articulación, al margen del placer de hablar. Aquel compañero me producía una satisfacción muy particular, su lealtad me parecía cada día más probada y empecé a tenerle afecto de verdad. Estaba convencido de que por su parte él me quería como no había querido a nadie en el mundo.

Desde hacía tiempo quería saber si sentía algún anhelo por regresar a su país. Cuando ya hubo aprendido mi idioma lo bastante bien como para contestar casi todo tipo de preguntas le pregunté si la nación a la que pertenecía había ganado alguna batalla. Él sonrió y me contestó que sí, que por supuesto, que siempre luchaban «en la batalla lo mejor», queriendo decir en realidad que siempre daban lo mejor de sí mismos en la batalla, y así fue como mantuvimos la siguiente conversación.

AMO: ¿Y si siempre das lo mejor de ti en la batalla cómo es que te hicieron prisionero?

VIERNES: Mi país vence mucho, por eso.

AMO: ¿Cómo que vence? Y si vence tanto, ¿cómo es que te hicieron prisionero?

VIERNES: Los más mi país toman donde yo estaba, ellos toman uno, dos, tres, yo, mi país aplasta a ellos en otro lugar donde yo no estar, mi país tomar uno mil, dos mil, muchos mil.

AMO: ¿En ese caso cómo es que tu país no te salvó de las manos de tus enemigos?

VIERNES: Corrimos uno, dos, tres, y nos meter en canoa, mi país no tener canoa.

AMO: De acuerdo, Viernes, ¿y qué hace tu país con los prisioneros? ¿Se los lleva a una playa y se los come, como hacen ellos?

VIERNES: Sí, mi país también come hombres, se come todos.

AMO: ¿Y adónde se los lleva?

VIERNES: A otro lugar que ellos piensan.

AMO: ¿Los traen a aquí?

VIERNES: Sí, yo estar aquí (dijo señalando el noroeste de la isla, que al parecer era el lado al que iban ellos).

Gracias a aquella conversación entendí que mi hombre, Viernes, también se había encontrado alguna vez en el lado de los salvajes y que solían ir a la parte más alejada de la isla para los mismos rituales caníbales para los que él mismo había sido capturado. Poco después, cuando encontré valor para llevarlo hasta aquel lugar, demostró conocerlo bien y me dijo que había estado allí en una ocasión en la que se habían comido a veinte hombres, dos mujeres y un niño. No sabía decir «veinte» en mi idioma, pero los numeró poniendo piedras una tras otra en una fila y señalándomelas para que yo las fuera contando.

He relatado esta anécdota porque sirve muy bien de introducción a lo siguiente que discutí luego con él; le pregunté a qué distancia estaba nuestra isla de sus orillas y por qué no se perdían sus canoas en los trayectos y me dijo que no había peligro alguno, que las canoas nunca se perdían porque los ayudaban los vientos y las corrientes, siempre iban por la mañana hacia un lado y por la tarde hacia el otro.

Al principio pensé que me estaba hablando de las mareas, la entrada y la salida de las mareas, pero luego entendí que la causa eran los reflujos del poderoso río Orinoco. Nuestra isla se encontraba, también lo acabé descubriendo más tarde, en la boca o en el golfo de ese río y la masa de tierra que yo había visto hacia el oeste, o el noroeste, era la gran isla de Trinidad, que se encontraba al norte del golfo de ese río. Le hice a Viernes un millón de preguntas sobre el país, sus habitantes, el mar, la costa, las naciones que estaban cerca y él me respondió a todo lo que sabía con la mayor franqueza imaginable. Le pregunté por los nombres de las naciones cuya gente era parecida a la de su pueblo, pero no pude obtener más respuesta que «Caribe», una zona que en nuestros mapas abarca desde la desembocadura del río Orinoco hasta la Guayana, y más aún, hasta Santa Marta. Me dijo que a

mucha distancia en dirección a la luna —se refería en realidad hacia el lugar por el que se ponía la luna, lo que debía de ser el oeste de su país— vivían hombres blancos con barba como yo, dijo señalándome las barbas, y también que aquellos blancos habían matado a muchos hombres, por lo que entendí que se trataba de españoles cuya crueldad en América se ha hecho célebre y es transmitida en todas las naciones de padres a hijos.

Le pregunté cómo podía hacer para salir de la isla y encontrarme con aquellos hombres blancos. Y él me dijo:

—Sí, sí, tener que ir dos canoas.

No entendí lo que me quería decir, ni tampoco conseguí que me explicara a qué se refería con lo de las dos canoas hasta que con gran dificultad comprendí que era un barco grande, tan grande al menos como dos canoas.

Aquella conversación con Viernes me agradó mucho, y desde aquel momento empecé a albergar esperanzas de encontrar más tarde o más temprano la oportunidad de escapar de aquel sitio. Supe también que él iba a ser de gran ayuda en aquella empresa.

Durante la larga temporada en la que Viernes estuvo conmigo hasta ese momento, cuando ya hablaba y me comprendía, no había sentido ninguna tentación de volcar en su mente ningún tipo de saber religioso, pero en cierta ocasión le pregunté quién lo había creado y la pobre criatura no entendió de qué le estaba hablando. Le pregunté entonces quién era su padre y utilizando aquello como metáfora le pregunté quién era el padre del mar y de la tierra sobre la que caminábamos y de las montañas y los bosques y él me respondió que era el viejo Benamuckee, el que estaba por encima de todos. Viernes no me pudo describir de ninguna manera a aquella gran persona, lo único que me dijo es que era muy viejo, más viejo que el mar y la tierra, más viejo que la luna y las estrellas. Le pregunté entonces:

—¿Cómo es posible que esa persona haya hecho todas esas cosas y tú no lo adores?

Él me miró con mucha solemnidad y respondió ingenuamente:

—Todas las cosas lo saludan.

Le pregunté si la gente de su país iba a alguna parte cuando moría y me dijo que sí, que todos regresaban a Benamuckee. Le pregunté si aquellos que comían hombres también regresaban a él y me contestó que sí.

Después de escuchar aquello comencé a instruirlo en el conocimiento del verdadero Dios. Le expliqué que el gran Hacedor de todas las cosas vivía allá arriba y apunté hacia el cielo, le dije que gobernaba el mundo con el mismo poder y la misma Providencia con el que lo había creado, que era omnipotente

y podía hacer cualquier cosa por nosotros, también arrebatarnos todo si eso era lo que quería. Le abrí los ojos. Me escuchó con mucha atención y recibió con placer el concepto de que Jesucristo había venido a la tierra para redimirnos y la forma en la que debíamos hacer nuestras oraciones. Le dije también que era capaz de escucharnos, a pesar de estar en el Cielo. En cierta ocasión me comentó que si nuestro Dios era capaz de escucharnos desde el Cielo debía de ser por fuerza más grande que su Benamuckee, que vivía igual de lejos pero no podía escuchar a los hombres hasta que subían a las grandes montañas en las que habitaba para hablar con él. Le pregunté si en alguna ocasión había ido hasta allí para hablar con él y me respondió que no, que siendo joven nunca se iba a aquel lugar, que allí sólo iban los ancianos a los que llamaban Oowokakee, que son, eso me explicó, sus representantes de la religión, sus sacerdotes. Ellos iban allí «a decir O» (así llamaba él a las plegarias) y luego regresaban y les decían lo que les había contestado Benamuckee. Mientras me relataba aquellas cosas entendí que incluso entre las tribus de salvajes más ignorantes del mundo había un oficio de sacerdote, que hasta en aquellos lugares la política del secreto religioso era una forma de preservar la fe del pueblo y la veneración por los religiosos, algo que no sólo sucedía en la iglesia romana sino en todas las religiones del mundo, incluso en las que nacían entre los salvajes más elementales y embrutecidos.

Me entregué a la tarea de desenmascarar aquel fraude a Viernes y le dije que la parafernalia de los ancianos de su país de subir a la montaña «a decir O» a su dios Benamuckee no era más que una farsa y que más aún lo era que les transmitieran las palabras que el dios les había comunicado. Que si realmente llevaban una respuesta o las palabras de alguien eran las de un espíritu maligno, y ahí le di una larga charla sobre el demonio, sobre quién había sido inicialmente y cómo se había rebelado contra Dios, cómo y por qué razón era enemigo del hombre, cómo se había refugiado en las partes más lejanas de la tierra para ser adorado en lugar de Dios, como si él mismo fuera Dios, le conté todas las estratagemas que utilizaba para hacer que el hombre se precipitara en su propia perdición y cómo tenía una entrada secreta a nuestras pasiones y a nuestros afectos, para adaptar sus trampas a nuestras inclinaciones y para convertirnos en nuestros propios tentadores y acabar con nosotros.

Me di cuenta de que no era fácil para su inteligencia captar una noción correcta de lo que era el demonio o al menos no tan sencillo como había resultado con la idea de Dios. En el segundo caso la propia naturaleza parecía darme todos los argumentos necesarios para convencerlo de la necesidad de la

existencia de una causa primera que tuviera poder sobre todas las cosas, una Providencia rectora que nos asegurara el equilibrio. Entendía a la perfección que era justo rendir homenaje a alguien que nos había hecho a su semejanza, pero nada de todo esto parecía servir para explicarle la noción de un espíritu maligno, su ser, su origen, su naturaleza y sobre todo su inclinación al mal y a llevarnos a nosotros a hacer el mal. La pobre criatura me miraba tan asombrado por aquella cuestión tan natural e inocente que apenas sabía qué decirle. Le estuve hablando durante un buen rato del poder de Dios, de su omnipotencia, de su tremenda aversión al pecado, de su carácter vengador para los hacedores de la iniquidad y de cómo nos había creado a todos y podía destruir el mundo en un instante cuando se le antojara, y él me escuchó con mucha seriedad y sin interrumpirme.

Después de aquello le dije que el demonio era el enemigo de Dios en el corazón de los hombres y que hacía uso de su malignidad para combatir y derrotar los designios de la Providencia y para destruir el reino de Cristo en este mundo.

—Pero tú decir Dios es muy fuerte, muy grande, ¿es que no tan fuerte y grande como demonio?

—Sí, así es, Viernes, Dios es más fuerte que el demonio, Dios está por encima del demonio y por esa razón rezamos a Dios, para que nos haga fuertes y capaces de resistir a sus tentaciones, para que lo subyugue con su poder.

—Pero —insistió de nuevo— si Dios es fuerte, más que demonio, ¿por qué Dios no matar demonio para no hacer más daño?

Aquella pregunta me dejó un tanto sorprendido. Y es que, a pesar de que yo era el mayor de los dos, no era más que un joven, y tenía muy poco talento para la casuística o para resolver ese tipo de problemas. Al principio, como no sabía qué contestar, fingí no haberlo escuchado y le pregunté qué había dicho. Él estaba tan ansioso por obtener una respuesta a su pregunta que me la repitió con el mismo lenguaje descabalado con el que lo había hecho hacía un instante, pero aquella vez yo me repuse antes y contesté:

—Cuando llegue el momento Dios lo castigará con severidad y lo encerrará en el agujero más profundo para que se abrase para siempre entre las llamas.

Aquella respuesta quedó muy lejos de satisfacer a Viernes, porque volvió a buscarme utilizando mis propias palabras:

—Pero ¿por qué no matar demonio ahora? ¿Por qué no matar hace mucho?

—Yo también podría preguntarte a ti: ¿por qué Dios no nos mata a ti o a mí cuando hacemos cosas malas que lo ofenden? Nos deja que sigamos vivos para que nos arrepintamos y Él pueda perdonarnos.

Se quedó pensando aquellas palabras durante un rato y dijo:

—Yo entender, entonces un día tú, yo, demonio, todos vivos, arrepentirnos y Dios perdonar a todos.

Con aquella pregunta me dejó totalmente vencido. Para mí fue una especie de señal descubrir que, por más que ciertas nociones como la mera naturaleza pueden llevar a criaturas razonables al conocimiento de Dios y a la necesidad de rendir tributo a un ser supremo, a Dios como origen de nuestra naturaleza, sólo la revelación divina puede llevar a los hombres al conocimiento de Jesucristo y a entender la manera en la que nos redimió a todos, en la que se convirtió en el mediador para un nuevo pacto, a los pies del trono de Dios. Sólo, repito, la revelación directa del Cielo puede crear esos conceptos en el alma humana, para eso está el Espíritu Santo aparte de nuestro Señor y salvador Jesucristo, para eso está la palabra de Dios. Es el espíritu de Dios quien se encarga de santificar y guiar a su pueblo, el único capaz de instruir a las almas de los hombres para que lleguen a un conocimiento de Dios y a los caminos de la salvación.

Intenté esquivar la conversación interrumpiéndola de golpe ante la menor ocasión de pedirle algo. Lo envié a algún lugar lejano y me puse a pedir seriamente a Dios que me hiciera capaz de instruir a aquel salvaje para poder salvar su alma, le pedí que asistiera el espíritu de aquella criatura ignorante, que recibiera la luz del conocimiento de Cristo y lo reconciliara consigo mismo, que me guiara para que pudiera hablarle de la palabra de Dios de tal forma que lo lograra convencer, se abrieran sus ojos y se salvara su alma. Cuando regresó mantuve con él una larga conversación sobre el tema de la redención de los hombres a cargo del Salvador del mundo y de la doctrina del Espíritu Santo que nos llega desde el Cielo, a saber, que nos permite arrepentirnos y buscar la fe en nuestro señor Jesús. A continuación, le expliqué lo mejor que pude por qué razón nuestro bendito redentor prefirió antes que la naturaleza de los ángeles la estirpe de Abraham y que por esa razón los ángeles no comparten con nosotros el privilegio de la redención que es sólo para la oveja perdida de la casa de Israel y sus semejantes.

Dios es testigo de que en todo aquel discurso puse más pasión que verdadero conocimiento. Debo agradecer también que bajo aquel mismo principio de intentar que todas aquellas cosas resultaran comprensibles me acabé instruyendo a mí mismo en innumerables cuestiones que, o bien no

conocía del todo, o bien no había considerado lo suficiente: al intentar enseñárselas a aquel pobre salvaje reconocía que las había dado por ciertas y que habían estado siempre de manera muy natural en mi interior. Aquello hizo que sintiera más simpatía por mi búsqueda de ciertos principios de la que había sentido antes, de tal forma que pensé que tenía buenas razones para estar agradecido de que aquel salvaje hubiese llegado a mi vida. Mi sufrimiento se alivió y mi estancia se hizo sin comparación mucho más agradable. Siempre que reflexiono sobre aquellos solitarios años a los que me vi confinado no sólo me veo obligado a alzar mi mirada hacia el cielo para agradecer la mano que me llevó hasta allí, sino que de pronto me siento el instrumento de la Providencia para salvar la vida y, lo descubrí entonces, también el alma de aquel pobre salvaje para llevarlo hasta el verdadero conocimiento de la religión y de la cristiana doctrina. Así fue como conoció a Jesucristo, *en quien la vida es eterna*. Digo que cuando reflexiono acerca de esas cosas me recorre hasta lo más recóndito del alma una alegría secreta y con frecuencia me alegro de haber acabado en aquel lugar, aquel mismo lugar que tantas veces me había parecido el más temible y la cuna de todas las aflicciones que me habían sobrevenido en la vida.

En esa línea de agradecimiento recuerdo la cantidad de horas que pasamos charlando Viernes y yo en esa época, y afirmo que aquellos tres años que vivimos juntos en la isla los pasé en un estado de perfecta y completa alegría, si es que tal sentimiento es posible en alguna región sublunar. El salvaje se convirtió en un cristiano y en uno mucho mejor que yo mismo. Tenía razones para esperar y para bendecir a Dios por ello. Para leer teníamos allí la palabra de Dios, algo que para su instrucción hacía aquel lugar tan apropiado como la misma Inglaterra.

Yo me aplicaba mucho en la lectura de las Escrituras para hacerle entender, hasta dónde llegaba mi inteligencia, el sentido de lo que leía y él, mediante sus preguntas y cuestionamientos me hacía a mí, como ya he comentado antes, un mejor alumno de las Sagradas Escrituras de lo que lo habría sido nunca si me hubiese limitado a leerlas para mí mismo. Otra de las cosas que no olvidaré jamás de mi experiencia de vida retirada en la isla es lo infinita e inexpresable que es la bendición de que el conocimiento de Dios y de la doctrina de Jesucristo estén tan sencillamente explicados en la palabra de Dios, hasta qué punto es sencillo recibirla y entenderla. La simple lectura de las Escrituras era suficiente para hacerme entender mi deber y para llevarme a arrepentirme por mis pecados y pedirle a mi salvador por mi vida allí y por mi vida eterna, para reformarme y obedecer todos los mandamientos

de Dios, y todo eso sin ningún tipo de tutor ni profesor, al menos humano. Esa sencilla luz bastaba para iluminar a aquella criatura salvaje y lograr que se acercara al cristianismo, y puedo afirmar que lo hizo como a pocas personas he visto en toda mi vida.

En cuanto a las disputas, peleas, malentendidos y encontronazos que han sucedido en el mundo a causa de la religión, ya tuvieran que ver con detalles relativos a la doctrina o con esquemas referentes al gobierno de la Iglesia, para nosotros no tenían ni la menor importancia, como —es mi opinión— deberían de no tenerla tampoco para el resto del mundo. Teníamos la guía más segura hacia el Cielo que pudiera imaginarse, a saber: la misma palabra de Dios, y también gracias a Dios una ayuda inestimable del Espíritu Santo que nos enseñaba e instruía en el uso de Su palabra, dirigiéndonos así hacia la verdad y volviéndonos a los dos dispuestos y obedientes a sus instrucciones. No encuentro ningún sentido en discutir sobre pequeñeces en materia de religión. Con respecto al gran conocimiento, todo eso no ha hecho más que producir enormes confusiones en todo el mundo. Pero mi obligación es continuar dando un parte histórico de los acontecimientos y poner cada cosa en su lugar.

Después de que Viernes y yo nos hiciésemos amigos íntimos, cuando ya podía entender prácticamente todo lo que le decía y hablar de una manera más o menos fluida en aquel inglés suyo descabalado, le conté mi propia historia o al menos la que tenía que ver con mi llegada a aquella isla, cómo había conseguido sobrevivir y durante cuánto tiempo. Lo introduje en el misterio (porque eso era para él) de la pólvora y las balas, y le enseñé también a disparar. Le di un cuchillo, cosa que pareció ponerle muy contento, y le hice un cinto con una rana colgando de él, tal y como en Inglaterra se lleva un colgador, y en la rana, en vez de un colgador, le regalé un hacha que resultó ser muy útil en muchas ocasiones y no sólo como arma, sino también para otras cosas.

Le describí Europa y sobre todo Inglaterra, el lugar del que procedía yo, cómo vivíamos y adorábamos a Dios, cómo nos comportábamos unos con otros y cómo comerciábamos en barcos con todas las partes del mundo; le relaté cómo fue el naufragio que se produjo en el barco en el que yo viajaba y traté de mostrarle lo más cerca que pude el lugar en el que aún estaba, aunque hacía mucho que había sido reducido a astillas y desaparecido.

Le mostré los restos del bote, el mismo que perdimos al escapar y que no había podido mover ni siquiera haciendo uso de todas mis fuerzas. Ahora estaba completamente destrozado. Después de contemplar el bote, Viernes se

quedó un buen rato pensativo sin decir nada. Le pregunté qué era lo que miraba con tanta atención y me dijo:

—Yo ver bote así llegar mi país.

Durante un buen rato no entendí lo que quería decir pero al final, y sobre todo después de examinarlo con un poco más de atención, entendí que había visto un bote parecido al que ése fue en su día, en las orillas de su país. Me explicó que llegó con las corrientes marinas, por lo que supuse que lo más probable era que perteneciera a algún naufragio de alguna embarcación europea, el bote se habría quedado a la deriva y habría llegado así hasta la orilla. Era tan pesado que jamás me habría podido imaginar a nadie tratando de salvarse de un naufragio a bordo de él, de modo que me limité a pedirle una descripción del bote.

Viernes me lo describió muy bien, pero consiguió que lo entendiera mucho mejor cuando añadió con cierta pasión:

—Nosotros salvar blancos de ahogarse.

Ahí le pregunté inmediatamente si había hombres blancos a bordo y me dijo que sí, que el bote estaba lleno de hombres blancos. Le pregunté cuántos y él me respondió alzando los dedos diecisiete veces. Le pregunté qué había sido de ellos y me respondió:

—Viven, ahora estar en mi país.

Aquello hizo que mi mente se llenara de inmediato de pensamientos. Lo primero que se me ocurrió es que aquellos hombres debían de pertenecer al barco que había visto naufragar desde *mi isla*, como ahora la llamaba. Por lo visto, después de que el barco encallara en la roca y se perdiera definitivamente, ellos habían conseguido escapar en el bote y habían llegado a la orilla de aquellos salvajes.

Le pedí que me diera más detalles de lo que había sido de ellos y él me aseguró que todavía vivían allí, que habían estado viviendo allí desde hacía ya cuatro años, que los salvajes les habían dejado a su aire y que de vez en cuando les daban algo de comer para que sobrevivieran. Le pregunté cómo habían conseguido que no se los comieran y él me contestó:

—No, nosotros hacer hermanos con ellos.

Entendí que entre ellos se había producido una tregua, pero luego añadió:

—No comer hombres si no guerra.

Supongo que me quería decir que sólo se comían a los hombres contra los que luchaban y tomaban como prisioneros durante una batalla.

Mucho tiempo después, en lo alto de la colina que queda en la zona este de la isla y en un día extraordinariamente despejado, vi la tierra principal o el

continente de América. Viernes se inclinó con atención tratando de divisar la tierra y de pronto se llevó tal sorpresa al verla que se puso a saltar y a bailar y a decirme a gritos (porque estaba a cierta distancia de donde él se encontraba):

—¡Alegría! ¡Alegría! Yo ver mi país, ahí mi nación…

Comprobé cómo su rostro se colmaba de una extraordinaria sensación de placer, sus ojos brillaban de pronto y su semblante se llenaba de un entusiasmo tan rotundo como si realmente estuviese de nuevo en su país. Ser testigo de aquella escena me dejó de nuevo muy pensativo, algo provocó que de pronto no me encontrara tan cómodo junto a Viernes, pensé que si conseguía regresar a su país no sólo olvidaría todo lo que había aprendido sobre su nueva religión, sino que también se desentendería de todas sus obligaciones con respecto a mí. Iría incluso lo bastante lejos como para hacerles a sus compatriotas un relato de mí y regresar con doscientos más para realizar un banquete con mi carne durante el que se sentiría tan feliz como en los que había hecho a costa de esos enemigos a los que había tomado como prisioneros durante la guerra.

Pero lo cierto es que malinterpreté a aquella pobre y honrada criatura, y lo sentí mucho. Fuera como fuera mis recelos se acrecentaron y me tuvieron paralizado durante semanas. Estaba algo más circunspecto y no tan cómodo en su presencia, algo en lo que me equivoqué de cabo a rabo, porque la honrada criatura no sólo no había vuelto a pensar en el asunto sino que todo lo que pensaba sobre mí estaba dirigido por los mejores principios, no sólo los que inspira el cristianismo, sino los que inspira la más sincera amistad, como luego se demostró para mi total satisfacción.

Mientras perduraron mis recelos me pasaba el día tratando de interrogarlo para ver si estaba al tanto de mis pensamientos, que eran los mismos que sospechaba que tenía él, pero siempre me contestaba con honradez e inocencia y jamás pude encontrar nada que me hiciera sospechar. A pesar de mi falta de amabilidad, Viernes ni siquiera pareció darse cuenta de que yo estaba más hosco, por lo que me fue imposible sospechar de engaño alguno.

Otro día, escalando la misma colina aunque, con un mar picado de fondo que no nos permitía contemplar el horizonte, lo llamé y le dije:

—Viernes, ¿no tienes ganas de regresar a tu país, a tu nación?

—Sí —contestó—, encantaría estar mi país.

—¿Y qué harías si volvieras —le pregunté—, volverías a ser un salvaje, comerías de nuevo carne humana?

Él me miró muy pensativo, sacudió la cabeza y dijo:

—No, no, Viernes les diría ser buenos, diría rezar a Dios, diría comer pan de maíz, carne de cabra, leche, no comer más hombres.

—¿Y qué ocurriría entonces? —repliqué yo—. ¿No te matarían?

Me miró muy serio y contestó:

—No, ellos no matar, ellos desean amar aprender.

Quería decir con ello que estaban deseando aprender ellos también. Añadió luego que habían aprendido muchas cosas de los hombres con barba que habían llegado en el bote. Le pregunté entonces si pensaba regresar con ellos. Él me sonrió y contestó que no podía nadar tan lejos. Le dije que construiría una canoa para él y él me replicó que iría sólo si yo lo acompañaba.

—¡Iré! —dije—. ¿Pero no me comerán si te acompaño?

—No, no —respondió—, yo hacer no comer tú, yo hacer querer tú.

Añadió que les diría que yo había matado a sus enemigos y que había salvado su vida y que con toda seguridad ellos me querrían. Me habló también, en su mejor inglés, de lo amables que eran los diecisiete hombres blancos u hombres con barba, como los llamaba él, que habían llegado a la orilla en un estado tan perentorio.

Desde aquel momento confieso que no se me fue de la cabeza la idea de aventurarme y ver si podía unirme a aquellos hombres con barba que con toda seguridad debían de ser portugueses o españoles. Tal vez podríamos encontrar todos juntos alguna manera de escapar de allí y adentrarnos en el continente; al menos así tendría muchas más posibilidades que si intentaba hacerlo yo solo, sin ninguna ayuda y a cuarenta millas de la costa. Tras unos días me llevé a Viernes a trabajar y después de charlar de otras cosas le dije que le daría un bote para regresar a su país, que como habíamos acordado yo lo llevaría con mi fragata que estaba al otro lado de la isla. La drenaría, porque hasta entonces la había mantenido en el agua, se la enseñaría y los dos iríamos en ella.

Descubrí que era extraordinariamente diestro en su manejo y que podía hacer que fuera tan ágil y tan rápido como yo, de modo que cuando estuvimos en ella le dije:

—De acuerdo, Viernes, ¿vamos entonces a tu país?

No pareció muy entusiasmado cuando le dije aquello, le debía parecer una embarcación muy pequeña para un viaje tan largo. Le dije que tenía otra incluso mayor y al día siguiente fuimos hasta el lugar en el que había dejado la primera que había hecho y que no había conseguido acercar al mar. Me dijo que aquélla era lo bastante grande pero como no la había cuidado de ninguna

manera y llevaba en aquel lugar veintidós o veintitrés años, noté que el sol la había arruinado y una parte estaba medio podrida. Viernes me aseguró que aquel barco iba a servir a la perfección y que iba a soportar «bastante cabra, bebida, pan», ésa era su forma de hablar.

Llegados a aquel punto yo estaba tan obsesionado con mi plan de ir con él hasta el continente que le dije que teníamos que fabricar juntos un nuevo barco tan grande como aquél para que fuera a casa. Él no respondió nada, pero de pronto se quedó muy serio y con gesto grave. Le pregunté por qué estaba triste y me contestó:

—¿Por qué tú enfadar con mí? ¿Qué hacer?

Le pregunté a qué se refería y le aseguré que no estaba enfadado con él en absoluto.

—¡No enfadar! ¡No enfadar! —repitió varias veces—. ¿Por qué enviar Viernes otra vez a su país?

—¿Es que no querías volver? —le pregunté.

—Sí, sí —respondió—, yo querer los dos. Señor no estar, Viernes no querer estar.

Resumiendo, que no quería regresar a su país si yo no iba con él.

—Viernes —contesté—, ¿y qué voy a hacer yo allí?

Él se volvió de inmediato hacia mí y replicó:

—Tú hacer mucho bien, tú enseñar hombres salvajes a ser hombres sobrios, tú hablarles de Dios, rezar a Dios y nueva vida.

—¡Por Dios, Viernes! —dije yo—. No sabes lo que dices… No soy más que un hombre ignorante.

—Sí, sí —dijo él—, tú enseñarme bien, tú enseñar a ellos bien.

—No, Viernes —dije—, irás sin mí, deja que viva aquí solo, como he estado haciendo todos estos años.

Durante unos instantes pareció un poco confuso y de pronto se levantó a toda prisa y fue a por una de las hachas que solía llevar, la trajo y la puso en mis manos.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Tú matar Viernes, no enviar Viernes fuera.

Dijo aquello con tanta pasión que se me llenaron los ojos de lágrimas. Por decirlo en pocas palabras: pude comprobar hasta qué punto llegaba su amor por mí y hasta dónde había calado en él. En aquella ocasión le hice la promesa de que nunca lo alejaría de mi lado si él no lo deseaba, una promesa que repetí luego en multitud de ocasiones.

Así comprendí el amor que me tenía y que nada conseguiría apartarlo de mí, y también que sus ganas de regresar a su país estaban fundadas en su ardiente deseo de que les hiciera a sus compatriotas el mismo bien que le había hecho a él, una misión que no había considerado ni por un segundo y que no tenía ninguna intención de llevar a cabo. Lo que sí sentí fue un fuerte deseo de escapar de la isla provocado sobre todo por la nueva información que tenía en mis manos: la existencia de aquellos diecisiete hombres con barba. Nos pusimos a trabajar sin perder más tiempo. Buscamos un gran árbol para talar y hacer con él una enorme piragua o canoa que nos permitiera hacer el viaje. En la isla había suficientes árboles como para construir una pequeña flota no sólo de piraguas y canoas, sino también de barcos. Mi máxima preocupación era encontrar uno lo bastante cerca del agua como para poder botarlo sin dificultad cuando estuviese terminado y evitar repetir así el error de la primera vez.

Fue Viernes quien finalmente encontró el árbol. Tenía un conocimiento mucho más preciso que yo sobre qué tipo de madera era el más apropiado. A día de hoy todavía no podría decir cómo se llamaba el árbol que cortamos, lo único que sé es que se parecía mucho a lo que nosotros llamamos mora, algo semejante a la madera de mora y a la de Nicaragua, porque tenía un color y un olor muy parecidos. Viernes ya se disponía a quemar el interior o cavidad del árbol para convertirlo en canoa cuando le mostré que era más sencillo cortarlo con herramientas. Resultó ser muy hábil y después de un mes de duro trabajo la terminamos y nos quedó muy bien, sobre todo cuando cortamos con nuestras hachas la parte exterior y le dimos la verdadera silueta de un bote. Después de aquello nos llevó otros quince días llevarla hasta el agua, empujándola centímetro a centímetro y ayudándonos con rodillos tan larga era. Lo conseguimos y vimos que podía albergar tranquilamente a veinte hombre en su interior.

Cuando la tuvimos en el agua, y a pesar de su enorme tamaño, me maravilló la destreza y facilidad que tenía para manejarla, dar media vuelta y remar. Le pregunté si quería que nos aventurásemos a hacer un viaje en ella y me dijo que sí, que se aventuraría a ir en la barca perfectamente «con gran viento». Yo tenía un plan del que él no sabía aún nada y que consistía en fabricar un mástil y una vela y pertrecharla también con un ancla y un cabo. En cuanto al mástil no hubo mucha dificultad para conseguir uno. Yo mismo elegí un cedro joven y recto que encontré cerca del lugar, un tipo de árbol que abundaba en la isla, y le dije que lo cortara dándole instrucciones también sobre cómo tenía que ser su forma. De la vela me encargué yo personalmente.

Sabía que tenía viejas velas, o para ser más precisos, trozos de viejas velas y en cantidad suficiente, pero como las tenía desde hacía ya veintiséis años y no había sido muy cuidadoso a la hora de preservarlas porque jamás habría podido imaginar que les iba a encontrar un nuevo uso, no tenía ninguna duda de que debían estar todas podridas, como realmente sucedió con la mayoría. Aun así encontré dos trozos que no tenían mala pinta y me puse a trabajar con ellos y, con gran esmero y una tediosa estrategia para coserlos a falta de agujas (puedo jurarlo), conseguí hacer finalmente una espantosa vela de tres esquinas, una vela de hombro de carnero, como solemos llamarlas en Inglaterra, que iba con una botavara en la parte inferior y una verga de abanico en la parte superior, la forma habitual en la que suelen navegar nuestros barcos de vela, porque aquella sabía mejor cómo manejarla y era parecida a la de la barca en la que había conseguido escapar de la Berbería, como ya relaté en la primera parte de mi historia.

Me llevó casi dos meses completar esa última labor: adaptar y ajustar el mástil y las velas, pero cuando las terminé quedó todo muy bien pertrechado, le hice un pequeño soporte, una vela y un trinquete para dirigir la embarcación si íbamos contra el viento, y ajusté un timón en la popa para manejarlo. A pesar de no ser más que un torpe constructor de barcos sabía de la utilidad y necesidad de un buen timón, por eso me apliqué con mucho esfuerzo a hacerlo y creo que me costó tanto trabajo como construir el bote entero.

Cuando terminamos aquel proceso tuve que enseñarle a Viernes todo lo referente a la navegación del barco, porque aunque sabía muy bien cómo remar en una canoa no tenía ninguna noción de navegación a vela y timón. Para él resultó ser la cosa más fascinante del mundo verme dirigir el barco desde la popa con el timón, ir primero hacia un lado y luego hacia el otro, ver cómo cambiaba el rumbo de la navegación; se quedó completamente maravillado. Con unas pocas lecciones conseguí que empezara a familiarizarse con aquellas cuestiones y se convirtió en un experto marinero, en todo menos en el uso de la brújula, nunca conseguí que comprendiera en qué consistía. Por otra parte, como casi nunca estaba nublado y nunca o casi nunca las nubes tapaban el sol, había poca ocasión para usar la brújula, para esto estaban las estrellas en el cielo durante la noche y la orilla durante el día.

Comenzaba en ese momento el año número veintisiete de mi cautiverio en aquel lugar, aunque los tres últimos había estado acompañado por aquella criatura y podían ser descontados, puesto que eran muy diferentes al resto. Mantenía la celebración del aniversario de mi llegada a estas costas con el

mismo agradecimiento a Dios por su misericordia. Si ya desde el principio había tenido motivos para estar agradecido, ahora los tenía incluso más, contaba con más pruebas de la ayuda que me ofrecía la Providencia. Tenía la inamovible intuición en mi interior de que mi salida de la isla estaba a la vuelta de la esquina y de que no cumpliría otro año en aquel lugar. A pesar de todo continué con mis cultivos, cavando, plantando y vallando como siempre, recolecté las uvas e hice todas las demás cosas como solía hacerlas.

La temporada de lluvias llegó para mí en el peor momento de todos y me mantuvo bajo cubierto más que cualquier otro año. Tuvimos que asegurar nuestra embarcación todo lo que pudimos llevándola hasta la ensenada donde había desembarcado las cosas al principio, y la llevamos hasta la orilla. Hicimos un pequeño muelle lo bastante grande como para amarrarla y lo bastante profundo como para que pudiera flotar. Cuando bajó la marea construimos un dique para mantener el agua alejada, de tal forma que quedó en tierra firme, y para protegerla de la lluvia le pusimos tantas ramas encima que quedó tan cubierta como bajo un techado. Así esperamos durante los meses de noviembre y diciembre, que era cuando planeaba comenzar mi aventura.

CARGAMOS CONTRA LOS CANÍBALES

Cuando la estación comenzó a asentarse, y como los pensamientos sobre mi proyecto regresaban con el buen tiempo, empecé la preparación diaria para el viaje. Lo primero que hice fue aprovisionarme de ciertos suministros y planificar todo para lanzar nuestro bote en el plazo de una semana o de quince días. Una de aquellas mañanas estaba entretenido en alguna actividad por el estilo cuando llamé a Viernes y le pedí que se acercara a la orilla y que tratara de encontrar una tortuga o un galápago, algo que solíamos hacer una vez a la semana para obtener huevos y un poco de carne. No hacía mucho que se había marchado cuando regresó corriendo y saltó por encima de nuestro muro externo, nuestra valla, como si pudiese volar o caminar por los aires y antes de que tuviese tiempo de dirigirme a él se puso a gritar:

—¡Amo! ¡Amo! ¡Ah, sufrimiento! ¡El mal!

Le pregunté qué sucedía.

—¡Allá! ¡Allá! —exclamó—. ¡Un, dos tres canoas! ¡Un, dos, tres!

Por su manera de hablar, al principio concluí que eran seis canoas, pero después de preguntarle de nuevo entendí que eran tres.

—Tranquilo —dije yo—, no tengas miedo.

Intenté tranquilizarlo como pude a pesar de que el pobre muchacho parecía estremecido de pánico, pues el único pensamiento que había en su mente era que habían venido a buscarlo y que lo iban a cortar en pedazos y a comérselo. El pobre temblaba de tal forma que no sabía qué hacer con él. Traté de consolarlo diciéndole que yo estaba en peligro tanto como él y que tenía las mismas posibilidades de ser devorado y por eso añadí:

—Tenemos que concentrarnos en combatirlos. ¿Crees que podrás luchar?

—Yo disparar —respondió—, pero venir en muy gran número.

—No te preocupes por eso —respondí yo—, nuestras armas los asustarán tanto que no tendremos que matarlos.

A continuación le dije que, puesto que yo estaba resuelto a defender su vida, él tenía que prometerme que también iba a defender la mía, que iba a permanecer a mi lado y a obedecer todo lo que yo le dijera.

—Yo morir cuando amo ordenar morir —dijo.

Fui a buscar el ron y le di un buen trago. Había sido tan cuidadoso que aún me quedaba una buena cantidad. En cuanto se lo hubo bebido le pedí que cogiera las dos escopetas de caza, las que llevábamos siempre, y que las cargara como para un tiro largo, con una bala de las de pistola. Yo cogí los cuatro mosquetes y los cargué con dos balas y cuatro perdigones pequeños cada uno, y también las dos pistolas, que cargué con balas. A él le di su hacha.

Cuando tenía todo organizado, cogí mi catalejo y fui hasta lo alto de la colina para ver qué podía averiguar. A juzgar por mi catalejo había veintiún salvajes en la orilla, tres de ellos prisioneros y tres canoas. Parecían entregados al triunfante banquete de aquellos tres cuerpos humanos (una fiesta inhumana, no hace falta decirlo) aunque nada extraño en ellos por lo que ya había tenido ocasión de comprobar.

Me di cuenta también de que no habían atracado en el mismo lugar de la otra vez, cuando Viernes consiguió escapar, sino más cerca de donde se encontraba mi arroyo, donde la orilla era más baja y un espeso bosque llegaba casi hasta el mar. Eso, unido al desagradable e inhumano espectáculo que estaban perpetrando en la orilla, me llenó de una indignación tan grande que bajé a toda prisa hasta donde se encontraba Viernes y le dije que estaba decidido a ir a por ellos y matarlos a todos. ¿Podía contar con él? Parecía haberse sobrepuesto un poco a su miedo, su espíritu se había suavizado un poco con el trago de ron que le había dado, parecía animado y me respondió, como la primera vez, que moriría cuando yo se lo ordenara.

En aquel estado de furia repartí entre los dos las armas que acabábamos de cargar. Le di a Viernes una pistola para que se la metiera en el cinto y tres escopetas para que las cargara sobre el hombro. Yo cogí otra pistola y tres mosquetes y partimos así armados. Me metí una pequeña botella de ron en el bolsillo y le di a Viernes una bolsa grande en la que había más pólvora y munición para ordenarle a continuación que permaneciera a mi espalda, cerca de mí, y que no disparara ni hiciera nada hasta que yo se lo dijera, ni siquiera debía pronunciar ni una palabra. Sostuve una brújula en mi mano derecha durante casi un kilómetro y medio, lo suficiente como para cruzar el arroyo y adentrarnos en el bosque para poder acercarnos hasta tenerlos a tiro, algo que no parecía muy difícil según lo que había visto con el catalejo.

Mientras nos dirigíamos hacia allí me asaltaron mis últimos pensamientos y mi resolución comenzó a flaquear. No quiero decir con eso que me atemorizara su número, estaban desnudos y desarmados, no hay duda de que

me habría encontrado en una situación de ventaja incluso aunque hubiese estado solo, no me refiero a eso, sino a que de pronto me puse a reflexionar sobre la razón que me estaba llevando allí. ¿Por qué lo hacía? O por decirlo de otro modo: ¿qué necesidad tenía yo de cubrirme las manos de sangre, de atacar a unos hombres que no me habían hecho nada a mí? Para mí eran inocentes, sus bárbaras costumbres constituían ya de por sí su propia tragedia; era evidente que Dios los había abandonado a todos aquellos comportamientos inhumanos, junto al resto de las naciones de aquella parte del mundo, pero eso no significaba que yo debiera alzarme como juez de sus acciones, ni mucho menos como interventor de la Justicia. Viernes lo debió pensar de ese modo cuando se decidió a hacerse cargo: debía ejecutar una venganza nacional por los crímenes que aquellas personas habían cometido contra su país, pero eso no significaba que fuera asunto de mi incumbencia. Viernes podía sentirse justificado porque era su enemigo declarado, en lo que se refería a aquellas personas en concreto él se encontraba en estado de guerra y estaba habilitado para atacarlos, pero yo no podía decir lo mismo. Aquellas ideas comenzaron a adquirir un peso tan grande en mis pensamientos durante el camino que decidí limitarme a observar su bárbaro banquete y actuar sólo si Dios lo disponía. Pero no me interpondría en su camino a no ser que sintiera una llamada mayor de la que había sentido antes.

Con esa idea me adentré en el bosque con sigilo y en silencio. Viernes me seguía de cerca y caminamos hasta el borde de la espesura en la parte más próxima al lugar en el que ellos se encontraban. Entre nosotros y ellos apenas quedaba una franja de bosque. Entonces me dirigí a Viernes en voz muy baja y, señalándole un gran árbol que se encontraba justo en la esquina del bosque, le dije que trepara a él y me informara en detalle de lo que estaban haciendo. Él hizo lo que le pedí y regresó inmediatamente a mi lado contándome punto por punto lo que había visto. Me dijo que estaban todos alrededor de un gran fuego comiéndose a uno de los prisioneros y que había otro más tirado sobre la arena un poco alejado del resto, al que seguramente tenían intención de matar a continuación. Lo que hizo que se me helara la sangre fue oír que había uno que no era de la nación de Viernes, sino de los de barba, uno de los que había llegado a su país en barco. Me estremecí al escuchar sobre aquel hombre blanco de barba, y, cuando fui hasta el árbol, yo mismo lo pude ver con claridad gracias a mi catalejo: un hombre blanco tendido sobre la orilla con las manos y los pies atados con algo que parecían banderas o juncos, estaba vestido y no había duda de que era *europeo*.

A unos cincuenta metros más cerca de lo que yo me encontraba en ese momento había otro árbol, con un pequeño matorral al frente. Me di cuenta de que podía llegar hasta allí sin que me descubrieran y que desde allí estaría a la mitad de distancia de un disparo.

Traté de refrenar mi vehemencia a pesar de estar enfurecido al límite y avancé unos veinte pasos hasta esconderme tras unos arbustos que había a mitad de camino. Avancé hasta el otro árbol y luego hasta una especie de explanada desde la que tenía una vista clara de su posición, a unos setenta y cinco metros.

No tenía ni un minuto que perder porque las diecinueve bestias se habían sentado de nuevo sobre el suelo, todos muy juntos, y habían enviado a los otros dos para carnear al pobre cristiano y llevarlo miembro a miembro hasta las brasas. Ya se habían agachado para desatarle los pies cuando me di la vuelta hacia Viernes y le dije:

—Ahora haz lo que te ordene.

Viernes me dijo que lo haría.

—Repite —le dije— exactamente lo mismo que haga yo y no te equivoques.

Cargué sobre el suelo uno de los mosquetes y la escopeta de caza y Viernes hizo lo mismo. Con el otro mosquete apunté hacia los salvajes y le ordené que me imitara. Le pregunté si estaba preparado, me contestó que sí.

—Entonces, dispara —dije, y lo hicimos los dos a la vez.

Viernes apuntó mucho mejor que yo, porque en el lado al que había disparado él cayeron dos muertos y hubo tres heridos, mientras que por mi lado maté a uno y herí a dos. Los salvajes se encontraban sin dudas en un estado de tremendo desconcierto y todos los que no habían sido heridos saltaron al instante y se pusieron en pie, pero sin saber exactamente hacia dónde correr o hacia dónde mirar. Aún no sabían de qué lugar les había llegado aquella tragedia. Viernes me miró esperando instrucciones tal y como yo le había dicho que hiciera. Observaba todo lo que hacía, porque en cuanto disparamos y yo tiré el arma y cogí la escopeta de caza, él hizo exactamente lo mismo, me vio apuntar firmemente y me imitó.

—¿Estás listo, Viernes? —pregunté.

—Sí —respondió él.

—En ese caso dispara, en nombre de Dios.

Después de esas palabras disparé sobre las sorprendidas bestias y Viernes hizo lo mismo. Como nuestras armas estaban cargadas con lo que yo llamo un tiro largo, con pequeños perdigones, el resultado fue que sólo cayeron dos,

pero hubo muchos heridos. Corrían de un lado a otro gritando, cubiertos de sangre y la mayoría malheridos. Tres más cayeron poco después, aunque no completamente muertos.

—Y ahora, Viernes —dije dejando a un lado el arma descargada y cogiendo el mosquete que aún quedaba cargado—, sígueme.

Él me obedeció demostrando una gran valentía. Entonces salí del bosque exponiéndome por fin y Viernes avanzó a mi lado. En cuanto me di cuenta de que me habían visto, grité todo lo fuerte que pude y Viernes me imitó. Me puse a correr con todas mis fuerzas —que no eran, todo hay que decirlo, gran cosa, cargado como estaba— y me dirigí directamente hacia la pobre víctima quien, como ya he mencionado, estaba tendido sobre la arena de la orilla. Entre la fogata y el mar estaban los dos carniceros casi a punto de carnearlo quienes, ante la sorpresa de nuestra primera descarga, echaron a correr a toda prisa hacia el mar y se montaron en una de las canoas. Otros tres habían hecho lo mismo. Me volví hacia Viernes y le ordené que los persiguiera y les disparara. Él me entendió en el acto, corrió unos cuarenta metros más para acercarse a ellos y les disparó. Me dio la sensación de que había matado a todos, porque todos cayeron en el interior de la barca, pero al instante vi cómo dos se levantaban a toda prisa. En cualquier caso mató a dos e hirió a un tercero, de modo que el que quedó en el suelo de la barca debía de estar muerto también.

Mientras Viernes les disparaba yo saqué mi cuchillo y corté las banderas con las que habían atado a la pobre víctima. Liberé sus manos y sus pies y me dirigí a él en portugués para preguntarle qué era. Me contestó en latín:

—*Cristianus*.

Estaba tan débil que no pudo decir nada más, apenas se mantenía en pie. Saqué la botella de mi bolsillo y se la pasé indicándole por señas que bebiera, cosa que hizo. Le di también un trozo de pan y se lo comió. A continuación le pregunté en qué país había nacido y me contestó:

—*Espagniole*.

Un poco recuperado me hizo saber con todo tipo de señales lo agradecido que estaba por su liberación.

—*Seignior* —dije yo tratando de hablar la cosa más parecida al español que se me ocurrió—, hablaremos más tarde, ahora debemos luchar. Si aún le quedan fuerzas coja esta pistola y esta espada.

Él las cogió agradecido y en cuanto tocaron sus manos, como si le hubiesen infundido un inédito vigor, se alzó contra sus asesinos como una fiera, y al instante mató a dos. Lo cierto es que como toda la escena había sido

una tremenda sorpresa para ellos y estaban tan atemorizados por el ruido que provocaban nuestras armas, se encontraban tendidos en el suelo, inmóviles y espantados. Tenían tanta fuerza para intentar escapar como su carne para resistir nuestros disparos, aquél al menos fue el caso de los cinco a los que Viernes disparó en el bote, como el de los tres que habían caído heridos o de puro susto.

Yo mantuve mi rifle apuntado en la mano, inmóvil y sin disparar, tratando de estar preparado, porque le había dado al español la pistola y las espadas. Llamé a Viernes para que corriera hacia el árbol desde el que habíamos disparado la primera vez y le dije que recogiera las armas que habían quedado allí y las que habían quedado descargadas, y él lo hizo con gran eficacia. Le pasé luego mi mosquete y me senté a cargar el resto. Mientras cargaba una de las armas hubo un violento enfrentamiento entre el español y uno de los salvajes. El salvaje se enfrentó a él con una de aquellas grandes espadas de madera con la que le habría matado si yo no lo hubiese liberado y el español, que resultó ser más audaz y valiente de lo que habría imaginado nunca, estuvo luchando con el indio durante un buen rato a pesar de su debilidad. Le hizo dos grandes heridas en la cabeza, pero el salvaje era un hombre fornido, se acercó a él y lo tiró al suelo, donde se quedó como inconsciente. El salvaje alzó de pronto mi espada, pero el español tiró sabiamente la suya a un lado, echó mano a la pistola que llevaba en el cinto y lo atravesó de un disparo matándolo en el acto antes de que yo, que ya me disponía a ir en su ayuda, pudiera dar un paso.

Viernes, que había quedado libre de nuevo, se puso a perseguir a los que escapaban sin más armas en sus manos que el hacha, y con esa herramienta despachó a tres que, como ya he dicho, habían caído heridos al principio y a todos los demás que encontró en su camino. El español se acercó hasta donde yo estaba en busca de un arma y le di una de las escopetas de caza con la que se puso a perseguir a dos de los salvajes e hirió a ambos, pero como llegados a esa altura era incapaz de seguirlos corriendo, consiguieron refugiarse en el bosque. El otro corría demasiado rápido a pesar de estar herido y acabó arrojándose al mar donde se puso a nadar con todas sus fuerzas hacia los tres que habían conseguido escapar en la canoa, de modo que finalmente quedaron cuatro en ella, uno gravemente herido o tal vez muerto. Fueron los únicos que lograron escapar de los veintiuno. La cuenta total era la siguiente:

Tres muertos en los disparos que hicimos desde el primer árbol.

Dos muertos en los siguientes disparos.

Dos asesinados por Viernes en los botes.

Dos asesinados por ídem, de los que habían sido heridos en primera instancia.

Un asesinado por ídem en el bosque.

Tres asesinados por el español.

Cuatro encontrados muertos por aquí y por allá o asesinados por Viernes durante la persecución.

Cuatro huidos en el bote, uno de ellos herido o tal vez muerto.

—

Veintiuno en total.

Los que escaparon en la canoa se encargaron de remar lo bastante rápido como para salir de nuestro campo de tiro y, aunque Viernes disparó dos o tres veces hacia la embarcación, no me dio la sensación de que consiguiera matar a ninguno. Viernes me llevó hasta la otra canoa y me dijo que podíamos perseguirlos. Yo estaba tan atemorizado por su huida y por la posibilidad de que regresaran al poco tiempo con refuerzos, tal vez hasta con doscientas o trescientas canoas para devorarnos, que acepté al instante perseguirlos por mar, pero en cuanto salté al interior de la canoa me llevé la sorpresa de encontrar allí a otro hombre atado de pies y manos tal y como me había encontrado al español. Estaba medio muerto de miedo y no sabía lo que había pasado porque ni siquiera había podido asomarse a la canoa. Lo habían atado con tanta fuerza de pies y manos y parecía llevar atado tanto tiempo que apenas quedaba un halo de vida en él.

Corté al instante aquellas banderas o juncos con las que lo habían atado, pero ni siquiera se levantó ni dijo nada. Se puso a lloriquear y a quejarse de la manera más temerosa, estaba convencido de que lo había desatado sólo para matarlo.

Viernes se acercó y le dije que hablara con él, saqué mi botella y le ofrecí un trago al pobre diablo, algo que lo renovó tanto como el hecho de haber sido liberado. Cuando por fin Viernes se acercó y le miró el rostro se puso a llorar al instante, lo besó y abrazó, estalló en carcajadas y en llanto, se frotó la cara con las manos y luego se puso a cantar saltando una y otra vez como un loco. Pasó un buen rato hasta que pude hablar con él y cuando lo hice me contó al instante lo que había sucedido: aquel hombre era su padre.

No me resulta fácil expresar hasta qué punto me conmovió ver el éxtasis de amor filial de aquel pobre salvaje al encontrarse con su padre, la alegría que le produjo haberlo librado de la muerte. Tampoco me resulta fácil describir las extravagancias a las que parecía obligarlo aquella sobreabundancia amorosa, haciéndolo saltar dentro y fuera del bote

constantemente. Luego fue hasta donde se encontraba, se sentó a su lado, abrió los brazos y abrazó a su padre sobre su regazo, como si lo acunara. Después estudió con atención sus brazos y sus muñecas, porque habían estado atadas durante mucho tiempo y con demasiada fuerza, y las acarició con las manos. Como vi cuál era la situación le di un poco de ron de la botella para que las frotara, algo que por lo visto fue muy útil.

El encuentro hizo que olvidara la persecución de la canoa, que a aquellas alturas ya había quedado fuera de nuestra vista. Y la verdad es que fue una suerte que no los persiguiéramos, porque durante las dos siguientes horas el viento se puso a soplar fortísimo antes de que hubiesen realizado ni siquiera un cuarto de su travesía. Estuvo soplando igual de fuerte durante toda la noche en dirección noroeste, que era supuestamente la dirección opuesta a la que ellos debían tomar, por lo que me parece difícil que hubiesen sobrevivido o siquiera llegado a su destino.

Pero volviendo a Viernes, estaba tan entregado a su padre que ni se me pasó por la cabeza pedirle nada durante un buen rato. Cuando me pareció que ya podía estar unos minutos sin él, le pedí que viniera y él vino cantando y riendo, feliz hasta reventar. Le pregunté si le había dado a su padre un poco de pan. Él negó con la cabeza y respondió:

—No, el perro feo se lo comió todo.

Le di un poco de pan de mi morral y también le ofrecí un trago que no aceptó, pero que le llevó a su padre. Llevaba en el bolsillo un par de puñados de pasas, así que le di también uno para su padre. Le dio las pasas a su padre en el bote y salió corriendo a toda prisa como si hubiese sido presa de un encantamiento; corría tan rápido —realmente era el hombre más rápido que había visto en mi vida—, que en apenas un instante ya no se lo veía por ninguna parte. No fui capaz de encontrarlo a pesar de que estuve un buen rato llamándolo y gritando su nombre: había desaparecido. Un cuarto de hora más tarde, sin embargo, volvió a aparecer, aunque no tan rápido como se había marchado, y cuando estuvo más cerca comprobé que su paso era más lento porque llevaba algo en la mano.

Llegó hasta donde me encontraba y me di cuenta de que había ido hasta la casa para coger un cuenco de arcilla con el que poder llevar a su padre un poco de agua fresca, también había cogido dos barras de pan. El pan me lo dio a mí, pero el agua se la llevó a su padre, aunque como yo también estaba sediento bebí antes un poco. El agua consiguió revivir a su padre mucho más que el ron que yo le había ofrecido, pues su problema era sencillamente que estaba muerto de sed.

Cuando el padre hubo bebido lo llamé por si aún quedaba un poco de agua. Me dijo que sí y le ordené que se la llevara al pobre español, que tenía tanta necesidad de ella como su padre, y que le diera también uno de los panes que había traído. El español estaba, en verdad, muy débil. Descansaba sobre una pequeña sombra de césped que había bajo un árbol. Tenía los miembros muy rígidos y agarrotados debido a la fuerza con la que lo habían atado. Viernes fue hasta donde se encontraba con el agua y el pan y él bebió primero, y luego cogió el pan y se puso a comer. Yo fui también y le di un puñado de pasas. El hombre alzó la mirada con todos los signos de la gratitud impresos en su rostro, pero aún se lo veía muy débil en general, por no hablar —aparte— de la energía que había perdido durante la pelea. Apenas se podía mantener en pie, lo intentó dos o tres veces pero no fue capaz, tenía los tobillos tan hinchados que le resultaba demasiado doloroso. Le pedí que se sentara y le dije a Viernes que le hiciera un masaje en los tobillos y le diera friegas de ron, tal y como había hecho con su padre.

Me quedé observando a aquella pobre y afectuosa criatura durante los dos minutos, puede que menos, que permaneció allí, volviendo la cabeza constantemente hacia donde se encontraba su padre para comprobar que seguía en el mismo lugar en el que lo había dejado sentado, y en cuanto dejó de verlo dio un salto y, sin decir una palabra, salió volando a tal velocidad que uno habría jurado que sus pies ni siquiera tocaban el suelo. Al acercarse comprobó que lo único que había sucedido era que su padre se había tumbado para relajar los miembros entumecidos, así que regresó al instante. Hablé con el español, le dije que dejara que Viernes lo ayudara y lo llevara hasta el bote y de allí a la casa, donde yo lo cuidaría. Pero Viernes tenía una gran fuerza física y lo que hizo fue cargarse al español a la espalda, llevarlo así hasta el bote y dejarlo a continuación con delicadeza en la borda de la canoa con los pies hacia el interior. Después lo levantó un poco y lo puso junto a su padre, sacó la canoa al mar y remando con fuerza fue capaz de avanzar por la orilla mucho más rápido que yo caminando, y eso a pesar de que el viento aún soplaba fuerte. Los llevó sanos y salvos hasta nuestro arroyo. Los dejó en la canoa y salió corriendo en busca de la otra, que había quedado en la orilla. Al regresar pasó a mi lado y le pregunté adónde se dirigía. Me respondió:

—Coger más canoa.

Y allí se plantó más rápido que el viento. Juraría que no hay sobre la tierra ni un hombre ni un animal más veloz que Viernes, antes de que yo llegara a mi destino ya había regresado él con la otra canoa. La dejó allí y fue a recoger

a nuestros huéspedes, pero como ninguno de los dos era capaz de caminar el pobre Viernes no supo qué hacer.

Me puse a pensar en algo para remediarlo, llamé a Viernes y le ordené que los sentara en la orilla y luego viniera a ayudarme. Hice una especie de carretilla de mano para transportarlos, pero cuando los trasladamos hasta la entrada de nuestro fuerte nos vimos en una situación más difícil que la anterior, porque no había manera de hacerlos entrar y yo no estaba dispuesto a abrir una brecha. Me puse a pensar de nuevo y en un par de horas Viernes y yo levantamos una tienda bastante digna, la cubrimos con viejas velas y sobre ellas pusimos ramas de árboles. La hicimos en el espacio que había entre nuestra valla exterior de defensa y el pequeño bosque que había plantado. Les hicimos también un par de camas del mismo material que la mía, de paja de arroz, y les pusimos sábanas encima, una sobre las camas y otras para que pudieran taparse.

Ahora mi isla estaba habitada y me sentía millonario también en personas. Aquel pensamiento me producía hasta cierta satisfacción: qué parecido a un rey me veía en ese instante. Para empezar, el país entero era de mi propiedad, por lo que yo ostentaba un indudable derecho sobre su gobierno. En segundo lugar, mi gente estaba perfectamente sometida a mí: yo era el señor absoluto, el dador de tierras, todos me debían la vida y estaban dispuestos a pagarme con las suyas si se diera la ocasión. Pero hay que decir también que mis tres habitantes pertenecían cada uno a una religión distinta. Mi hombre, Viernes, era protestante, su padre era pagano y caníbal, y el español era papista. Como es lógico, y dicho sea de paso, en mis dominios había libertad de conciencia.

PLANEAMOS EL VIAJE A LAS COSTAS DE AMÉRICA

Tan pronto hube resuelto la comodidad de mis débiles y recién liberados prisioneros y les hube construido un techo y un lugar para que descansaran, comencé a organizar la comida. Lo primero que hice fue decirle a Viernes que cogiera del rebaño una cabra tusón, algo a medio camino entre un muchacho y una cabra, la matara, le quitara los cuartos traseros y los cortara en trozos pequeños. Dejé que Viernes se encargara de la vitualla y yo cociné un plato exquisito, puedo jurarlo, un guiso de carne en el que puse también un poco de cebada y de arroz y, como lo hice afuera porque no quería prender fuego detrás de la valla defensiva, se lo llevé a los tres directamente al interior de la tienda en la que había dispuesto también una mesa, me senté con ellos y cené el plato que yo mismo había cocinado en su compañía. Mientras tanto, intenté charlar y animarlos hasta donde pude. Viernes me sirvió de intérprete, sobre todo para dirigirme a su padre, pero también para el español, porque se daba el caso de que aquel hombre también hablaba correctamente el idioma de los salvajes.

Después de la cena, o del aperitivo, le pedí a Viernes que cogiera una de las canoas y fuera a recoger los mosquetes y el resto de las armas que por falta de tiempo habíamos abandonado en el mismo lugar de la batalla. Al día siguiente le pedí que enterrara los cadáveres de los salvajes que habían quedado expuestos al sol y que pronto comenzarían a ser desagradables. Le dije que con ellos enterrara también los restos de su bárbaro festín, del que sabía que había quedado una buena cantidad y que era algo que no habría podido hacer yo ni en sueños, si hubiese ido hasta allí no habría tenido valor ni para mirarlos. Él me obedeció puntualmente en todo y su sencilla presencia desarticuló la terrible sombra de los cuerpos de los caníbales. La siguiente vez que fui a aquel lugar apenas pude identificar dónde había sucedido todo y ni siquiera habría sido capaz de hacerlo si no hubiese sido porque la esquina del bosque seguía allí.

Comencé a hablar con los dos nuevos habitantes. Le pedí a Viernes que le preguntara a su padre qué opinión tenía él de los que habían conseguido escapar en la otra canoa y si pensaba que iban a regresar en un número tan grande que iba a ser imposible combatirlos. Me respondió que lo más probable era que los salvajes que habían escapado no hubieran sobrevivido a la tormenta que cayó aquella noche, que seguramente habrían naufragado o tomado rumbo sur a cualquiera de las otras costas, donde seguro habían sido devorados. Pero no sabía decir qué podían llegar a hacer si conseguían desembarcar a salvo en sus costas, la forma en la que habían sido atacados había sido tan sorpresiva y temible, con todo aquel ruido y aquel fuego, que lo más probable es que les dijeran a su gente que habían sido atacados por rayos, no por hombres, y que los dos hombres a los que habían visto, es decir, a Viernes y a mí, no debían de ser más que dos espíritus o furias que habían bajado del Cielo para destruirlos, nunca hombres armados. Esto último me aseguró que lo sabía porque había escuchado cómo hablaban entre ellos en su lengua. Para ellos era algo inconcebible que un hombre pudiese arrojar fuego, hablar con truenos y matar a distancia como habíamos hecho nosotros. Aquel viejo salvaje tenía razón, entendí que no corríamos peligro de que vinieran los salvajes, porque incluso en el caso de que aquellos cuatro supervivientes llegaran con vida hasta su costa el relato de los acontecimientos los asustaría hasta tal punto que nadie querría regresar a la isla encantada donde podían ser aniquilados por el fuego de los dioses.

A pesar de todo no estaba completamente seguro, por lo que durante algún tiempo todavía sentí que me invadía la aprensión y me obligaba a ponerme en guardia, a mí y a todo mi ejército. Éramos cuatro y podíamos enfrentarnos a un centenar de ellos sin problema si era necesario.

Al poco tiempo, como no se vieron más canoas en el horizonte, el miedo a que regresaran se fue esfumando y volví a considerar el asunto del viaje al continente de nuevo, más aun pudiendo contar con el consejo del padre de Viernes.

Pero mis pensamientos volvieron a quedar en suspenso una vez más tras una seria charla con el español, cuando me enteré de que había dieciséis paisanos suyos y algunos portugueses más que después de naufragar y haber escapado hacia aquella región vivían en paz y en convivencia con los salvajes. Aun así les estaba resultando muy arduo conseguir las cosas más elementales y hasta mantenerse con vida. Yo le pregunté por los detalles de su viaje y me enteré de que viajaba en un barco español que unía el Río de la Plata con La Habana. Se suponía que iba a descargar en el último puerto un cargamento

compuesto básicamente por cuero y plata para llevar de vuelta las mercancías provenientes de Europa que pudieran encontrar allí, y que llevaban a bordo a cinco marineros portugueses a los que habían tomado de otro naufragio. Cinco de sus propios hombres habían fallecido cuando se hundió el primer barco y los que habían conseguido escapar habían tenido que superar infinitas aventuras y peligros hasta llegar famélicos a una costa caníbal en la que esperaban que se los comieran en cualquier momento.

Me dijo que llevaban con ellos algunas armas, pero que les habían sido totalmente inútiles porque no tenían ni balas ni pólvora. Por lo visto el agua de mar había estropeado casi toda la pólvora que tenían con excepción de un poco, y además tuvieron que utilizarla la primera vez que atracaron en tierra para hacerse con algo de comida.

Le pregunté qué creía que había sido de ellos y si no habían pensado en todo ese tiempo en ningún plan de huida. Me dijo que habían estado hablando mucho de aquel asunto, pero como no tenían embarcación ni herramientas para construirla, ni provisiones de ningún tipo, todas sus charlas acababan en desesperados sollozos.

Le pregunté si aceptarían una propuesta de huida de mi parte y si no podría llevarse a cabo ahora que se encontraban todos allí. Le dije con total libertad que lo que más me atemorizaba era la traición o que se rebelaran en el mismo instante en que pusiera mi vida en sus manos, ya que la gratitud no era precisamente una virtud inherente a la naturaleza humana, pues los hombres no resuelven sus tratos devolviendo lo que han recibido, sino que más bien consideran de inmediato qué pueden sacar de provecho. Le dije que para mí sería muy duro convertirme en su moneda de rescate y que no era improbable que me hicieran prisionero en Nueva España, un sitio en el que lo más probable sería que un inglés como yo se convirtiera en víctima de algún sacrificio. Desde luego, le aseguré, prefería ser asesinado por los salvajes y ser devorado vivo antes que caer en las implacables garras de los curas y ser llevado ante un tribunal de la Inquisición. Añadí también que estaba completamente convencido de que si pudiésemos contar con todos aquellos hombres en la isla no tardaríamos en construir una barca que nos sacara a todos de aquí, bien a las costas del sur de Brasil, a las islas o a la costa norte española. Pero si al poner armas en sus manos me apuntaban con ellas y me llevaban a la fuerza ante su gente no habría hecho más que cambiar mi situación por otra mucho más penosa, sólo por pura y simple amabilidad.

Me respondió con gran candor e ingenuidad que su estado era tan miserable y estaban tan sensibilizados con el asunto que estaba convencido de

que aborrecerían hasta el pensamiento de aprovecharse de un hombre que había contribuido a su rescate y que, si así lo deseaba, él podía ir con el viejo hasta ellos y discutir el asunto, regresar y contarme su decisión, que él establecería las condiciones del trato bajo solemne juramento y que ellos estarían totalmente bajo mi mando, como capitán y comandante, jurando ante el sagrado sacramento y ante Dios mismo serme fieles e ir a un país cristiano y a ningún otro, y ponerse completamente a mi disposición y bajo mis órdenes hasta que desembarcaran en el país mencionado tal y como era mi intención. Él mismo se encargaría de traer un contrato firmado de su propio puño y letra con ese propósito.

Me dijo que en primer lugar él juraría en su propio nombre que no se separaría de mí con vida hasta que yo se lo ordenara y que siempre estaría a mi disposición y pelearía hasta la última gota de su sangre, incluso aunque hubiese un enfrentamiento con sus propios compatriotas.

Me dijo también que todos eran hombres honrados y que habían pasado las peores penurias que se pueda imaginar, que no tenían ni armas ni ropa ni comida, sino apenas lo que les proporcionaba la caridad de los salvajes, que habían perdido la esperanza de regresar a su patria y que estaba convencido de que si les sacaba de aquella situación de miseria se pondrían de mi lado hasta la muerte.

Bajo aquellas promesas decidí rescatarlos si era posible y enviar al viejo salvaje y al español para que se encargaran de hacer un trato. Pero cuando ya habían preparado todo y estaban dispuestos a partir, el propio español expuso una objeción que por un lado era de un sentido común aplastante y por otro tan perfectamente sincera que me produjo una gran satisfacción y confianza en él, por mucho que retrasara la liberación de sus camaradas al menos durante medio año. La situación era la siguiente:

Llevaba ya con nosotros aproximadamente un mes y durante ese tiempo yo le había permitido ver la forma en la que me había aprovisionado con ayuda de la Providencia. Luego de observar las cantidades de maíz y de arroz que tenía concluyó que, a pesar de ser suficientes para mí, no serían suficientes para una familia que ahora había aumentado a cuatro personas, no al menos sin una buena previsión. Mucho menos habría bastado para sus compatriotas, que sumaban al menos catorce supervivientes, y menos aún para aprovisionar nuestra barca, eso si llegábamos a construirla, para un viaje hacia las colonias cristianas de América. Me dijo que en ese caso sería mucho más razonable trabajar y cultivar una superficie mayor de tierra, la máxima cantidad posible, y esperar la siguiente cosecha, que sería la que nos

proporcionaría cereales para sus compatriotas cuando llegaran, pues difícilmente se iban a considerar liberados si lo único que lograban era salir de una situación difícil para meterse en otra.

—Ya conoce —me dijo— la historia del pueblo de Israel: a pesar de que en una primera instancia se alegraron de haber sido liberados de los egipcios, se acabaron rebelando contra el mismo Dios cuando se vieron obligados a buscar su pan en el páramo.

Su cautela era tan razonable y su consejo tan sabio que no pude menos que alegrarme de llevarlo a cabo y de entusiasmarme por aquella señal indudable de su fidelidad. Nos pusimos a preparar la tierra tan pronto como nos lo permitieron nuestras herramientas. En más o menos un mes quedó todo preparado y al fin de ese plazo ya había llegado la época de la siembra. En la máxima extensión que conseguimos desbrozar sembramos veintidós fanegas de cebada y dieciséis tinajas de arroz, que era básicamente toda la semilla de la que disponíamos, aparte de lo que dejamos para nuestro propio sustento durante los seis meses que teníamos que esperar a que creciera el cultivo, contando a partir del momento en el que tuvimos que separar las semillas, puesto que allí la recolección se realizaba antes de ese plazo.

Ahora que nuestra comunidad era lo bastante numerosa y que el ser un grupo nos ponía a salvo de los salvajes en el caso de que se presentaran (a no ser que lo hicieran en una cantidad verdaderamente ingente), podíamos caminar libremente por la isla cada vez que encontrábamos la ocasión. Aquélla era la manera más que eficaz de descansar de nuestros pensamientos, *al menos para mí*, y así hice marcas en varios árboles que me parecieron que podían servir a nuestro propósito y le pedí a Viernes y a su padre que se encargaran de cortarlos. Le pedí también al español, a quien había hecho partícipe de mis planes, que se encargara de supervisar su trabajo. Les mostré a continuación cómo con inmenso esfuerzo había conseguido convertir un árbol entero en pequeños tablones y les pedí que hicieran lo mismo hasta que consiguieran al menos doce tablones largos de buen roble, que tuvieran sesenta centímetros de ancho por diez metros de largo y de dos a cuatro centímetros de grosor. No creo que nadie pueda imaginar el prodigioso esfuerzo que hubo que realizar para conseguirlo.

Al mismo tiempo intenté acrecentar al máximo mi pequeño rebaño de cabras, y con ese fin les pedí a Viernes y al español que me acompañaran al día siguiente a hacer una expedición. Conseguimos alrededor de unas veinte crías jóvenes para alimentarlas junto al resto. Cada vez que disparábamos a una presa rescatábamos a las crías y las añadíamos a nuestro redil. Pero por

encima de todo se avecinaba la época de la uva y obtuvimos una cantidad tan enorme que por un momento me dio la sensación de estar en Alicante. Cuando comenzaron a inclinarse los racimos llegamos a llenar entre sesenta y ochenta barriles, algo que junto al pan constituía una parte muy importante de nuestra alimentación y una excelente forma de vida, puedo asegurarlo, porque es una comida muy nutritiva.

Llegó la época de la cosecha y nuestro cultivo tenía buen aspecto. No era el mejor que había visto desde que estaba en la isla, pero al menos era lo bastante bueno como para servir a nuestro propósito. De las veintidós fanegas de cebada cosechamos y limpiamos unas doscientas veinte fanegas y una proporción parecida de arroz, lo que suponía un almacén de comida lo bastante grande para la próxima cosecha. Si los dieciséis españoles hubiesen estado en la isla en ese momento o si hubiésemos decidido partir en ese instante, habría habido bastante alimento para realizar el viaje y trasladarnos hasta la otra parte del mundo, o lo que es lo mismo, hasta América.

Cuando al fin hubimos almacenado y asegurado nuestra producción de cereales nos tuvimos que poner a trabajar el mimbre o, por decirlo de otro modo, a fabricar grandes cestos para almacenarlo. En ese sentido el español resultó ser muy útil y habilidoso, y de cuando en cuando me reprochaba que no lo ayudara en esas labores, pero no veía tampoco necesidad de hacerlo.

Ahora que ya teníamos suficientes alimentos para nuestros esperados huéspedes pude por fin darle al español la orden de que partiera hacia el continente para ver qué se podía hacer con quienes habían quedado allí. Le di unas órdenes muy estrictas y papel. Las condiciones eran que le prohibía traer a ningún hombre que no hubiese jurado primero ante él y el viejo salvaje que de ningún modo trataría de herir, combatir o atacar a la persona que iba a encontrar en la isla y que había sido tan amable de acudir en su rescate, más bien todo lo contrario: que se pondría de su lado y lo defendería ante todas las vicisitudes que se presentaran y que fuera donde fuera se comprometería a estar bajo sus órdenes. Todo ese juramento debía quedar, en segundo lugar, por escrito y firmado de su puño y letra. Cómo íbamos a resolver ese asunto sin tener pluma ni tinta era una cuestión que aún no nos planteábamos.

Así fue como el español y el viejo salvaje (el padre de Viernes) partieron en una de las canoas en las que habían venido o, para ser más precisos, en una en la que los habían traído cuando eran prisioneros que serían devorados por los salvajes.

Les di un mosquete a cada uno, pólvora y balas para unas ocho cargas pidiéndoles que fueran muy cuidadosos y que no se pusieran en una situación

comprometida.

Fue un día alegre, pues aquélla era una de las primeras medidas para mi propia liberación en veintisiete años. Les di provisiones de pan y pasas suficientes para muchos días, y también suficientes para los españoles durante ocho días. Les deseé buen viaje y contemplé cómo se marchaban después de haber acordado con ellos una señal que podían hacer desde la canoa y que nos haría saber que se trataba de ellos aun cuando estuvieran a mucha distancia de la costa.

Partieron con buen viento un día de luna llena del mes de octubre, según mis cálculos. Mi calendario no era exacto pues había perdido un día antes y jamás pude identificar el error; ni siquiera estaba seguro de haber contado puntualmente los años, aunque cuando pude corroborar mi calendario descubrí que mi recuento de los años había sido correcto.

REPRIMIMOS UN AMOTINAMIENTO

No llevábamos ni ocho días esperándolos cuando sucedió un imprevisto sin precedentes en este relato. Una mañana estaba dormido en mi conejera cuando Viernes se acercó corriendo y me dijo:

—Amo, amo, ya llegan.

Di un salto en el acto y, sin considerar el peligro al que me exponía, salí al exterior tan pronto como me pude poner la ropa y cruzar el pequeño bosquecillo (que para aquel entonces ya había ganado mucho espesor). Iba, como ya he dicho, inocente del peligro que se avecinaba porque lo hice sin mis armas, aunque tampoco seguía siendo mi costumbre llevarlas. Me sorprendí al mirar hacia el mar y divisar a unos siete kilómetros un bote que se dirigía a la orilla con una vela de hombro de carnero. La brisa los traía a buena velocidad. Me di cuenta también de que no estaban entrando por la parte por la que la orilla desciende, sino por la parte sur de la isla. Llamé a Viernes y le dije que se acercara, porque aquellas no eran las personas a las que estábamos esperando y aún no podíamos saber si eran amigos o enemigos.

Fui a buscar el catalejo para ver qué podía averiguar sobre ellos. Saqué la escalera y subí hasta lo alto de la colina como solía hacer cuando era más aprensivo, para tener una vista más amplia de la situación.

Apenas había puesto un pie en la colina descubrí que el barco se encontraba anclado a una distancia de unos ocho kilómetros en dirección sur-sudeste y a una distancia de unos siete kilómetros de la orilla. Por lo que pude ver me pareció que se trataban de un barco inglés y de un bote de la misma procedencia.

No soy capaz de expresar el estado de confusión que sentí, apenas puedo describir la alegría que supuso para mí ver un barco, y más aún un barco del que tenía buenos motivos para pensar que estaba dirigido por compatriotas míos y por lo tanto amigos, aunque en el fondo había algo parecido a una secreta sospecha que flotaba en el ambiente. Era incapaz de determinar de dónde me venía, pero lo cierto es que me mantenía en una especie de estado

de alarma. Lo primero que me hizo sospechar fue pensar qué motivo habría podido traer a un barco inglés hasta aquella parte del mundo, ya que no se encontraba en medio de ninguna ruta por la que traficaran los ingleses. Sabía además que no había habido tormentas que pudiesen justificar su arribo a la isla. Me angustiaba la idea de que incluso siendo ingleses no se encontraran en esas costas por ningún propósito honorable y pensé que lo mejor que podía hacer era permanecer como estaba antes que caer en manos de unos asesinos.

Los hombres no deben menospreciar jamás esas intuiciones o sensaciones de peligro que a veces los asaltan a pesar de que no estén fundadas en nada real. Esas intuiciones se producen por una acumulación de elementos que no podemos negar, son descubrimientos que pertenecen a un mundo invisible, una congregación de espíritus, su presencia nos advierte de un peligro. ¿Por qué no podemos pensar que son una especie de agente amistoso (no importa si superior o inferior, ésa no es la cuestión)? ¿Por qué no pensamos que son algo que trabaja en nuestro favor?

La situación confirmó la justicia de este razonamiento, porque de no haber obedecido aquella admonición secreta, viniera de donde viniera, habría hecho lo inevitable y acabado en unas condiciones mucho peores, como podrá verse a continuación.

No me quedé mucho tiempo allí, pero sí el suficiente como para comprobar que el bote se acercaba a la orilla como si estuviese buscando una ensenada propicia para atracar. Debido a que estaban lejos no vieron la pequeña en la que yo había atracado mis balsas y se dirigieron hacia la playa que estaba a un kilómetro de donde yo me encontraba, algo que me alegró porque de otro modo, como ya he dicho, habrían llegado a la puerta de mi casa y no habrían tardado en sacarme a palos de mi castillo y puede que hasta me hubiesen despojado de todo cuanto había conseguido almacenar.

Cuando por fin llegaron a la orilla comprobé con satisfacción que se trataba de ingleses, o al menos la mayoría, puede que algunos fueran holandeses, pero no podía estar seguro. Eran once hombres, tres de ellos estaban desarmados y, como descubrí enseguida, atados. Cuando los primeros cuatro o cinco saltaron a la orilla agarraron a aquellos tres y los sacaron de los botes como a prisioneros. Comprobé que uno de ellos hacía grandes gestos de súplica, miedo y desesperación hasta el límite de la extravagancia, mientras que los otros dos alzaban los brazos de cuando en cuando y parecían también preocupados, aunque no tanto como el primero.

Quedé totalmente desconcertado ante la escena, aunque poco a poco me pareció que entendía lo que estaba sucediendo. Viernes se dirigió a mí en mi

idioma lo mejor que pudo:

—Amo, ver ingleses comer prisioneros igual que salvajes.

A lo que yo respondí:

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso te parece que se los vayan a comer?

—Sí, sí —dijo—, van a comer.

—No —repliqué yo—, me temo que van a matarlos, pero puedes estar seguro de que no se los van a comer.

Durante todo aquel proceso no se me ocurrió nada que pudiera justificar aquella situación, me limité a permanecer allí temblando bajo el espanto de la escena, esperando a que aquellos tres prisioneros fueran ejecutados. Vi que uno de los villanos alzaba el brazo agarrando un gran alfanje, tal y como lo suelen llamar los marineros, para golpear con él a uno de los desgraciados. La sangre se me quedó congelada en las venas, pero no sucedió nada.

Deseé de todo corazón la presencia del español y el viejo salvaje que se había ido con él para poder acercarme sin ser descubierto, disparar y liberar a aquellos tres hombres. No vi que nadie entre ellos tuviera armas de fuego, pero descarté el pensamiento de hacerlo yo solo.

Después de contemplar la abusiva manera en que los marineros habían tratado a aquellos tres hombres, vi que corrían dispersándose sobre el terreno como si quisieran ver el lugar. Observé que también ellos tres parecían tener libertad para ir adonde se les antojara, pero se sentaron en el suelo muy pensativos y con todo el aspecto de ser presas de la desesperación.

Aquello me hizo recordar la primera vez que pisé la isla. Todos me recordaban un poco a mí, a la forma en la que pensaba que estaba completamente perdido, la desesperación con la que miré a mi alrededor, todos los espantosos miedos que me asaltaron y el pánico que pasé en aquel árbol durante la primera noche, creyendo que iba a ser devorado por bestias salvajes. Aquella noche aún no sabía nada de la providencial ayuda que recibiría debido a que el barco se había quedado varado cerca de la costa por la tormenta y las mareas, y gracias al cual había logrado sostenerme durante tanto tiempo. Del mismo modo, aquellos tres pobres desgraciados no sabían nada sobre lo asegurada que estaba su manutención en el lugar en el que se encontraban, lo cerca que estaba yo de ellos y lo dispuesto a ayudarlos en el mismo instante en el que sintieran perdidos y al borde de la desesperación.

En realidad es muy poco lo que vemos en esta vida, y por esa razón debemos depender con alegría de los designios del gran Señor de todas las criaturas, quien nunca abandona a sus súbditos a la absoluta indigencia, pues hasta en la peor de las circunstancias hay algo por lo que debemos sentirnos

agradecidos. Muchas veces la liberación está mucho más cerca de lo que imaginamos, es más, de pronto nos acercamos a la liberación por la misma vía por la que pensábamos que nos acercábamos a la destrucción.

Aquellos hombres habían atracado justo en el momento en que la marea estaba más alta. Una parte de ellos se había quedado junto a los prisioneros que habían traído y la otra se había aventurado a pasear un poco para ver en qué tipo de lugar se encontraban. Pero la marea ahora había bajado, el agua se había retirado considerablemente y el bote se había quedado encallado.

Dos hombres se habían mantenido a bordo y al parecer, lo descubrí luego, habían bebido demasiado *brandy*, porque se habían quedado dormidos. Fuera como fuera, uno se despertó antes que el otro y, al ver que el bote se había quedado varado, gritó al resto que estaba vagabundeando por la isla para que fueran cuanto antes en su ayuda. Demasiado tarde, fueron incapaces de moverlo, el bote era demasiado pesado y la orilla en aquella parte era de una arena muy blanda, casi como arenas movedizas.

En aquella circunstancia y como auténticos marineros (el colectivo humano menos dado a la previsión), desistieron y volvieron a alejarse para seguir investigando. Pude escuchar cómo uno de ellos se dirigía a otro y le decía:

—Déjalo estar, Jack, es imposible, esperaremos a que suba otra vez la marea.

Con aquello quedé completamente convencido del país del que provenían.

Durante todo ese proceso me mantuve cerca del lugar en el que se encontraban, pero sin atreverme a salir de mi castillo ni a ir más allá del sitio desde el que estaba observándolos, cerca de lo alto de la colina. Me agradaba pensar lo bien fortificado que estaba. Sabía que no iban a pasar menos de diez horas antes de que aquel bote pudiera flotar otra vez y que transcurrido ese tiempo ya iba a ser de noche y por tanto iba a tener mucha más libertad para observar sus movimientos y escuchar lo que decían, si es que decían algo.

Mientras tanto, me preparé para la batalla como ya lo había hecho otras veces, aunque con más cautela, porque sabía que tendría que enfrentarme a un enemigo muy diferente. Le ordené a Viernes, a quien había convertido en un excelente tirador, que cargara sus armas. Yo tomé las dos escopetas de caza y le di a él los tres mosquetes. Mi aspecto era de lo más temible, llevaba puesto mi abrigo de piel de cabra con el enorme gorro que ya he mencionado y en el cinto una espada desnuda junto a las dos pistolas, además de las dos escopetas al hombro.

Como ya he dicho, mi idea era no hacer ningún intento hasta que no fuera de noche, pero a las dos, en la hora de más calor en la isla, me di cuenta de que en poco tiempo todos estarían en el bosque descansando. Los tres pobres desgraciados, demasiado angustiados como para poder dormir, se sentaron al cobijo de un árbol enorme a unos trescientos metros de donde yo estaba en un lugar, supuse, que quedaba fuera del alcance de la vista de los demás.

Estando así las cosas decidí presentarme y enterarme de algo sobre su condición. Me dirigí hacia donde se encontraban junto a Viernes, que me seguía a cierta distancia y lucía tan temible como yo debido a las armas, aunque no tan extravagante.

Me acerqué lo más que pude hasta donde se encontraban y antes de que ninguno de ellos me hubiese visto les hablé en voz alta y en español:

—¿Qué son ustedes, caballeros?

Se dieron la vuelta sorprendidos al escuchar una voz. Pero se sorprendieron diez veces más cuando vieron mi inenarrable aspecto.

No respondieron nada y cuando me dirigí a ellos en mi idioma casi dieron un salto.

—Caballeros —les dije—, no se sorprendan de mi aspecto, lo más probable es que tengan cerca a un amigo cuando menos lo esperaban.

—En ese caso debe de ser directamente el Cielo quien nos lo envía —dijo uno de ellos dirigiéndose hacia mí con mucha gravedad y quitándose el sombrero al mismo tiempo—, porque estamos en una situación en la que ningún hombre podría ayudarnos.

—Toda la ayuda que recibimos viene del Cielo, señor mío —dije yo—, pero tal vez puedan informar a este desconocido de qué modo les puede ayudar, pues mi impresión es que se encuentran acogotados por una gran desgracia. Les he visto cuando han atracado y cuando les han sacado del bote esas bestias que les traían. He visto que uno de ellos alzaba su espada para matarles.

El pobre hombre, con los ojos repletos de lágrimas y temblando replicó completamente conmovido:

—¿Estoy hablando con un hombre o con Dios? ¿Es de verdad un hombre o un ángel?

—No se equivoque, señor —respondí yo—, le puedo asegurar que si Dios le hubiese enviado un ángel le habría puesto mejores ropas que las mías y armas más letales de las que llevo yo. No llore, no soy más que un hombre, un hombre inglés para ser más preciso. Tal y como puede comprobar estoy

dispuesto a ayudarles. Tengo tan sólo un sirviente, pero disponemos de armas y de municiones. ¿En qué podemos ayudarles? ¿Cuál es su situación?

—Nuestro caso, señor —respondió él—, es demasiado largo como para ser relatado porque nuestros asesinos están demasiado cerca, aunque cierto es que se puede resumir en dos palabras. Yo era el capitán de ese barco y mis hombres se han amotinado en mi contra. Apenas han concedido no matarme pero a cambio han decidido abandonarme en la orilla de este desolado lugar junto a estos dos otros hombres, mi segundo de a bordo y un pasajero. Suponíamos que íbamos a morir, estábamos convencidos de que el lugar estaba deshabitado y aún no sabemos qué pensar.

—¿Dónde están esas bestias, sus enemigos? —pregunté yo—. ¿Saben dónde han ido?

—Están por allí tendidos, señor —respondió señalando hacia un grupo de árboles—. La simple posibilidad de que nos hayan visto hablar con usted me hace temblar de miedo, porque si es así no tardarán en matarnos.

—¿Tienen armas de fuego? —pregunté.

Me contestó que sólo había dos y que una de ellas estaba en el barco.

—En ese caso —repliqué— déjenmelo a mí. Ya veo que están todos dormidos, sería sencillo matarlos ahora, aunque tal vez sea mejor hacerlos prisioneros.

Me contestó que entre ellos había dos villanos con los que sería inútil tener piedad, pero que el resto podía regresar sin problema a sus obligaciones.

—¿Qué obligaciones son ésas? —pregunté.

Me dijo que no me las podía describir a tanta distancia, pero me aseguró que obedecerían cualquier tipo de orden que yo les diera.

—De acuerdo —dije yo—, alejémonos un poco para que no puedan vernos ni oírnos, dejemos que se despierten y ya nos encargaremos de resolver eso más adelante.

Ellos se fueron encantados conmigo y el bosque nos ocultó por completo.

—Escuche, señor —dije yo—, antes de aventurarme a liberarles hay algunas condiciones que me gustaría acordar con usted.

Él se anticipó a mis condiciones y me respondió que si los liberaba, tanto él como su barco (en el caso de que consiguiéramos recuperarlo) estarían bajo mi dirección y disposición en todo, y que si no lo conseguíamos, él viviría y moriría a mi lado en cualquier parte del mundo o adonde yo quisiera enviarlo. Los otros dos me aseguraron lo mismo.

—Muy bien —dije yo—, en ese caso han de saber que mis condiciones son dos: 1. Durante todo el tiempo que permanezcan en la isla no tendrán

ninguna pretensión de ningún tipo de autoridad y si en alguna situación pongo armas en sus manos no las utilizarán jamás en mi contra ni en contra de los míos; en esta isla en todo momento estarán bajo mis órdenes. 2. Si recuperamos el barco me llevarán ustedes a mí y a los míos gratuitamente hasta Inglaterra.

Me aseguraron con todas las fórmulas que la fe y la retórica humana han podido inventar que cumplirían con aquellas dos condiciones tan razonables, aparte de repetir una y otra vez que me debían la vida y que me estarían agradecidos por ello hasta el fin de sus días.

—Muy bien —dije entonces—, en ese caso aquí tienen tres mosquetes, pólvora y balas. Díganme qué es lo que les parece más apropiado.

Él mostró una enorme gratitud, tanta como fue capaz, y me dijo que prefería que fuera yo quien decidiera. Le respondí que aunque era difícil hacer suposiciones, me parecía que el mejor método sería dispararles directamente mientras dormían y que a los que no murieran en la primera descarga y se ofrecieran a entregarse los podíamos salvar. Les dije que me parecía más apropiado poner aquel asunto del primer disparo en manos de la divina Providencia.

Él respondió con gran modestia que sentía un gran rechazo a matarlos y que preferiría evitarlo si era posible, con excepción de los dos villanos que habían sido responsables del motín. Si no ajusticiábamos a aquellos dos estaríamos como al principio, porque al subir al barco volverían a organizar una revuelta y esta vez nos destruirían con toda seguridad.

—En ese caso —dije yo—, la necesidad legitima mi consejo, porque es la única forma de salvar nuestras vidas.

Aun así, y como lo veía reticente al derramamiento de sangre, les dije que podían ir ellos mismos y hacer lo que les pareciera conveniente.

En medio de aquella discusión escuchamos que algunos se despertaban y poco después los vimos alejarse caminando. Le pregunté si alguno de aquellos hombres había sido el responsable del motín y me dijo que no.

—De acuerdo, en ese caso déjenlos escapar, parece que la Providencia los ha hecho despertar para salvarles la vida. Pero si el resto escapa, será sólo culpa suya.

Animado por aquellas palabras agarró el mosquete que le había dado, se metió una pistola en el cinto y lo mismo hicieron sus compañeros, cada uno llevaba un arma en la mano. Los dos hombres que iban con él se adelantaron un poco e hicieron ruido, lo que provocó que uno de los marineros se despertara y, al ver lo que se avecinaba, dio un grito para avisar al resto,

aunque demasiado tarde, porque en el mismo instante en que gritó ellos dispararon, y cuando digo ellos me refiero sólo a los dos hombres, el capitán se reservó su disparo astutamente. Apuntaron con tanta eficacia y conocían tan bien a aquellos hombres que uno de ellos murió en el acto y el otro quedó muy malherido, aunque no muerto. Se puso en pie tambaleándose y gritó el nombre del otro pero el capitán se acercó hasta él y le dijo:

—Es demasiado tarde para pedir ayuda, pide más bien ayuda a Dios para que perdone tu deslealtad.

Después de decir esas palabras le pegó un último balazo de su mosquete y ya no volvió a hablar. Había tres más en la compañía y uno de ellos también había sido herido de levedad. En aquel punto yo también me encontraba junto a ellos de forma que, al ver el peligro en el que se hallaban y el poco sentido que tenía resistirse, comenzaron a pedir clemencia. El capitán les dijo que les perdonaría la vida si le aseguraban que aborrecían de todas las deslealtades que habían hecho y le juraban que le serían leales a la hora de recuperar el barco y llevarlo a Jamaica, el lugar del que habían venido. Ellos replicaron que lo harían tratando de convencerlo de su sinceridad y como él estaba deseando creerles para no tener que matarlos, algo de lo que yo tampoco estaba en contra, los obligó tan sólo a que permanecieran atados de pies y manos durante el tiempo que estuvieran en la isla.

Mientras yo me encargaba de atarlos, envié a Viernes con el segundo del capitán al bote y le di órdenes de asegurarlo y de traer los remos y la vela. En ese lapso, los tres hombres que se habían marchado, para su propia fortuna, regresaron antes de que empezaran los tiros y al ver cómo el capitán, que antes había sido su prisionero, se había convertido ahora en su conquistador, se ofrecieron también a ser atados. Podíamos decir que nuestra victoria era completa.

Lo único que faltaba ahora era que el capitán y yo nos contáramos nuestras historias. Comencé yo, le hice un relato completo y él me escuchó con atención, hasta con asombro, sobre todo cuando le relaté cómo me había aprovisionado de comida y armas. Mi historia era realmente una cadena de cosas tan asombrosas que se conmovió mucho, y cuando quiso hablar sobre sí mismo y sobre la forma en la que había sobrevivido no pudo decir una palabra más y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Cuando se tranquilizó lo llevé a él y a sus dos compañeros hasta mi casa, se la enseñé por dentro y por fuera, les ofrecí comida y les enseñé todas las contribuciones que había hecho a la isla durante mi infinita estancia en el lugar.

Les mostré y les expliqué todo y no salían de su asombro, aunque lo que más maravilló al capitán fue mi empalizada y la perfecta manera en la que había conseguido ocultarla con aquel bosquecillo, unos árboles que habían sido plantados hacía ya veinte años, lo que confirmaba que allí los árboles crecían mucho más rápido que en Inglaterra. Era ya un pequeño bosque, y tan espeso que resultaba imposible cruzarlo desde ningún lugar excepto desde uno, el pasadizo que yo me había hecho. Le dije que aquél era mi castillo y también mi residencia, pero que también tenía un pequeño asiento en otro lugar, igual que todos los príncipes, al que me retiraba cuando lo deseaba, aunque ése se lo mostraría en otra ocasión. De momento, añadí, teníamos que concentrar nuestra energía en recuperar el barco. En ese punto coincidía conmigo, pero me confesó que no sabía cómo hacerlo porque a bordo quedaban todavía veintiséis manos que hasta ese momento habían estado a favor del motín. Al saber que sus vidas podían estar ahora a disposición de la justicia no era improbable que, llevados por la desesperación, se dieran a la fuga para evitar ser reducidos en cuanto llegaran a Inglaterra o a cualquier colonia inglesa, pues entonces su destino serían las galeras. No nos convenía atacarlos estando en una desventaja numérica tan aplastante.

Estuve dándole vueltas unos instantes y me pareció que lo que decía era razonable. Había algo que tenía que ser resuelto con la mayor celeridad posible: teníamos que llevar a los hombres que estaban a bordo a una situación de sorpresa tal que impidiera que fueran ellos los que atracaran e intentaran destruirnos. Dándole vueltas al asunto se me ocurrió de pronto que dentro de no mucho tiempo la tripulación del barco se empezaría a preguntar qué les había sucedido a sus compañeros y al bote. Lo más probable es que fueran a la orilla con el otro bote y los buscaran; seguramente llegarían armados hasta un punto en que resultarían demasiado fuertes como para enfrentarnos a ellos. Él admitió que todo lo que había expuesto era muy lógico.

Dando eso por sentado, continué yo, lo primero que teníamos que hacer era asegurar el bote que estaba en la orilla para que no se lo pudieran llevar y sacar de él todo lo que hubiera, dejarlo lo más desprotegido posible y en una situación tal que no lo pudieran utilizar. Con aquella determinación fuimos a bordo y recogimos las armas que había allí junto al resto de las cosas que encontramos y que básicamente eran una botella de *brandy*, otra de ron, un pastel de galleta, un cuerno con pólvora y un gran saco de lienzo con azúcar, de unos seis o siete kilos. Yo celebré especialmente aquellas dos cosas, el *brandy* y el azúcar, porque hacía años que no las veía.

Cuando llevamos todo a la orilla (los remos, el mástil, la vela y el timón los dejamos lejos), hicimos un buen agujero en el fondo para que, incluso si eran lo bastante fuertes como para arrastrarlo, no se lo pudieran llevar.

En realidad lo único en lo que pensaba era en recuperar el barco, pero quería asegurarme de que si se iban sin el bote lo pudiéramos utilizar de nuevo para llegar a las islas Leeward y recoger allí a los españoles de camino, porque tampoco me había olvidado de ellos.

Mientras preparábamos todo, y tras un enorme esfuerzo, conseguimos dejar el bote sobre la orilla a una distancia suficiente como para que la marea no lo pusiera a flote cuando volviera a subir. Le habíamos hecho un agujero en el fondo demasiado grande como para detener la fuga rápidamente. Allí estábamos sentados pensando qué podíamos hacer cuando escuchamos que desde el barco alguien hizo una salva y agitó una bandera, seguramente la señal para que regresaran a bordo, pero como el bote no se movía dispararon varias veces e hicieron otras señales más.

Finalmente, cuando se demostraron inútiles todas las salvas y señales y vieron que el bote seguía sin moverse, comprobamos con ayuda de mi catalejo que preparaban otro bote y remaban hacia la orilla. Mientras se aproximaban pudimos ver que se acercaban al menos diez hombres a bordo y que disponían de armas de fuego.

Como el barco estaba a unos dos kilómetros de la costa tuvimos una perspectiva muy clara de ellos mientras se aproximaban, vimos hasta sus caras porque la marea los había desviado un poco hacia el este del otro bote y remaban tratando de acercarse al mismo punto.

Gracias a ese motivo, ya lo he dicho, pudimos tener de ellos una perspectiva completa, y también gracias a eso el capitán pudo saber con certeza quiénes eran las personas que venían en aquel bote y cuál era su carácter. De algunos de ellos dijo que eran hombres honrados de los que estaba seguro que se habían unido al motín sólo porque habían sido amenazados por sus compañeros.

Pero en cuanto al timonel, que parecía ser el oficial al mando, y a los demás, dijo que eran tan extravagantes como el resto de la tripulación y no había duda de que estaban en aquella empresa a la desesperada, algo que hacía que el capitán se mostrara increíblemente aprensivo, ya que podían llegar ser demasiado fuertes como para contenerlos.

Le sonreí y contesté que unos hombres que se encontraban en una situación como la nuestra podían decir que habían dejado atrás el miedo hacía mucho. Si se consideraba que cualquier situación imaginable era mejor que

aquella en la que nos encontrábamos, debíamos pensar también que las consecuencias, ya fueran la vida o la muerte, iban a ser sin duda una liberación. Por eso me animé a preguntarle qué pensaba del relato de mi vida: ¿No le parecía acaso que la liberación era algo por lo que merecía la pena luchar?

—¿A qué cree que se debe —pregunté— que yo haya estado en esta isla justo en el lugar indicado para salvarle la vida hace sólo unos instantes? En lo que a mí se refiere, me parece que en toda esta situación sólo hay una cosa incorrecta.

—¿Y qué cosa es ésa? —preguntó él.

—Lo incorrecto —contesté—, como usted ha dicho, es que entre ellos hay tres o cuatro hombres honrados que deberíamos dejar aparte. Si todos hubiesen pertenecido al sector malo de la tripulación yo no habría pensado que es la divina Providencia la que los enviaba, pero ya que es así, todos los hombres que pertenecen a ese bando y lleguen hasta la orilla serán de los nuestros y vivirán o morirán con nosotros.

Mientras decía esas palabras en voz alta y tono valeroso me di cuenta de que realmente lo estaba animando, y así pudimos concentrarnos seriamente en nuestra labor. Desde el momento en que vimos que el bote había salido del barco separamos a nuestros prisioneros y los aseguramos lo mejor que pudimos.

A dos de aquellos hombres, de los que de pronto el capitán estaba menos seguro de lo normal, los había enviado con Viernes y con el tercero de ellos a mi cueva. Allí se encontraban en un lugar lo bastante remoto y fuera de peligro como para que fueran descubiertos o para encontrar la salida a través del bosque en el caso de que consiguieran desatarse ellos mismo. Quedaron atados, pero les dimos provisiones y les prometimos que si se quedaban allí pacíficamente serían libres en un par de días, pero que si intentaban escapar encontrarían una muerte segura. Ellos prometieron soportar pacientemente su confinamiento y dieron muestras de agradecimiento por aquellas condiciones entre las que se incluían no sólo las provisiones, sino también la luz, pues Viernes les dio unas velas (unas como las que habíamos fabricado para nosotros) para que estuvieran más cómodos. Sabían que lo único que iba a hacer era permanecer apostado de centinela en la entrada.

Los otros prisioneros tuvieron mejor suerte, hubo dos que también fueron atados porque el capitán no se fiaba de ellos, pero otros dos fueron puestos a mi servicio por recomendación del capitán y tras jurar solemnemente que estaban dispuestos a morir por nosotros. Con ellos y los otros tres hombres

honrados ya sumábamos siete, todos bien armados, y eso me hacía estar seguro de que podíamos enfrentarnos razonablemente bien a los diez que venían, considerando que entre aquellos diez el capitán había dicho que había tres o cuatro que eran honrados.

En cuanto llegaron al punto donde se encontraba el bote metieron el suyo en la orilla y desembarcaron arrastrándolo hacia el interior, algo que me alegró porque pensé que lo iban a dejar anclado a cierta distancia de la orilla y con algunos de ellos en él para protegerlo, de tal forma que no podríamos darle alcance.

Cuando estuvieron en tierra lo primero que hicieron fue correr hacia el otro bote y no fue muy difícil darse cuenta de lo sorprendidos que se quedaron al ver que estaba completamente desvalijado y con un agujero en el fondo.

Tras un rato fascinados ante aquella visión dieron dos o tres gritos de aviso, aullaron hacia aquí y hacia allá tratando de hacerse oír por sus compañeros, pero sin conseguir nada. Se agruparon todos en torno a un pequeño círculo e hicieron una carga al unísono con todas sus armas, un sonido que desde luego nosotros escuchamos y cuyo eco llegó hasta el bosque, pero que no cambió la situación, porque los que se encontraban en la cueva estaban demasiado lejos como para escucharlos y los que estaban en nuestras manos, por mucho que lo hubiesen escuchado, no podían contestar.

Se quedaron tan sorprendidos de no obtener respuesta, como nos contaron más adelante, que decidieron subirse de nuevo al bote y regresar al barco para comunicarle al resto que todos los hombres que habían ido en el primer bote habían sido asesinados, de modo que eso fue lo que hicieron.

El capitán se quedó muy sorprendido al ver aquello; con una sorpresa que rozaba la confusión, pensó que sus camaradas iban a volver al barco, desplegar la vela y marcharse, llevándose todas nuestras esperanzas.

No se habían alejado demasiado cuando comprobamos que se acercaban de nuevo a la orilla pero con una especie de mesura en sus movimientos, algo que parecían haber acordado: dejar a tres hombres en el bote para que el resto pudiera quedarse en la orilla y adentrarse en tierra para buscar a sus compañeros.

Aquello supuso para nosotros una tremenda decepción, porque no sabíamos qué hacer. Si dejábamos que el bote escapara no nos iba a servir de nada perseguir a aquellos siete hombres que ahora estaban en tierra; los que estaban en el bote con toda seguridad iban a arriar las velas y a marcharse, por lo que perderíamos igualmente toda esperanza de recuperar el barco.

Fuera como fuera, no teníamos más remedio que esperar y ver qué rumbo tomaban los acontecimientos. Los siete hombres llegaron a la orilla y tres se quedaron en el bote para llevarlo luego a una distancia razonable de la costa y echar el ancla para esperarlos. Para nosotros era imposible llegar hasta donde ellos se encontraban.

Los que desembarcaron se mantuvieron unidos y se dirigieron hacia la pequeña colina bajo la que estaba mi casa, por lo que pudimos verlos claramente sin que ellos nos vieran a nosotros. Nos habría venido bien que se acercaran un poco para ponerse a tiro, o que se hubiesen alejado para ir tras ellos.

Cuando llegaron a lo alto de aquella colina desde la que tenían una buena perspectiva del valle y de la cara noreste del bosque, en la que la isla era más baja, se pusieron a gritar y a dar voces hasta que no pudieron más. No parecían tener intención de ir hacia las otras orillas ni tampoco más lejos, porque se sentaron juntos a la sombra de un árbol, seguramente para discutir la situación. Puede que estuvieran considerando echar una siesta, tal y como había hecho el primer grupo, algo que sería como darnos el trabajo hecho, pero parecían demasiado aprensivos ante la posibilidad de un peligro, a pesar de que no sabían qué era exactamente lo que debían temer o ni siquiera si había o no motivo real para temer algo.

El capitán me hizo entonces una propuesta que me pareció muy acertada después de consultarlo con el resto: en caso de que dispararan de nuevo una salva para que los escucharan sus camaradas, nosotros podíamos salir corriendo hacia ellos y aprovechar que tenían todas las armas descargadas para atraparlos con facilidad y sin derramamiento de sangre. Me gustó mucho su propuesta y decidimos que teníamos que estar lo bastante cerca como para poder asaltarlos antes de que les diera tiempo a cargar de nuevo.

El problema es que no se volvió a dar la situación y permanecimos inmóviles durante mucho tiempo sin saber qué dirección tomar. Finalmente les dije que en mi opinión no íbamos a poder hacer nada hasta que cayera la noche; si no regresaban al bote tal vez podríamos arreglárnoslas para alcanzarlos en algún punto antes de que llegaran a la orilla, ya pensaríamos más tarde en alguna estratagema para que los del bote regresaran a tierra.

Esperamos durante un buen rato, muy impacientes. Nos pareció desesperante comprobar que después de todas aquellas charlas lo único que se les ocurrió fue levantarse al unísono y dirigirse de nuevo hacia la orilla. Al parecer era tanto el miedo que les provocaba aquel lugar que habían decidido

regresar primero al bote y después al barco, dar a sus compañeros por perdidos y proseguir su viaje.

En cuanto vi que se dirigían hacia la orilla me imaginé lo que había sucedido, habían desistido de buscar más y estaban regresando. En cuanto le hube comunicado mis pensamientos el capitán se desanimó al instante, pero yo ideé una estratagema para hacer que regresaran.

Le ordené a Viernes y al ayudante del capitán que fueran hasta el pequeño arroyo que estaba en la banda oeste, junto al lugar en el que los salvajes habían desembarcado cuando fue rescatado y que, en cuanto llegaran a aquella zona que comienza a escarparse y que queda a un kilómetro y medio de distancia, gritaran lo más alto que pudieran y siguieran haciéndolo hasta que estuvieran seguros de que los marineros los habían escuchado. Eso los haría regresar de nuevo. Lo que tenían que hacer a continuación, y siempre manteniéndose alejados de su vista, era seguir respondiendo con sus gritos a los de los otros e ir haciendo que se adentraran lo más lejos posible en el interior de la isla y en medio del bosque para traérmelos a continuación de vuelta de una forma que les indiqué.

Casi estaban ya subiendo al bote cuando Viernes y el segundo gritaron. Ellos los oyeron en el acto y respondieron, volvieron a gritar y un instante después ya estaban corriendo en dirección oeste por la orilla hacia la voz que los llamaba. Se detuvieron frente al arroyo, cuyas aguas no podían recorrer hacia arriba, y pidieron a los del bote que fueran hasta allí, justo lo que yo esperaba que hicieran.

Cuando se montaron de nuevo vimos cómo el bote ascendió durante un buen rato por la corriente. Lo dejaron luego en una de las orillas y se llevaron con ellos a uno de los tres hombres que antes se habían quedado a bordo, de tal forma que ahora ya sólo permanecieron dos en él. Ataron el bote a un árbol.

Era justo lo que estaba esperando que hicieran. Dejé que Viernes y el segundo hicieran su trabajo y yo me llevé al resto conmigo, cruzamos el arroyo en un punto que quedaba lejos de su vista y sorprendimos a los dos hombres antes de que se dieran cuenta. Uno estaba tendido en la orilla y el otro en el bote. El de la orilla estaba medio adormilado y fue el capitán quien corrió hasta donde estaba y lo despachó. Desde allí le gritó al que estaba en el bote que se rindiera si no quería ser hombre muerto.

No hicieron falta grandes argumentos para convencer a aquel hombre solitario que vio que tenía a cinco hombres frente a él y que su compañero estaba fuera de combate. Además, se trataba de uno de los hombres honrados

que no había estado a favor del motín, por lo que fue muy sencillo convencerlo, no sólo para que se rindiera, sino también para que se uniera a nuestro bando.

Viernes y el segundo hicieron su trabajo a la perfección; los fueron llevando de una colina a otra a base de gritos y respuestas hasta que consiguieron no sólo dejarlos exhaustos, sino abandonarlos en un punto en el que estaban convencidos de que serían incapaces de encontrar el camino de vuelta hasta el bote antes del anochecer. Ellos mismos estaban exhaustos cuando se reunieron con nosotros a la vuelta.

Ahora lo único que teníamos que hacer era vigilarlos en la oscuridad y caer sobre ellos.

Habían pasado ya algunas horas desde el regreso de Viernes cuando comenzaron a intentar regresar al bote. Oímos cómo la mayoría de ellos seguían gritando a los que habían estado siguiendo y quejándose de lo cansados que estaban y de lo lento que iban, una buenísima señal para nosotros.

Finalmente consiguieron regresar hasta el lugar en el que habían dejado el bote, pero cuál fue su sorpresa cuando se lo encontraron encallado entre las rocas del arroyo, el cabo suelto y los dos hombres a los que habían dejado allí desaparecidos. Los escuchábamos quejarse con auténtico dolor de que habían caído en una isla encantada, de que si había habitantes en ella no iban a tardar en ser asesinados y de que, si en vez de hombres se trataba de espíritus, se los acabarían llevando con ellos y devorando sus almas.

Gritaron una vez más y repitieron los nombres de los dos que se habían quedado en el bote, lo hicieron muchas veces, pero no obtuvieron respuesta. Los pudimos ver un poco más tarde haciendo aspavientos presas de la desesperación, yendo a ratos a sentarse en el bote o regresando de nuevo a la orilla.

A mis hombres les hubiese alegrado abandonarlos en medio de la oscuridad, pero yo estaba deseando ganarles cierta ventaja, separarlos y matar a cuantos pudiera, sobre todo porque no me quería arriesgar a que mataran a ninguno de los nuestros y sabía que iban bien armados. Decidí esperar para ver si se separaban y, para estar más seguro de que así sucediera, dispuse mi emboscada un poco más cerca y les ordené a Viernes y al capitán que se echaran sobre el suelo y se arrastraran haciendo el menor ruido posible para que no los descubrieran y acercarnos lo máximo posible antes de que se pusieran a disparar.

No llevaban mucho tiempo en esa posición cuando el timonel del bote, que había sido también uno de los principales instigadores del motín y ahora parecía el más descorazonado y abatido de la comitiva, apareció caminando justo en el lugar en el que ellos se encontraban en compañía de otros dos miembros de la tripulación. El capitán estaba tan entusiasmado de tenerlo cerca que apenas pudo contener la paciencia y asegurarse de que se acercara más. En cuanto escuchó su voz, el capitán y Viernes se pusieron en pie y comenzaron a disparar.

El timonel murió en el acto, el hombre que estaba a su lado resultó herido y cayó a su lado pero no murió hasta dos o tres horas más tarde, y el tercero consiguió escapar.

En cuanto escuché los disparos avancé al instante con todo mi ejército, que ya sumaba ocho personas: yo (el *Generalissimo*)**[6]**, Viernes (mi teniente general), el capitán y sus dos hombres y los tres prisioneros de guerra en quienes habíamos confiado para darles armas.

Nos acercamos hasta donde se encontraban a oscuras para que tampoco ellos pudieran ver cuántos éramos y le dije al hombre que había quedado en el bote y que ahora ya era uno de los nuestros que los llamara por sus nombres para ver si podíamos hacernos con alguno de los suyos, algo que tal vez podría reducir los términos de la batalla, y así fue, tal y como lo había planeado. No resultaba muy complicado, considerando la situación en la que se encontraban, entender que desearan rendirse. Fue llamándolos uno a uno en voz alta por sus nombres:

—¡Tom Smith! ¡Tom Smith!

Y Tom Smith respondió al instante:

—¿Quién anda ahí? ¿Robinson?

—Ah, Tom Smith, tirad vuestras armas lo antes posible o seréis todos hombres muertos.

—¿A quién nos tenemos que rendir? ¿Quiénes son ellos? —respondió Smith.

—Aquí están todos, nuestro capitán y quince hombres de su lado. Os han estado dando vueltas durante horas, el timonel ha muerto, Will Fry está herido y a mí me han hecho prisionero. Si no os rendís estamos todos perdidos.

—¿Y si nos rendimos nos darán cuartel?

—Les preguntaré, si quieres, pero os tendréis que rendir —dijo Robinson. Preguntó al capitán y el capitán se dirigió directamente a ellos:

—Eh, usted, Smith, conoce mi voz perfectamente. Si deponen las armas en este mismo instante todos conservarán sus vidas, todos menos Will Atkins.

En cuanto escuchó aquello, Will Atkins alzó la voz:

—Por Dios santo, capitán, deme cuartel, ¿qué he hecho yo? Ellos se han portado tan mal como yo…

Algo que por otra parte ni siquiera era cierto, porque aquel tal Will Atkins había sido el primero en echar mano al capitán cuando se desató el motín, lo había insultado salvajemente y tratado de la peor manera. El capitán les dijo que debían deponer las armas y confiar en la misericordia del Gobernador, refiriéndose a mí, pues todos me llamaban el Gobernador.

Por resumir, depusieron las armas en los términos acordados y suplicaron piedad. Yo envié al hombre que había hablado con ellos y a otros dos más a que ataran al resto y finalmente mi supuesto ejército de cincuenta hombres, que en realidad y con aquellos tres sumaba ocho soldados, fue y los encontró junto al bote. Lo único que tuve que hacer fue mantenerme alejado de su vista, por razones de estado.

Nuestra siguiente tarea fue reparar el bote y pensar qué podíamos hacer para alcanzar el barco. En cuanto al capitán, ahora que por fin podía dirigirse a ellos, les reprochó con dureza su deslealtad y la maldad de sus intenciones, y les dijo que con comportamientos como aquél lo único que iban a lograr era una absoluta miseria y puede que hasta una temporada en galeras.

Todos tenían un aspecto muy contrito y no hacían más que suplicar que les permitiésemos vivir, a lo que él les respondió que no eran sus prisioneros, sino los del jefe de aquella isla, y que a pesar de que en un primer momento habían estado convencidos de que lo estaban abandonando en una isla desierta lo cierto era que la isla estaba habitada, y que el Gobernador era un inglés. Él era la autoridad y podía ahorcarlos a todos si ése era su deseo, pero ya que les había dado cuartel suponía que lo más probable era que les permitiera regresar a Inglaterra para que se enfrentaran allí a la justicia competente, con excepción de Atkins, a quien el Gobernador le había encargado personalmente que le diera instrucción de que se preparara para morir, porque estaba previsto que fuese ahorcado al amanecer.

Todo aquello no era más que una ficción ideada por él mismo, pero tuvo el efecto deseado. Atkins se echó a sus pies y le suplicó que intercediera por él frente al Gobernador mientras que los demás pedían, por el amor de Dios, que no los mandaran de vuelta a Inglaterra.

RECUPERAMOS EL BARCO

Yo pensé que se acercaba por fin la hora de nuestra liberación y que iba a ser la cosa más fácil de este mundo conseguir que aquellos muchachos se apoderaran del barco, de modo que me retiré aprovechando la oscuridad para que no vieran a la persona a la que tenían por Gobernador. Llamé a uno de los hombres para que avisara al capitán y se acercó hasta él y le dijo:

—Capitán, el Gobernador le llama.

Habíamos acordado que siempre que eso ocurriera él respondería:

—Dígale a su Excelencia que voy enseguida.

Aquello los maravilló y pensaron al instante que el Gobernador estaba en compañía de sus cincuenta hombres. Cuando el capitán vino al lugar en el que me encontraba le conté mi proyecto de recuperar el barco y le pareció fantástico. Me pidió que lo ejecutáramos sin más tardanza a la mañana siguiente.

Pero para poder llevarlo a cabo con más arte y estar completamente seguros de nuestro éxito le dije que lo mejor que podíamos hacer era dividir a los prisioneros, que él se llevara a Atkins y a dos más de los peores, los atara y los dejara en la cueva en la que estaban los demás. Viernes y los dos hombres que aparecieron por primera vez en la orilla junto al capitán se ocuparon de todos ellos.

Los encerraron en la cueva como si se tratara de una prisión, un lugar de lo más deprimente, sobre todo para hombres de su naturaleza.

A los otros los envié a mi alcoba, como solía llamarla. Con todos atados y la entrada vallada parecía un lugar lo bastante seguro, considerando cómo había sido su comportamiento.

Fue a esos últimos a los que aquella mañana envié al capitán para que tuviera una charla con ellos y me dijera si pensaba que se podía confiar en ellos o no, para llevarlos a bordo y sorprender a los del barco. Les habló de las ofensas que habían perpetrado, de las condiciones en que lo habían llevado y de la gracia que les había concedido el Gobernador al darles cuartel y mantenerlos con vida. Les dijo que por la primera de aquellas acciones podían

estar seguros de que iban a ser enviados a Inglaterra y colgados, pero que si decidían unirse a nosotros en una causa tan evidentemente justa como tratar de recuperar el barco, lo más probable era que el Gobernador se uniera en una petición de perdón.

Cualquiera podría imaginar cómo fue recibida aquella propuesta entre unos hombres que se encontraban en una situación tan lamentable. Se pusieron de rodillas frente al capitán y juraron con las imprecaciones más tremendas que le serían leales hasta la última gota de su sangre, que lo acompañarían hasta el otro extremo del mundo si era necesario y que lo respetarían como a un padre durante toda su vida.

—Muy bien —dijo el capitán—, en ese caso debo ir a hablar con el Gobernador para comunicarle lo que me acabáis de decir, ya veremos si consigo arrancarle su consentimiento.

Así fue como me relató el ánimo con el que se los había encontrado y me dijo que estaba completamente convencido de que serían leales.

Fuera como fuera, y para estar lo más seguro posible, le dije que regresara, eligiera a cinco y les dijera que los tomaba como ayudantes y también que el Gobernador se quedaría con los otros dos y con los tres que habían sido enviados como prisioneros al castillo (mi cueva) como rehenes para asegurarse de la fidelidad de los otros cinco. Si durante el asalto al barco se comprobaba su deslealtad, los cinco rehenes serían ahorcados al amanecer en la orilla.

Aquello revelaba un carácter severo por mi parte y los convenció por completo de que el Gobernador iba en serio. No tenían al fin más opción que la de aceptar el trato. Convertía, por otra parte, en labor de los prisioneros tanto como del capitán el hecho de persuadir al resto de que cumplieran con su parte del trato.

Nuestras fuerzas quedaban ordenadas de la siguiente manera para la expedición: 1. El capitán, su ayudante y el pasajero. 2. Los dos prisioneros del primer grupo a los que había otorgado la libertad por indicación del capitán y a los que habíamos dado armas. 3. Los otros dos, a los que hasta ese punto había mantenido atados en mi apartamento pero que ahora habían sido liberados siguiendo la estrategia del capitán. 4. El hombre honrado del segundo bote. 5. Los últimos cinco a los que habíamos liberado. Sumaban trece en total, y aparte estaban los cinco que permanecían como prisioneros en la cueva y los dos rehenes.

Le pregunté al capitán si estaba decidido a recuperar el barco con ayuda de aquellos hombres, porque en lo que se refería a mí y a Viernes pensaba que

no nos convenía mezclarnos con la expedición, sobre todo si considerábamos que atrás quedaban siete hombres y que ya era suficiente trabajo mantenerlos retenidos y proporcionarles vituallas.

En cuanto a los de la cueva, yo los habría dejado sin comer, pero Viernes iba dos veces al día para darles comida y otras cosas necesarias. Ordené a los otros dos que llevaran las provisiones hasta cierta distancia para que le resultara más sencillo trasladarlas a Viernes.

La primera vez que me mostré frente a los dos rehenes fue con el capitán, y éste les dijo que yo era la persona que había elegido el Gobernador para encargarme de ellos, que el deseo del Gobernador era que me obedecieran en todo y que si no lo hacían serían encerrados en el castillo entre rejas. Como yo ahora me presentaba frente a ellos como una persona distinta, tenía libertad para hablarles del Gobernador, de su guarnición, del castillo y de todo lo que se me pasara por la cabeza.

Al capitán ya sólo le restaba aprovisionar sus dos botes, arreglar el agujero del primero y dirigirlos. Encargó al pasajero que se encargara de capitanear uno de ellos en el que viajaban cuatro hombres más y él mismo viajó en el otro junto a su ayudante y otros cinco hombres más. Hicieron su labor muy bien, porque llegaron al barco a medianoche, y en cuanto se encontraron lo bastante cerca le dijo a Robinson que los avisara y les dijera que traía a los hombres en el bote, que habían tardado mucho en encontrarlos. Los mantuvo entretenidos charlando hasta que todos entraron al barco. El capitán y su ayudante fueron los primeros en hacerlo y noquearon con la culata de sus mosquetes al carpintero y al tercero de a bordo. El resto de los hombres los secundaron al instante asegurando toda la zona de las cubiertas delanteras y traseras con sus hachas alzadas para mantener inmóviles a los que se encontraran en la parte inferior, mientras que el otro bote y sus hombres entraban por las cadenas y aseguraban el castillo de proa y la escotilla que bajaba a la cocina, haciendo prisioneros a los tres hombres que se encontraban allí.

A continuación, y con todo el mundo a salvo en cubierta, el capitán ordenó a su ayudante que irrumpieran en la chupeta, el lugar en el que se encontraba el capitán rebelde que se había despertado con todo aquel alboroto y que acompañado de dos hombres y un muchacho los esperaban armados con pistolas. Cuando el ayudante abrió la puerta de un golpe, el nuevo capitán y sus hombres se pusieron a disparar a discreción e hirieron al ayudante con una bala de mosquete que le rompió el brazo, y también a otros dos hombres, aunque sin matar a nadie.

El ayudante irrumpió en el interior de la chupeta a pesar de estar herido y le disparó al capitán en plena cara. La bala le entró por la boca y le salió por detrás de una de las orejas, por lo que no sólo calló para siempre sino que hizo que los demás se rindieran.

En cuanto estuvo asegurado el barco, el capitán ordenó que se dispararan siete salvas, la señal que había acordado conmigo para darme a entender que el asalto había sido un éxito. No es difícil imaginar la alegría que me produjo a mí, que llevaba tres horas mirando obsesivamente el barco desde la orilla.

En cuanto me aseguré de haber escuchado la señal me tumbé y, como había sido un día extraordinariamente agotador, me quedé profundamente dormido hasta que de nuevo me despertó el sonido de un arma. Me levanté al instante y escuché la voz de un hombre que me llamaba Gobernador. Me di cuenta de que se trataba de la voz del capitán que subía hasta lo alto de la colina, señalando el barco con la mano. Cuando llegó hasta donde me encontraba me abrazó y me dijo:

—Querido amigo y liberador mío, ahí tiene su barco, es todo suyo, al igual que todos nosotros y cuanto está en él.

Yo alcé la mirada hacia el barco. Allí estaba a menos de medio kilómetro de la orilla. Le habían echado el ancla en el mismo instante en el que se habían apoderado de él y como el tiempo era bueno lo habían acercado para dejarlo justo frente a la desembocadura del arroyo y allí lo habían amarrado. El capitán había traído la pinaza hasta el mismo lugar en el que había atado mis balsas. Había dejado el barco, por decirlo así, frente a mi puerta.

Al principio estuve a punto de desmayarme ante aquella sorpresa, porque por primera vez veía la posibilidad real de mi liberación en mis manos, todo parecía sencillo, un gran barco para llevarme adonde yo quisiera ir. Durante un buen rato fui incapaz de pronunciar una sola palabra, pero en cuanto me abrazó me agarré fuertemente a él para no caerme al suelo.

Él entendió mi conmoción e inmediatamente sacó una botella de su bolsillo y me ofreció amistoso un trago de ron que me había traído a propósito. Bebí y me senté en el suelo y todavía pasó un buen rato antes de que pudiera decirle una palabra.

Todo esto sucedía mientras el pobre hombre estaba preso de una gran excitación, igual que yo, aunque no en el mismo estado de conmoción. Me dijo un millón de cosas agradables para que me recompusiera, pero la alegría me había dejado en tal estado de confusión que finalmente me puse a llorar y poco a poco recuperé el habla.

Luego llegó mi turno y ahí fui yo quien lo abrazó y lo saludé como a mi libertador, y los dos nos regocijamos juntos. Le dije que lo veía como alguien que me había enviado la mismísima Providencia y que toda aquella historia parecía una cadena de episodios maravillosos, que sucesos como aquél eran los que probaban que existía una poderosa y secreta mano celestial que gobernaba el mundo y evidenciaba una mirada de poder infinito que disponía hasta de los detalles más nimios del último rincón de la Tierra, a los que enviaba ayuda cuando alguien estaba en apuros y se lo pedía.

No me olvidé entonces de alzar mi corazón al Cielo en señal de agradecimiento, y es que dónde habría podido encontrarse un corazón que no alabara a Aquel que tan milagrosamente nos había provisto de todo en medio de aquel mundo salvaje y en un estado tan deplorable, Aquel a quien sólo procedía en una situación como aquélla estar agradecido.

Después de charlar un rato, el capitán me dijo que me había traído un pequeño detalle, el que se había podido permitir con las despensas del barco que no habían sido dilapidadas por las bestias que se habían amotinado. Con una señal ordenó a sus hombres que llevaran a tierra las cosas del Gobernador y ¡vaya que si se trataba de un detalle! Me lo traían como si no tuviesen intención de llevarme, sino de dejarme en aquella isla a vivir para siempre.

Lo primero que me trajo fue una caja llena de bebidas espirituosas; tres botellas grandes de vino de Madeira, dos libras de excelente tabaco, doce buenos trozos de carne de ternera y seis de carne de cerdo. Me trajo también una caja de azúcar, otra de harina, una bolsa llena de limones, dos botellas de zumo de limón y muchas otras cosas en abundancia. Pero aparte de todo lo anterior, y mucho más útil para mí desde todo punto de vista, me dio seis camisas nuevas, seis cuellos magníficos, dos pares de guantes, un par de zapatos, un sombrero, un par de medias y uno de sus mejores trajes, que apenas se había puesto. Por decirlo pronto: me vistió de pies a cabeza.

Fue un regalo de lo más amable y agradable y hasta un punto que sería difícil de comunicar para alguien que se encontraba en unas circunstancias como las mías. Eso no significaba tampoco que no hubiera en el mundo algo tan extraño, difícil de llevar e incómodo como esas ropas para alguien como yo la primera vez que me las probé.

Una vez hubo concluido la primera ceremonia, y cuando llevaron todas aquellas cosas hasta mi pequeño apartamento, comenzamos a charlar sobre lo que debíamos hacer con los prisioneros que teníamos. Debíamos decidir si nos los llevaríamos o no con nosotros, sobre todo a dos de ellos, de los que éramos conscientes que eran incorregibles y rebeldes hasta un punto difícil de

controlar. El capitán dijo que eran la escoria, que no había por qué obligarlos, pero que si se los llevaba lo haría tras una reja y los entregaría a la justicia en la primera colonia inglesa que estuviera en el camino. Me dio la sensación de que el capitán estaba especialmente ansioso de que así se hiciera.

Cuando me dijo aquello le comenté que si así lo deseaba podía hacerles saber a aquellos hombres la propuesta de que se quedaran en la isla.

—Estaría encantado de que lo hicieran —dijo el capitán—, se lo aseguro.

—En ese caso —respondí—, hablaré con ellos en su nombre.

Le pedí a Viernes que me trajera a los rehenes y les dije que sus compañeros habían cumplido con su promesa, que fueran hasta la cueva en la que estaban los cinco hombres atados y que me esperaran en ella hasta que llegara.

Tras hacerlos esperar un rato fui hasta allí vestido con mi traje nuevo y haciendo que todos me llamaran Gobernador. Con todos aquellos hombres reunidos y el capitán a mi lado pedí que me los pusieran delante y les dije que el capitán me había hecho un detallado relato de todas las villanías que habían cometido, la forma en la que se habían amotinado en el barco y cómo tenían intención de perpetrar nuevos robos en el futuro, pero que la Providencia tenía caminos inescrutables y que finalmente ellos mismos habían sido quienes habían acabado cayendo en la fosa que habían cavado para los demás.

Les hice saber que ahora el barco se encontraba bajo mi mando, que no iba a tardar en zarpar y que pronto podrían ver con sus propios ojos que el nuevo capitán había recibido el castigo que merecía su bellaquería; estaba colgado a menos de un kilómetro, en la costa.

Quería saber si tenían algo que decir al respecto y si me podían dar algún motivo para que no los ejecutara allí mismo por piratas, ya que tenía en ese momento autoridad sobre ellos.

Uno de ellos se encargó de contestar en nombre de los demás y aseguró que lo único que podían decir es que cuando fueron detenidos el capitán les prometió que conservarían la vida y que ellos suplicaron misericordia con humildad. Yo les respondí que, por mi parte, no conocía la piedad y que ya tenía decidido abandonar aquella isla con todos mis hombres en dirección a Inglaterra, que en lo que se refería al capitán no tenía intención de sacarlos de allí sino entre rejas y para llevarlos directamente frente a un tribunal en el que lo mejor que les podía pasar era que los condenaran a galeras. Lo cierto es que no me animaba a decirles —añadí— lo que me parecía mejor para ellos, porque no sabía si estaban dispuestos a convertir aquella isla en su destino. Si aquél era su deseo yo no opondría ningún inconveniente. Si lo deseaban así, a

mí no me importaba en absoluto, podíamos dejarles a su suerte en aquel lugar si pensaban que eran capaces de sobrevivir.

Parecieron muy agradecidos al escuchar aquellas palabras y respondieron que por supuesto preferían correr el riesgo de quedarse en la isla al de ser llevados a Inglaterra y ahorcados por sus delitos. Los dejamos estar de aquel modo.

Aun así el capitán de pronto pareció dudar, como si no le convenciera o no se atreviera demasiado a dejarlos en la isla, algo que hizo que me enfadara con él y se lo dije. Ahora eran mis prisioneros, no los suyos, y en vista de aquello me parecía que había sido más que generoso con ellos y que no tenía intención de desdecirme ahora de mi palabra. Si pensaba que no podía consentirlo, en ese caso los dejaría en libertad y si eso tampoco le gustaba podía encargarse él personalmente de atraparlos de nuevo.

Ellos parecían agradecidos y de acuerdo con lo que habíamos hablado, de modo que los dejé en libertad y les ordené que se retiraran hacia el bosque, al lugar del que habían venido, que yo les dejaría algunas armas de fuego y munición, y también algunas instrucciones que les facilitarían la vida.

Le dije al capitán que iba a preparar mis cosas para trasladarme a bordo y que me quedaría aquella noche para arreglarlo todo. Mientras tanto le ordené que se trasladara a bordo, lo dejara todo a punto y me enviara un bote al día siguiente para recogerme. Le dejé también encargado que recogiera el cuerpo del nuevo capitán que había muerto en la contienda y lo colgara en la orilla para que pudieran verlo aquellos hombres.

Cuando se hubo marchado el capitán ordené que llevaran a los hombres a mi apartamento y les hablé muy seriamente acerca de su situación. Les dije que creía que habían tomado la decisión correcta y que si se hubiesen ido con el capitán lo más probable es que hubiesen terminado en la horca. Les mostré al nuevo capitán colgado en la orilla y les dije que no habrían podido esperar otra cosa.

Cuando me declararon su intención de quedarse les dije que les haría el relato de cómo había sido mi vida en la isla y que les daría algunos consejos para que les resultara más sencilla. Les explique cómo estaba dispuesto el lugar y cómo había llegado yo hasta él, les enseñé mis empalizadas, la forma en la que me hacía el pan, la forma en la que plantaba el maíz y cuidaba mis viñedos, en una palabra, todo lo que podía facilitarles la supervivencia. Les relaté también la historia de los dieciséis españoles que estaban a punto de llegar para los que también dejé una carta.

Les dejé mis armas de fuego, a saber, cinco mosquetes, tres escopetas de caza y tres espadas. En la parte de arriba aún me quedaba un barril y medio de pólvora que podría durarles un año o dos, les aconsejé que la usaran lo menos posible y que no la desperdiciaran nunca. Hice también una descripción de la forma en la que manejaba las cabras y les di instrucciones para ordeñarlas y alimentarlas, para fabricar su propio queso y su propia mantequilla.

En una palabra, les conté hasta el último detalle de mi historia y les dije que intentaría convencer al capitán para que les dejara un par de barriles más de pólvora, algunas semillas y una de las bolsas de guisantes que me había dado para que me las comiera, les recomendé que se aseguraran bien de que las cultivaban y las hacían multiplicarse.

Después de haber hecho todo aquello los dejé a la mañana siguiente y fui a embarcarme. Preparamos las velas, pero no partimos esa noche. A la mañana siguiente dos de los cinco hombres llegaron a nado hasta el costado del barco y tras quejarse lamentablemente de los otros tres suplicaron que los acogiéramos a bordo, por el amor de Dios, porque lo más probable es que si los dejábamos en la isla acabarían siendo asesinados. Le suplicaron al capitán que los acogiera aunque su destino fuera la horca.

Frente a aquella situación el capitán fingió que no tenía poder alguno para hacerme cambiar de opinión, pero tras ciertas idas y venidas, y sobre todo tras sus solemnes promesas de enmienda, los acogimos también a bordo. Los azotamos sonoramente durante un buen rato y después de aquello demostraron haberse convertido en unos muchachos honrados y tranquilos.

Poco después atamos el bote al costado y levamos anclas. Cuando me marché de la isla me llevé como reliquias mi gran gorra de piel de cabra, mi sombrilla y mi loro. Tampoco me olvidé de coger el dinero que mencioné al principio y que durante tanto tiempo me había resultado inútil, llevaba tanto sin tocarlo que se había oxidado y oscurecido y casi nadie habría creído que se trataba de plata hasta que no lo limpié un poco. También me llevé conmigo el dinero que encontré entre los restos del barco español.

Y así fue como abandoné la isla el 16 de diciembre —tal y como pude saber por el diario de a bordo— del año 1686, después de haber estado en tierra veintiocho años, dos meses y diecinueve días, liberado por fin de aquel segundo cautiverio el mismo día del mes en que escapé del *barco-longo* que había caído a manos de los moros de Salé.

Fue en esa misma embarcación y tras un largo viaje como llegué a Inglaterra el día 11 de junio del año 1687, tras treinta y cinco años de ausencia.

Cuando llegué a Inglaterra era un perfecto extraño para todos, me sentía como si nadie me hubiese conocido nunca. Mi fiel administradora, a la que había dejado a cargo de todo mi dinero, estaba aún con vida, pero había sufrido muchos reveses: se había quedado viuda por segunda vez y había tenido una gran decadencia. Yo traté de ponérselo fácil con respecto a sus deudas conmigo diciéndole que jamás le causaría ningún problema, todo lo contrario: en gratitud a su lealtad traté de ayudarla hasta donde me lo pude permitir con mis pequeños fondos, algo que a aquellas alturas no era realmente gran cosa. Le dije que nunca olvidaría la amabilidad que me había mostrado siempre en el pasado y que tampoco la olvidaría cuando tuviera suficiente dinero como para poder ayudarla, como ya se verá cuando llegue el momento.

Me dirigí hacia el sur, a Yorkshire, pero descubrí allí que mi padre había muerto y también mi madre. La familia completa había desaparecido con excepción de dos hermanas y de dos hijos de uno de mis hermanos. Como había estado ausente durante tanto tiempo me habían dado por muerto y no me habían legado nada. Todo esto lo digo para resumir en pocas palabras que no encontré nada con lo que poder aliviar mi situación y que el poco dinero del que disponía tampoco me iba a durar eternamente.

Me crucé con una inesperada muestra de gratitud, que sucedió de la siguiente forma: el dueño del barco que yo había rescatado y con él, su carga, había contado a los propietarios cómo había salvado las vidas de los hombres y el barco, y éstos me invitaron a conocerlos junto con otros comerciantes, y todos juntos me hicieron un hermoso homenaje por mis hazañas y me regalaron también la suma de doscientas libras esterlinas.

Tras reflexionar un poco sobre las circunstancias de mi vida y darme cuenta de las pocas opciones que tenía de encontrar mi lugar en el mundo en esas tierras, me decidí a ir a Lisboa para ver si allí podía informarme del estado de mis plantaciones de Brasil y qué había sido de mi socio, de quien suponía que me había dado por muerto hacía ya muchos años.

Con esa idea en mente me embarqué hacia Lisboa, adonde llegué el siguiente abril. Mi criado Viernes me acompañó con gran lealtad durante todos aquellos tumbos, demostrando ser el hombre más obediente que jamás se haya podido imaginar.

ENCUENTRO MI FORTUNA

Cuando llegué a Lisboa me enteré de que mi viejo amigo el capitán del barco, el mismo que me había llevado al mar por primera vez cerca de las orillas de África, se había jubilado y había abandonado el oficio. El barco se lo había dejado a su hijo, que ya había dejado de ser joven hacía tiempo y aún se dedicaba al comercio con Brasil. El viejo no me reconoció al principio, y la verdad es que también a mí me costó reconocerlo, pero enseguida conseguí que se acordara de mí cuando le dije quién era.

Tras un apasionado intercambio de exclamaciones como correspondía a una amistad tan antigua le pregunté, como no era de esperar otra cosa, por las plantaciones de mi socio. El viejo me respondió que habían pasado nueve años desde la última vez que había estado en Brasil, pero me podía asegurar que cuando fue la última vez mi socio estaba vivo y que los administradores estaban los dos muertos. Estaba seguro, por otra parte, de que cuando viera la plantación la encontraría sensiblemente mejorada, pero me informó también de que, ante la creencia general de que había naufragado y me había ahogado en el mar, mis administradores habían dado mi parte de la producción al Procurador Fiscal, que era ahora el nuevo propietario y lo seguiría siendo en el caso de que yo no lo reclamara nunca; se distribuyó todo en una tercera parte para el rey y dos terceras partes para al monasterio de San Agustín, que destinaba los beneficios para limosnas a los pobres y para apoyar la conversión de los indios a la fe católica. Me dijo que si me presentaba allí o enviaba a cualquier otra persona en mi nombre para reclamar la propiedad, lo más lógico es que me fuera devuelta. Lo único que seguramente no podría recuperar era la parte de la producción anual que se destinaba a fines caritativos. Me podía asegurar, eso sí, que tanto el administrador de las tierras pertenecientes al rey como el administrador del monasterio habían cuidado muy bien de los terrenos y que de la parte que pertenecía a mi socio todos los años ellos recibían la mitad que me correspondía.

Le pregunté hasta qué punto habían llegado las mejoras de la plantación y si realmente merecía la pena reclamarlas o, por decirlo de otro modo, si

pensaba que iba a encontrar grandes dificultades al presentarme allí para reclamar mi justo derecho.

Me dijo que no podría decirme con exactitud hasta qué punto había mejorado la plantación, pero lo que sí sabía con seguridad es que mi socio se había vuelto inmensamente rico disfrutando sólo de la mitad de los beneficios y que hasta donde conseguía recordar había escuchado en cierta ocasión que la tercera parte que pertenecía al rey, y que al parecer quedaba al margen de las limosnas a cualquier monasterio o casa religiosa, ascendía a una suma de doscientos moidores al año. No tenía ni la menor duda de que al menos de esa parte me iba a poder beneficiar sin ningún problema, ya que mi socio aún estaba vivo y podía presentarse como testigo de mi propiedad y mi nombre estaba registrado en los archivos de propiedad de la región. Me dijo también que los herederos de los dos administradores eran gente muy honrada y rica y que estaba seguro no sólo de que me iban a ayudar a recuperar lo mío, sino que también pondrían en mis manos una considerable suma de dinero, una suma aproximada a la que habría recibido de sus padres durante su cargo, y también desde que dejó de estarlo y se tomó aquella resolución, algo que había sucedido hacía ya unos doce años.

Yo me mostré algo inquieto ante aquellas palabras y le pregunté al viejo capitán cómo había sucedido semejante cosa, que los administradores dispusieran de mis efectos de aquella manera cuando él mismo sabía que había escrito mi testamento y que en él lo declaraba a él, el capitán portugués, mi heredero universal, etc.

Me dijo que a pesar de que eso era cierto, como tampoco había ninguna prueba fehaciente de que yo hubiese muerto, no se podía ejecutar mi última voluntad hasta que algún episodio o noticia la hiciese indudable. Él, por su parte, no sentía un gran deseo de enredarse en un asunto que le quedaba tan lejos, era cierto que había registrado mi testamento y que lo había reclamado y que si hubiese habido alguna señal cierta de mi vida o mi muerte él habría actuado en consecuencia y habría tomado posesión del *ingenio*, tal y como llamaban a la fábrica de azúcar, dándole órdenes a su hijo, que en ese momento estaba en Brasil, de que se encargara de todo.

—Hay también otras noticias que tengo que darte —me dijo el viejo—, y que tal vez no te resulten tan agradables como el resto. Lo cierto es que como te dábamos por muerto, y como todo el mundo lo creía también así, tu socio y los administradores me ofrecieron poner tu cuenta a mi nombre. Estuve recibiendo tus beneficios durante seis u ocho años, aunque he de decirte que fueron años de muchos problemas por la inversión en las obras, la

construcción del *ingenio* y la compra de esclavos. Al final no produjo tanto como se invirtió. Sea como sea —concluyó el viejo—, te enseñaré todas las cuentas de lo que recibí durante esa época y cómo dispuse del dinero.

Después de unos días de reencuentro con aquel viejo amigo, éste me trajo sus cuentas de esos seis años de ingresos de las plantaciones redactadas por mi socio y los administradores. Siempre se distribuían en bienes, por ejemplo: el tabaco en rollos, el azúcar en sacos, el ron aparte, los perros, etc. Por aquel informe supe que los beneficios habían ido creciendo considerablemente de año en año pero, tal y como ya me había dicho él, los desembolsos también habían subido y la suma final era pequeña. Fuera como fuera, el viejo me permitió averiguar que me debía cuatrocientos moidores de oro, sesenta sacos de azúcar y quince dobles rollos de tabaco que se habían perdido en su barco en un naufragio que había sufrido al viajar a Lisboa unos once años después de que yo dejara el lugar.

El buen hombre se quejó entonces de su mala fortuna y de la forma en la que se había visto obligado al final a utilizar mi dinero para cubrir sus pérdidas y comprar una participación en un barco nuevo.

—Aun así —dijo mi viejo amigo—, en cuanto regrese mi hijo te resarciré de todas las pérdidas.

Y después de decir aquello sacó una vieja faltriquera y me dio ciento sesenta moidores de oro portugueses y también su participación del barco en el que su hijo se había marchado a Brasil y del que era dueño de una cuarta parte, y su hijo de la otra. Me puso todas aquellas cosas en las manos para asegurarme que iba a recibir también el resto.

Yo estaba demasiado conmovido con la honestidad y la gentileza de aquel pobre hombre como para poder soportar mucho más tiempo la escena y cuando recordé lo que había hecho por mí, cómo me había recogido del mar y lo generoso que había sido conmigo en todas las circunstancias y sobre todo lo sincera que había sido su amistad apenas pude contener las lágrimas. Lo primero que le pregunté fue si sus circunstancias le permitían gastarse todo aquel dinero en ese momento. ¿No lo iban a dejar en una situación de estrechez? Me dijo que no lo sabía con mucha seguridad, lo más probable es que lo dejaran un poco justo, pero era mi dinero y seguramente yo lo necesitaba más que él.

Todas y cada una de las palabras que salían de la boca del viejo estaban llenas de afecto y apenas pude contener las lágrimas cuando las escuché. Finalmente acepté cien de aquellos moidores y le pedí que me diera papel y pluma para firmarle un recibo por ellos y el resto se lo devolví y le dije que si

recuperaba mi parte de la plantación se los devolvería también, como de hecho hice. No acepté ni su participación ni la de su hijo, jamás habría podido hacer semejante cosa, pero supe en ese momento que si quería el dinero aquel hombre era lo bastante honrado como para pagármelo. Decidí que si no tenía una necesidad muy acuciante jamás le pediría a aquel hombre ni un solo penique.

Cuando ya hubimos concluido con todo, el viejo me preguntó si quería algún consejo para reclamar los derechos sobre mi plantación. Le respondí que tenía pensado ir en persona y él me respondió que podía hacer eso si lo deseaba, pero que si me arrepentía había otros sistemas para reclamar mis ganancias y asegurarme de cobrarlas: había barcos en el río de Lisboa que estaban a punto de zarpar para Brasil y él podía hacer que mi nombre quedara registrado y declarar bajo juramento que yo estaba vivo y que era la misma persona que compró las tierras que luego se convirtieron en la plantación.

Todo aquello, bien testificado por un notario y con un poder adjunto, lo enviaría con una carta de su puño y letra a cierto mercante al que conocía en el lugar. Por último, me pidió que me quedara en su casa hasta que llegara una respuesta.

Nada habría podido ser más honorable que los procedimientos de la persona en la que delegamos: en menos de siete meses recibí un enorme paquete de parte de los supervivientes de los administradores en el que se incluían diversas cartas y documentos.

El primero era un relato de todo cuanto se había producido en la granja o plantación desde el día en que sus padres hicieron cuentas con el capitán portugués, es decir, durante seis años. En ese tiempo, el balance a mi favor era de 1174 moidores.

En segundo lugar, había también una segunda cuenta, ésta de cuatro años, período en el cual mis efectos habían estado en sus manos antes de que la administración gubernamental reclamara sus derechos. Se trataba de los efectos de una persona que se encontraba en paradero desconocido, lo que en términos legales se suele llamar *muerte civil*; el balance de aquellas ganancias y de los progresos de la plantación sumaban 38 892 cruzados, es decir, 3241 moidores.

En tercer lugar, estaba también el prior de San Agustín, que había recibido los beneficios que me correspondían durante catorce años. El prior aseguraba con honestidad que descontando lo que había destinado al hospital le quedaban aún 872 moidores sin distribuir que eran de mi propiedad.

Había una carta de mi socio en la que me felicitaba muy afectuosamente por seguir vivo y en la que me informaba de las mejoras de la propiedad y de lo que producía cada año con un apartado en el que se especificaba el número de acres, de qué estaban plantados y cuántos esclavos había en cada en uno. Tras innumerables bendiciones me aseguraba que había rezado muchísimas avemarías para agradecerle a la Virgen que estuviera vivo, me invitaba apasionadamente a que fuera para tomar posesión de lo que era mío y mientras tanto me decía que no dudara en decirle a quién quería que le enviara mis cosas si prefería no ir. Concluía la carta con una afectuosa muestra de amistad, suya y de toda su familia, y como detalle se permitía el atrevimiento de enviarme siete pieles de leopardo que le habían llegado desde África en uno de los barcos y que al parecer había tenido un viaje más seguro del que había hecho yo. Incluía también cinco excelentes solomillos de carne y cien piezas de oro sin acuñar del tamaño de los moidores.

En el mismo flete los dos administradores me hicieron llegar mil doscientos sacos de azúcar, ochocientos rollos de tabaco y el resto de los beneficios en oro.

Supongo que debería afirmar aquí, y con todos los motivos, que el final de Job resultó ser mucho mejor que su principio. Me resulta imposible describir los sentimientos de mi corazón mientras leía y releía aquellas cartas, sobre todo cuando pensaba en que toda aquella riqueza me pertenecía. Como todo lo que llegaba desde Brasil lo hacía en fletes, los mismos barcos que me traían las cartas me traían también mis bienes, y mis efectos ya estaban asegurados en el río antes incluso de que las cartas llegaran a mis manos. De pronto me puse pálido y me sentí muy enfermo. Si no hubiese sido porque mi viejo amigo se había hecho cargo de todo, es más que probable que aquel golpe de felicidad me hubiese matado en el acto.

Incluso después de aquella impresión seguí muy enfermo durante varias horas, hasta que hicieron venir a un médico y, como una de las causas de mi enfermedad era de origen conocido, ordenó que me practicaran una sangría, tras la cual me sentí mucho mejor. Estoy convencido a pesar de todo de que si no hubiesen abierto en mí una ventana para que salieran los malos espíritus de mi cuerpo me habría muerto allí mismo.

Era dueño de pronto de una suma de dinero que superaba las cinco mil libras esterlinas, tenía una hacienda en Brasil que me otorgaba unos beneficios de más de mil libras al año y me aseguraban un terreno en Inglaterra. Y me encontraba además en un estado de ánimo que me impedía entender o disfrutar de todos aquellos beneficios.

Lo primero que hice fue recompensar a mi primer benefactor, mi viejo y querido capitán, porque había sido la única persona verdaderamente caritativa con la que me había cruzado en los peores momentos. Desde el principio había sido cariñoso y honrado conmigo. Le enseñé todas las cosas que me habían enviado y le dije que junto a la Providencia celestial, que es quien todo lo dispone, todos aquellos beneficios se los debía a él, y que tenía intención de devolverle multiplicado por cien el favor que me había hecho. En primer lugar puse de nuevo en sus manos los cien moidores que me había dejado, y luego mandé buscar a un notario y firmé una descarga oficial de los cuatrocientos setenta moidores que me había reconocido con total franqueza que me debía, algo que me agradeció de la manera más firme y sincera que se pueda imaginar. Después de aquello hice firmar un poder en el que lo declaraba como el receptor oficial de los beneficios de la plantación y en el que le pedía a mi socio que lo pusiera en cuenta y que hiciera los envíos de la manera habitual a través de aquellos fletes a la dirección del capitán en mi nombre. Incluí también una última cláusula en la que me aseguraba de que recibiera una suma anual de cien moidores durante todo el tiempo que durara su vida y, tras su muerte, cincuenta moidores para su hijo de por vida. Así fue como retribuí a mi viejo amigo.

Ahora debía considerar qué paso debía dar a continuación y qué hacer con aquella propiedad que la Providencia había puesto de nuevo en mis manos. No había duda de que tenía ahora muchas más cosas de las que preocuparme de las que había tenido durante mi silenciosa reclusión en la isla, en la que apenas quería más de lo que tenía y tenía cuanto necesitaba. Ahora sentía una enorme carga sobre mis hombros y mi obligación era asegurar toda aquella riqueza. Nunca había hecho una cueva para esconder mi dinero, ni lo había asegurado bajo llave en lugar alguno, se había oxidado hasta tal punto que nadie habría querido ni siquiera tocarlo. Ahora, con el que tenía, no sabía ni dónde ponerlo ni a quién confiárselo. Mi viejo patrón, el capitán, no había duda de que era honrado, y de momento era el único refugio del que disponía.

Mi interés por Brasil parecía estar convocándome hacia allí, pero no quería partir hacia aquellas tierras sin antes haber dejado resueltos mis asuntos y haber puesto mis negocios en unas manos en las que pudiera confiar. La primera persona en la que pensé fue en mi vieja amiga la viuda, de ella sabía que era honrada y habría sido apropiada para mis intereses, pero estaba el problema de que era una pobre anciana y por lo que podía aventurar no era improbable que tuviera deudas. Aquello no me dejaba más opción que la de regresar personalmente a Inglaterra y llevar conmigo todas mis cosas.

Tardé varios meses en resolver aquella situación, pero cuando ya hube retribuido convenientemente al capitán por haber sido mi último benefactor comencé a pensar en mi pobre viuda, cuyo primer marido había sido mi primer benefactor. Ella, cuando aún mantenía sus fuerzas, había sido mi fiel administradora y mi instructora.

Lo primero que hice fue ir a la oficina de un mercante en Lisboa para que se pusiera en contacto con su correspondiente de Londres no sólo para pagar las facturas, sino para que fuera a buscarla y le diera en mano cien libras de mi parte, y le hablara y consolara en su pobreza diciéndole que si quería estaría siempre a su disposición una ayuda para más adelante. Al mismo tiempo, envié a mis dos hermanas que vivían en el campo cien libras a cada una porque, aunque tampoco vivían en un estado de necesidad, sí estaban un poco apuradas; una había estado casada y ahora se había quedado viuda y la otra tenía un marido que no era con ella todo lo amable que debería.

Aun así no encontraba ni entre mis amistades ni entre mis familiares a nadie a quien poder fiar el grueso de mis ganancias, alguien en quien poder confiar todo antes de irme a Brasil, y aquello era un asunto que me tenía muy inquieto.

En cierta ocasión había resuelto ir a Brasil y afincarme allí ya que estaba, por decirlo de alguna manera, como en casa en aquel lugar, pero a la vez sentía ciertos pequeños escrúpulos en materia religiosa que me retraían y de los que hablaré a continuación. No se trataba de que la religión me impidiera ir a aquel país. Yo siempre había tenido una actitud muy abierta ante su religión durante el tiempo que estuve allí, pero el caso es que ahora había un pensamiento que de cuando en cuando me venía a la mente (más, al menos, que antes) y era que cuando empecé a considerar la posibilidad real de vivir y morir entre ellos me empecé a arrepentir de haberme declarado papista, porque de pronto no me parecía la religión más adecuada para morir en ella.

Aunque, como ya he comentado, aquélla no era la razón principal que me retraía de trasladarme definitivamente a Brasil, sino más bien la de que no sabía a quién dejar a cargo de mis cosas. Finalmente tomé la decisión de viajar yo mismo a Inglaterra con todas aquellas cosas y pensé que cuando llegara allí intentaría conocer a alguien que me fuera leal en ese sentido. Me dispuse a partir para Inglaterra con toda mi riqueza.

Para preparar todo correctamente antes de partir a casa lo primero que hice, y ya que el flete de Brasil iba a regresar de vuelta, fue escribir las respuestas requeridas a todos los honrados informes que había recibido desde allí. Al prior de San Agustín le escribí una carta en la que le agradecía su

honrada propuesta y en la que le ofrecía 872 moidores, de los cuales deseaba que 500 fueran donados al monasterio y 372 a los pobres a discreción de lo que al prior le pareciera más necesario. Le pedí también que les dijera a los padres que rezaran por mi alma y ese tipo de cosas.

Lo siguiente que hice fue escribir dos cartas de agradecimiento a mis administradores en las que les decía lo contento que estaba por toda la justicia y la honradez que habían demostrado y por el regalo que me habían enviado, que estaba más allá de lo razonable.

Por último escribí a mi socio agradeciéndole todos sus esfuerzos por mejorar la plantación y por generar nuevas fuentes de beneficio; le daba instrucciones según el poder que acababa de firmar con el viejo patrón y le decía que para su futuro gobierno todo lo que me correspondiera a partir de ese instante se lo enviara a él hasta que tuviera más noticias directas mías, le contaba que mi intención era no sólo ir a verlo sino asentarme allí para el resto de mi vida. Añadí también unas hermosas sedas italianas para que se las regalara a su esposa y a sus hijas de mi parte (sabía de su existencia gracias al hijo del capitán) y dos trajes de paño ingleses muy finos, los mejores que pude encontrar en Lisboa, y encajes de Flandes de gran valor.

Después de haber arreglado mis asuntos, vendí mi cargamento y cambié todos mis bienes por moneda contante y sonante. Mi siguiente problema era qué camino tomar para regresar a Inglaterra. Estaba muy acostumbrado al mar y aun así no sé por qué sentía una extraña aversión a ir a Inglaterra en barco. La dificultad fue creciendo en mí hasta tal punto que incluso cuando ya había enviado mis cosas por delante cancelé y retrasé mi partida, y no una vez, sino dos y hasta tres.

Es cierto que siempre había tenido mala suerte en el mar y eso se podía atribuir a varias razones, pero un hombre siempre ha de obedecer a sus impulsos cuando se manifiestan de una manera tan poderosa. Los dos barcos de los que me bajé en el último instante, de los que me bajé más que de ningún otro barco en mi vida, por decirlo de algún modo, porque en uno hasta tenía las cosas ya subidas a bordo y en el otro había llegado a un acuerdo personal con el capitán, repito, aquellos dos barcos tuvieron problemas, uno fue tomado por los argelinos y el otro naufragó frente a Torbay y todos murieron ahogados excepto tres personas. Tanto en un barco como en el otro me habría esperado un destino espantoso, resulta difícil decidir cuál habría sido peor.

En cuanto le comuniqué mis intuiciones, el viejo capitán, a quien contaba todas mis inquietudes, me insistió mucho en que no fuera por mar, sino por

tierra hasta Groyne y cruzara el golfo de Vizcaya hasta Rochell, un trayecto totalmente seguro y de un día desde París, como también lo era el de Calais hasta Dover. Tenía que ir a Madrid y desde allí por tierra hacia Francia.

Por resumir, estaba tan decidido a no ir por mar a no ser que fuera desde Calais hasta Dover que decidí hacer el camino completo por tierra. No tenía ninguna prisa y aquello me parecía una manera de viajar mucho más agradable, pero para hacerlo todavía más agradable, mi viejo capitán me presentó a un caballero inglés, hijo de un mercante de Lisboa, a quien le agradaba la idea de acompañarme en el viaje. Más tarde se unieron a nuestra comitiva otros dos mercantes ingleses y también dos jóvenes caballeros portugueses, el último de ellos sólo hasta París. Éramos seis en total y cinco criados, los dos mercantes y los dos portugueses se contentaron con sólo un criado para ambos para aligerar la carga y en cuanto a mí, me hice con un marinero inglés al que contraté de criado, aparte de Viernes, que en aquel contexto era demasiado extraño como para prestar los servicios de un criado normal durante el viaje.

CRUZAMOS LAS MONTAÑAS

Partimos desde Lisboa en una comitiva bien armada y pertrechada. Éramos una pequeña tropa y todos me hicieron el honor de llamarme capitán, puede que porque era el mayor de todos y porque tenía dos criados, aunque seguramente también porque había sido el que había organizado el viaje.

Como ya he aburrido a todo el mundo haciendo el relato completo de mi viaje por mar, aburriré ahora un poco más relatando cómo fue mi viaje por tierra, porque en aquel tedioso y difícil viaje nos sucedieron algunas aventuras que no quiero omitir.

Cuando llegamos a Madrid, y como ninguno de nosotros conocía España, todos quisimos quedarnos un tiempo para conocer la corte y todas las cosas que merecía la pena ver, pero ya estaba acabando el verano y tuvimos que apresurarnos. Salimos de Madrid a finales de octubre y, cuando llegamos a la frontera con Navarra, nos previnieron en varias ciudades diciéndonos que aquel año había nevado tanto en el lado francés de las montañas que había habido ya varios viajeros que se habían visto obligados a regresar a Pamplona después de haber intentado cruzar.

Llegamos a Pamplona y lo comprobamos con nuestros propios ojos. A mí, que estaba tan acostumbrado a los climas cálidos y a países en los que apenas era necesario llevar ropa encima, aquel frío me resultaba casi insoportable. Me parecía en realidad casi más sorprendente que doloroso, porque había pasado diez días en la vieja Castilla en donde el clima había sido no sólo cálido, sino casi sofocante. Encontrarnos ahora con aquel frío de los Pirineos, tan agudo y extremadamente gélido, nos resultaba intolerable y casi nos hacía temer por nuestros dedos de las manos y los pies.

El pobre Viernes se asustó muchísimo cuando vio aquellas montañas cubiertas de nieve y sintió por primera vez el frío, algo que no había experimentado en toda su vida.

Para empeorar aún más la situación, cuando llegamos a Pamplona continuó nevando con tanta fuerza y durante tanto tiempo que la gente nos dijo que aquel año el invierno se había anticipado. Las carreteras que antes

habían estado complicadas ahora eran totalmente infranqueables. La capa de nieve era tan gruesa que no nos permitía viajar, y el problema era que no se había congelado y endurecido, como suele ocurrir en los países nórdicos. No había forma de viajar sin correr constantemente el peligro de ser sepultados vivos a cada paso. No nos quedamos más de veinte días en Pamplona y tampoco parecía haber muchas posibilidades de que fuera a mejorar, porque se trataba del invierno más frío en Europa del que se tenía memoria. Yo mismo propuse que viajáramos hasta Fuenterrabía y desde allí cogiésemos un barco a Burdeos, un viaje muy corto.

Mientras planeábamos todo aquello conocimos a cuatro franceses que habían sido detenidos en el lado francés igual que nosotros nos encontrábamos ahora detenidos en el lado español, y que al parecer habían encontrado un guía que los había llevado por la zona de Languedoc a través de las montañas por unos caminos en los que no había tanta nieve o en los que, si la había en exceso, estaba lo bastante dura como para soportar su peso y el de los caballos.

Mandamos buscar a aquel guía y nos dijo que él nos podía llevar por unos caminos en los que estaríamos a salvo de la nieve, pero que teníamos que pertrecharnos con suficientes armas como para mantenernos a salvo de los lobos. Nos dijo que cuando se producían las nevadas era frecuente que las bestias bajaran hasta el pie de las montañas acuciadas por el hambre. Le dijimos que estábamos más que preparados para aquel tipo de criaturas si él nos aseguraba que estábamos también a salvo de otro tipo de lobos, éstos de dos piernas, que nos habían dicho que eran también frecuentes, sobre todo en el lado francés.

Nos dejó tranquilos respondiéndonos que en el tipo de caminos que íbamos a tomar nosotros aquello no era un problema y acordamos que iríamos con él, como también lo harían otros doce caballeros con sus criados, algunos españoles y otros franceses que, como ya he dicho, habían intentado cruzar y se habían visto obligados a retroceder.

Partimos desde Pamplona en compañía de nuestro guía el 15 de noviembre y me quedé muy sorprendido cuando descubrí que en vez de ir hacia delante íbamos hacia atrás por el mismo camino por el que habíamos llegado desde Madrid. Recorrimos aquel camino durante unos treinta kilómetros y tras cruzar un par de ríos y llegar de nuevo a la meseta en la que el tiempo de nuevo se hizo más cálido y agradable y no se veía nieve por ningún lugar, dio un brusco giro a la izquierda y se aproximó de nuevo a las montañas pero desde una ruta completamente distinta. A pesar de que las

montañas y los precipicios tenían un aspecto amenazador, nos llevó por tales meandros y retorcidos senderos que apenas nos dimos cuenta de la altura y no tuvimos ningún problema con la nieve. De pronto, sin percatarnos, nos vimos en medio de la verde y frondosa provincia de Languedoc y la Gascuña, una hermosa provincia, aunque muy lejana todavía de nuestro destino.

Nos sentimos un poco inquietos cuando de pronto se puso a nevar y estuvo haciéndolo durante un día y una noche completos hasta el punto de que tuvimos que detenernos, pero él nos tranquilizó diciéndonos que aquello pasaría muy pronto. Cada día descendíamos sensiblemente un poco más e íbamos directamente hacia el norte.

En cierta ocasión, unas dos horas antes del anochecer, nuestro guía iba por detrás de la comitiva cuando fue atacado por tres monstruosos lobos y, tras ellos, por un oso en mitad de un sendero vacío que pasaba junto a un espeso bosque. Si hubiese estado un poco más alejado no tengo duda de que lo habrían devorado. Uno de ellos saltó sobre su caballo y el otro atacó al hombre con tanta violencia que o no tuvo tiempo o le faltó ánimo para echar mano a su arma. Se puso a llamarnos con desesperación y yo le dije a Viernes, que cabalgaba a mi lado, que fuera a ver qué sucedía. En cuanto vio la situación, se puso a gritar:

—¡Amo! ¡Amo!

Y como el audaz joven que era saltó al instante y disparó en plena cabeza al lobo que estaba atacando al hombre.

El hombre tuvo suerte de que fuera Viernes quien acudiera en su ayuda porque estaba más que acostumbrado a aquel tipo de bestias en su propia tierra y no les tenía miedo. Se acercó hasta donde estaba y le disparó como ya he dicho. Si lo hubiésemos hecho cualquiera de nosotros, lo habríamos intentado a distancia y puede que hubiésemos fallado el tiro, o peor, que hubiésemos acabado hiriendo al hombre.

El episodio habría sido más que suficiente como para atemorizar a alguien más valiente que yo y lo cierto es que produjo cierta conmoción en nuestra compañía. Todos habían escuchado junto al sonido del disparo de Viernes el aullido del lobo y el eco, que en las montañas había provocado el efecto de que había una inmensa multitud de lobos cuando en realidad no había más que unos pocos y tampoco había tanto motivo para el miedo.

Fuera como fuera, en cuanto Viernes disparó a aquel lobo, el otro, el que había atacado al caballo, salió huyendo al instante. Como había saltado a la zona del cuello donde estaban las bridas y los refuerzos, no lo había llegado a herir demasiado. El hombre, sin embargo, estaba herido. La rabiosa bestia

había conseguido morderlo en dos ocasiones, una en el brazo y la otra en la pierna por debajo de la rodilla. Estaba tambaleándose cuando Viernes llegó en su ayuda y disparó al lobo.

No hace falta explicar que en cuanto escuchamos el disparo de Viernes todos aceleramos el paso y corrimos a toda la velocidad a la que aquel camino (que era muy tortuoso) nos permitió para averiguar qué era lo que había sucedido. Tan pronto como pasamos los árboles que nos impedían ver la escena nos dimos cuenta al instante de cómo había sido la situación y de cómo Viernes había salvado al pobre guía, aunque en ese momento aún no podíamos discernir muy bien de qué tipo de bestia se trataba.

Aunque nunca hubo una lucha que se desarrollara de forma tan dura y sorpresiva como la que se produjo a continuación entre Viernes y el oso, un animal que nos dio (a pesar de que ya desde el principio nos sorprendió y asustó) el máximo entretenimiento que se pueda imaginar. El oso es una criatura pesada y torpe y es incapaz de correr a la velocidad de un lobo, que es ligero y rápido, pero aun así tiene dos cualidades muy importantes que generalmente lo predisponen de forma natural a ciertas acciones. La primera, en lo que se refiere a los hombres —que no son su presa natural, y digo que no suelen ser su presa natural porque no creo que los ataquen en general a no ser que sean víctimas de un hambre demasiado acuciante, lo cual era nuestro caso porque todo el suelo estaba cubierto de nieve—, no suelen ser hostiles a no ser que sean ellos quienes ataquen primero. Si uno se cruza con un oso en mitad de un bosque y no lo encara, lo más probable es que el oso tampoco lo haga, pero uno tiene que ser muy educado y caballeroso y dejarle paso, porque un oso es un caballero y le desagrada desviarse de su rumbo hasta tal punto que no lo haría ni por un príncipe. Si uno está muy asustado, lo mejor que puede hacer es sencillamente mirar en otra dirección y seguir caminando. Si uno se detiene y lo mira, éste puede muy bien tomarlo como una afrenta o si le arroja lo que sea, por mucho que sea del tamaño de un dedo, puede también tomarlo por una afrenta y dejar todo lo que esté haciendo en ese instante para buscar su venganza; su primera cualidad es ésa: quiere dejar su honor y su dignidad siempre bien claros. La segunda cualidad es que una vez que se enfrenta a alguien ya no lo deja ni a sol ni a sombra hasta que se considera vengado, es capaz de seguir sin descanso hasta obtener lo que desea.

Mi criado acababa de liberar a nuestro guía. Se había acercado hasta él y lo estaba ayudando a acercarse a su caballo porque el hombre estaba tan herido como asustado, puede que más lo segundo que lo primero, cuando de

repente vimos cómo un oso salía del bosque. Era un oso realmente descomunal, el más grande que he visto en toda mi vida. Todos nos quedamos muy sorprendidos en cuanto lo vimos, pero cuando lo vio Viernes fue como si la alegría y el valor se dieran la mano.

—¡Oh, oh, oh! —exclamó tres veces señalándolo—. ¡Amo, tiene que verlo, yo dar la mano a él, divertir mucho!

Yo estaba perplejo de verlo a él tan relajado y divertido.

—¡Loco! —grité—. ¡Sal de ahí o te comerá vivo!

—¡Cómeme! ¡Cómeme! Tú divertir mucho. Tú quedarte ahí, yo divertirte mucho.

De modo que se sentó y se quitó rápidamente las botas y se puso unas pantuflas (como llamábamos nosotros a aquel calzado plano que llevaba siempre en los bolsillos), le dio a mi otro criado su caballo y salió corriendo con su arma en la mano tan rápido como el viento.

El oso caminaba con calma y no parecía querer enredarse con nadie hasta que Viernes se acercó a él y lo llamó como si el oso lo entendiera perfectamente:

—Ey, ey —dijo—. ¡Yo hablar a ti!

Nosotros los seguimos a cierta distancia y en ese momento nos encontrábamos en medio de un bosque verde y frondoso en el lado gascón de las montañas en el que el terreno era más plano y abierto, aunque había muchos árboles por aquí y por allá.

Viernes, como ya he dicho, siguió al oso hasta que de pronto se puso frente a él, agarró una gran piedra y se la tiró con tanta puntería que le dio en la cabeza. Le dio, pero sin hacerle más daño que si la hubiese lanzado contra un muro. El pícaro tenía tan poco miedo del animal que su única intención era acercarlo hasta donde estábamos para hacernos reír.

Tan pronto como el oso sintió la piedra y lo vio se puso a perseguirlo con unas zancadas amenazadoramente grandes y arrastrando los pies de una manera de lo más extraña, como un caballo a medio galope. Viernes corría hacia nosotros como si precisara de nuestra ayuda, de modo que todos nos dispusimos disparar al mismo tiempo para rescatarlo. Yo estaba enfurecido con él por habernos enfrentado al oso cuando el animal estaba yéndose tranquilamente a sus asuntos, y sobre todo enfadado porque luego había desaparecido. Le grité entonces:

—¡Animal! ¿Así es como nos querías hacer reír? Ven y trae tu caballo, que ahora tendremos que matar a la bestia.

Él me escuchó y gritó al instante:

—¡Disparar no! Quedar quietos y yo hacer reír.

Y como la ágil criatura era capaz de dar dos zancadas por cada una de la bestia, se movió hasta quedar a nuestro lado, allí vio un gran roble que al parecer servía muy bien para lo que tenía en mente y nos indicó con señas que nos acercáramos. A continuación se subió ágilmente al árbol dejando su arma abajo, en el suelo, a unos cinco o seis metros de la base del tronco.

El oso no tardó en llegar hasta el árbol y nosotros observamos a cierta distancia todo lo que hacía. Lo primero que hizo fue detenerse donde estaba el arma, la olió y la dejó estar, y a continuación se puso a trepar por el árbol como si fuese un gato, aunque uno monstruosamente grande. Yo estaba maravillado de la locura, no se me ocurría otra palabra para definirla, de mi criado y juro que no conseguía encontrar ni la menor cosa risible en todo aquello. Desde que vimos cómo el oso trepaba al árbol todos nos acercamos.

Llegamos hasta allí y vimos que Viernes se había sentado al final de una de las ramas y el oso ya había recorrido la mitad de la distancia que lo separaba de él. Tan pronto como el oso comenzó a apoyarse en la parte de la rama que era más débil nos dijo:

—¡Ja! Ahora ver cómo enseñar a bailar un oso.

Dio un salto y comenzó a agitar la rama en la que se había subido el oso y el oso comenzó a tambalearse, pero consiguió mantener el equilibro y mirar hacia atrás para ver cómo podía bajarse de allí. Ahí sí que nos empezamos a reír. Pero no había terminado aún. Cuando vio que el oso se ponía a dos patas se puso a llamarlo de nuevo, como si estuviese convencido de que el animal entendía perfectamente nuestro idioma:

—¿No venir más cerca? Ven cerca, ven.

Dejó de saltar y el oso, como si hubiese entendido lo que le había dicho, se acercó un poco más, momento que aprovechó para empezar a saltar de nuevo. El oso se volvió a detener.

Pensamos que aquél podía ser un buen momento para dispararle en la cabeza y avisamos a Viernes para que se quedara inmóvil y no fallar el disparo, pero él se puso a gritar:

—¡No disparar! ¡No disparar! ¡Yo disparar dentro de un tiempo!

En realidad quería decir «dentro de un rato». En fin, para abreviar la historia, Viernes estuvo bailando unos minutos y el oso era tan cómico que no podíamos parar de reír. Reíamos y reíamos, pero aun así no teníamos una idea muy clara de lo que pretendía. Al principio pensamos que era necesario agitar la rama, pero luego descubrimos que también el animal era muy astuto: no

quería avanzar demasiado para no caer y se agarraba con las garras de los pies de tal forma que no sabíamos cómo iba a hacer para acabar con la broma.

Pero fue el mismo Viernes quien se encargó de sacarnos de dudas, porque al ver que el oso comenzaba a balancearse en la rama y que no habría forma de persuadirlo para que avanzara más dijo:

—Bien, bien… Tú no venir cerca, yo ir cerca, tú no venir a mí, yo ir a ti.

Y diciendo esto se fue hasta el extremo de la rama hasta un punto en que ésta se dobló bajo su peso, se agarró a ella y dejó que la rama se inclinara lo bastante como para poder saltar directamente al suelo, cosa que hizo, después corrió hasta donde había dejado su arma, la recogió y esperó inmóvil.

—Ya está bien —dije yo—. ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Por qué no le disparas?

—Disparar no —respondió—, todavía no, mí no matar, mí quedar una risa más.

Y ya lo creo que hubo una risa más, como no tardará en comprobarse, y es que cuando el oso vio que se escapaba su enemigo salió de la rama en la que estaba en pie de espaldas, pero con mucho cuidado y mirando constantemente hacia atrás, hasta que llegó al tronco del árbol y con la misma torpeza, si no más, bajó del árbol ayudándose de sus garras y moviendo una pata y luego la otra con mucho cuidado. En esa coyuntura y antes de que llegara a poner un pie en tierra, Viernes se acercó hasta el oso, le puso el arma a la altura del oído y lo dejó seco de un disparo.

Luego el pícaro se dio media vuelta para ver si nos reíamos y cuando vio que nos habíamos entretenido de lo lindo, él se puso a reír también a carcajadas.

—Así matar oso en mi país —dijo.

—¿Y cómo lo hacéis si no tenéis armas?

—No —respondió—, arma no, flecha muy larga.

Todo aquello fue un gran entretenimiento, pero aún nos encontrábamos en medio de un lugar salvaje y nuestro guía estaba herido. Apenas sabíamos qué hacer a continuación. Casi podía escuchar todavía los aullidos de los lobos. Con la excepción del sonido que escuché en la orilla de África y del que ya he hablado, jamás en toda mi vida había escuchado un sonido que me congelara el corazón de miedo hasta tal extremo.

Si a todo aquello se le unía la llegada de la noche se entenderá enseguida que nos marcháramos sin ni siquiera quitarle aquella hermosa piel al oso, una piel que sin duda habría merecido la pena guardar. Aún nos quedaban tres

kilómetros que recorrer y nuestro guía nos apuró diciendo que teníamos que marcharnos lo antes posible.

El suelo aún estaba cubierto de nieve, aunque no había tanta cantidad ni era tan peligrosa como la de las montañas, y las bestias, como pudimos escuchar más tarde, bajaban desde el bosque a la llanura acuciadas por el hambre y en busca de comida. Habían llegado a provocar grandes destrozos en los pueblos sorprendiendo a la gente del lugar y matando caballos, ovejas y hasta seres humanos.

Nos quedaba un paso peligroso, nos dijo nuestro guía, y nos podía asegurar que si había lobos en la zona seguramente se encontrarían todos en aquel lugar. Era una pequeña llanura rodeada de bosque por todas partes y un estrecho desfiladero que teníamos que atravesar antes de adentrarnos en el bosque para llegar al pueblo en el que íbamos a pernoctar.

Faltaba media hora para la puesta de sol cuando entramos en el primer bosque y justo acababa de ponerse cuando llegamos a la llanura. En el primer bosque no nos cruzamos con ningún peligro si exceptuamos que en un pequeño claro que estaba a unos doscientos metros vimos cruzar el camino a cinco grandes lobos a gran velocidad el uno tras el otro, como si estuviesen en medio de la persecución de una presa. Estaban tan absortos que ni siquiera se dieron cuenta de nuestra presencia y a los pocos segundos ya habían desaparecido.

Al ver aquello nuestro guía, que dicho sea de paso era un miserable cobarde, nos dijo que estuviésemos atentos y preparados porque seguramente habría más lobos y podían aparecer en cualquier momento.

Nosotros preparamos las armas y abrimos bien los ojos, pero no aparecieron más lobos hasta que cruzamos el bosque, una distancia de un kilómetro, y llegamos a la llanura, donde tuvimos ocasión de ver muchas cosas: lo primero con lo que nos encontramos fue un caballo muerto, o para ser más precisos, un pobre caballo al que habían matado los lobos y al menos una docena de ellos en plena faena. No se podía decir que se lo estuvieran comiendo, más bien estaban limpiando sus huesos, porque de la carne no quedaba ni rastro.

Ni se nos ocurrió molestarlos en medio de su festín y ellos tampoco parecieron interesarse demasiado por nosotros. A Viernes le hubiese encantado enfrentarse a ellos, pero yo no se lo permití porque ya teníamos entre manos más cosas de las que nos podíamos encargar. Aún no habíamos cruzado la llanura cuando comenzamos a escuchar los aullidos de los lobos en el bosque que quedaba a nuestra izquierda, un aúllo temible, y a los pocos

segundo vimos cómo se acercaban hacia nosotros casi un centenar de ellos, todos formando una gran piña y la mayoría de ellos en fila como si se tratara de un ejército de soldados veteranos. Yo no sabía ni de qué forma nos íbamos a enfrentar a ellos, pero me pareció que formar una línea por nuestra parte era la única manera de hacerlo. Nos distribuimos en esa formación al instante. Les dije que dispararíamos la mitad de nosotros y que la otra mitad esperaría la primera descarga para tirar ellos a continuación. Si seguían avanzando hacia nosotros, los que habían disparado en primer lugar no debían preocuparse por cargar sus fusiles de nuevo, sino que utilizarían sus pistolas. En nuestra comitiva cada hombre llevaba un fusil y dos pistolas. Con aquel sistema podíamos llegar a hacer hasta seis descargas, realizada cada una de ellas por la mitad de nuestra comitiva. No hubo necesidad de hacerlas todas, porque en cuanto hicimos la primera el enemigo se detuvo por completo, atemorizado tanto por el ruido como por el fuego. Cuatro recibieron una bala en la cabeza y cayeron muertos en el acto, otros resultaron heridos y se alejaron sangrando por lo que pudimos ver en sus huellas por la nieve. Vi que se detuvieron, pero no se retiraron de inmediato. Recordé de pronto aquello de que hasta las más terribles criaturas de la tierra tienen miedo de la voz humana y ordené a toda la comitiva que gritara todo lo fuerte que pudiera. Tuvo su resultado, porque comenzaron a retirarse y a darse la vuelta con nuestro primer grito. Ordené entonces que dispararan una segunda descarga que ya los puso en huida al galope. Desaparecieron en el bosque.

Eso nos dio tiempo para cargar de nuevo nuestras armas y, como no queríamos perder más tiempo, continuamos avanzando, pero apenas habíamos cargado nuestros fusiles y habíamos reiniciado la marcha cuando escuchamos un ruido terrible procedente del bosque que quedaba a nuestra izquierda y que estaba en medio de la ruta que teníamos que tomar a continuación.

La noche se nos estaba echando encima y la luz empezaba a ser cada vez más tenue, cosa que complicaba nuestra situación. El ruido crecía cada vez más, y resultaba evidente que no eran más que los aullidos de aquellas diabólicas criaturas. De pronto aparecieron dos o tres tropas de lobos, una a nuestra izquierda, otra por detrás y otra por delante. Estábamos rodeados, pero como no nos atacaron de inmediato continuamos en la dirección que llevábamos haciendo que nuestros caballos fueran a la máxima velocidad posible, que no era mucha, poco más de un trote largo, porque el camino era muy malo. Llegamos hasta un punto en el que se veía una entrada a un bosque en el lado más alejado de la llanura por el que se suponía que teníamos que ir, pero nos llevamos una gran sorpresa al comprobar, cuando nos acercamos a la

pista, o al paso, que había un grupo de lobos con aspecto un tanto confundido justo a la entrada.

En otra de las entradas del bosque escuchamos de pronto el sonido de un disparo y, al mirar en aquella dirección, vimos salir a toda velocidad un caballo ensillado y embridado galopando como el rayo y, tras él, a unos dieciséis lobos también a toda velocidad a punto de darle alcance. Se veía que no iba a poder sostener aquella huida mucho más tiempo, cosa que efectivamente sucedió al poco rato.

Pero el espectáculo más espantoso llegó a continuación y es que, al acercarnos a la entrada del bosque de la que había salido el caballo, nos encontramos los restos de otro caballo y los de dos hombres que habían sido devorados por las hambrientas bestias. No había duda de que el sonido del arma lo había producido uno de ellos, porque aún estaba en su mano la pistola con la que él mismo se había disparado al cráneo que ahora estaban devorando.

Aquel espectáculo nos llenó de espanto y de pronto no supimos qué hacer. Fueron las bestias quienes tomaron la decisión por nosotros, porque se nos empezaron a acercar cada vez más con intención de convertirnos en sus presas. Creo sinceramente que debían de sumar unos trescientos. Para nuestra suerte descubrí que en una de las entradas al bosque y a muy poca distancia de donde nos encontrábamos había una montaña de madera que había sido cortada durante el verano y que supongo que aún estaba allí esperando para ser recogida. Llevé a nuestra comitiva hasta aquel lugar y les ordené que se pusieran en fila detrás de uno de aquellos enormes troncos. Les dije que mantuvieran la espalda contra el resto de los árboles para poder formar así un triángulo de tres frentes, con nuestros caballos en el centro.

Eso fue lo que hicimos, y por suerte, porque no se ha conocido jamás una carga más furiosa que la que aquellas criaturas hicieron sobre nosotros en aquel lugar. Se acercaron entre gruñidos y se amontonaron frente al tronco que, como ya he dicho, utilizábamos de parapeto como si estuviesen a punto de abalanzarse sobre sus presas. Aquella furia suya parecía ocasionada fundamentalmente por la visión de los caballos, que eran el verdadero motivo de su codicia. Ordené a los hombres que dispararan de la misma forma en que lo habían hecho antes y todos apuntaron hasta que tuvieron sus objetivos muy claros, lo que provocó que matáramos a varios en la primera descarga. Aun así tuvimos que disparar constantemente, porque se lanzaban como demonios sobre nosotros apoyándose sobre los cadáveres de los que habían quedado abajo.

Cuando disparamos la segunda descarga nos dio la sensación de que se contenían un poco y por un momento pensamos que se iban a ir, pero fue sólo un momento, porque llegaron otros. Disparamos dos cargas con nuestras pistolas. Calculé que con aquellas dos descargas habríamos matado a diecisiete o dieciocho y herido al menos al doble, pero aun así vinieron de nuevo.

Me dolía tanto perder mi último disparo tan rápido que llamé a mi criado, no a Viernes, sino al que había contratado, porque Viernes estaba encargándose de cosas mas importantes y aun así, con una destreza realmente asombrosa, había cargado de nuevo mi fusil y el suyo; en fin, como ya he dicho, llamé al otro criado, le di un cuerno con pólvora y le dije que hiciera un reguero sobre el tronco, un reguero muy largo, y así lo hizo. Sin darles tiempo para que se pudieran apartar, cuando los lobos se subieron encima, martilleé una pistola sin cargar junto a la pólvora, que se encendió al instante. Todos los lobos que se encontraban sobre el tronco quedaron calcinados, seis o siete cayeron en el acto y casi saltaron sobre nosotros con la fuerza de la pólvora y de su propio miedo y allí los matamos en el acto. Los otros se asustaron tanto con el resplandor de la luz, porque ya casi era de noche y el contraste era aún mayor, que se echaron atrás.

Después de aquello ordené la última carga con pistola y a continuación dimos un grito. Los lobos se dieron media vuelta y vimos entonces que había alrededor de unos veinte tullidos que trataban de alejarse como podían. Caímos sobre ellos y los matamos con nuestras espadas, algo que fue extraordinariamente efectivo, porque los aullidos y los quejidos que emitieron hicieron comprender a sus compañeros lo que les esperaba y se esfumaron al instante.

Entre los primeros y los segundos debimos matar alrededor de unos sesenta, aunque si la lucha hubiese sido a plena luz del día estoy seguro de que hubiésemos matado a muchos más. Una vez hubimos despejado el campo de batalla continuamos nuestro camino, porque aún nos quedaba un kilómetro por recorrer. Mientras avanzábamos los oíamos aullar y gruñir desde el bosque y en alguna ocasión hasta nos dio la sensación de verlos de nuevo, pero la nieve nos cegaba los ojos y no llegábamos a estar seguros. Poco más de una hora más tarde llegamos a un pueblo en el que nos íbamos a hospedar. Encontramos a todo el mundo increíblemente atemorizado y armado hasta los dientes. Al parecer la noche anterior muchos lobos y también algunos osos habían irrumpido en el pueblo y llevaban todo el día de guardia para proteger sus reses y también a su gente.

Al día siguiente nuestro guía estaba tan enfermo y sus miembros se habían hinchado tanto a causa de las heridas que no pudo ponerse en pie. Nos vimos obligados a contratar allí a un nuevo guía y desde allí nos marchamos hacia Toulouse, donde el clima era más agradable: una región de frutales deliciosos, sin nieve ni lobos ni nada que se les pareciera. Cuando relatamos nuestra historia en Toulouse nos dijeron que aquello era lo normal al pie de las montañas, especialmente cuando la nieve cubría el terreno. Nos preguntaron luego qué clase de guía era aquel que se había atrevido a llevarnos por aquellos pasos en medio de un clima tan severo y nos dijeron que nos podíamos dar por contentos por seguir vivos y no haber sido devorados. Cuando les relatamos cómo nos distribuimos dejando a nuestros caballos en el centro nos maldijeron y nos dijeron que las posibilidades de salir de una situación como la nuestra eran de cincuenta a uno, y es que era precisamente la visión de los caballos la que provocó que los lobos se pusieran tan nerviosos. Nos contaron que por lo general suelen ser temerosos de las armas, pero que al estar tan hambrientos y ver a su presa, las ansias por abalanzarse sobre ella debieron de ser mayores en aquel caso que su sentido del peligro; si no hubiese sido por el fuego continuo y por la estrategia del reguero de pólvora lo más probable es que nos hubiesen acabado despedazando. Podíamos estar contentos de haber conservado nuestros caballos, porque lo normal en una situación como la nuestra habría sido dejárselos para que los devoraran y salir a pie. Con armas en la mano y siendo tantos lo mas probable es que hubiésemos llegado sanos y salvos al pueblo.

En cuanto a mí, jamás me sentí más sensible ante la posibilidad de haber estado cerca de perder la vida. Cuando vi a aquellos demonios viniendo a cientos gruñendo y con las bocas abiertas y a nosotros sin podernos ocultar en ningún lugar o retirarnos, juro que me di por muerto, pensé que jamás iba a cruzar esas montañas y que bien me hubiera valido el esfuerzo de hacer miles de millas marinas, aunque tuviera la certeza de que me fuera a tocar una tormenta a la semana.

REGRESO A MI ISLA

En el trayecto a través de Francia no pasó nada fuera de lo común, nada que no hayan contado otros viajeros con mucha más destreza que yo. Viajé desde Burdeos hasta París y casi sin paradas hasta Calais. Crucé sin ningún conflicto hasta Dover el 14 de enero después de una estación considerablemente fría.

Ya había llegado al destino de mi viaje y había encontrado que todo lo que concernía a mis posesiones estaba en orden. Me pagaron como correspondía todos los billetes que llevaba conmigo.

Mi principal guía y mejor informada consultora fue mi querida y anciana viuda, parecía no haber trabajo lo bastante arduo que ella no quisiera hacer por mí en señal de agradecimiento por el dinero que le había enviado. Confiaba tan ciegamente en ella que me sentí muy feliz de poder contar con la insobornable integridad de aquella buena mujer.

De aquel modo pensé en dejar mis bienes a su cargo y partir para Lisboa, para hacerlo a continuación, desde allí, hacia Brasil, aunque otro escrúpulo se interpuso entonces en mi camino, la religión en aquel caso. Había acumulado ya muchas dudas sobre la iglesia romana, sobre todo cuando estaba en la isla y en medio de mi soledad. Supe así que no tenía sentido ir a Brasil para mí, y mucho menos afincarme allí, a no ser que me decidiera a abrazar también la religión católica sin reservas. Para hacer eso habría tenido que desear convertirme en un mártir de mi religión y morir a manos de la Inquisición, algo que no deseaba en absoluto y que hizo que me inclinara por la idea de quedarme en casa si podía disponer desde aquí de los beneficios de mi plantación.

Escribí a mi amigo de Lisboa con ese propósito y me contestó que podía disponer de los beneficios desde allí con mucha facilidad y que si quería podía hacerles en mi nombre una oferta a los dos mercantes, los hijos de mis primeros administradores que vivían en Brasil en el mismo lugar y por tanto conocían perfectamente el valor de esas tierras, y que aparte eran —eso lo sabía él de primera mano— inmensamente ricos. Estaba convencido de que

estarían encantados de comprarla. No tenía duda de que podría hacer entre cuatro y cinco mil reales de a ocho, como mucho.

Se lo agradecí y le pedí que hiciera la oferta en mi nombre, cosa que hizo, y a los ocho meses regresó el barco y con él la noticia de que aceptaban la oferta y enviaban treinta y tres mil reales de a ocho a sus correspondientes en Lisboa, como pago.

Yo firmé el documento de compra en las hojas que me enviaron desde Lisboa y se lo envié al viejo, quien por su parte me envió billetes para cambiar por valor de 32 800 reales de a ocho. Reservando el pago anual de los cien moidores a él y los cincuenta a su hijo tras su muerte, que era lo que les había prometido, aquella plantación iba a funcionar como una fantástica renta. Y así fue como concluyó la primera parte de una vida de fortuna y aventuras, de instrumento de la Providencia y de un tipo que muy rara vez se puede encontrar en el mundo: había comenzado enloquecidamente, pero terminaba con una alegría que no parecía haber sido anticipada por ninguno de los episodios que había vivido.

Cualquiera podría pensar que en aquella situación de buena fortuna ya habían quedado atrás para mí las complicaciones, de las que ya había tenido más que suficientes, pero al parecer estaba predestinado a una vida errante: no tenía familia ni tampoco muchas amistades, tampoco hice amistades nuevas por muy rico que fuera, y aunque había vendido mi plantación de Brasil no conseguía sacarme aquel país de la cabeza. Tenía unas ganas tremendas de salir de nuevo y apenas podía soportar la poderosa inclinación de ver mi isla una vez más y comprobar si los pobres españoles seguían aún en ella y cómo los habían tratado los granujas que estaban allí.

Mi buena amiga la viuda me disuadió apasionadamente. Hasta tal punto llegaron sus prevenciones que durante los siete años siguientes no salí al extranjero. Durante aquella época me hice cargo de la educación de mis dos sobrinos, los hijos de uno de mis hermanos. El mayor de ellos tenía algo especial y creció como un caballero. Le asigné un extra a su herencia para que lo recibiera tras mi muerte. Al otro lo puse a cargo de un capitán de barco y, como después de cinco años había demostrado ser un muchacho audaz y emprendedor, lo nombré capitán de un barco y lo mandé a la mar. Aquel joven me llevó más adelante, ya viejo, a vivir más aventuras.

Mientras tanto, yo me asenté. En primer lugar me casé, ni para mi felicidad ni para mi infelicidad, tuve tres hijos, dos niños y una niña, pero al morir mi esposa y cuando mi sobrino regresó contándome todos sus éxitos de su viaje a España, mis ganas de regresar al extranjero y su insistencia

acabaron prevaleciendo y me alisté en su barco en condición de comerciante privado de las Indias Orientales. Era el año de 1694.

Durante aquel viaje visité mi nueva colonia en la isla, vi a los españoles, mis sucesores, y ellos me relataron la historia de sus vidas y la de los villanos a los que habíamos dejado allí, cómo al principio se dedicaron a insultarlos y cómo después llegaron a acuerdos, se pelearon de nuevo, decidieron unirse, se separaron otra vez, cómo se vieron obligados a ejercer la violencia sobre los villanos, cómo los sometieron y cómo los utilizaron con honradez; una historia en la que, si entrara en detalles, acabaría mostrando tal variedad de prodigiosos accidentes como la mía, sobre todo la parte que tenía que ver con sus batallas contra los caribeños, que llegaron a la isla en varias ocasiones, y con los progresos que ellos mismos idearon en la isla, cómo desarrollaron los principales cultivos y cinco de ellos fueron hasta el continente y trajeron como prisioneros a once hombres y cinco mujeres, de tal modo que cuando llegué yo me encontré con que en la isla había veinte niños.

Allí me quedé durante veinte días y les dejé todo tipo de cosas útiles, sobre todo armas, pólvora, munición, ropa, herramientas y dos obreros a los que había llevado conmigo desde Inglaterra, un carpintero y un herrero.

Aparte de aquello dividí la isla en dos partes y me reservé la propiedad de la totalidad, pero entregándoles a ellos algunas zonas en la forma en la que lo habían acordado. En cuanto hube arreglado mis cuestiones con ellos les pedí que no abandonaran la isla y los dejé allí.

Al llegar a Brasil les envié una barcaza en la que incluía, entre herramientas y otras cosas de primera necesidad, siete mujeres que podían trabajar en el servicio y que podían ser también tomadas por esposas. A los ingleses les prometí que les enviaría mujeres desde Inglaterra acompañadas de un buen cargamento de provisiones e instrumentos de cultivo, algo que luego cumplí. Los hombres demostraron ser honrados y diligentes cuando se les enseñó, y les fueron entregadas unas propiedades. Desde Brasil les envié también cinco vacas, tres de ellas preñadas, algunas ovejas, y algunos cerdos. Cuando regresé a la isla comprobé que la población de animales se había incrementado mucho.

Pero todas esas cuestiones, unidas al relato sobre cómo aparecieron de pronto trescientos caribeños y los invadieron, destrozando sus cultivos, cómo combatieron a pesar de que los doblaban en número y fueron derrotados al principio y asesinados tres de ellos hasta que finalmente una tormenta destrozó las canoas de sus enemigos y cómo lograron que el resto se muriera de hambre para recuperar así sus cultivos y seguir viviendo en la isla, todas

esas cosas, unidas a otros sorprendentes sucesos y aventuras mías vividas durante un período de diez años, las relataré en otra ocasión más adelante.

ROBINSON CRUSOE
POR TULLIO PERICOLI

INTRODUCCIÓN[7]

Estos dibujos nacieron entre 1982 y 1984. En aquellos años una parte de mi trabajo estaba orientada a los periódicos y a las editoriales, y la otra, a las galerías de arte. En definitiva, en el primer rol era un ilustrador; en el segundo, un pintor. Como ilustrador, el tema de mi trabajo era la figura (en aquel momento políticos o personalidades reconocidas del mundo de la cultura); como pintor, el paisaje. Un paisaje examinado verticalmente con un guiño a Klee, que era por entonces objeto de mi estudio y tamiz de mi búsqueda. Pero no me sentía feliz en aquella situación. La división me causaba insatisfacción e inquietud; era sobre todo la segunda actividad la que me provocaba momentos de frustración, quizás a causa de mi difícil relación con el mercado del arte y sus ambigüedades.

También en aquellos años la casa Olivetti imprimía, para felicitar la Navidad, y por tanto para un público reducido, dos volúmenes de alta calidad: una agenda de mesa y un libro con un texto clásico, ambos ilustrados cada vez por un artista diferente. Las dos colecciones estaban a cargo de Giorgio Soavi, que me ofreció hacer uno de los volúmenes siguientes y me pidió que eligiera un texto apropiado.

La elección de *Robinson Crusoe* fue casi inmediata. Creo que lo que operó en mí fue la relación directa, la confrontación, entre el hombre solo y la naturaleza, un tema que ha sido abordado más veces en mi trabajo. Pero no me di cuenta hasta más tarde de que un motivo práctico había sido decisivo. La novela de Defoe quizás me permitiría salir de aquella doble situación que casi me estaba agotando. En *Robinson Crusoe* en realidad los personajes son dos: el náufrago y la isla, una figura y un paisaje. Precisamente los dos temas a los que me estaba dedicando en aquellos años. Podría unificar mis estilos, convirtiendo al paisaje en personaje y al personaje en paisaje. Así asistiría a algo que nunca antes había visto: mis paisajes acercándose al signo de las figuras e incluyéndolas en sí mismos, y mis figuras midiéndose con la abstracción de mis paisajes. Y podría hacer que las naturalezas de los dos

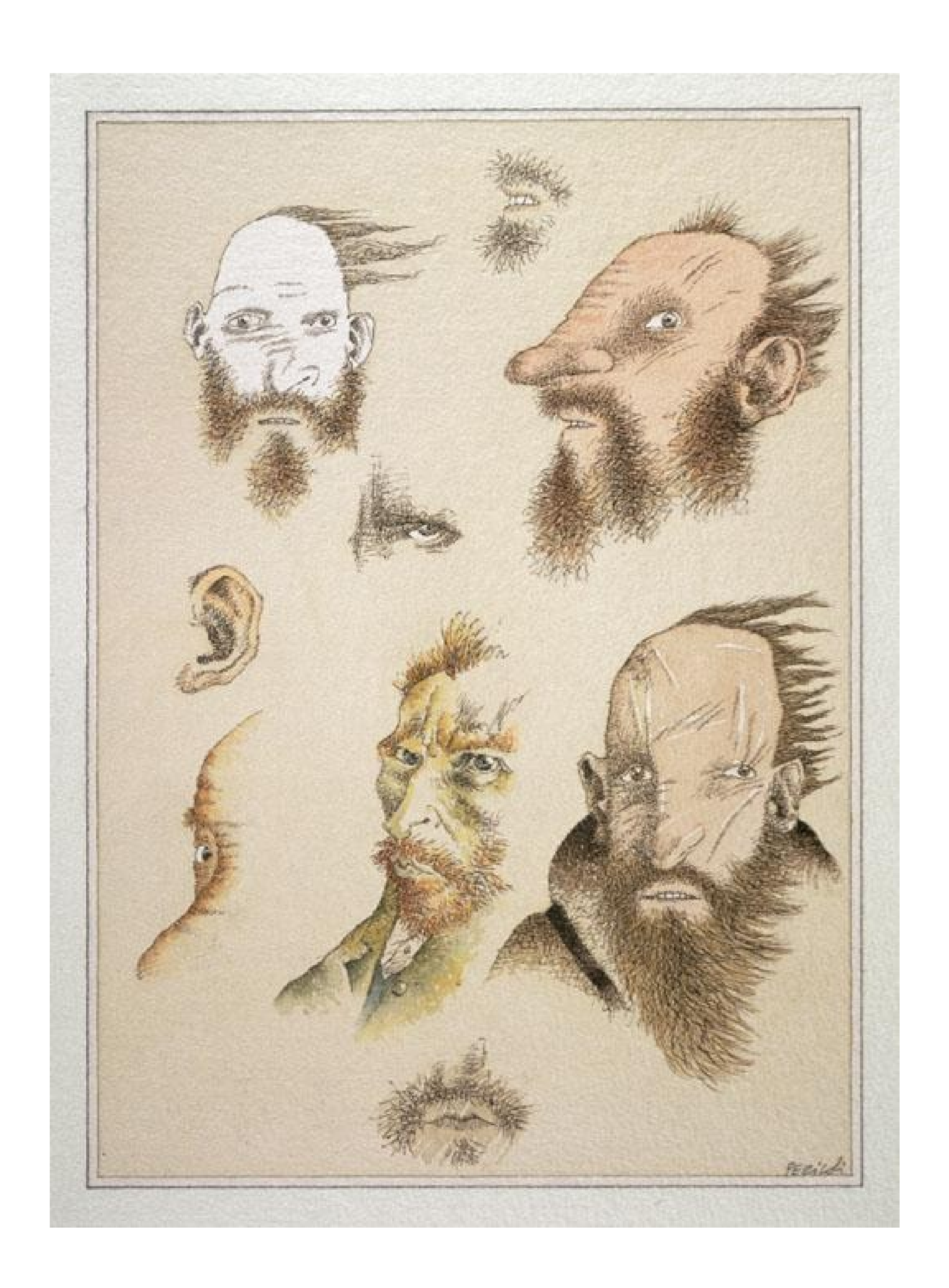
personajes emergieran, anotar los cambios consecuencia de un encuentro que transformaría radicalmente sus vidas.

El trabajo me llevó cerca de dos años y transformó también mi vida. La fusión entre los dos temas sucedió, pero en aquel momento lo que había ocurrido con *Robinson* afectó a todo mi trabajo y la necesidad de elegir entre ilustraciones y cuadros devino crucial.

He construido este libro reagrupando mis dibujos por temas y eligiendo algunos fragmentos del *Robinson* de Defoe. Contiene no sólo las láminas realizadas para el volumen de Olivetti, sino casi todos los trabajos que permanecieron inéditos y que hice en aquel período en torno a *Robinson Crusoe*. Y volver a mirarlos me provoca una pequeña emoción. Ahora están aquí, casi solos, para volver a contarme la historia y puede que por fin se materialice la que por entonces era mi verdadera ambición.

TULLIO PERICOLI

EL ROSTRO (figuras 1 a 3)







EL VIAJE (figuras 4 a 7)





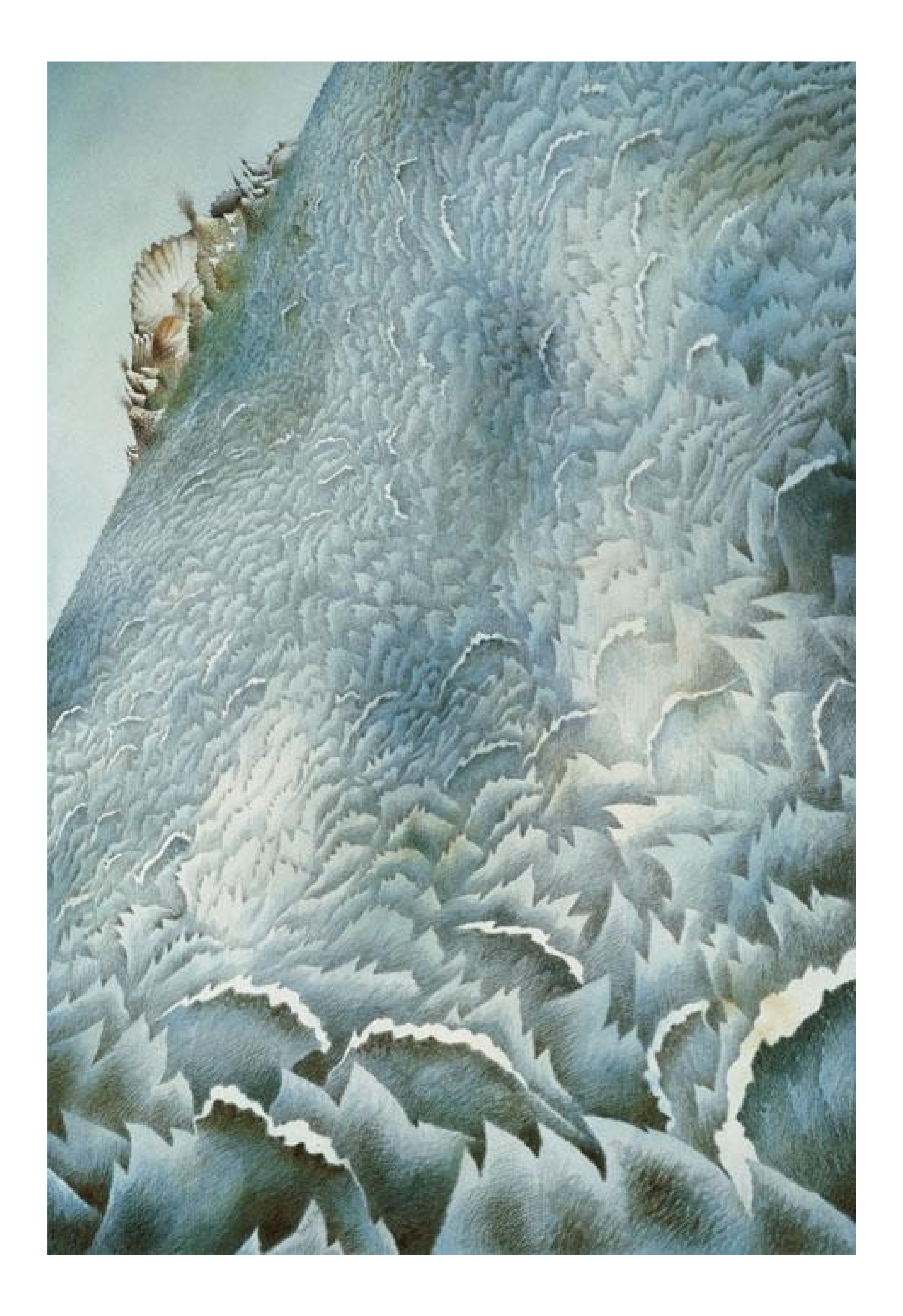


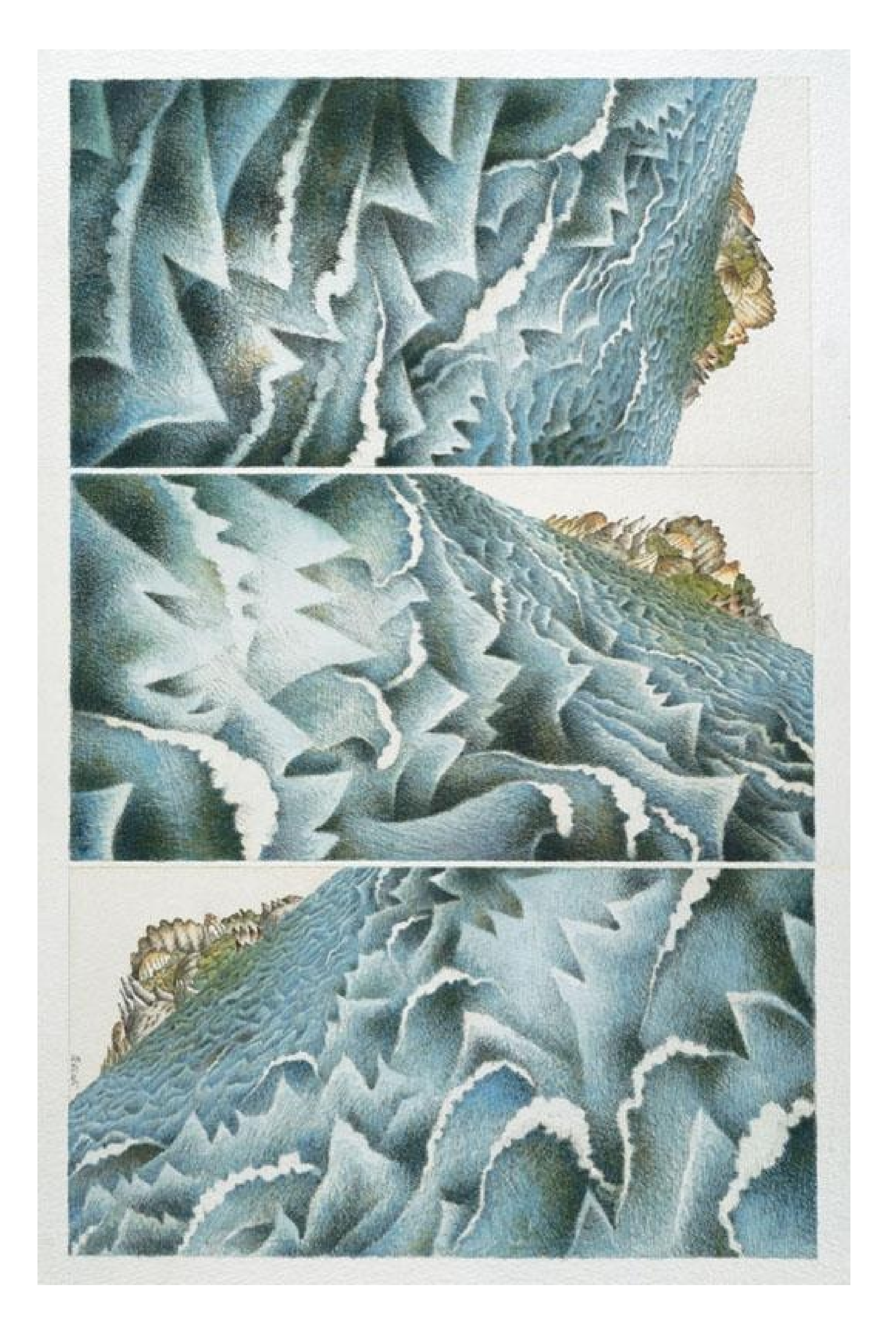


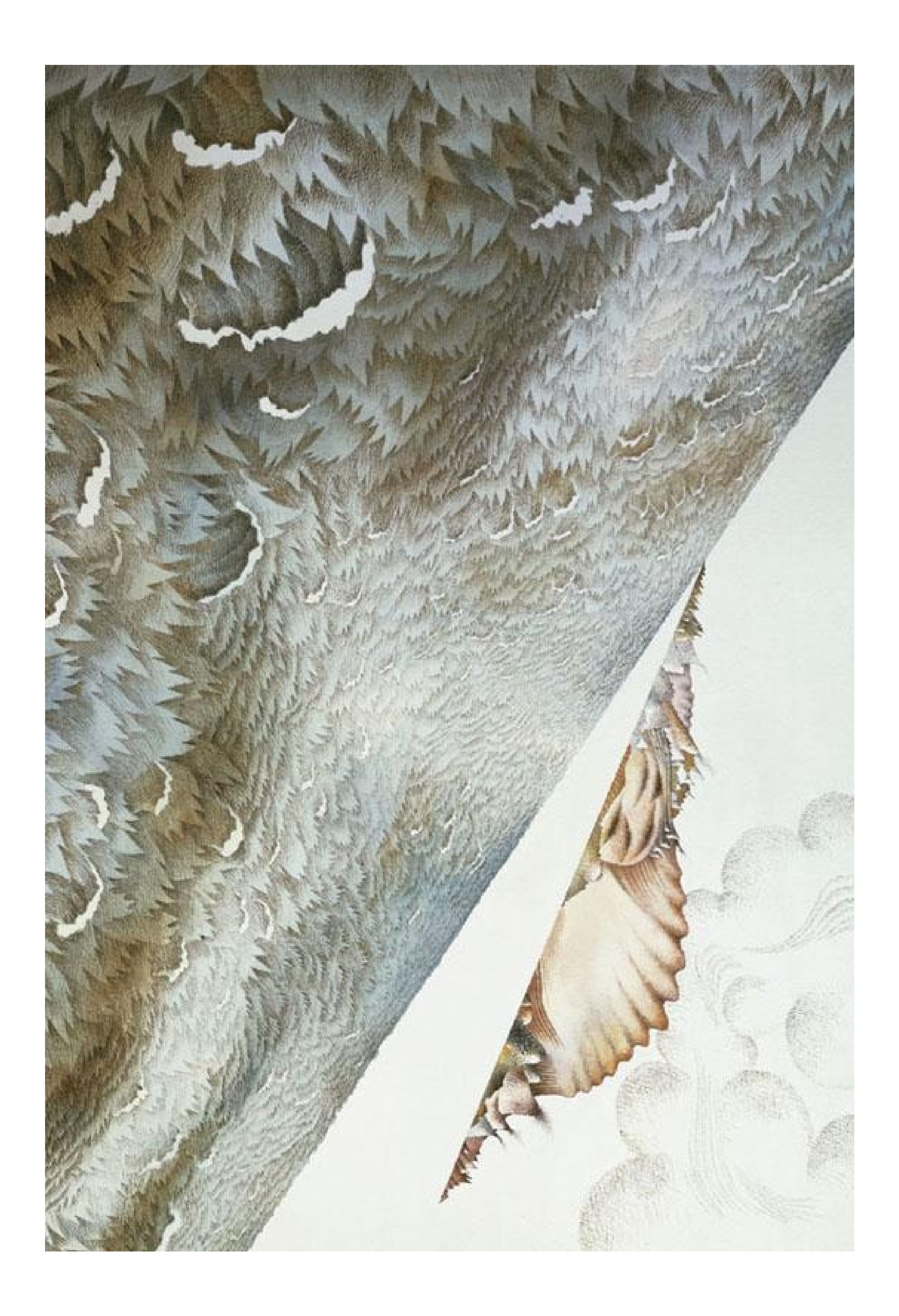
EL NAUFRAGIO (figuras 8 a 12)


PERicoli

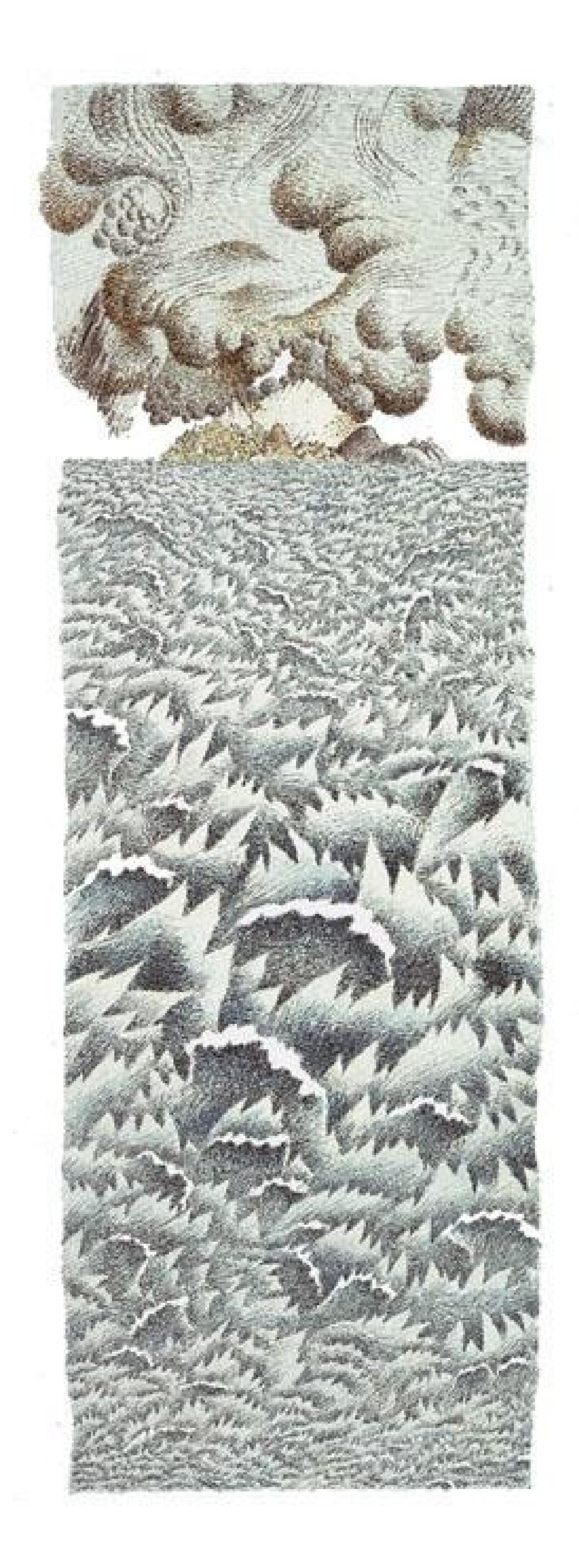








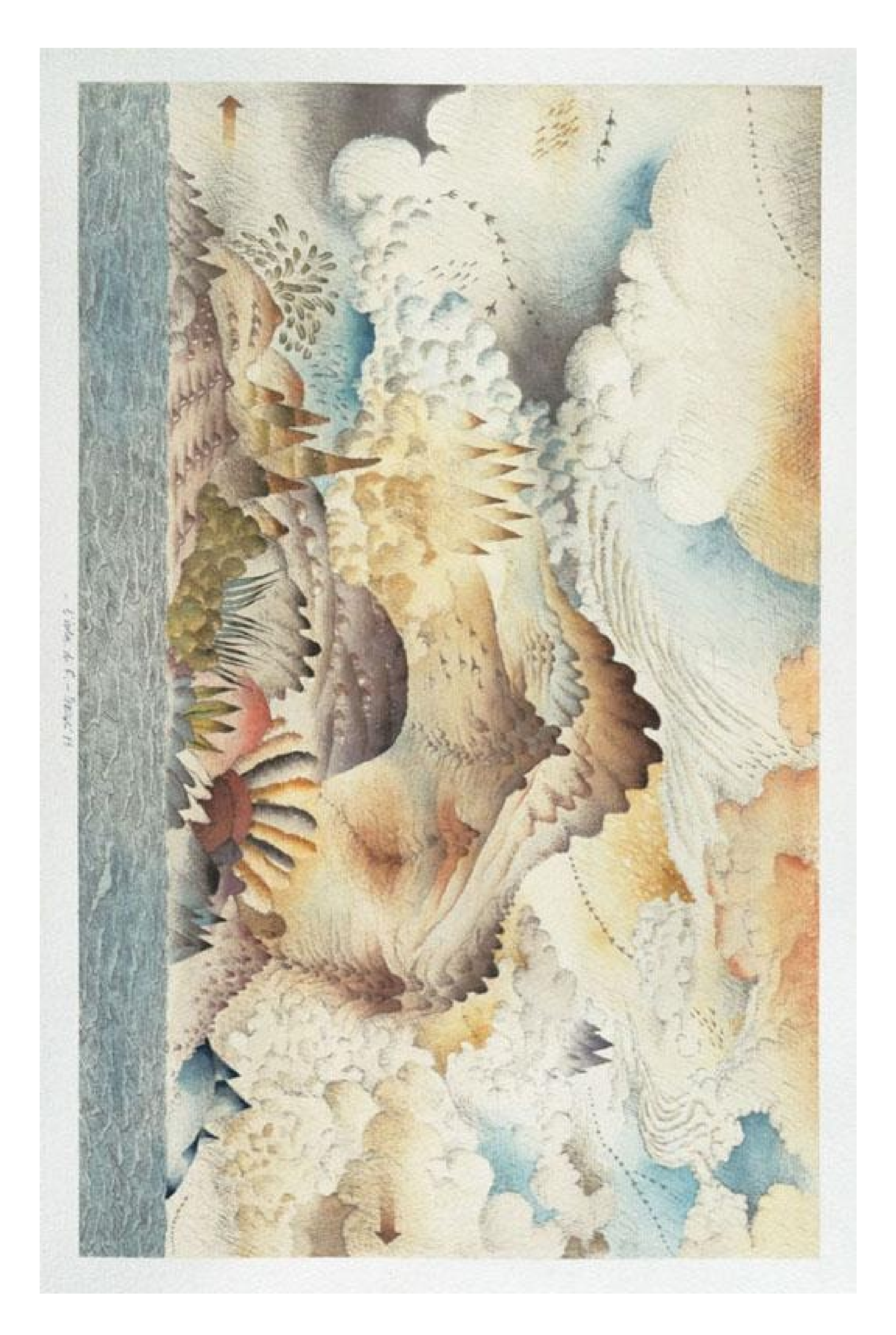
LA ISLA (figuras 13 a 24)

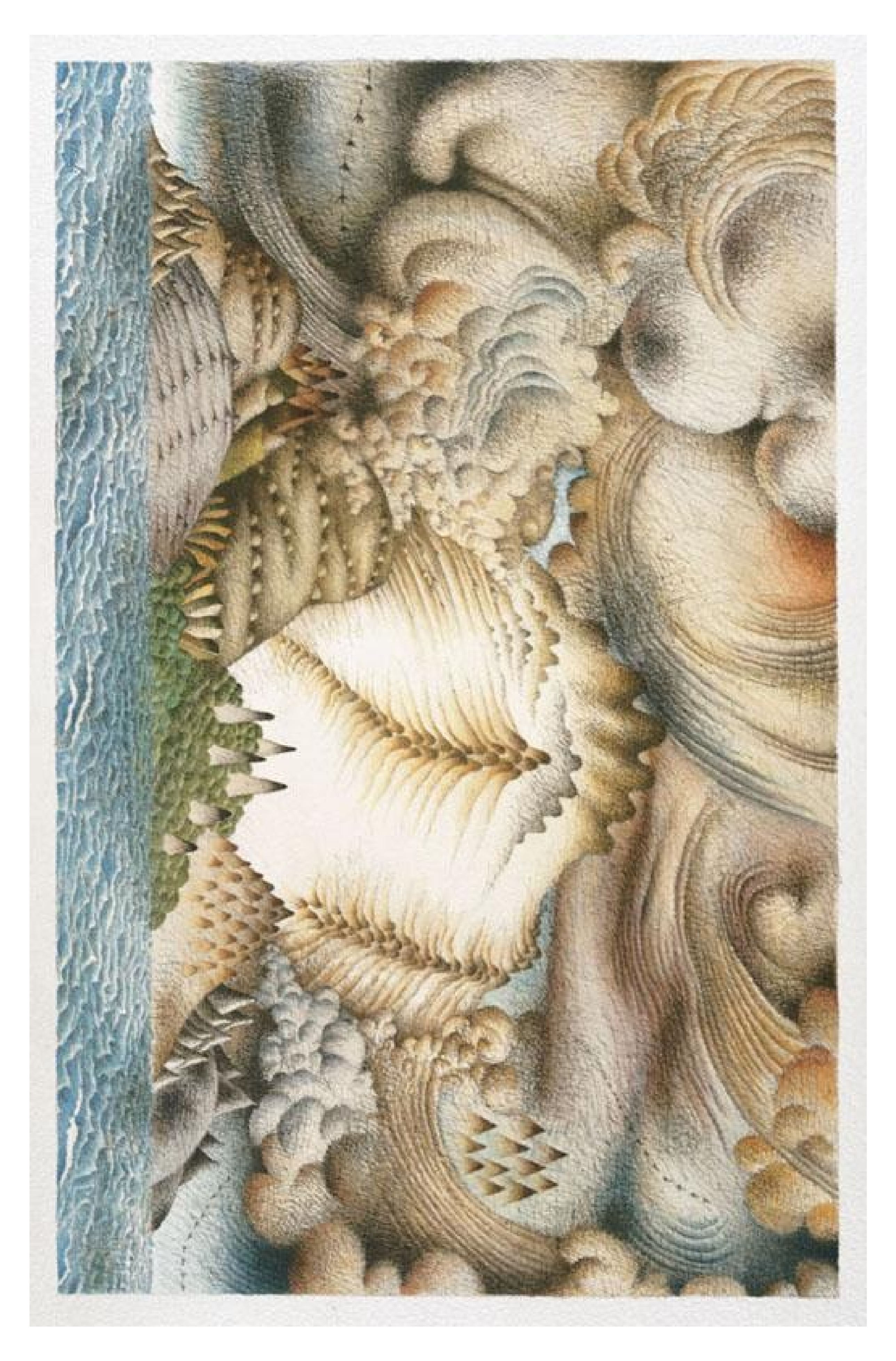




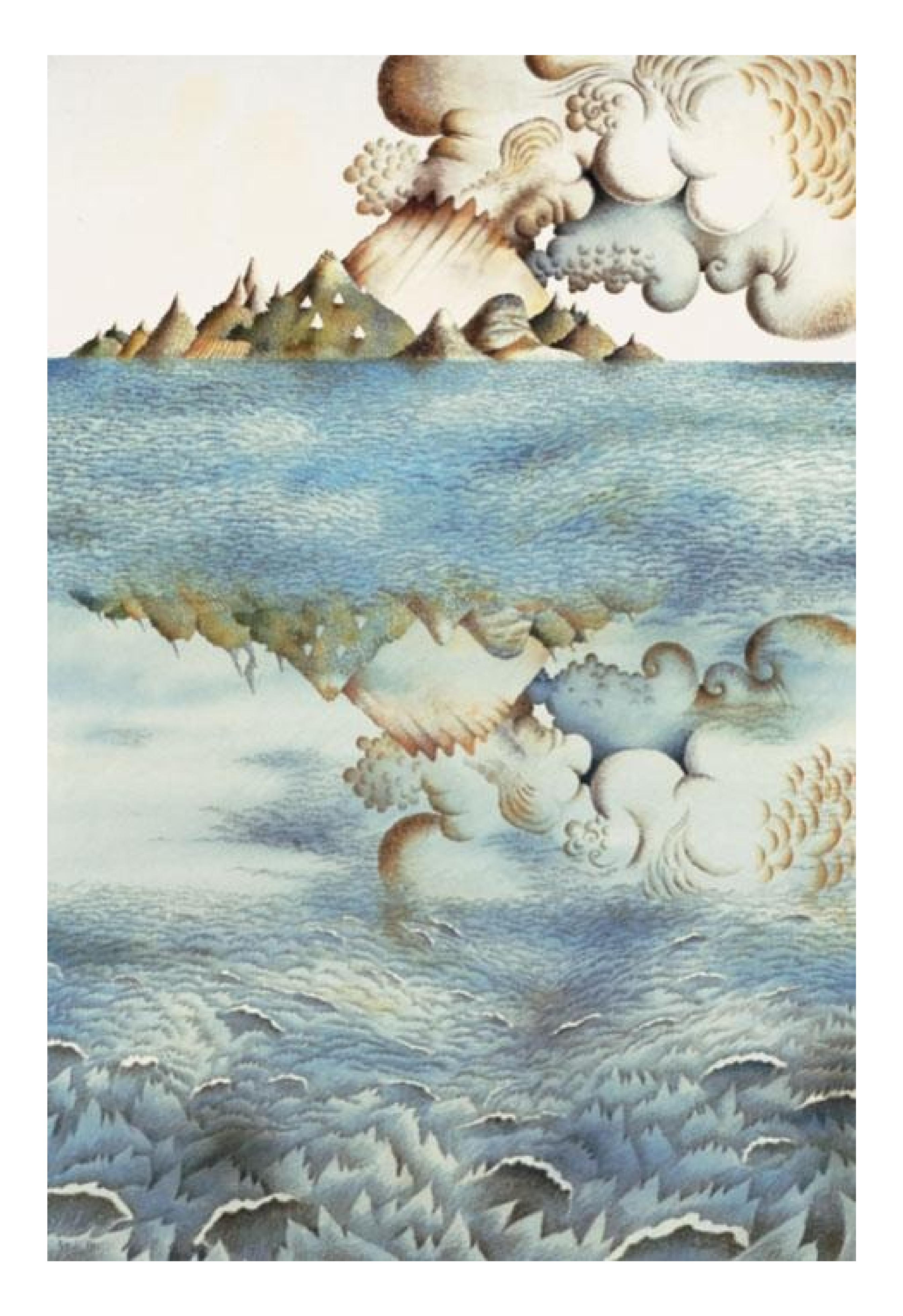
















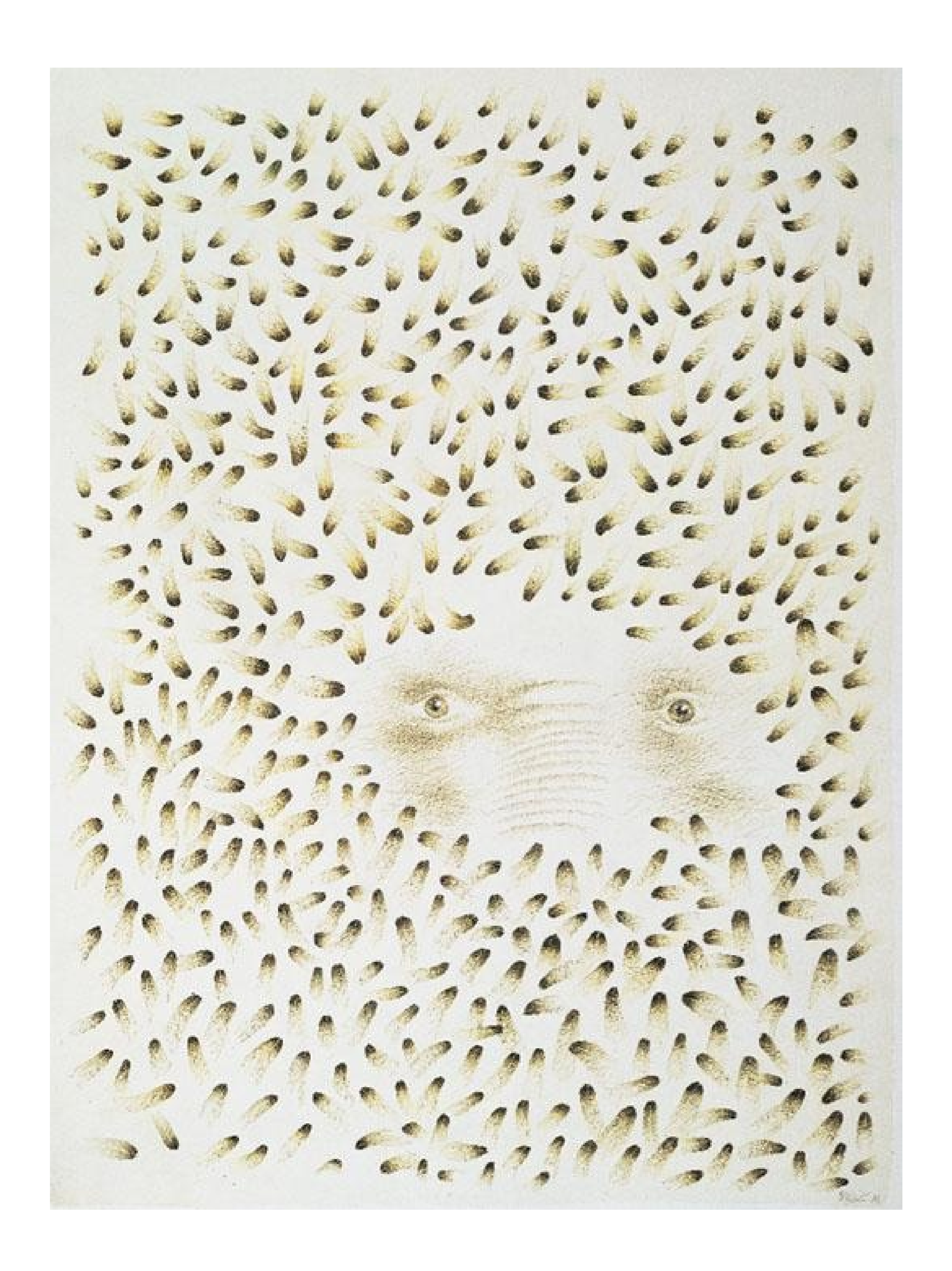




ROBINSON EN LA ISLA (figuras 25 a 39)


Pericoli

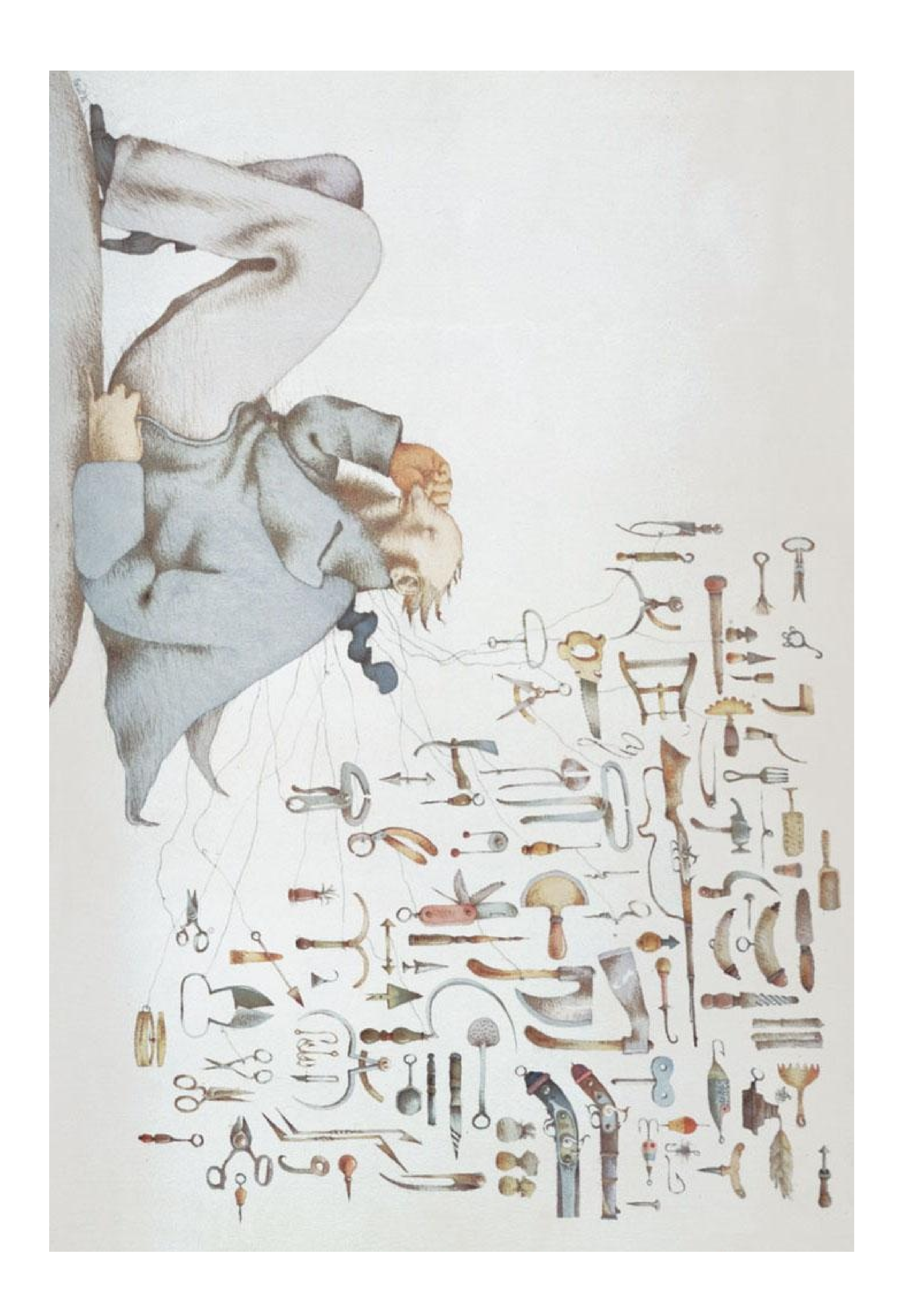






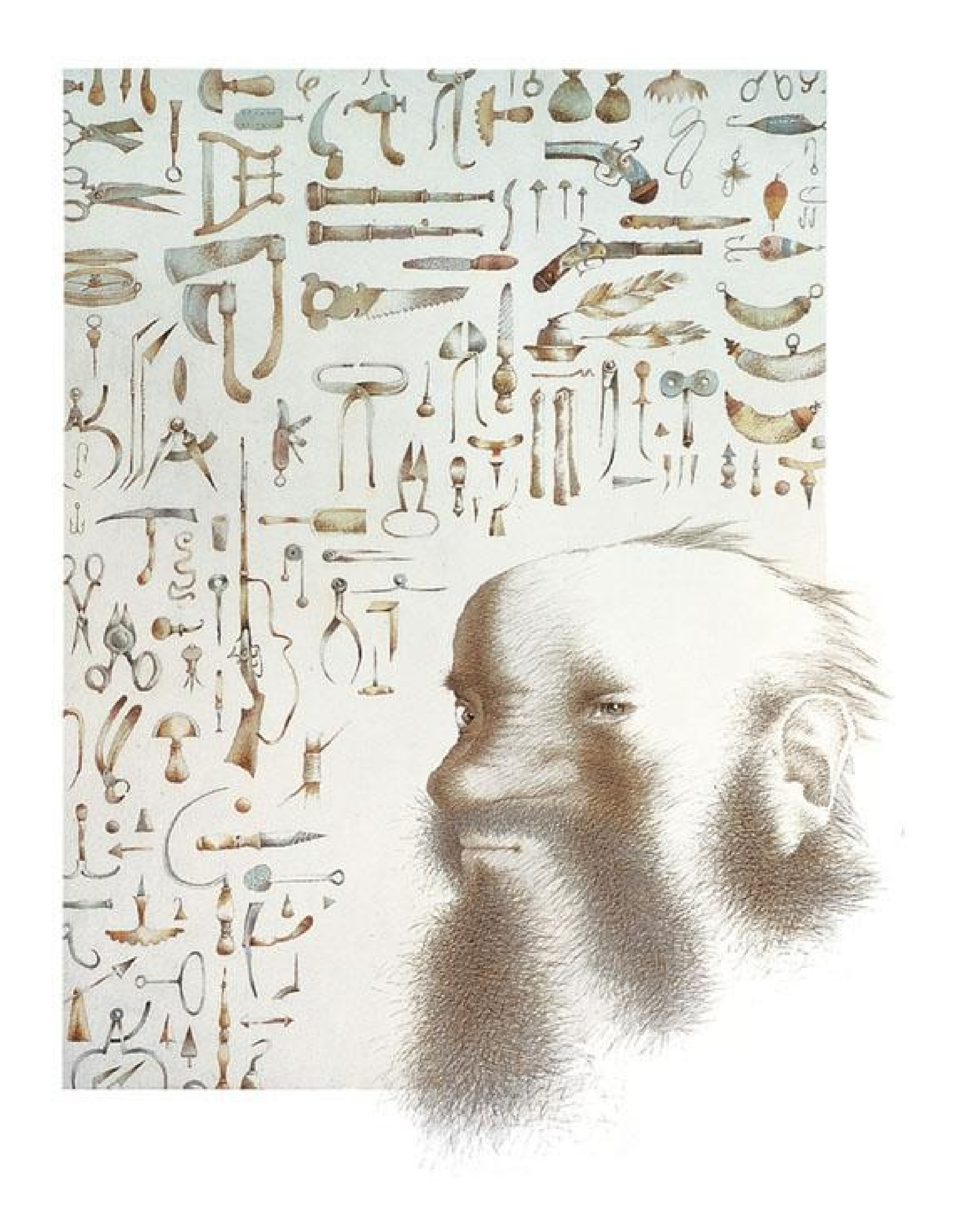


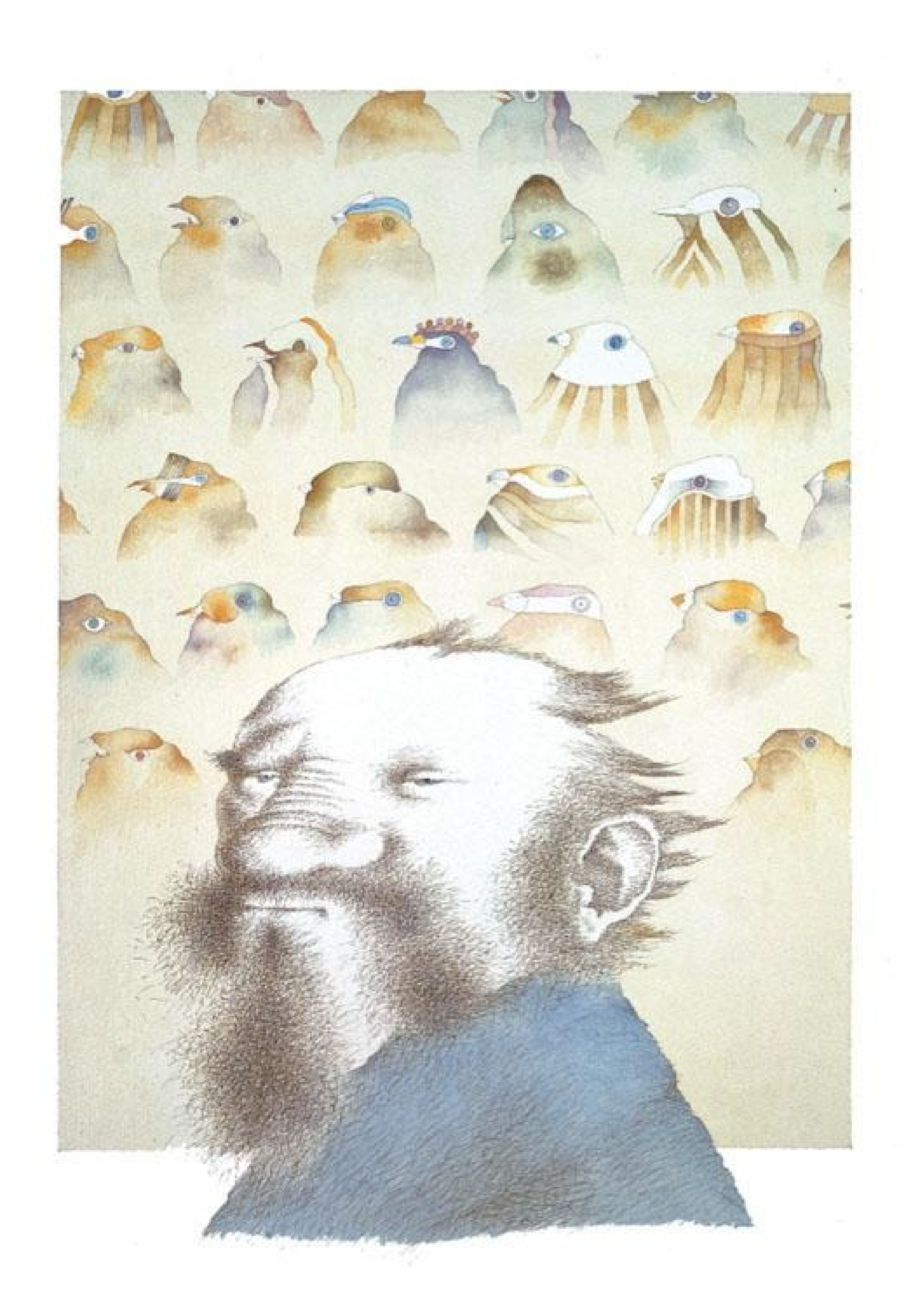


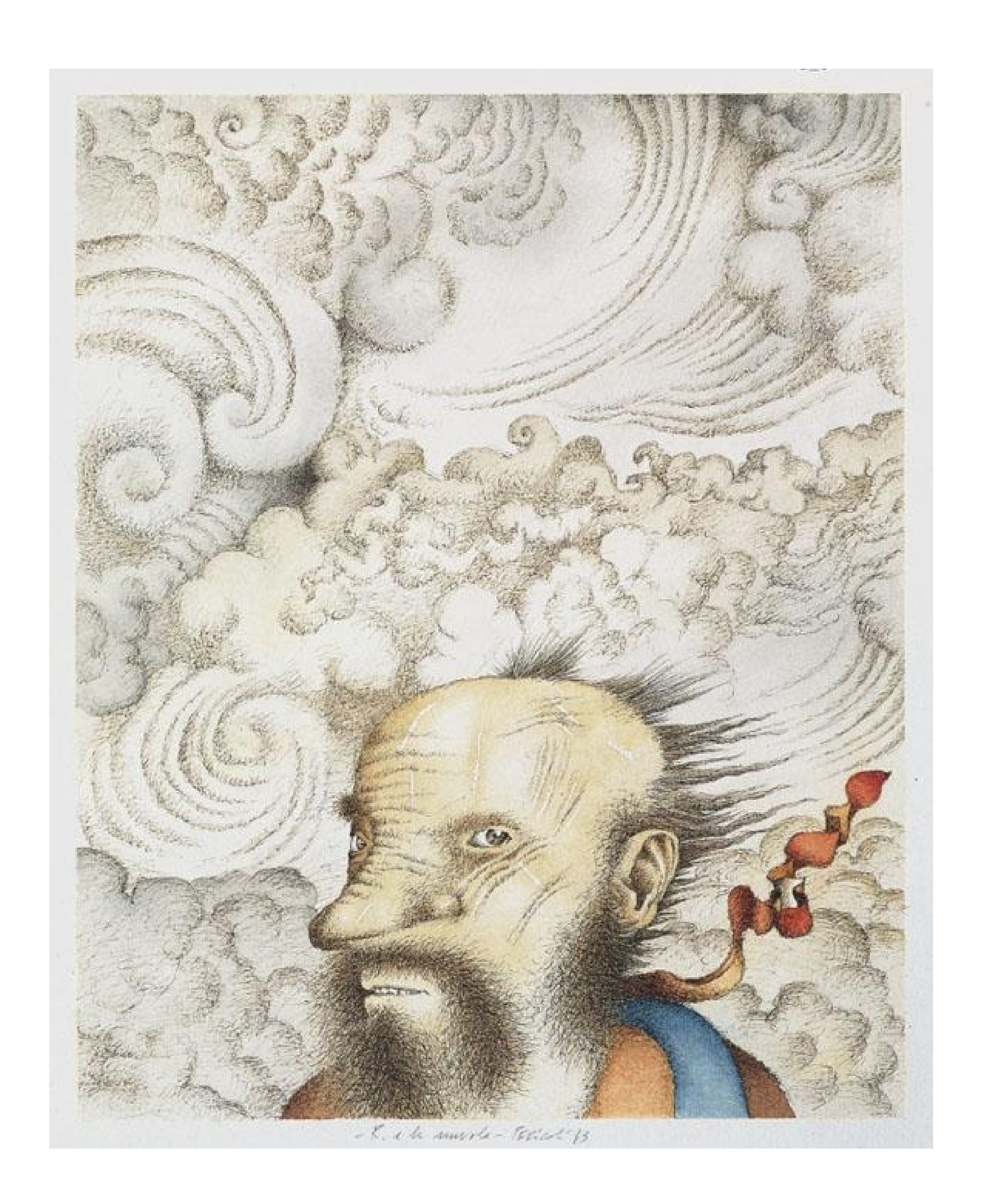


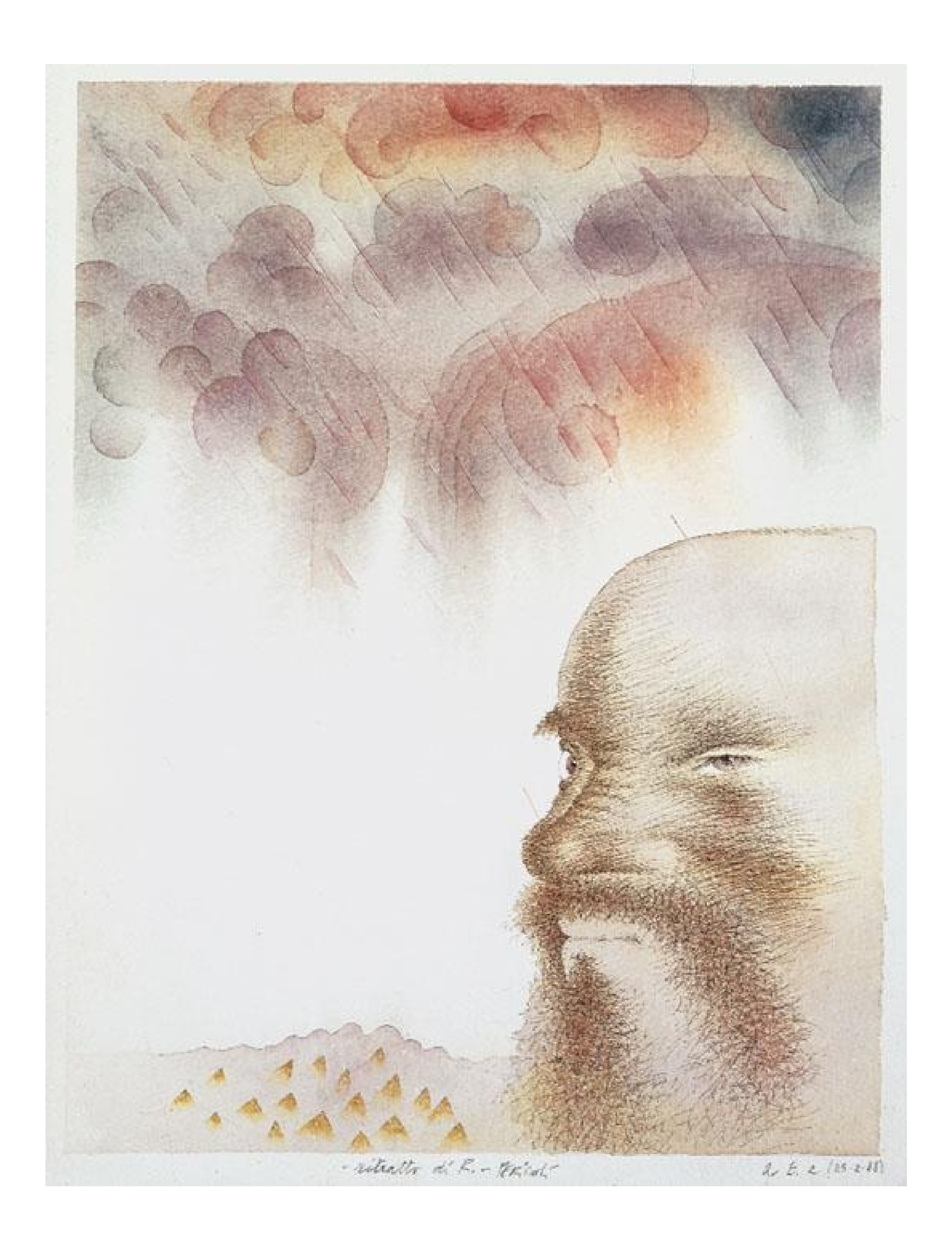


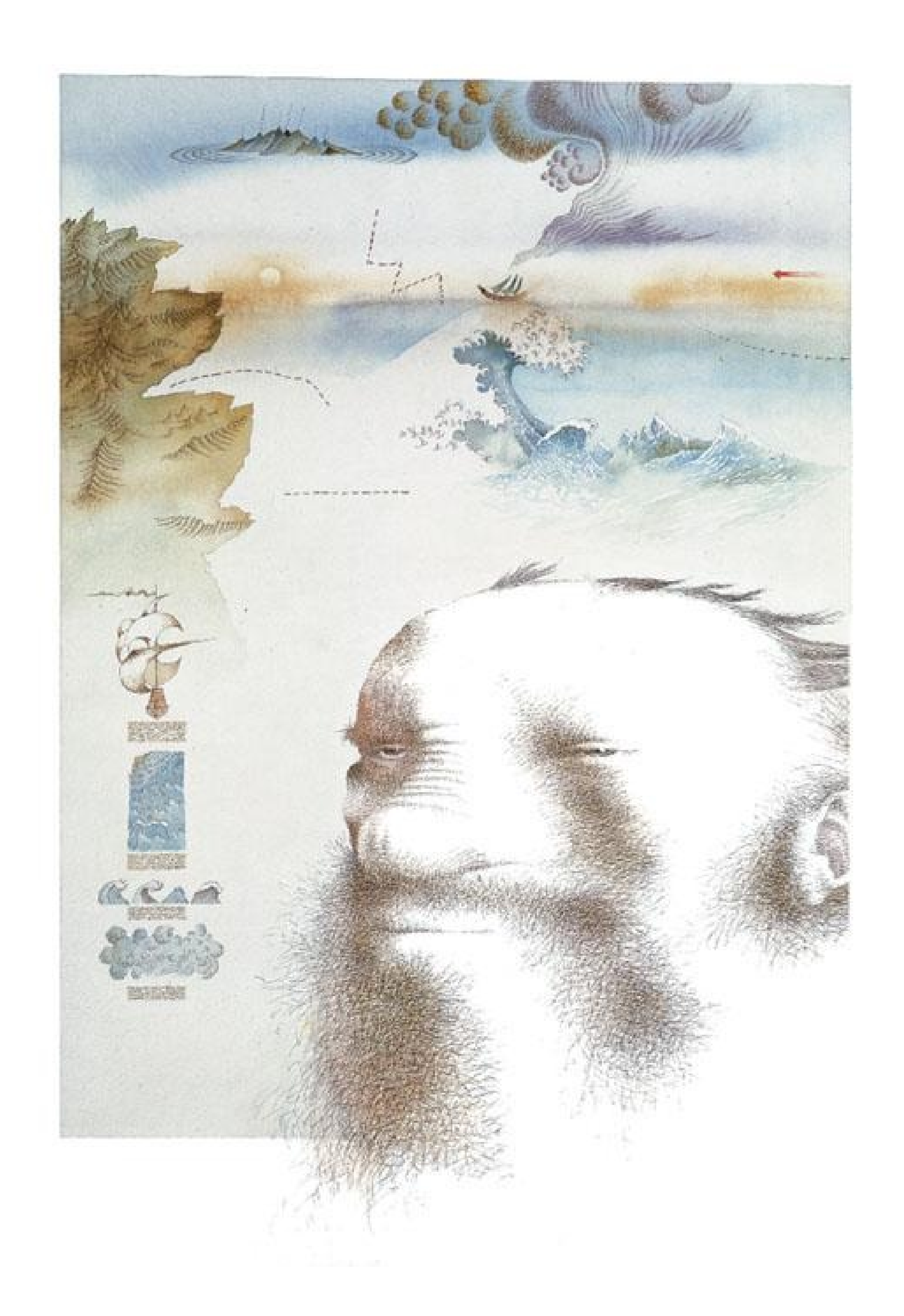









ritratto di R.

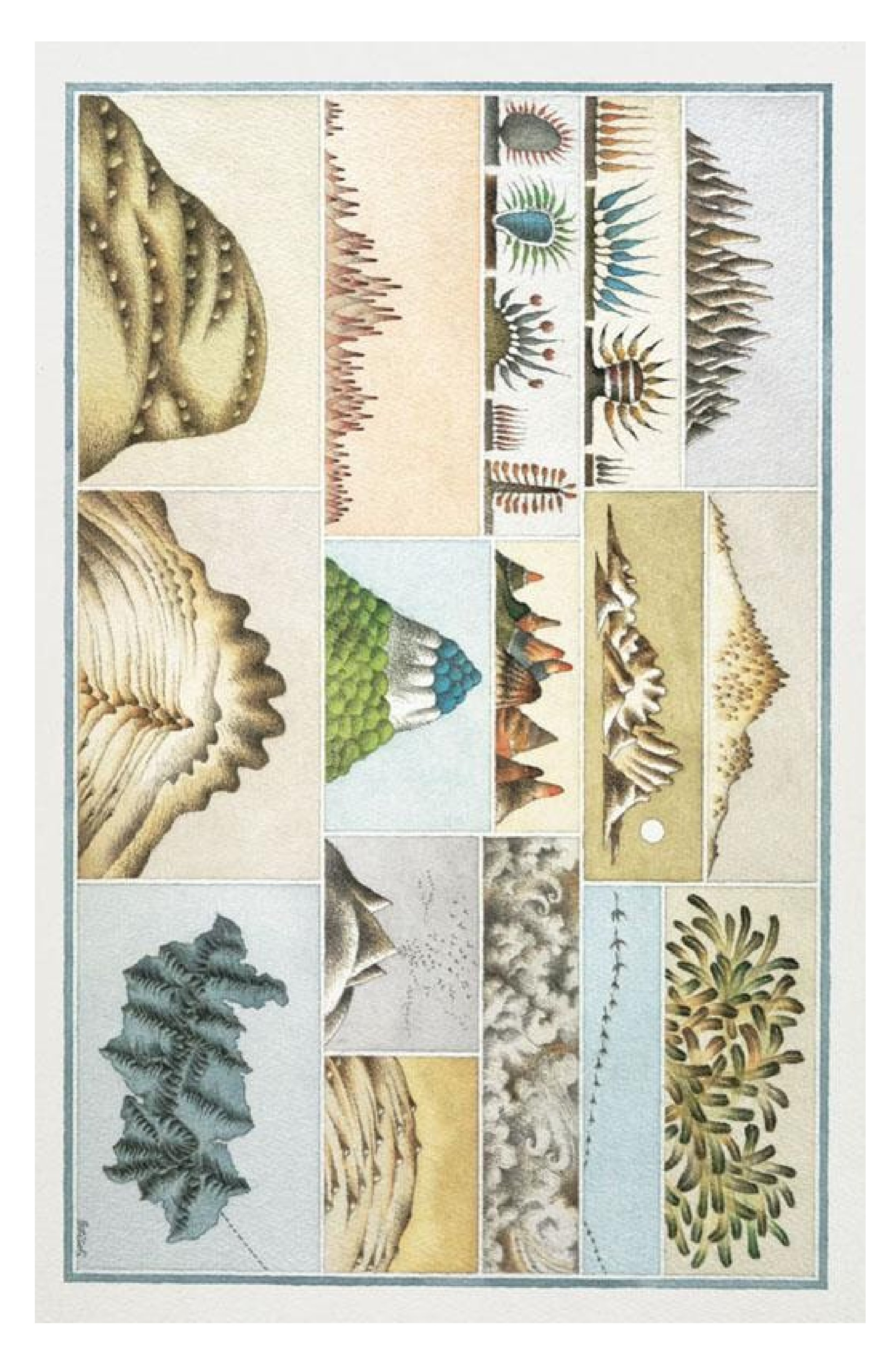


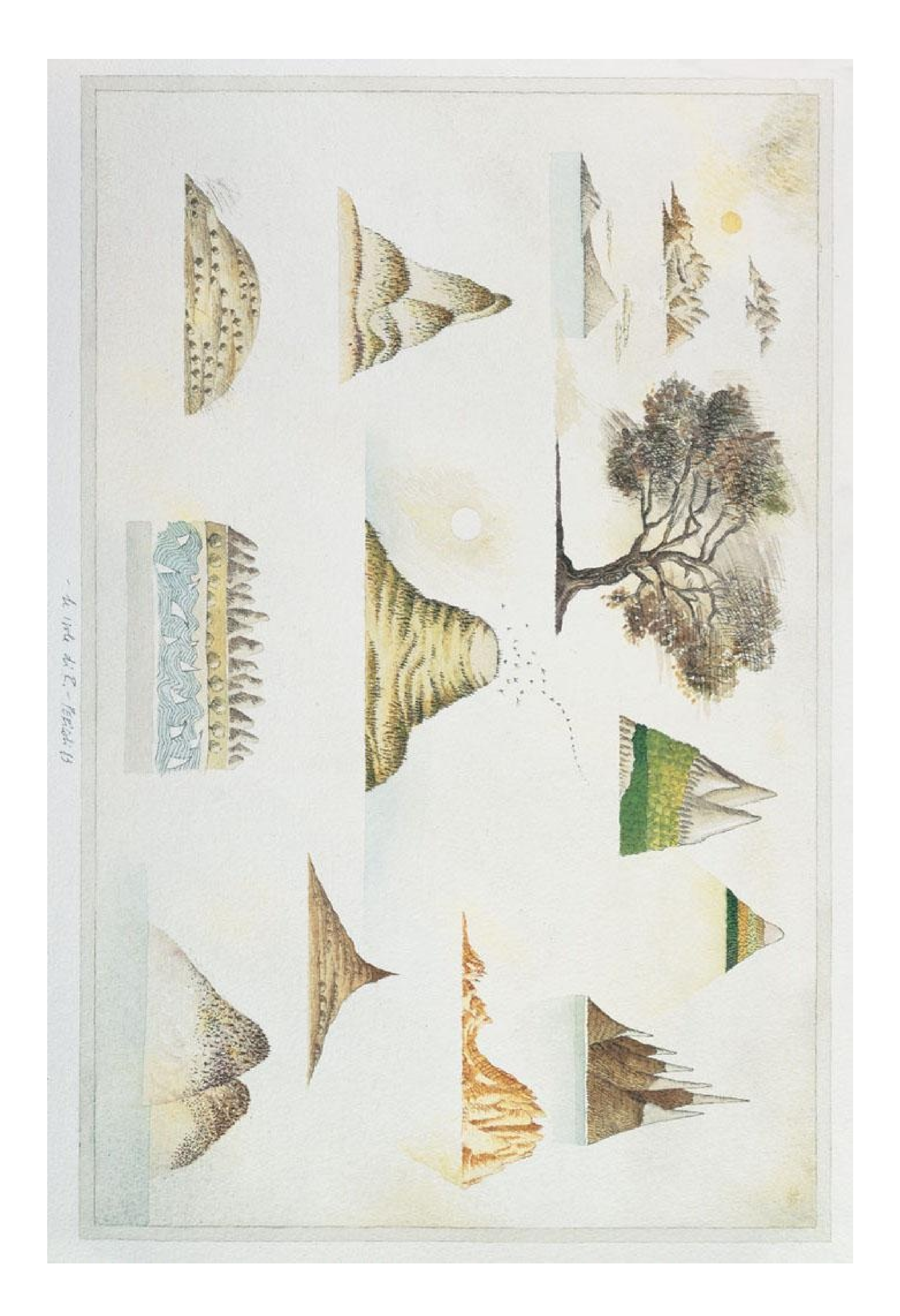


EXPLORACIÓN DE LA ISLA (figuras 40 a 52)





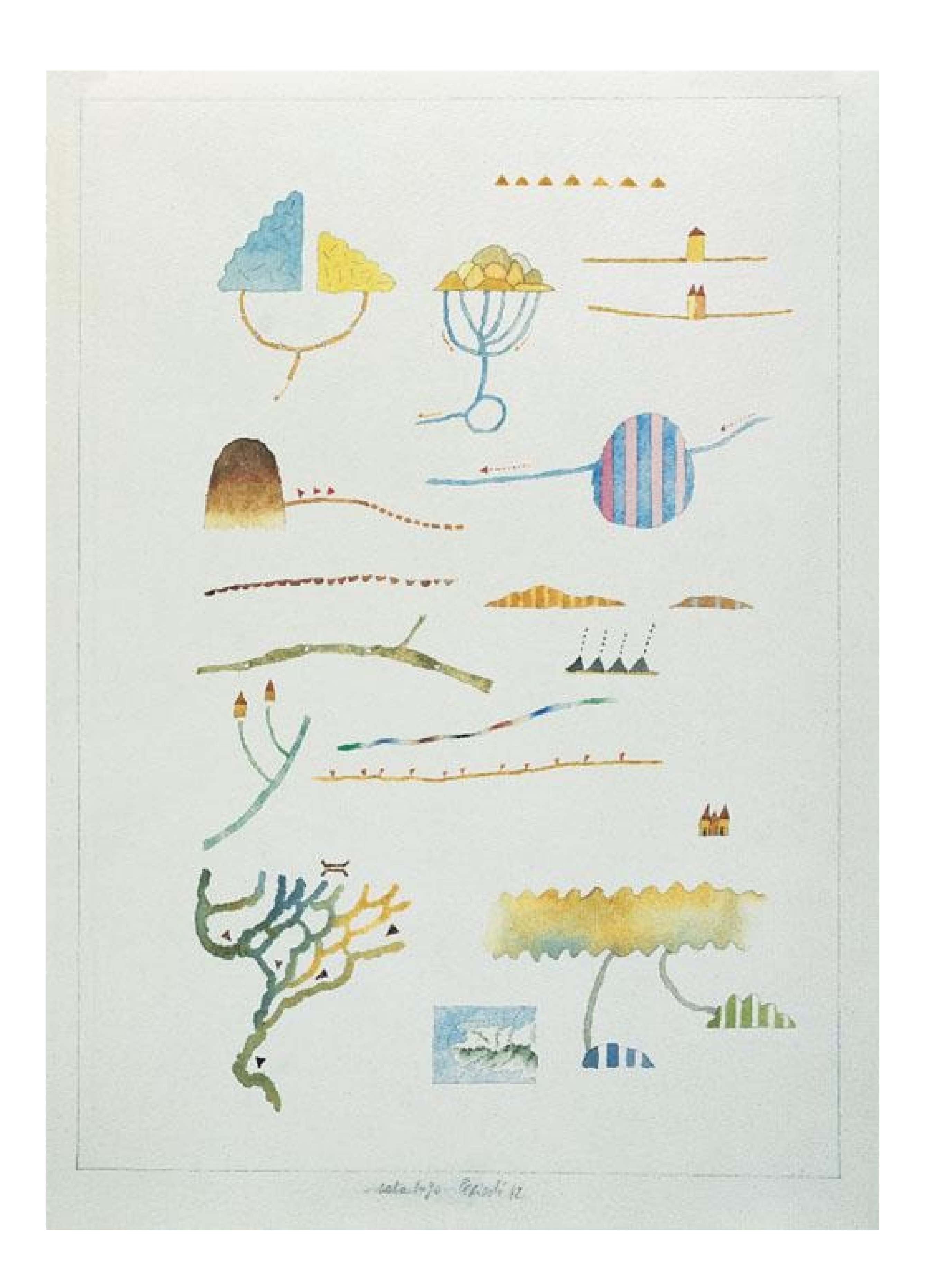






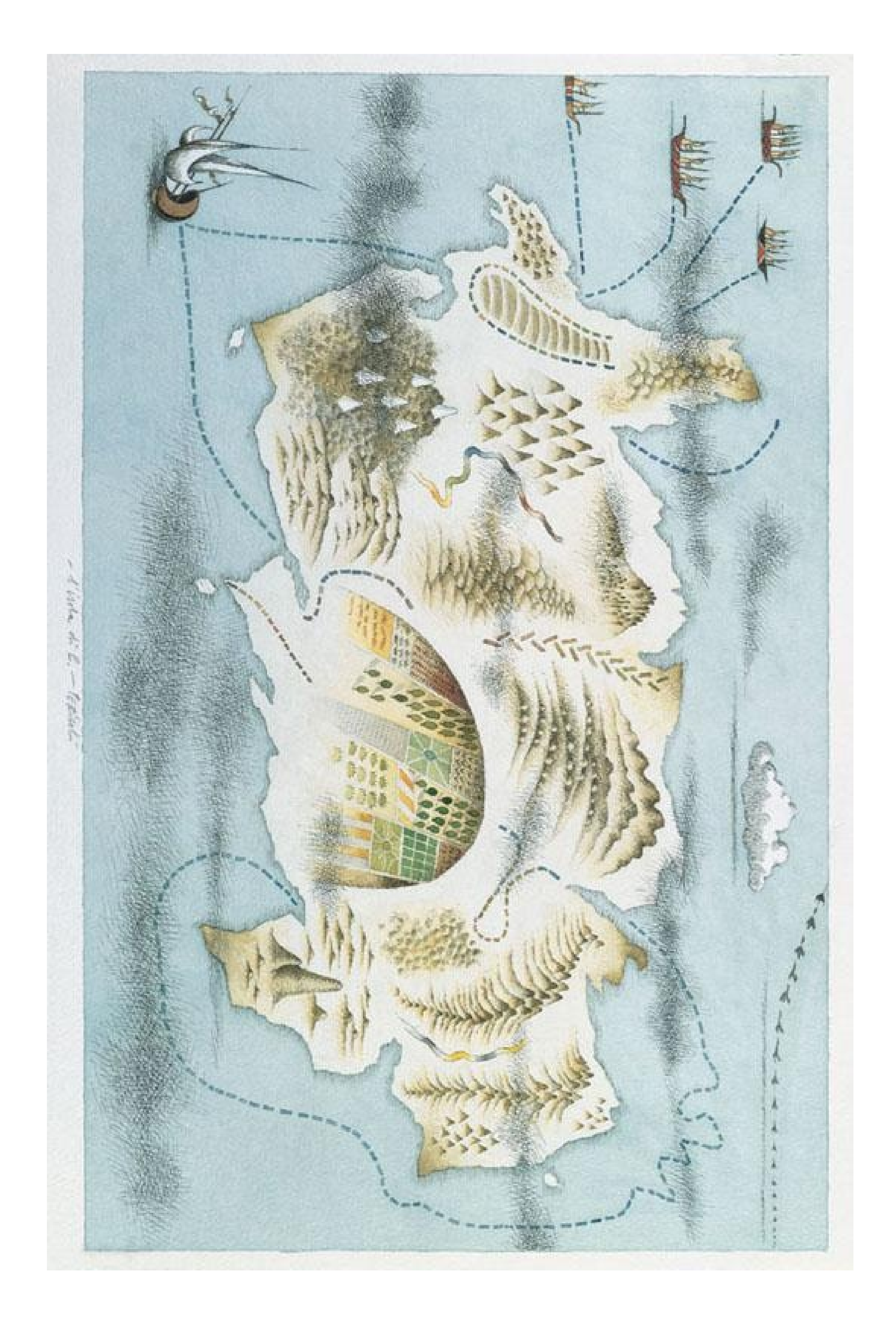

Pericoli

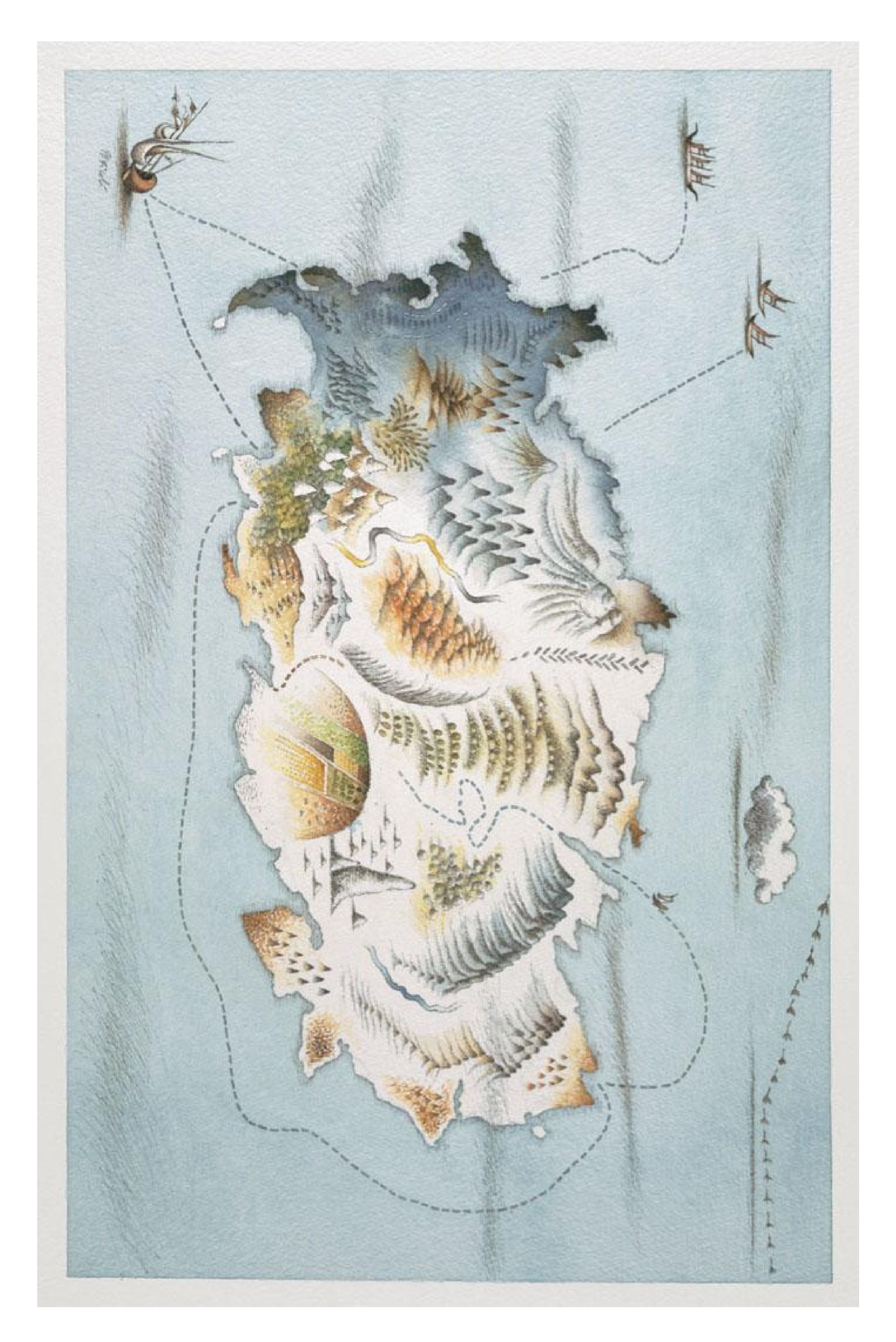

PERICOLI












PERICOLI

LOS HABITANTES DE LA ISLA (figuras 53 a 60)

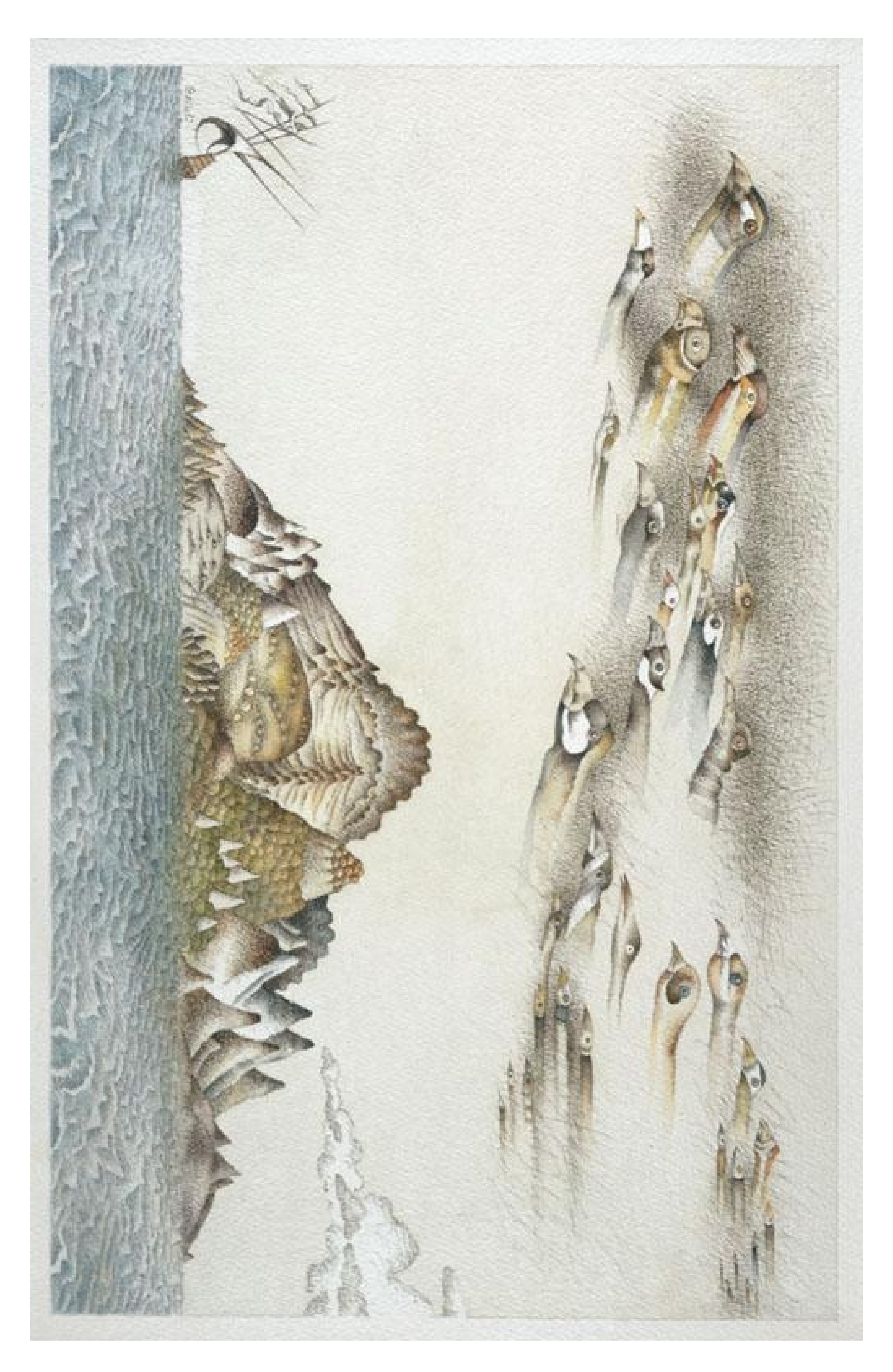





Fig. 1
Fig. 3
Fig. 4
Fig. 2.
Fig. 5
Fig. 6




Pericoli



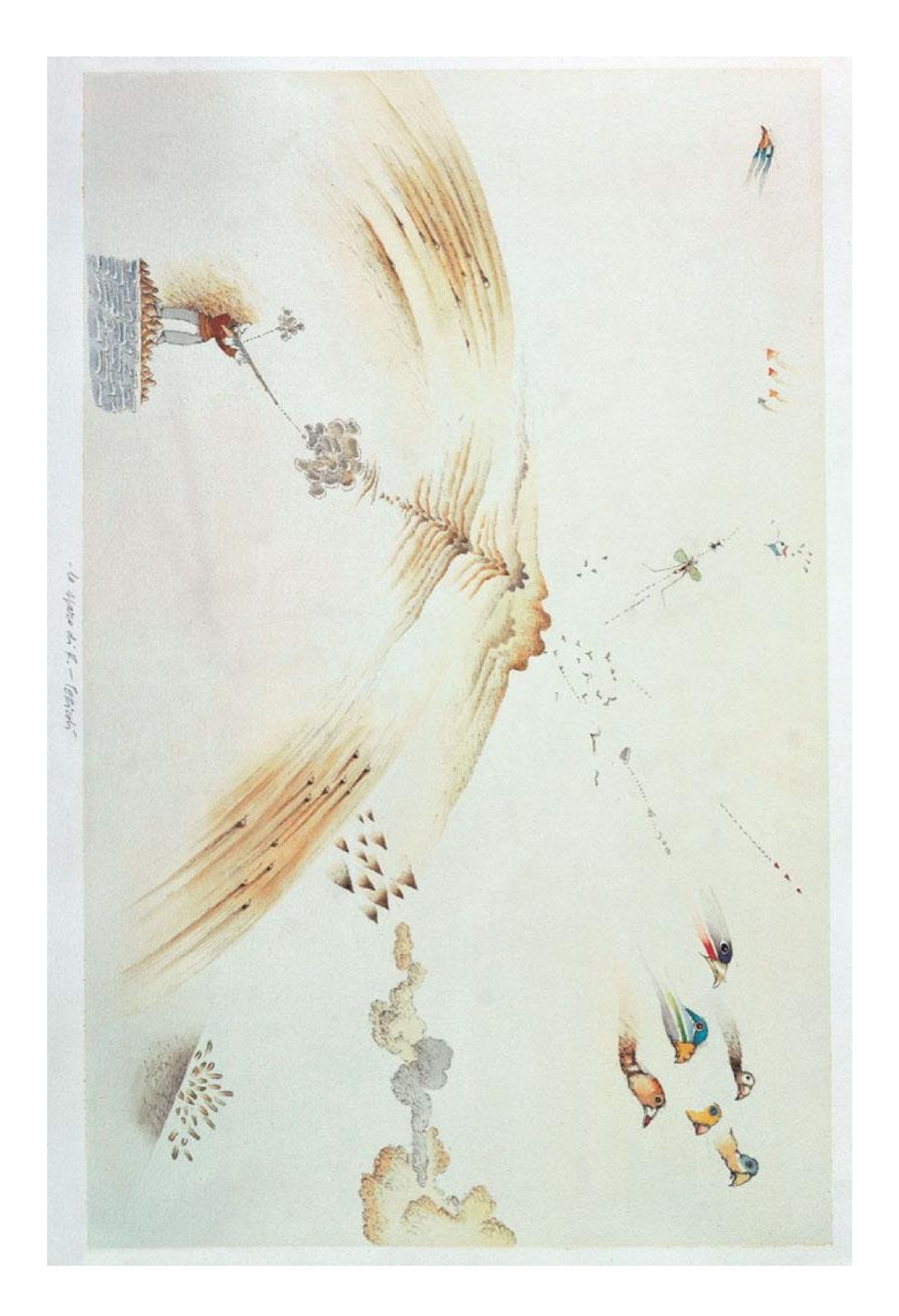


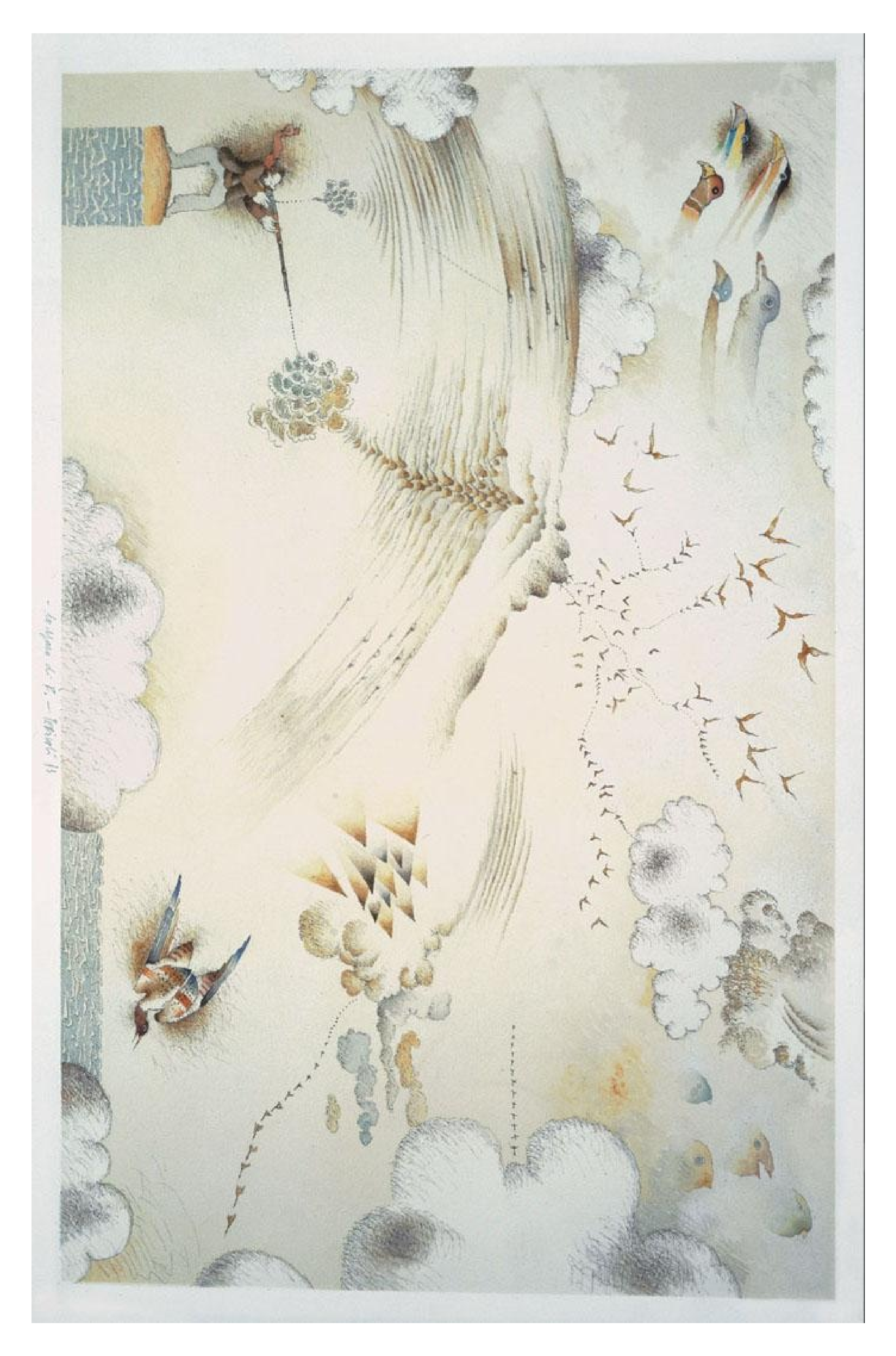


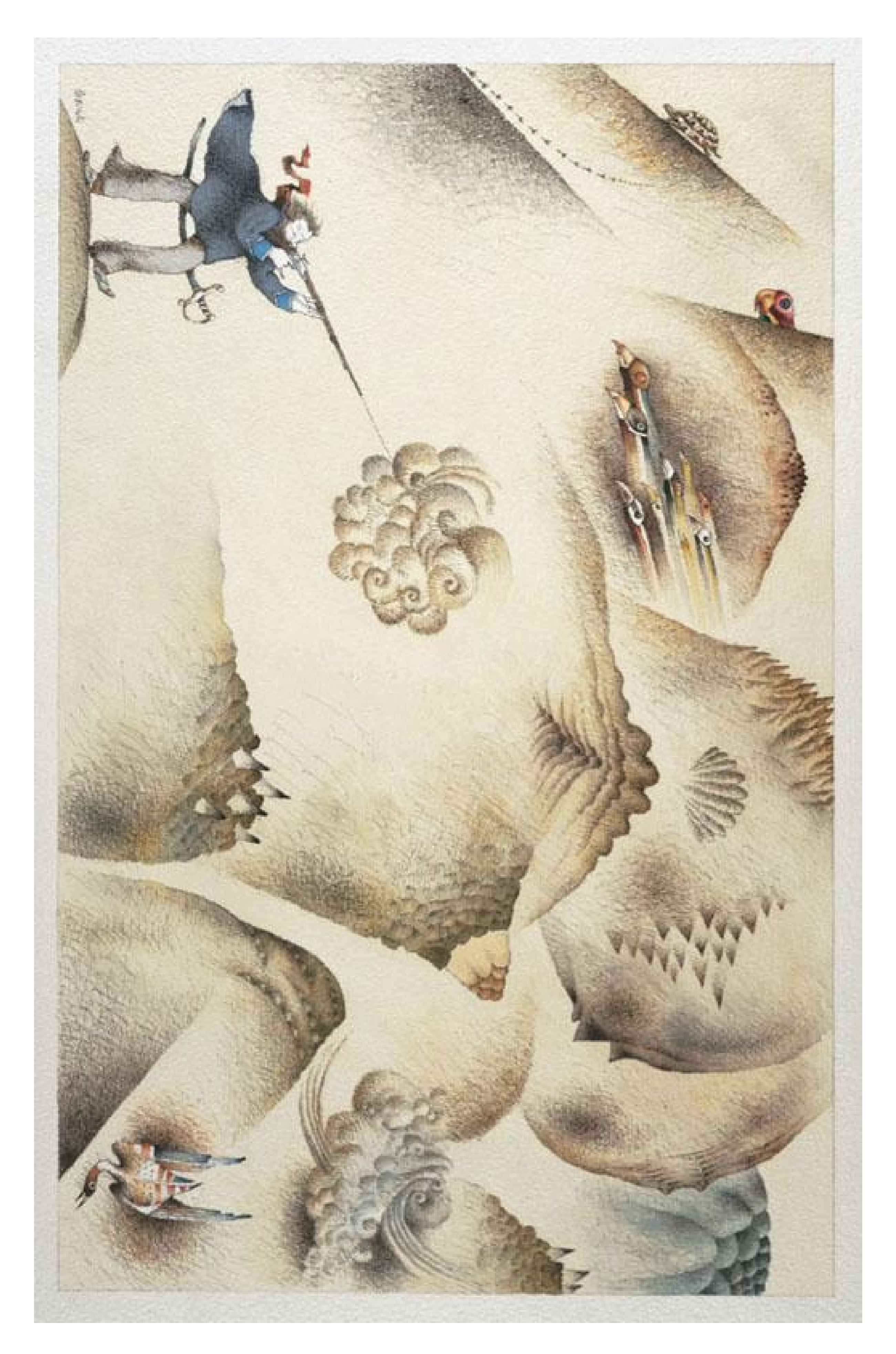
LA CAZA (figuras 61 a 65)









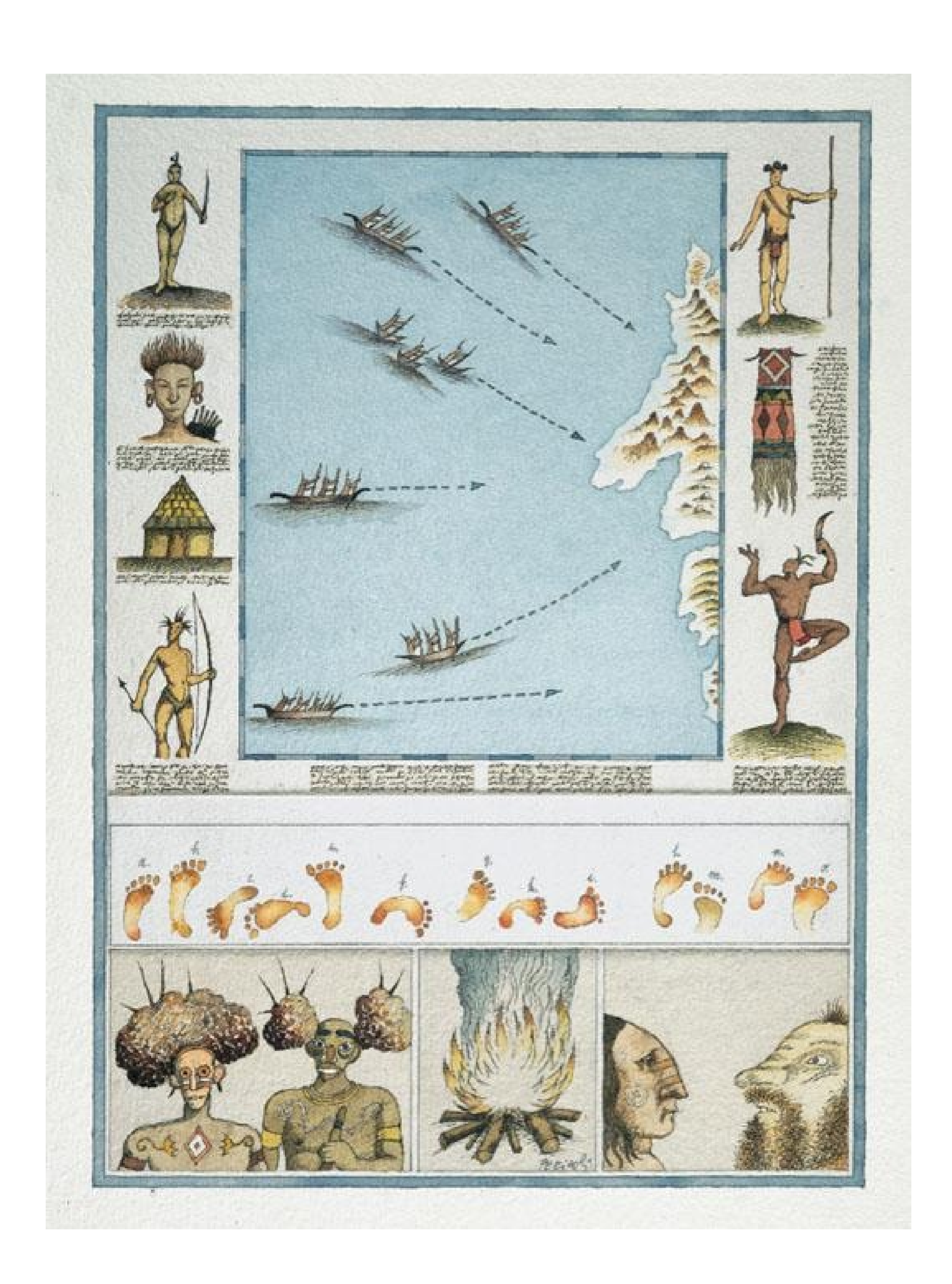


LA TORMENTA (figuras 66 a 67)


- Temporale -



LA LLEGADA DE VIERNES (figura 68)



EL REGRESO (figura 69)



ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Fig. 19 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 57 × 76 cm
Fig. 20 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 103 × 71 cm
Fig. 21 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 103 × 71 cm
Fig. 22 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 57 × 76 cm
Fig. 23 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 57 × 76 cm
Fig. 24 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 57 × 38 cm

ROBINSON EN LA ISLA

Fig. 25 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 26 × 36 cm
Fig. 26 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 57 × 38 cm
Fig. 27 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 76 × 57 cm
Fig. 28 Acuarela y tinta sobre papel, 1983, 57 × 38 cm
Fig. 29 Acuarela y tinta sobre papel, 1983, 57 × 38 cm
Fig. 30 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 33 × 52 cm
Fig. 31 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 71 × 103 cm
Fig. 32 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 71 × 103 cm
Fig. 33 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 26 × 36 cm
Fig. 34 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 76 × 57 cm
Fig. 35 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 76 × 57 cm
Fig. 36 Acuarela y tinta sobre papel, 1983, 57 × 38 cm
Fig. 37 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 38 × 28,5 cm
Fig. 38 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 76 × 57 cm
Fig. 39 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 103 × 71 cm

EXPLORACIÓN DE LA ISLA

Fig. 40 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 103 × 71 cm
Fig. 41 Acuarela y tinta sobre papel, 1983, 57 × 76 cm
Fig. 42 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 57 × 76 cm
Fig. 43 Acuarela y tinta sobre papel, 1983, 57 × 76 cm
Fig. 44 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 71 × 103 cm
Fig. 45 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 26 × 36 cm
Fig. 46 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 26 × 36 cm
Fig. 47 Acuarela y lápiz sobre papel, 1982, 36,5 × 25,5 cm
Fig. 48 Acuarela y lápiz sobre papel, 1982, 36,5 × 25,5 cm
Fig. 49 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 71 × 103 cm
Fig. 50 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 57 × 76 cm

Fig. 51 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 57 × 76 cm
Fig. 52 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 26 × 36 cm

LOS HABITANTES DE LA ISLA

Fig. 53 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 26 × 36 cm
Fig. 54 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 26 × 36 cm
Fig. 55 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 30 × 21 cm
Fig. 56 Acuarela y tinta sobre papel, 1995, 18 × 26 cm
Fig. 57 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 26 × 36 cm
Fig. 58 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 33 × 52 cm
Fig. 59 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 69 × 98 cm
Fig. 60 Acuarela y tinta sobre papel, 1985, 28 × 38 cm

LA CAZA

Fig. 61 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 30 × 21 cm
Fig. 62 Acuarela y tinta sobre papel, 1983, 57 × 76 cm
Fig. 63 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 57 × 76 cm
Fig. 64 Acuarela y tinta sobre papel, 1983, 57 × 76 cm
Fig. 65 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 57 × 76 cm

LA TORMENTA

Fig. 66 Acuarela y tinta sobre papel, 1983, 57 × 38 cm
Fig. 67 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 57 × 38 cm

LA LLEGADA DE VIERNES

Fig. 68 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 38 × 28 cm

EL REGRESO

Fig. 69 Acuarela y tinta sobre papel, 1984, 57 × 76 cm



DANIEL DEFOE (Londres, 1660-1731) fue novelista, periodista, poeta e historiador; su vida transcurrió por oscuros vericuetos: viajes, empleos diversos, amistades políticas y misiones secretas. En su obra cultivó distintos géneros, como la sátira: *El verdadero inglés de Inglaterra* (1701), *El medio más rápido para acabar con los disidentes* (1702) y *Augusta Triumphants o Cómo hacer de Londres la ciudad más floreciente del mundo* (1728); la novela realista: *La aventuras de Moll Flanders* (1722), *Diario del año de la peste* (1722) y *Roxana o la amante afortunada* (1724), y el ensayo económicopolítico: *Consideraciones sobre el crédito público* (1724), *El perfecto comerciante inglés* (1726) y *Plan del comercio inglés* (1728). Con todo, su obra más conocida es sin duda *Robinson Crusoe* (1719).

Notas

[1] Prefacio escrito por el propio Daniel Defoe con el objetivo de presentar la novela como la autobiografía verídica de un náufrago. Recuérdese que la primera edición de 1719 fue publicada con el subtítulo: *La vida y las extrañas e increíbles aventuras de Robinson Crusoe, de York, marinero que vivió veintiocho años completamente solo en una isla deshabitada en las costas de América, cerca de la desembocadura del gran río Orinoco, habiendo sido arrastrado a la orilla tras un naufragio en el cual murieron todos los hombres menos él; con una explicación de cómo fue extrañamente liberado al final por piratas; escrita por él mismo*. La presente traducción se ha realizado a partir de la edición de Penguin Popular Classics publicada en 1994. [N. de los T.] <<

[2] En español en el original. [N. de los T.] **<<**

[3] En francés en el original: tiro de gracia. [N. de los T.] **<<**

[4] Del poema «Poetica Licentia» de Robert Wild (1615-1679). [N. de los T.]
<<

[5] Moneda de oro portuguesa utilizada en Europa entre los siglos XVII y XVIII, y en Irlanda y en el oeste de Inglaterra a principios del siglo XVIII. [N. de los T.] <<

[6] En italiano en el original. [N. de los T.] **<<**

[7] Introducción tomada de Tullio Pericoli, *Robinson Crusoe di Daniel Defoe*, Adelphi Edizioni, Milán, 2007, pp. 11-12. La traducción del italiano corre a cargo de Raquel Vicedo. [N. de los E.] <<